

A still life composition featuring a lamp, flowers, crosses, and a piano keyboard. The scene is dimly lit, with a warm glow from a lamp on the left. The lamp has a white shade and a brass base. In the center, there is a bouquet of white and yellow flowers, two glass crosses, and a small figurine of a person. Below these, a piano keyboard is visible, surrounded by more flowers, including pink ones on the left and white ones on the right. The background is dark and textured.

EMMA HURTADO

MELODÍA
DE
DOS ACORDES



MELODÍA
DE
DOS ACORDES
EMMA HURTADO



Primera edición digital: Mayo 2024
Título Original: Melodía de dos acordes
©Emma Hurtado, 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2024
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-97-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



PRIMERA PARTE

EL MECENAZGO DE LA REINA

2

3

4

5

6

7

8

9

10

SEGUNDA PARTE

UNA CANCIÓN QUE ME HAGA LLORAR

12

13

14

15

16

17

18

19

20

TERCERA PARTE:

UNA CANCIÓN QUE TRAIGA LA PRIMAVERA EN PLENO ENERO

22

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[CUARTA PARTE:](#)

[UNA CANCIÓN QUE TE DEVUELVA EL PASADO](#)

[32](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Elías Howland nunca había estado nervioso. Jamás.

Él era el mejor y sus rápidos dedos sobre las teclas del teclado lo demostraban en cada concierto. Llevaba tocando el piano desde los doce años y había conseguido llegar a lo más alto, a pesar de que toda su vida había oído que era demasiado mayor para empezar, que su oído musical debió haber empezado a captar las notas desde que era un bebé y que seis años era la edad perfecta para empezar con las clases.

Pero Elías nunca había permitido que nadie le dijera lo que podía o no podía hacer. Había llegado hasta allí, había entrado por la puerta grande porque tenía el talento necesario y se había encargado de callar todas las bocas que dijeran lo contrario.

Y, sin embargo, en ese momento, en el salón del Palacio Real, sus dedos temblaban más que nunca.

Cerró y abrió los puños con fuerza, en un intento de serenarse, pero por primera vez la mirada de todos los espectadores pesaba sobre su espalda.

Y cuando comprendió que no sería capaz de tocar, se levantó con la fuerza de un huracán y sin disculparse siquiera, dio la espalda al público y salió de la habitación.

—Pero... ¿qué hace? —la voz de John se clavó en su pecho y de su herida nació un escalofrío que le recorrió la espalda.

Era la voz que confirmaba su fracaso.

Porque en el momento más importante de su carrera artística no iba a poder tocar. Y era por culpa de esos ojos negros como el pelaje de un gato y ese perfume a jazmín y vainilla.

PRIMERA PARTE
EL MECENAZGO DE LA REINA

1

París, 1911

Algunos meses antes...

La lluvia de aplausos cayó tras las últimas notas de su piano y el silencio sepulcral que había logrado mantener durante las horas del concierto se desmoronó como una montaña de naipes.

Qué elegantes sonaban, tan delicados como la música aterciopelada que había dejado de sonar.

Elías sonrió, sin ocultar su orgullo y se levantó para saludar. Hizo un par de reverencias hacia ambos lados y dejó que el telón se corriera, ocultándose de los cientos de ojos brillantes por las lágrimas.

Se acarició las manos y dio un par de pasos hacia atrás, buscando el camino a su camerino, pero antes de que pudiera siquiera volver a la realidad, un tierno abrazo le rodeó el cuerpo.

—¡Lo has vuelto a hacer! —celebró John—. ¡Maldito genio, lo has vuelto a hacer! Ahí fuera están como locos.

John era el compañero perfecto para Elías, pues siempre sabía lo que tenía que decir, siempre sabía con qué alabanzas adularlo y el pianista adoraba que lo adularan. Hinchó el pecho, orgulloso, antes de fingir restarle importancia con un gesto.

—No ha sido para tanto, John, solo es un concierto benéfico.

—Eso díselo a los quinientos espectadores, ¿has oído los aplausos?, ¡si todavía retumban las paredes!

Tenía razón: si te parabas a escuchar con atención, podías oír a través de la pared cómo el público todavía aplaudía, con la esperanza de que el músico volviera a salir y les regalara otra pieza, pero Elías Howland nunca volvía a salir a tocar después de los aplausos. Le gustaba dejar al público expectante, con la miel en los labios, con la sensación de que le faltaba algo más.

—He parado a la prensa a las puertas de tu camerino, pero no creo que se vayan sin alguna palabra bonita.

—No importa: sabes que adoro a la prensa.

—Por desgracia, ellos también lo saben.

John no lo acompañó hasta el final del pasillo, pero Elías iba tan enfrascado en sus

pensamientos que no sintió cuando su compañero se retiró para esquivar los focos de las cámaras, que se lanzaron contra el músico. Las preguntas brotaron de los labios de los periodistas y cuando el pianista se detuvo, un corrillo se formó alrededor de él.

Le gustaba eso. Le gustaba ese mundo. Le gustaba ser el centro del círculo de preguntas y fotografías que saldrían publicadas al día siguiente en los periódicos. Estaba tan cómodo que cualquiera afirmaría que había nacido para eso. Y es que así lo sentía.

—Señor Howland —el primero fue un hombre con un rimbombante bigote canoso—, ha estado usted increíble esta noche, ¿por qué aceptó esta invitación al concierto benéfico?

—Se necesitan fondos para subsanar los daños de la inundación de las calles del año pasado. París quedó completamente roto y todavía hay quien sufre esa desgracia. No pude negarme, saben que adoro ayudar...

Y tampoco podía pasar la oportunidad de dejar que se le viera en un acontecimiento así. Habían acudido músicos de todos los rincones europeos y Elías no había podido contener las ganas de tocar detrás de los grandes, que todo el mundo viera que estaba a su nivel. Había revolucionado en numerosas ocasiones a los teatros del sur de Francia, pero en París el público era muy exquisito.

—Hay fuentes que afirman que usted ha decidido participar en el concierto solo porque el señor Bianchi también ha acudido, ¿puede desmentir esos rumores, señor Howland? Hay quien afirma que son... algo así como rivales y...

Había dejado de escuchar, todos los murmullos y los periodistas escribiendo en sus blocs de notas habían pasado a un plano tan lejano que Elías habría jurado que estaba solo en el pasillo de los camerinos.

¿Bianchi estaba allí? Eso no era posible. El pianista no había confirmado asistencia, pues si lo hubiera hecho, el mismo Elías sería el que no hubiera ido. Odiaba a ese músico, con todas sus fuerzas lo hacía. Odiaba cómo había salido de la nada, cómo cuando él aparecía, todo pasaba a un segundo plano, porque tenía esa capacidad: la de eclipsar.

Elías Howland frunció el ceño, sin terminar de creer lo que la mujer afirmaba: esos periodistas eran capaces de decir cualquier mentira con tal de sacar más información de la debida. John acudió a rescatarlo, como siempre hacía, apareció entre todas esas caras desconocidas y tiró de su manga hasta que ambos estuvieron a solas en el improvisado camerino que el teatro había preparado para los artistas.

—¿Qué hace él aquí? —exigió saber el pianista, elevando el tono de voz un poco, lo justo para llamar la atención de su ayudante.

John tan solo le dedicó una ligera mirada, pero Elías le conocía lo suficiente: sabía lo de Bianchi, sabía que había acudido y muy probablemente se lo había ocultado.

—¿Él?

¿Quería jugar a ese juego? John no podía jugar al juego de la mentira: siempre se le pillaba. Era demasiado predecible, demasiado expresivo y eso fue lo que le delató: el gesto de su rostro. Aun así, Elías no era una persona que perdiera los nervios con facilidad: si su amigo se había hecho ilusiones pensando que no lo descubriría, no sería él quien las derribara.

—Bianchi —insistió—. Se suponía que no estaba invitado.

Disfrutó de ese momento de duda en la cara de John; ¿debía ocultárselo? No, eso ya no podía ser. La prensa se había ido de la lengua, como siempre. Soltó un suspiro y terminó por asentir, lo que hizo que Elías soltara un bufido exasperado.

—Confirmó asistencia hace unas horas, han tenido que mover a todos los músicos para hacerle hueco, pero parece ser que ha hecho una generosa donación a la causa.

Una generosa donación a la causa, por supuesto; debió imaginárselo. Y era por eso por lo que odiaba los eventos benéficos. Un aspirante a músico vestido como un idiota podía desbarajustarlo todo, pero no importaba, el arte no importaba ni lo que había conseguido hacer ahí fuera, lo único que importaba era la causa. Saldría ahí fuera y se ganaría al público, sería la última actuación de la noche y todos lo recordarían. Elías siempre participaba en conciertos grupales bajo la condición de tocar el último: nadie recordaba al primero cuando quedaban veinte músicos por salir, pero si conseguías un final perfecto, todo el mundo te recordaría.

Y ese Bianchi le había quitado una vez más ese privilegio.

—Maldito payaso —refunfuñó.

John chasqueó la lengua, como hacía siempre que empezaba a perder la paciencia.

—¿Qué importa? Has estado magnífico, todo el mundo lo dice...

Podía ser el mejor ayudante, pero no comprendía nada de música ni de lo que Elías Howland significaba para el concierto. Tan solo se ocupaba de hablar por él, de regatear con los clientes y de buscarle un buen mecenas. Era lo que Elías llevaba buscando desde que era niño: alguien que supiera valorar lo suficiente su música, tanto como costearle su carrera musical.

Un mecenas que hiciera temblar a los clientes cuando le ofrecieran conciertos de poca monta como ese.

Era el proyecto en el que llevaban meses trabajando: Elías se había embarcado en una gira por toda Francia en busca de algún miembro de la aristocracia que apreciara la música lo suficiente como para costear sus futuros proyectos y había acabado allí: en París. Solo faltaba esperar.

Un trabajo fruto de años que Bianchi podía tirar por la borda solo por despertar la curiosidad de todo el mundo.

—Y ahora sale él a eclipsar la actuación, a poner el broche de oro a toda esta pantomima. —Elías negó con la cabeza: no estaba dispuesto a pasar por eso—. Pide un coche, me voy.

Buscó su abrigo entre todos los trastos de la habitación, pero la mano de John rodeando su brazo le paró.

—Es de mala educación marcharse en medio del espectáculo —le amonestó.

Tendrás que aguantar.

¿Cómo se atrevía?

—He dicho que...

Los nudillos de John, alrededor del picaporte, se pusieron blancos cuando lo apretó con fuerza.

—Elías. Déjalo ya, ¿de acuerdo? —su voz no admitía réplica—. Si preguntan por ti diré que estás aquí.

Le dejó solo en la habitación y se fue dando un portazo que sonó demasiado fuerte teniendo en cuenta que estaban en uno de los teatros más exquisitos de París. Y que estaba a punto de salir a tocar el misterioso Theodore Bianchi. Elías se replanteó si obedecer: al fin y al cabo, John sabía lo que era mejor para él. Era su trabajo: cobraba por saber qué era lo que el músico tenía que hacer en cada momento, pero también tenía mucho carácter y más aún cuando no le tomaban en serio.

Le dieron igual las palabras de John, se puso la chaqueta y el sombrero y salió, dispuesto a marcharse.

Y lo hubiera hecho.

De no haber sido porque se encontró a una figura de espaldas a la que reconoció de inmediato: era complicado no hacerlo.

Bianchi era un tipo raro, pero precisamente por eso, el halo de misterio que se respiraba alrededor de su figura era demasiado fuerte como para no sentirte atraído. Quizá porque nunca había visto nadie su rostro, quizá porque siempre estaba envuelto en una capa de terciopelo negra que impedía ver su cuerpo. Tocaba con guantes de cuero y nunca, jamás, hablaba con nadie.

Había quien decía que era mudo, había quien decía que tenía el rostro completamente desfigurado y que ni siquiera tenía lengua.

La figura se giró y sus miradas se encontraron un momento. Como siempre, portaba una máscara veneciana de vivos colores, decorada con unas plumas. El resto de su atuendo era completamente negro, incluso un sombrero de copa. Debajo de la capa, vestía con un elegante esmoquin. Se ajustó los guantes y sin darle más importancia a la persona que acababa de salir atropelladamente de su camerino, se volvió para caminar dirección al escenario.

Incluso Elías se quedó hipnotizado, viendo como el hombre sin rostro desaparecía ante sus ojos, sin hacer ruido, tan solo movido por los aplausos de un público expectante. Pasados unos minutos, las notas resonaban por todo el pasillo; fueron estas las que hicieron moverse a Elías, pero en lugar de salir, volvió de vuelta a su camerino, sin evitar prestar atención en la melodía que embriagó el ambiente.

Una cosa era cierta y tuvo que admitirla, por mucho que le doliera: ese Bianchi era

condenadamente bueno.

París, 1911

Cuando todo el mundo se hubo marchado y el teatro quedó vacío, Elías sintió que podía volver a respirar. Adoraba la soledad que se formaba después de los espectáculos, cuando el público se marchaba, comentando la actuación y los camerinos quedaban vacíos. Él siempre solía quedarse el último; paseaba por los pasillos oscuros, hasta hacía un momento, iluminados todavía por los rayos que escapaban de los focos, sintiendo todavía la melodía de los instrumentos adherida en el ambiente.

Aunque, en aquella ocasión, no había sido capaz de salir del camerino. No quería ver los semblantes de los espectadores después del glorioso cierre que Bianchi les había regalado. Estaba seguro de que le había superado en todos los aspectos, a pesar de que John, antes de marcharse, le había asegurado que no.

No necesitaba las migajas de compasión de su amigo, tenía buen oído, mucho mejor que el suyo, de hecho, mucho mejor que el de cualquiera y había podido escuchar la música que emanaba de aquel piano.

Soltó un suspiro mientras enterraba su rostro entre sus manos, en un intento de hacer que se esfumara el pesadoso cansancio que llevaba días persiguiéndole; siempre dormía poco y mal antes de una función, era una especie de tradición que llevaba con él desde el comienzo.

Debía irse a casa. Debía descansar como era debido.

Y, sin embargo, ese pensamiento pasó efímero por su cabeza cuando escuchó, en el exterior, unos pasos en el pasillo. Frunció el ceño; se suponía que estaba solo. Acarició el picaporte, sintiendo cómo la persona que estaba fuera se aproximaba y, de repente, se detenía. El silencio era tal que incluso pudo escuchar un suspiro tranquilo, llegado del exterior y, después, unos golpes en la puerta.

—¿Señor Bianchi? —preguntó una voz femenina. Elías abrió la puerta con calma, la suficiente para que ella no se diera cuenta de que la estaban observando—. ¿Señor Bianchi? Me llamo Valeria Márquez, del periódico *C'est La Vie*, quisiera hacerle unas preguntas. —la joven tragó saliva, dejando unos pasos de espacio con la puerta cerrada—. ¿Está ahí? ¡Maldita sea!

Elías levantó las cejas, sorprendido. La chica había hablado en un perfecto francés hasta ese momento, que había dejado salir ese español materno para soltar una maldición. El pianista podía haber cerrado la puerta nada más comprobar que no era más que una periodista rezagada que acudía en busca de una exclusiva, estaba a punto de hacerlo, de hecho, pero descubrir que compartían raíces le mantuvo fiel, con la vista pegada en la joven.

Cuando soltó una risita, descubrió su posición.

—Vaya, esas no parecen unas palabras muy elegantes —bromeó—. No al menos a la altura de este sonoro idioma.

Las mejillas de ella se encendieron al verlo. No esperaba estar acompañada y mucho menos de alguien venido del interior de los camerinos. Su ayudante le había asegurado que estaría sola, que no tendría que dar explicaciones.

—Señor Howland... —su voz tembló ligeramente, en apenas un susurro.

Para qué mentir: le gustaba mucho que le reconociesen. Nunca había sentido que la presión de la fama era demasiada y estaba seguro de que no estaba próximo a sentir algo así. Consideraba un verdadero privilegio ir por los sitios sin tener que presentarse, con las miradas sorprendidas sobre su nuca.

—El mismo.

Tuvo oportunidad de mirarla de arriba abajo, poniendo especial atención en ojos y labios, los puntos estratégicos del rostro que hacía que se volviera loco ante una mujer. Tenía los ojos tan negros que apenas se distinguía pupila e iris, con un brillo alegre que a Elías le recordó a un incendio incontrolable. Sus labios, por el contrario, no llamaban tanto la atención: eran finos, un tanto desarreglados, completamente desnudos, sin maquillaje, algo extraño, dado que era muy probable que la periodista hubiera estado presente durante la función.

—Lo siento. —Sonrió ella—. Siento que haya tenido que escucharme, yo...

Le quitó importancia con un gesto y señaló a la puerta del camerino que hasta hacía una hora había pertenecido a Bianchi.

—No está, se marchó justo después de su actuación —explicó, recordando ese momento en el que había pedido una puerta discreta por la que desaparecer, nada más terminar su momento en escena—. Siempre tiene mucha prisa —continuó, con un fingido toque divertido—. ¿Qué la trae por aquí?

En realidad, era más que evidente, pero a Elías le gustaba jugar, sobre todo si la otra jugadora era una chica guapa e interesante. No solía conocer a muchas mujeres españolas, y no pudo evitar preguntarse de dónde vendría. Él había nacido en la capital, en un día de tormenta. Esa era la única referencia que tenía, pues nunca tuvo una figura maternal a la que poder preguntarle algo más.

Y, sin embargo, había viajado por todo el mundo, había vivido en la fría Inglaterra, en la Argentina paradisiaca y, desde hacía unos meses, allí, en París.

Todo había sido bonito, a su manera, pero no era su *hogar*.

—Esperaba llevar mañana al trabajo una jugosa entrevista...

—No, me refiero a qué la trae por Francia —interrumpió él—. Es evidente que no es de aquí.

—Oh, no es una historia muy interesante.

Y no estaba dispuesta a compartirla, era algo obvio. No importaba. Así sería más divertido. Estaba seguro de que unos minutos más con ella y podría adivinarla. La joven, sin embargo, prefería no mantener alzada la mirada; la paseaba por la moqueta del suelo, por sus desgastados zapatos y levemente analizaba los gestos que pasaban por el rostro de su inesperado acompañante.

—Estoy seguro de que todas las historias que cuenta son interesantes, señorita...

Se formó un silencio por parte de ella que les arrancó una carcajada al comprender que no había entendido a lo que Howland se refería. Elías comprobó que cuando sonreía se formaban unos graciosos hoyuelos en sus mejillas.

—Márquez —se presentó, al fin—. Valeria Márquez.

—Valeria para mí, supongo —no era una pregunta.

Su agilidad a la hora de continuar con la conversación era algo que no compartía con Valeria, que volvió a pestañear, un tanto confusa ante la osadía del joven.

—Oh, sí, claro, señor Howland.

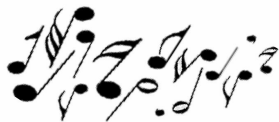
—Elías para ti —su voz era cálida—. Y lamento que no hayas encontrado lo que buscabas aquí, Valeria, ¿hay alguna forma que pueda compensarte?

Por primera vez, la picardía invadió los ojos de la periodista, pero como contradicción, dio un paso atrás.

—Me temo que no puede hacer mucho por mí, señor Howland.

Elías soltó un chasquido desanimado antes de rebuscar en sus bolsillos y tenderle una tarjeta.

—Esa es la dirección de mi casa aquí en París, por si se le ocurre alguna forma de compensarla. Además, podría ofrecerle una entrevista mientras la acompaño a la calle.



Cerró la puerta tras sus pasos y se puso a la altura de la joven, que sonrió, accediendo por primera vez.

La mañana del 26 de octubre de 1911 las oficinas del periódico *C'est La Vie* bullían de movimiento. Valeria no estaba acostumbrada a tanta gente, de hecho, aquellos rincones, entre semana, solían estar vacíos. Sus compañeros salían a las calles, en busca de noticias y pocos eran los redactores que se quedaban allí.

Valeria había pasado muchas horas entre aquellas paredes, frente a la máquina de escribir, procesando y pasando a limpio las apasionantes historias que sus compañeros tenían que contar para que, por la noche, se imprimiesen los periódicos. *C'est La Vie* estaba en pleno auge, imprimían miles de ejemplares al día y para eso necesitaban más mano de obra.

Necesitaban muchos redactores dentro, pero nunca era su turno de salir donde estaba la aventura. Por eso, cuando el señor Bouvet había confiado en ella para la entrevista a Bianchi y había vuelto con las manos vacías, se había sentido tan frustrada.

Aunque, para ser justos, no había vuelto con las manos del todo vacías.

—¡Quiero todos los artículos y exclusivas en mi mesa antes de la hora de comer! Mañana publicaremos un especial del concierto benéfico y quiero hacerlo antes que los mentecatos de *Le présent* —la voz del señor Bouvet se extendió por toda la sala, alzándose por encima de los murmullos—, ¡vamos!, ¡vamos! ¡Y recordad el día de mañana! ¡27 de octubre de 1911! ¡El día que la exclusiva hizo que triunfáramos!

La joven no pudo reprimir una sonrisa cuando su jefe repitió esa frase que le caracterizaba y es que el señor Bouvet solía vivir cada número como si fuera el que los llevara a la fama.

El hombre pasó por todas las mesas como un torbellino, resolviendo dudas y elevando la voz cada vez que tenía que felicitar a alguien, como si así pudiera contagiar su buen humor con el resto de la oficina. Cuando sus pequeños ojos se detuvieron sobre los de la elegante joven, supo que había llegado su momento de brillar, pero para ella no hubo felicitaciones subidas de voz, tan solo una sonrisa y un simple:

—Señorita Valeria, me gustaría hablar con usted en mi despacho.

Pero era suficiente. Había dejado a primera hora la entrevista a Elías Howland sobre la mesa de su jefe y estaba segura de que este había tenido tiempo de sobra para leerla. Estaba contento: podía ver ese gesto en su expresivo rostro.

Por eso cuando el señor Bouvet señaló su cuaderno de tapas rojas y la ofreció asiento, no se sorprendió.

—Un trabajo magnífico —aseguró el hombre, volviendo a abrir el cuaderno y echando un rápido vistazo—, ¿cómo lo consiguió?

Valeria Márquez había trabajado muy duro para llegar hasta allí y no lo había conseguido, precisamente, revelando sus trucos.

—Casualidad —respondió, encogiéndose de hombros.

El hombre soltó un bufido algo decepcionado: sabía que la joven trabajadora no era muy habladora, pero esperaba una respuesta más clara por su parte. Cualquiera otro se habría pavoneado ante toda la oficina: había sido la única que había conseguido llevarle a su mesa la entrevista con el joven prodigio, que la noche anterior se marchó sin dar explicaciones.

—Claro —suspiró, sin saber muy bien cómo abordar el tema que les mantenía allí—. Dígame, señorita Valeria, ¿tiene algo con el señor Howland que pueda interesarnos?

Era evidente que esperaba aquellas palabras, pues la chica soltó una carcajada cantarina antes de volver a fijar su mirada en los ojos entrecerrados de su jefe. No estaba enfadado, el señor Bouvet era demasiado listo como para desaprovechar las oportunidades y un acercamiento por parte de una de sus empleadas a una fuente de información lo era. Y una única.

—¿Algo?

—Bueno, ambos comparten raíces y es la única que consiguió entrevistarle tras el concierto benéfico. —Sonrió—. Da que pensar.

No estaba muy seguro de por qué, pero Valeria hinchó el pecho, orgullosa.

—Puede pensar lo que quiera, señor Bouvet.

Con un lento movimiento, el hombre se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo arrugado que guardaba en su bolsillo, sin despegar el rostro de Valeria. Había algo en esa chica que nunca había logrado descifrar; lo supo desde el primer momento que la tuvo delante, pero le gustaban demasiado los secretos como para perder la ocasión de descifrar uno.

—Siempre tan misteriosa, Valeria Márquez —celebró, como si fuera una verdadera virtud—. Tengo algo que ofrecerle. Un trabajo especial.

—¿Cómo de especial?

Fue el turno del señor Bouvet de sonreír, en parte, porque había logrado llamar la atención de la chica, pero también porque había conseguido que uno de sus trabajadores le consiguiera material algo más jugoso que la entrevista de Valeria y si jugaba bien sus cartas, podía estar ante uno de los mayores triunfos de su periódico.

Desde el primer momento que sacó el periódico con fecha de aquella mañana en un idioma que Valeria entendía perfectamente y ella leyó el titular, supo que la tenía comiendo de su mano.

—De este nivel —señaló.

La joven arrancó el periódico español de las manos de su jefe, con manos temblorosas.

—No puede ser.

Y es que, sin duda, el señor Bouvet había acertado en algo: el 27 de octubre de 1911 sería un día para recordar, al menos, para Valeria Márquez.

París, 1911

A pesar de que Elías nunca lo reconocería, pasó buena parte de la noche en vela. Solía ser muy sensible a los temas que le preocupaban y su cabeza siempre le traicionaba, dando más vueltas de la cuenta a los problemas. Vio el rosáceo del amanecer a través de la ventana de su dormitorio, que empezaba a iluminar los edificios que despuntaban por encima de las casas de París.

Solo logró pegar ojo con los primeros rayos y cuando volvió a despertarse, el sol estaba ya bien alto, debía ser al menos mediodía. La casa se había puesto en marcha hacía horas; podía escuchar los silenciosos pasos de Anne Hollins, su asistente, en el pasillo, limpiando el polvo depositado sobre los cuadros de la enorme casa que Elías y John ocupaban en sus viajes a París. Pertenecía a un viejo amigo al que el joven conocía bien. A menudo pensaba que se conocían demasiado bien.

Con una bata sobre el pijama y bajo la desaprobadora mirada de la señora Hollins, bajó al comedor y se sentó en su lugar habitual.

—Buenos días, joven prodigio —saludó la mujer, dejando frente a él una taza y una tetera recién preparada.

Sabía que no se despertaba con buenos ánimos y, precisamente por eso (por eso y porque se había enfriado el desayuno que le había preparado) adoraba incordiarle. Cualquiera podría decir que era atrevido, pero Anne Hollins había visto crecer a ese muchacho y no estaba dispuesta a que algo tan mínimo como el estatus se interpusiera en su maternal relación.

Elías, como era predecible, arrugó el gesto, sirviéndose el té.

—Esta mañana no estoy de humor, señora Hollins.

El salón era demasiado grande para las personas que solían habitar la casa, además, estaba repleto de cuadros y pinturas de pianistas e instrumentos musicales, por no hablar de la larga mesa, que en un pasado debió de ser la protagonista en animadas fiestas, pero que, en ese momento, estaba tan vacía como el resto de las habitaciones. Eso era algo a Anne le cargaba de trabajo, por eso, no podía permitirse perder ni un solo segundo y mientras esperaba una explicación por parte del joven, limpiaba con un plumero el polvo acumulado en los marcos de los cuadros.

—¿A qué viene esa cara tan larga? —insistió, incómoda ante el silencio.

El joven levantó un momento la mirada de su humeante líquido para depositarla sobre la asistente, que contenía una risita. Sabía lo que había pasado de sobra, pero siempre insistía en

escucharlo de su boca, una manía que sacaba de quicio a Elías. Esa mañana no estaba para juegos.

—¿No le ha contado John lo que ocurrió ayer en el concierto? A juzgar por su semblante lo sabe. —Y a pesar de eso, se obligó a sonreír—. Miente fatal, señora Hollins.

Tal y como se temía; a su protegido le atormentaban temas estúpidos, ¿cómo podía ser que no hubiera pegado ojo apenas por esa tontería? Porque era evidente que se había pasado la noche dando vueltas, lo evidenciaban esas enormes ojeras bajo sus ojos. Y era una lástima, porque el joven era muy atractivo; el pelo oscuro, despeinado, tenía las ondas más rebeldes que nunca y a pesar de haber nacido muy al sur, en un país donde los ojos azules eran un rasgo extraño, sus ojos claros resaltaban como los rayos de una tormenta de verano.

Anne colocó los brazos en jarras, sin poder creer lo que veía.

—¿Lo de ese pianista disfrazado? ¡Por el amor del cielo, Elías! —le amonestó—. ¿Eso te quita el sueño? Cómo se nota que no tenéis problemas de verdad.

Hacía mucho tiempo que Anne Hollins no pasaba una noche en vela, pero cuando tenía la edad de Elías eran problemas mucho más graves los que la atormentaban, como mantener el único trabajo que era el sustento de una familia numerosa. Ese músico tenía todo lo que cualquiera querría en su vida: tenía fama, dinero, juventud y salud y, sin embargo, se amargaba las noches en las que debía brillar con simplezas.

Esa no era la forma de verlo de él, por supuesto, pero no podía explicárselo a Anne, nunca comprendería los entresijos de su mundo, pues a pesar de que sus vidas se habían entremezclado, no estaban destinados a comprenderse.

—Ese pianista disfrazado, Anne, me robó el mejor momento del espectáculo —trató de explicarle, con calma—, ¿tienes idea de la impresión que dio de mí? Que no soy más que un mediocre músico que no sabe ni cerrar un concierto.

Ella hizo un brusco gesto con la mano, restándole importancia.

—Tonterías.

Y a pesar de que nunca podrían formar parte del mundo del otro, Elías y la señora Hollins se llevaban bien. Desde el primer momento en que cruzaron palabra, se llevaron bien. Ella vio en el joven una testarudez y un talento que pocos tienen y él vio lo más parecido a un instinto maternal que había tenido la oportunidad de encontrar. Por eso y por la estima que le tenía, siempre era paciente con ella, no le importaba tener que explicar incluso lo más evidente.

—Dime una cosa, Anne, cuando vas a un concierto y escuchas a diez pianistas uno detrás de otro... ¿te acuerdas del sexto? —aprovechó el silencio para dar un sorbo a la taza—, ¿del séptimo? Por supuesto que no. Solo viven en tu mente el primero y el último.

Se encogió de hombros, sin darle la importancia que Elías pretendía transmitir.

—A mí me parecen que todos tocan igual.

Estaba claro que había cosas que ni ella ni nadie podría nunca comprender, como ese

sentimiento que le hacía levantarse por las mañanas, esa necesidad de superarse tras cada ensayo, la importancia que tenía provocar en su público un sentimiento. No, era algo que solo los músicos podían entender.

—Para llevar años escuchándome ensayar, has mejorado muy poco el oído musical.

Ni siquiera le dedicó una breve mirada; continuó agitando el plumero y paseándolo por los marcos dorados de todos los cuadros.

—Será que tengo que estar más pendiente de otros sonidos, como de cuando llaman a la puerta —pensar en eso le hizo recordar algo importante—, ¿vas a leer hoy el periódico o no?

Había una pila de periódicos que habían ido llegando a la casa a lo largo de los días y que Elías ni siquiera se había esforzado por ojear; se estaban apilando sobre una mesita alargada que adornaba el recibidor y Anne sentía el ardiente deseo de quemarlos cuando pasaba por ahí.

Alcanzó los más recientes, justo del día anterior. El primero, era el famoso *Le présent*, el favorito de muchos en Francia y el segundo estaba en un idioma que Anne no conocía, pero que había aprendido a identificar. Ni siquiera cómo conseguía Elías la prensa española, pero con algún día de retraso, conseguía hacerse con ella.

Le ofreció *Le présent*, pero el pianista arrugó el gesto al ver en portada una fotografía del auditorio la noche anterior.

—Ese no, ya tengo demasiado en mente el concierto de anoche como para leer sobre él también.

Anne se encogió de hombros, contenta de poder empezar a deshacerse de esa pila de papeles. Trató de leer el titular de *El imparcial*, el periódico español, pero terminó rindiéndose y tendiéndoselo a un paciente Elías.

—Ayer llegaron los de tu tierra, aunque creo que con unos días de retraso.

Lo desdobló con cuidado y ojeó la primera página mientras se servía otra taza de té.

—Será una lectura mucho más agradable, sin duda.

La mujer retiró la tetera vacía y dejó a solas al joven, que paseaba sus ojillos por las pequeñas letras de tinta, al principio, indiferente.

Hasta que llegó a un titular mucho más interesante. El titular que estaba a punto de cambiar su historia.

La Reina Madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena afirma que desea ser mecenas de uno de los mejores músicos de su país y que deberán luchar en una competición donde el ganador será el receptor de tal honor.

La reina reveló la noticia a la prensa hace unos días, afirmando que desea que el mejor músico del país trabaje para ella, pero que serán todos los interesados los que deberán demostrar sus habilidades en una pequeña competición donde la final se

desarrollará, nada más y nada menos que en el mismo Palacio Real de Madrid, la noche antes de Nochebuena de este mismo año. La Reina Madre ha confirmado que tiene en mente el nombre de algunos artistas, pero que no los revelará todavía, puesto que desea que esta batalla sea justa y no haya más beneficiados que el ganador cuando la deslumbre en Navidad.

Elías Howland sintió cómo el corazón latía a una velocidad desenfrenada.

Hacía años que había huido de España, en busca de una vida mejor y se había encontrado con que tenía un don que podía ayudarle. Pero no allí. Allí era complicado prosperar, los buenos artistas salían, viajaban por el mundo, en busca del mecenazgo que les ayudara a cumplir todos sus deseos. Él había trepado con esfuerzo y había llegado alto, pero esa era la oportunidad que necesitaba. Podría volver por la puerta grande, podría ser el músico de la realeza.

Aquel puesto estaba destinado a él. Debía lograrlo. Lo haría.

Con todos esos pensamientos en la cabeza, sin dejarle pensar con claridad, se levantó de la silla con tanto ímpetu, que ni siquiera escuchó cómo esta se caía hacia atrás, causando un gran estruendo. Corrió hacia las escaleras, pero la figura de Anne le cortó el paso.

—¡Por el amor del cielo, muchacho! ¿Qué ha sido eso?

Pero el ruido o la carísima silla de caoba era lo último que le importaba. Debía avisar a su amigo, este tenía que saber de la noticia.

—¡John! ¡John! —El silencio le devolvió a la realidad—. ¿Dónde diablos se ha metido?

Ignorando el inexplicable entusiasmo del joven, la mujer volvió a colocar la silla en su sitio y señaló con la barbilla las escaleras, respondiendo a su pregunta con ese gesto.

—Todavía no ha bajado a desayunar.

Nunca podría explicar la fuerza que hizo que sus piernas subieran las escaleras a tanta velocidad, que trastabilló en el último escalón, pero logró mantener el equilibrio y golpear con fuerza la puerta de la habitación de John, que permanecía tan silenciosa como hacía unas horas.

Ni siquiera esperó dos segundos a obtener una respuesta, sino que entró de golpe, encontrándose de frente con la figura de su compañero, que estaba todavía vistiéndose, con la camisa desabrochada y el cinturón sin apretar, algo que a Elías no le importó, pero que a John le arrancó una expresión ruborizada.

—¡Elías! —le amonestó, abrochándose un botón aleatorio de la camisa.

Lo único importante en ese momento era el papel que el joven pianista ondeaba en el aire, con tanta impaciencia que casi se lo lanzó a John a la cara, señalando el titular que había leído escasos minutos atrás.

—Mira, mira —apuntaba con tanta fuerza que parecía que quería agujerear el periódico—. Mira esto.

Todavía con expresión molesta por su interrupción, John le arrebató el papel de las manos y le lanzó una fugaz mirada de advertencia a su compañero antes de empezar a leer. No duró demasiado en su rostro, sin embargo, pues a pesar del torpe español que dominaba el joven ayudante, comprendió lo esencial y lo fue expresando a través de muecas sorprendidas que culminaron en una enorme sonrisa.

—Esto es... —necesitaba encontrar las palabras exactas—, podría ser muy grande.

También sonriendo, Elías rodeó con sus manos la cara de su amigo, antes de abrazarlo. Estaba eufórico, por lo que el gesto no duró más de un segundo, antes de volver a soltarle, recuperar el periódico y repasar el titular.

—Es la oportunidad que llevo esperando años. —Volvió a levantar los ojos del papel—. Mi oportunidad. Por fin. —Lanzó un suspiro al aire—. Me recordarán siempre, John, me recordarán como el niño prodigio de la Reina Madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena.

Y tal y como había irrumpido en la habitación, como un huracán, recorrió el pasillo y la casa entera, soltando alegres gritos de júbilo.

Madrid, 1894

Elías descolgó los pies, balanceándolos hacia delante y hacia atrás, sentado en la incómoda silla de la que su madre le había advertido que no debía moverse. Una mujer se paseaba ante sus ojos y aunque ella creía que el niño no se había dado cuenta, sabía que le estaba vigilando.

«No se te ocurra coger absolutamente nada», había dicho su madre, antes de perderse tras la puerta con adornos tallados, que continuaba cerrada. «Y pórtate bien. Yo volveré enseguida. Por favor, Elías, esto es muy importante».

El niño había prometido una y mil veces que se portaría bien, que no haría nada por lo que nadie pudiera amonestarlo, pero era evidente que aquella mujer no había creído su palabra. Ni siquiera se había tocado el pelo, que permanecía pegado a su cabeza, pringoso por culpa de un líquido gelatinoso con el que su madre le había peinado esa mañana. Se moría de ganas de hundir los dedos en los apelmazados cabellos, pero era consciente de que su madre había tardado más de una hora en adecentarlo y que se enfadaría mucho si, cuando saliera, descubría un solo pelo fuera de lugar.

El problema era que él sí que se sentía fuera de lugar en esa enorme casa. Frente a él había una escalera que se dividía en dos al llegar a un infinito pasillo del que no paraban de salir mujeres vestidas con uniformes de asistentes y si hubiera conseguido mirar un poco más arriba, en la última planta, hubiera encontrado uno mucho más lujoso, con un enorme reloj que cantaba las en punto con una alegre melodía. Además, la casa de los Ibáñez estaba repleta de cuadros de todos los antepasados de la familia, que se habían encargado de dejar una profunda huella en la historia de las altas familias españolas; había habido aristócratas, artistas, políticos, banqueros, economistas y, en ese instante, don Carlos Ibáñez mantenía su puesto junto al gobierno, como ministro y consejero de la reina regente.

La casa de Elías y su madre, sin embargo, era baja, situada en uno de los barrios más pobres de Madrid. Cuando llovía, su madre tenía que poner cubos para recoger el agua que se colaba entre los agujeros del tejado y cuando hacía frío, solo tenían un infiernillo y mantas viejas.

Pero a pesar de eso, Catalina, la madre de Elías, había conseguido un traje elegante para ella y para su hijo (el que llevaba Elías era el uniforme de colegio del hijo de la antigua jefa de su madre, que ya le estaba pequeño) y ella había tenido que pedir prestado el suyo, pero había hecho muy buen trabajo. Catalina había admirado el cambio en el espejo aquella mañana y había

suspirado, alegre por primera vez en mucho tiempo, consciente de que su suerte podía estar a punto de cambiar.

El pequeño levantó la cabeza al escuchar el crujido de la puerta y se levantó cuando vio tras ella a su madre, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Muchísimas gracias por su decisión, señor, le aseguro que no se arrepentirá, estoy muy emocionada... —Ni siquiera era capaz de encontrar las palabras correctas. Carlos Ibáñez le ofreció la mano para estrechársela y ella la aferró con la fuerza que uno se aferra a las buenas oportunidades.

La mujer que había estado observando al niño fue la encargada de acompañarlos a la puerta, sonriendo cuando Catalina liberaba alguna carcajada entusiasta o un nuevo agradecimiento. Elías se aferró a la falda de su madre y esta le agarró con fuerza de la mano, con tanta firmeza, que el pequeño sintió ganas de soltársela, pero sospechaba que ni siquiera con ese gesto su madre apreciaría que le estaba haciendo daño.

Se despidió una vez más de la mujer y acordaron una nueva cita en la casa, aunque, en esa ocasión, Elías pudo entender algunas expresiones que no le terminaron de convencer, como que debían llevar a esa enorme mansión todas sus pertenencias en los próximos días.

Cuando al fin la puerta se cerró y Catalina estrechó entre sus brazos a su único hijo, Elías pudo sentir la humedad de las lágrimas de su madre en su propio rostro.

—¿Mamá? —preguntó, preocupado—. ¿Por qué lloras?

Necesitó unos segundos para recomponerse y usó la manga de su vestido para enjugar las lágrimas que todavía mojaban sus mejillas. Con la palma de la mano sobre la frente, a modo de visera, lanzó una mirada a la enorme casa que les observaba y soltó un suspiro tranquilo.

Lo había hecho. Lo había conseguido.

—Porque ahora las cosas van a cambiar, mi vida —respondió, dejando al pequeño en el suelo—. Mira esta casa, ahora vamos a vivir aquí.

A pesar de que lo había dicho con alegría y emoción, no consiguió que Elías se empapara de eso, de hecho, lo único que encontraría en el rostro de su hijo sería preocupación. Tiró de él con suavidad, tomándole de la mano y dejando atrás la casa con infinitas ventanas.

—Pero... ¿Y qué pasa con nuestra casa? —Quiso saber el niño—. A mí me gusta nuestra casa.

—La casa del señor García —corrigió ella, recordándole que solo podían vivir ahí porque todos los meses destinaba parte de su sueldo a pagar al casero—. Podremos dejar de pagar el alquiler y destinarlo a otras cosas como... Unas botas nuevas.

Eso, sin embargo, sí que hizo que el joven abriera mucho los ojos. Sus botas le estaban pequeñas de hacía un par de inviernos; estaban desgastadas y por mucho que su madre las frotaba, había manchas que ya no salían. Llevaba tanto tiempo deseando tener unas nuevas que

se detenía en cada escaparate, anhelando que ese último modelo fuera suyo.

—¿Vamos a comprar unas botas nuevas?

En esa ocasión, el tono de su voz desprendía impaciencia e ilusión.

—Y un traje y un abrigo —respondió su madre, antes de detenerse y ponerse a su altura, para acariciarle la mejilla—. Te prometo que nuestra vida va a cambiar a partir de ahora.

Y con un delicado beso en la frente de su hijo, Catalina selló su promesa.



Tal y como su madre le había dicho, todas sus pertenencias se movieron a la mansión de los Ibáñez cuando Catalina empezó en su nuevo puesto de asistente en la casa. A Elías se le asignó también un trabajo, pues a sus diez años estaba más que capacitado para ganarse su puesto como habitante de la mansión. Pasaba los días en la cocina; fregando platos, pelando verduras para los guisos y brillantando los suelos. También se le enseñó el trabajo de mozo de cuadra y los establos empezaron a ser el lugar donde más horas pasaba: daba de comer a los animales, mantenía limpia las cuadras y cepillaba a los caballos.

A pesar de que el joven estaba completamente desagradado, su madre le tenía bajo aviso; debía obedecer todas y cada una de las órdenes que le diera, por muy en desacuerdo que estuviera. Todas las noches le recordaba lo agradecidos que debían sentirse por vivir allí, con los señores.

Y es que, en efecto, solo la habitación que se les había asignado era el doble de grande de la casa que habían dejado atrás.

Una mañana, la música llegó a sus oídos de forma muy vaga al principio, como una nube de tormenta se acerca perezosa y permanece oscureciendo el cielo unas horas, antes de liberar el torrencial. Elías, que llevaba toda la mañana encerrando la escalera, no hizo caso a las notas que le llamaban, pues sus dedos doloridos no le dejaban ver más allá. Sin embargo, cuando la música cesó, sintió como si algo dentro de él se hubiera apagado.

Escuchó voces venidos del salón y cuando se dirigió a él, con cuidado de que nadie le viera y se asomó con delicadeza, vio de espaldas a una niña al piano. Había escuchado a su madre decir que las hijas de Ibáñez habían regresado de su escuela en Londres, pero lo cierto es que no se había cruzado con ninguna.

La niña tenía un vestido azul largo y ajustado que le llegaba hasta los tobillos, su cabello ondulado creaba cascadas de bucles, que caían sobre su espalda, atrapadas por un prieto lazo que decoraba lo alto de su cabeza.

—No, no, no. —Un hombre mayor, que había permanecido oculto para Elías por el marco de la puerta se acercó a la niña—. Señorita Victoria, no debe dejar de tocar de esa manera

tan brusca, los finales deben ser delicados... ¿comprende?

La niña, por primera vez, se volvió hacia el hombre y Elías pudo ver su rostro. No tenía el semblante serio de su madre ni el ceño fruncido de su padre, de hecho, portaba una sonrisa divertida que se fue desvaneciendo por culpa de la amonestación de su profesor de música.

—El piano es aburrido, señor Méndez.

El profesor fingió que había recibido un disparo en el pecho, se tambaleó, arrancándole a la niña una carcajada cantarina y a Elías una sonrisa, aunque no habría sabido decir si había sido producto del gesto del hombre o de la risa de Victoria.

—¡Señorita Victoria! ¿Qué diría el gran Mozart si la escuchara? ¿Qué dirían Beethoven o Bach? El piano, jovencita, son los cantos de los ángeles y dominar este instrumento puede hacerte alcanzar el paraíso.

A pesar de las profundas palabras de su profesor, la alumna negó con la cabeza. En Inglaterra no les obligaban a aprender a tocar, pero cuando volvían por vacaciones, su padre siempre insistía en que debía hacerlo. Su hermana Marga tocaba el arpa y el violín y según el señor Méndez, tenía futuro en eso, pero ella sentía que solo sabía aporrear las teclas del piano para sacarle horribles chillidos.

—Desde el principio —instó el señor Méndez—. Un, dos, tres...

Elías volvió a sentir cómo su pecho se inundaba de paz cuando las notas embriagaron el salón. Cerró los ojos, dejándose llevar por el momento; un escalofrío recorrió la punta de sus dedos y se extendió por sus brazos, poniéndole el vello de punta. Quiso creer que las notas le atravesaban, convertían cada pensamiento negativo, cada músculo dolorido en simple bienestar. Se imaginó escuchando la melodía durante horas, sintiendo bajo sus yemas las frías teclas de un piano.

Pero todo terminó minutos después y el golpe con la realidad fue más doloroso.

—Eso está mucho mejor —le felicitó el señor Méndez, posando una amigable mano sobre su hombro.

El joven debió marcharse en ese momento, pero no lo hizo. Fue un suspiro lo que le descubrió y cuando sintió las dos miradas sobre él, sintió el calor de la vergüenza. Estuvo a punto de soltar una torpe disculpa, pero el profesor se le adelantó.

—Hola, muchacho, ¿necesitabas algo? —preguntó, con voz amable.

También sus ojos lo eran y cuando pasó una breve mirada sobre el rostro de Victoria Ibáñez, se dio cuenta de que también sonreía con amabilidad.

—Tengo que encerar el suelo, señor —dijo, recordando sus tareas.

—¡Oh, cielos! —exclamó, echando un vistazo a su reloj de bolsillo—. Es cierto; se nos ha hecho tarde. Vamos, Victoria, dejemos al muchacho trabajar.

La joven obedeció y siguió a su maestro, sin despedirse del chico, pero lanzándole una

última sonrisa y una mirada de complicidad que Elías no podría olvidar en días, ni siquiera en semanas. No, al menos, hasta que no volvió a encontrarse con la niña y en esa ocasión, sí que encontró las palabras correctas.

París, 1911

Theodore Bianchi disfrutaba de la oscuridad. Se sentía parte de ella, como las sombras que pasaban inadvertidas ante los ojos no deseados. Y es que siempre se había obligado a ser una sombra. Uno de los secretos mejor guardados de París.

Dejó caer el periódico sobre la mesilla de noche, con la vista fija en el sol naciente que se asomaba por encima de la torre Eiffel. Había conseguido habitación en uno de los mejores hoteles y, sin embargo, no podía permitirse disfrutar de ese lujo; su cabeza no dejaba de dar vueltas una y otra vez a lo mismo.

Ni siquiera escuchó a su ayudante entrar; la penumbra de la habitación no permitió que se fijara en la mueca de preocupación que Nathan mostraba.

—¿*Mon ange*? —preguntó, en su refinado francés—. ¿Te encuentras bien?

Sus palabras, como siempre, lograron arrancarle a la oculta figura una sonrisa. Nathan siempre le llamaba así, a pesar de que había insistido en que no era necesario que lo hiciera. Para él, siempre lo sería; «su ángel», pues fue Bianchi quien le ofreció esa mano amigable cuando Nathan sentía que se estaba hundiendo. Lo salvó, como un ángel de la guarda llegado para protegerle de todo mal.

El joven francés se fijó en los papeles, perfectamente alisados, que descansaban junto a la figura cubierta con la capa. No necesitó más de dos vistazos para comprender que eso era lo que le preocupaba; él también había leído la noticia, de hecho, había sido el que se había presentado en la habitación con el periódico.

—Supongo que ya estás enterado.

Bianchi era complicado. Demasiado, en opinión de Nathan. Cuando había llegado el periódico, desde sus tierras lejanas, el joven pensó que eso le alegraría el día; al fin y al cabo, llevaba mucho tiempo buscando una oportunidad como esa, sin embargo, podía ver la preocupación a través de los agujeros del antifaz. En esa ocasión había elegido uno de colores púrpuras, veneciano, con un par de plumas blancas que sobresalían por encima de su cabeza.

—Oh, es... —se permitió unos segundos para pensar. Llevaba dos años aprendiendo ese condenado idioma, pero continuaba quedándose trabado—, ¿agradable?

Encontró la palabra adecuada, de hecho, logró que la figura se volviera hacia él, con un brillo ilusionado en los ojos y un ligero arqueamiento de labios.

—Vas mejorando con el español —le felicitó, procurando hablar despacio, para que Nathan pudiera entender hasta la última palabra.

Su compañero, agradecido ante el cumplido, tomó asiento a los pies de la enorme cama en la que Bianchi había pasado la noche, haciendo un gesto para que le acompañara. Finalmente, tras soltar un suspiro, obedeció.

—Lo que sea con tal de ver a *mon ange* con sonrisa, ¿por qué entonces triste?

Volvió a tomar el periódico español entre sus finos dedos, cubiertos por unos guantes y señaló la noticia del mecenazgo de la reina. Tenía que admitir que nada más leerla, cuando sus ojos visualizaron el punto final de la columna, su esperanza había estallado como fuegos artificiales. Podría volver a su país de origen, dejar esa estúpida identidad. Podría hacer tantas cosas, empezar una nueva vida...

Y, sin embargo, la alegría había durado poco. Siempre era tan efímera que no permitía que se saboreara.

—No sé si está hecho para mí.

Con Nathan siempre podía sincerarse. Él, a pesar de que no comprendía su idioma materno en su totalidad, parecía experto en leer expresiones, a pesar de que su rostro siempre estaba cubierto, por si acaso recibía alguna visita inesperada.

—Tonterías —zanjó—. Debes tocar para reina. Pasas practicando horas del día, tú eres... capaz de esto.

Sí que era capaz, lo sabía. Había tenido que trabajar muy duro para llegar hasta donde estaba; impresionar a muchos peces gordos de la nobleza francesa y todos habían quedado siempre complacidos. Sabía que tenía un don, que sus manos paseaban por las teclas del piano para pájaros emprendiendo el vuelo; nunca se caían, sus dedos, nunca fallaban.

Eso no sería lo que impediría que tocara ante la Reina Madre, pero era cierto que tenía demasiados elementos en su contra.

—No es eso, Nathan, lo sabes.

El joven se encogió de hombros, sin comprender.

—¿Es por si te descubren? Te aseguro que eso no pasará, yo cubro tu... —soltó una sonrisa burlona— trasero.

—¿Tu espalda? —corrigió.

—Eso mismo.

Logró sonsacar a su misterioso compañero una carcajada cantarina, pero no tardó en volver sobre ellos el silencio pesadoso y la mirada vacía, tan solo marcada por un triste brillo a punto de ocultarse.

—No sé si sería capaz de volver a España, Nathan.

—Es tu sueño —afirmó él, como si eso fuera lo único que importase. Y es que, en realidad, debería serlo, pero Bianchi había aprendido que, a menudo, las cosas no eran tan fáciles—. Llevas deseando años.

Negó con la cabeza, levantándose con violencia y volviendo a pegar su rostro al cristal de la ventana.

—Esto no es un cuento de hadas, este mundo no lo es.

La pena tiñó su voz y Nathan supo que tenía que hacer algo, antes de que los malos recuerdos y las pesadillas atacaran la mente del pianista.

—Tonterías —repitió—. Tú competir por el premio. *Mon ange* demostrará lo que vale.

Tenía plena confianza en su ángel de la guarda, sabía que había trabajado mucho para enfrentarse a ese momento. Lo sabía porque él había estado a su lado desde el principio, desde que, la extraña figura enmascarada entró una noche en una apestosa taberna parisina sus destinos se cruzaron.

—¿Crees que tengo oportunidades? —la voz de Bianchi interrumpió el hilo de los pensamientos de Nathan. Este, lo agradeció; no le gustaba volver a los tiempos oscuros.

—Eres más que capaz.

La seguridad bañó la habitación de un sentimiento que escaseaba en el temperamento de Bianchi en esos días: la esperanza. Quizá su compañero estuviera en lo cierto. Quizá podría, por una vez, hacer que todo funcionara.

—Está bien... —accedió, antes de dibujar en sus labios una sonrisa—. Aunque quizá debería yo escribir la carta de inscripción: no me gustaría que pusieras algo así como que mi trasero estará presente el día que se nos convoca.

Era evidente que su amigo no había nacido con el don de los idiomas y que solo pudiera practicar el español cuando estaban juntos solo dificultaba las cosas: el pianista tenía menos tiempo del que le gustaría en aquellos días.

—Practicaré para cuando atravesar la puerta del palacio de la realeza —prometió, poniendo verdadero esfuerzo en sus palabras y obteniendo tan solo una vaga oración.

Ni siquiera eso pudo, en ese momento, volver a hacer sonreír a Bianchi, que volvió a centrar sus pensamientos en el sol creciente.

—No te hagas ilusiones, Nathan.

El joven dejó solo a su compañero, cerrando la puerta y dejando, tan solo, una última frase antes de marcharse, una que retumbó en los oídos de Bianchi e hizo su corazón latir con fuerza:

—No lo hago, solo te digo lo que ocurrirá.



Deseó poder tener la ilusión de su amigo, pero en ese momento, solo quedaban dudas.

A pesar de que Valeria estaba más que acostumbrada a dar noticias, no hacía más que repetir en su mente cómo iba a dar esa. Por primera vez, su jefe le había entregado una noticia interesante, por primera vez en su carrera, había confiado en ella. Y no podía desaprovecharlo.

Soltó un suspiro antes de alzar la mirada, en un intento de no sorprenderse por lo enorme que era esa casa. El sol la cegó antes de poder vislumbrar el tejado y volvió a mirar la tarjeta que Elías Howland le había entregado, con su dirección garabateada y se aseguró de que lo que ponía en la tarjeta se correspondía con la realidad.

Esa era la casa; no se había equivocado. Cuando llamó, tratando de sonar decidida, una mujer de avanzada edad abrió la puerta. Se había preparado mucho su discurso y lo cierto era que esperaba poder soltarlo cuanto antes, de carrerilla.

¿Cómo había podido pensar que Elías Howland iba a abrir la puerta? Él no parecía de esas personas que abre la puerta, de hecho, ese papel le correspondería más a ella.

Negó con la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos. Estaba allí por una misión muy importante, una que podría alzar su carrera.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó la mujer, amable, pero con un deje impaciente en su voz.

—Sí, vengo a ver al señor Howland.

Lejos de lo que su gesto hosco podría predecir, finalmente, la asistente abrió la puerta y dejó que Valeria entrara al descansillo. Con un simple gesto la pidió que aguardase y subió las escaleras que recibían a los invitados, advirtiéndole de que no estaba segura de si el señor Howland deseaba recibir visitas aquella tarde.

Valeria pudo percibir en el ambiente las notas musicales de un piano. Eran lejanas, pero incluso así, sintió pena cuando estas se detuvieron. Se vio recompensada cuando vio la figura de Elías asomarse hacia el descansillo y no molestarse en ocultar una mueca de sorpresa al verla allí.

—Buenos días, señor Howland —saludó, dedicándole también una sonrisa.

No era un hombre acostumbrado a quedarse sin palabras, por eso, lo único que obtuvo Valeria en los primeros segundos, fue silencio, tan solo interrumpido por el sonido de los pasos del dueño de la casa, que bajaba los escalones con lentitud.

—Valeria —pronunció su nombre con miedo a equivocarse, a pesar de que la recordaba a la perfección. Todavía no podía creer que hubiera hecho caso a su tarjeta—, ¿qué la trae por aquí?

Su última pregunta llegó acompañada de sorpresa. Valeria mostró su mejor sonrisa en una mueca.

—El trabajo, me temo.

Elías, sin embargo, había logrado empezar el día con una visita inesperada y no estaba dispuesto a aceptar que algo tan banal como el trabajo le estropease esa sensación. Valeria llamaba su atención y no solo esa forma en que algunos cabellos rebeldes escapaban de su recogido o ese brillo en sus ojos. Ni siquiera el embriagador perfume a jazmín. Ella llamaba su atención de una forma que pocas personas lograban.

—Vaya, yo pensaba que venía a verme a mí —bromeó, terminando de bajar los escasos escalones que les separaban.

—Y así es, más o menos —la joven no pudo evitar bajar su tono de voz—. Vengo por negocios.

El pianista sabía que no se le podía sorprender dos veces seguidas, aunque admitió sentir curiosidad por lo que Valeria tuviera que ofrecerle.

—Negocios... —repitió, con mueca aburrida—. No me gustan demasiado, ¿sabe?

A pesar de la evasiva, no iba a lograr convencerla de que se marchara, pues no estaba dispuesta a dejar escapar su oportunidad.

—Este le gustará.

Elíasladeó la cabeza, cada vez más interesado.

—No tanto como una mujer segura que llama a mi puerta, señorita Márquez.

Normalmente, cuando dedicaba a una mujer un piropo como ese solía sonrojarse, dedicarle una mirada brillante y quizá él optaría por acariciar con delicadeza su mano, esperando que ella le siguiera, pero con Valeria no era así, ella permanecía ajena a todo, sin ruborizar, limitándose a dedicarle una breve sonrisa mientras daba un par de pasos para echar un breve vistazo a la acogedora casa.

—Supongo que está enterado de las noticias —continuó ella, fijando la atención al fin en algo que logró captarla: el periódico que hacía apenas unas horas Elías ojeaba—: El mecenazgo de la reina.

—Qué rápido corren las voces.

—Y en mi mundo aún más rápido, por eso sé que el señor Bianchi va a participar en la

competición.

Soltó la bomba a sabiendas de la repercusión que tendría sobre el rostro del pianista. Y no se equivocó; Elías percibió un vuelco en el estómago y sintió ganas de zarandear a la muchacha, obligándola a darle más información, pero todo hombre debía mantener una compostura. Se obligó a, simplemente, mostrar confusión.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—A juzgar por su gesto no lo sabía.

Por supuesto que no lo sabía. Agradeció que las piernas le continuaran sosteniendo, pues habría hecho el ridículo si las rodillas le hubieran temblado y se hubiera desplomado frente a la chica, a pesar de que sentía cómo un mareo nublaba su vista.

¿Ese Bianchi? ¿De nuevo? Y tenía que volver justo en ese momento...

—Enhorabuena, señorita, pocas logran sorprenderme y usted lo ha conseguido. Otra vez.

Habló dándole la espalda, deseoso de volver a su despacho. Valeria, por suerte, interpretó bien su gesto.

—¿Por qué no me invita a un té y le sigo sorprendiendo?

—Me muero de ganas ahora mismo. Además, necesito azúcar. Mucho azúcar.

París, 1911

Anne entró en la habitación con una bandeja, donde la tetera y las tazas tintineaban entre ellas con cada paso. Valeria se encargó de tomar el peso de la mujer y llevar el líquido humeante hasta la mesa que Elías tenía estrictamente colocada. Tan solo había un par de plumas alineadas, un manojito de papeles, un abrecartas y un sobre. La joven imaginó que hacía no mucho había estado escribiendo la carta de inscripción a la competición, tal y como la noticia indicaba que se debía hacer.

Elías, por el contrario, no tenía el pulso para servir el té, pues por mucho que trataba de esconder en sus bolsillos las manos temblorosas, era evidente que algo le preocupaba. O, mejor, dicho, la noticia le había puesto furioso. Un mar de inseguridades había arremetido contra su ilusión, contra su plan. Iba a presentarse, iba a ganar. Lo tenía más que claro; solo él era merecedor de tal honor. Había trabajado muy duro durante toda su vida, había llegado hasta su posición solo con talento y esfuerzo, la vida le tenía que compensar, así se suponía que era como funcionaba el universo.

—En realidad, no debería sorprenderme que Bianchi participe en la competición. Parece estar dispuesto a ser un digno rival. —No estaba seguro si se lo decía a la joven o al él mismo.

—Es un buen músico, sin duda.

La respuesta de ella le sacó de su ensimismamiento. Permanecía tranquila, sirviendo el té con una mueca inescrutable en el rostro. Elías había estado con muchas mujeres y no estaba acostumbrado a que se mantuvieran serenas cuando él estaba presente. Las jóvenes aristócratas esperaban en la puerta de su camerino cuando los conciertos terminaban y él las atendía como merecían. Siempre. Como verdaderamente merecían. Aunque eso supusiera invertir toda la noche.

—Creí que venía a engrandecer mi música, no la de él —protestó, dando un sorbo a la taza que ella le tendió.

Como si se sintiera en su propia casa, se acomodó en la silla, dejándose caer un poco mientras mordisqueaba una galleta de mantequilla.

—Qué puedo decir: soy una mujer sincera.

—No esperaba menos.

A pesar de que trataba de mantenerse en la conversación, era evidente que su mente vagaba lejos. Valeria carraspeó, en un intento de devolverle a la habitación.

—¿Cómo de involucrado está en la competición, señor Howland? —preguntó, al fin,

consciente de que el momento que había ido a buscar estaba empezando—. ¿Hasta dónde está dispuesto a luchar?

Elías entrecerró los ojos, intentando averiguar qué pensamientos ocupaban la mente de la joven, pero no iba a averiguarlo simplemente mirando a esos ojos cobrizos. Tenía unas pestañas muy largas, que abanicaban esa expresión paciente con cada parpadeo. Dejó la taza de té a un lazo y enlazó sus dedos antes de responder.

—Puedo asegurarte que, aunque la música de ese Bianchi sea buena, no siente la misma pasión por esta causa que yo.

Fue el turno de Valeria de sorprenderse, pues la voz de Elías sonaba tan segura y era tan férrea como un muro de ladrillos. Parecía que el hombre que se esforzaba por mantener la compostura y no golpear la mesa con todas sus fuerzas se había esfumado y había vuelto el apaciguado pianista de la mirada indiferente.

—¿Cómo está tan seguro? —inquirió Valeria, interesada.

—Porque no podría comprender lo que significa para mí.

Esperaba que ella pidiera más explicaciones, que tuviera que calmar su ansia de saber con evasivas, pero, por supuesto, no podía tener un comportamiento predecible. Se limitó a asentir con calma. Sus labios apretados hicieron dibujaron una curvatura.

—Comprendo.

No, no podía comprenderlo. Nadie podía. Nadie sabía lo que era todo eso para él, lo mucho que llevaba ansiando una oportunidad así. Su tranquilidad se resquebrajó y se levantó de la silla casi de un salto.

—¿Y cómo podría? —preguntó, llevando toda su furia a la ventana—. ¿Sabe lo que es ese sentimiento, señorita Márquez? Esa necesidad de demostrar algo.

Si la hubiera dirigido una mirada, por primera vez habría podido percibir un resquicio de duda, de sentimiento, de tristeza. Fue un brillo que se materializó en los ojos de Valeria sin que ella lo pudiera evitar. Eso era algo que les unía: se comprendía. Ella llevaba luchando durante años por un puesto por el que habían pasado media decena de compañeros suyos sin experiencia. Había visto reportajes mucho peores que los suyos ocupar las primeras páginas, palabras de felicitaciones por las que ella había peleado dedicadas a otros.

—Por eso estoy aquí, en realidad: también es una oportunidad para mi trabajo.

Su tono se endureció un poco, pero no dejó que la grieta se hiciera visible. Elías se separó de las vistas de la ventana y se apoyó en el escritorio que los separaba.

—¿Cuáles son esos negocios que venía a ofrecerme?

La sonrisa volvió al rostro de Valeria y sus dientes se vieron aún más blancos en contraste con el carmín rojo. Asintió, antes de levantarse y girar para apoyarse en el respaldo de la silla.

—Cooperación, señor Howland —explicó—: le ofrezco mi ayuda para esta causa. Le aseguro que tener a la prensa de su lado le hará mucho bien —bajó la voz de repente—. Yo sé cosas que podrán serle útiles.

Ella era el lince que permanecía oculta entre las sombras, pesando el valor de la información. Era la que siempre estaba allí la primera, a la que se le revelaban los más succulentos secretos.

Era los oídos de París.

—¿Y qué quiere? —preguntó Howland, sabiendo que una buena oferta nunca llegaba por las buenas.

Ella se encogió de hombros, como si fuera algo evidente:

—Durante la competición seré la única que podrá publicarle.

¿Solo era eso? No iba a suponerle un gran cambio, al fin y al cabo, nunca tenía preferencias en lo que a la prensa se refería; veía a todos como buitres carroñeros, que se abalanzaban sobre los restos de una buena noticia. Aunque, era evidente, que si tenía que elegir le gustaban esos ojos cobrizos y ese carmín rojo. No lo admitiría ante ella, por supuesto, estaban allí para jugar y no le gustaba ser un contrincante sencillo. Dejó a un lado el escritorio que les separaba y se acercó con pasos prudentes.

—Pero, como bien dice, la prensa es un arma importante en estos tiempos, ¿por qué limitarme a su periódico? ¿Por qué no... venderme al mejor postor?

Al fin y al cabo, lo importante era que su rostro saliera en los periódicos, ¿qué le importaba el nombre que este pudiera tener? John era el que siempre se encargaba de esas cosas: la prensa, la burocracia y las cosas aburridas, él solo tocaba.

A veces las teclas de su piano.

—Porque si me tiene de su lado, le ayudaré a ganar esta batalla —aseguró ella, con decisión.

—¿Cómo?

Por mucho que se esforzara por mostrarse neutral, lo que tuviera que decir le interesaba. Sabía que alguien como Valeria no habría llamado a la puerta de su casa si la oferta no fuera succulenta, pero se estaba haciendo demasiado de rogar y estaba empezando a perder la paciencia.

Ella sonrió, como si le enorgulleciera derribar toda esa fachada de tranquilidad que ambos sabían que no era de verdad. Elías Howland no era un hombre paciente, era un hombre decidido, que necesitaba el toque de la acción.

—Proporcionándole información sobre Bianchi —volvió a soltar, como si no tuviera importancia—. Al fin y al cabo, es el único rival que le preocupa, ¿verdad?

Elías sintió cómo su corazón volvía a latir a un ritmo desenfrenado. De hecho, llegó a temer que la joven pudiera escucharlo desde su posición, a pesar de que varios pasos les

separaban.

—¿Puedes conseguir información? ¿Cómo? No ofrece entrevistas, nunca acepta... Valeria cortó el ritmo de sus palabras con un solo gesto, que le hizo callar.

—Como le digo, señor Howland, incluso alguien tan enigmático como él sabe que le conviene que la prensa hable.

Tenía razón. Sabía que tenía razón. Ambos estaban en París y la única forma de que la reina pudiera escucharlos era a través del poder del papel. Tener a uno de los periódicos más importantes de Francia de su lado haría que la reina tuviera la oportunidad de conocerlo y no solo a través de su música. Ya había tenido oportunidad de escucharlo tocar en alguna ocasión, durante sus muchos conciertos por Europa, pero en esa ocasión, era diferente. La distancia dejaría de ser una desventaja si Valeria se encargaba de inmortalizarlo.

Y Bianchi no iba a renunciar también a eso.

Sin embargo, ver el impaciente gesto de la joven le hizo dudar.

—¿Y cómo sé que no es una trampa? —inquirió, volviendo a acortar la distancia en otro par de pasos—. ¿Cómo sé que no irá ahora a casa de Bianchi y le ofrecerá el mismo trato?

Fue ella la que se acercó en esa ocasión. Estaban a tan solo un par de pasos. Elías aspiró con delicadeza el aroma de la joven, que había embriagado la habitación. Era como si la mismísima primavera se hubiera manifestado entre ellos antes de tiempo.

—No puede saberlo —respondió ella, sonriendo y bajando la mirada—. Tendrá que confiar en mí.

Logró arrancarle una carcajada.

—No suelo ser confiado, Valeria. La confianza no fue lo que me trajo hasta aquí.

Se alejó de él y en cuanto lo hizo, Elías echó en falta escuchar el ritmo de su respiración, que antes era tan evidente como las ganas que ella de cerrar el acuerdo, pero no podía permitirse ni un solo error. No en esa ocasión. Se preguntó qué pensaría John de todo aquello, al fin y al cabo, él era el experto en esas cosas.

—Déjeme trabajar con usted en la primera prueba. Sé que tiene que pasar dos antes de llegar a la gran final —no había nerviosismo en su voz y es que el joven imaginaba que tendría más de un as bajo la manga. Por un momento, se le pasó por la cabeza tratar de agotarlos todos—. Si no le convence el trato, le prometo que me marcharé y no volveré a importunarle.

No quería que se marchara, de hecho, tan solo se habían visto en dos ocasiones y había disfrutado de su presencia. Se imaginó trabajar con ella, dejarla entrar en el exclusivo grupo que formaba su vida profesional. Era evidente que sabía ganarse la vida ella sola, que no necesitaba a nadie que la protegiera.

Quizá no fuera tan mala idea.

—Supongo que no tengo tiempo para pensarlo. Valeria casi saboreaba la victoria.

—Supone bien, señor Howland. No me gusta que me hagan esperar. Y el tiempo corre.

Tan solo contaban con unos días antes de que todos los participantes se manifestasen y le llegara la carta del Palacio Real con la primera prueba a superar. Para entonces, Elías quería tener la certeza de que él sería el ganador.

—¿Sabe, Valeria? Me gustan las entrevistas y me gustan sus ojos —recuperó la taza de té —, creo que haríamos un buen equipo.

La joven se permitió sonreír antes de imitar su gesto y dar un largo trago.

—Yo también lo creo. A mí me gustan las sabias decisiones —finalmente, también rio —. Y no le diría que no a un viaje al Palacio Real.

El pianista giró la cabeza, divertido, antes de ofrecerle a la joven brindar con sus tazas para sellar el pacto.

—Puede ir haciendo las maletas, señorita Márquez, porque vamos a ganar esta guerra.

Elías estaba seguro de que nunca se habría visto un brindis con semejante ausencia de encanto, pero, para los jóvenes, con la nueva esperanza que se había postrado ante ellos era más que suficiente.

Madrid, 1894

Elías se había acostumbrado a trabajar solo y, por eso, cuando se encontraba a alguien que no debía estar en el mismo lugar que él, se enfurecía. Sabía que no tenía derecho a espantar a nadie y eso le enfurecía aún más. Aunque nunca lo admitiría, el verdadero motivo era que no le gustaba que nadie lo viera trabajar. Eso le avergonzaba. Por mucho que su madre le recordaba cada día que debía estar agradecido a los Ibáñez, odiaba la nueva vida que debía llevar. Echaba de menos las tardes jugando en las calles, los días en los que era libre de ir y volver a su antojo y la escuela. Ese lugar que nunca pensaba que echaría de menos.

Aquella tarde, el señor Ibáñez había ordenado que quería todas las chimeneas limpias y, por supuesto, le había tocado la tarea a él. Por mucho que había protestado, lo único que había obtenido era una colleja de su superior y una orden contundente. Había limpiado ya dos de las chimeneas, sentía los dedos entumecidos de frotar el negro del humo y tenía la cara y las ropas cubiertas de hollín.

Quizá por eso, le fastidió tanto encontrarse a la joven Victoria al entrar en la biblioteca, su última chimenea, ocupando una de las butacas. Cuando escuchó los pasos del joven se giró y le dedicó una sonrisa amable.

A pesar de que debían tener la misma edad, a Elías se le antojó que parecía muy mayor, con un vestido azul perfectamente planchado, de anchas mangas, que se estrechaban al llegar a la muñeca. Tenía anudado al pelo un lazo del mismo color de la prenda y que destacaba en su cabello rubio cenizo.

—Hola —saludó, animada.

Él, por supuesto, sintió la vergüenza de ser tan diferente a la joven y a pesar de estar con el rostro ennegrecido, sintió cómo las mejillas se le encendían ante el rubor. Agachó la mirada y apretó los dientes, dirigiéndose a la chimenea y cargando con el cubo de agua y jabón.

—Hola —su saludo fue más bien como un indescifrable susurro.

Victoria cerró el libro, dejando su dedo índice en el lugar donde se había quedado su lectura y siguió con la mirada al muchacho, que ya había dejado en el suelo el cubo y se disponía a frotar con un cepillo. Giró la cabeza, curiosa, preguntándose si no le dirigiría una palabra más.

Comprendió que no cuando el silencio entre los dos se hizo incómodo.

—¿Qué haces?

Su pregunta le arrancó a Elías un bufido de fastidio, ¿acaso no era evidente?, ¿no tenía nada mejor que preguntar? Negó con la cabeza, dedicándole a la chica una mirada fría que no

necesitó más respuesta. A pesar de eso, ella no se molestó, se acomodó en la butaca, manteniendo su postura perfecta y volvió a abrir su libro.

—Parece aburrido, ¿podría ayudarte?

A pesar de que esa era la última intención de la joven, Elías sintió como si se estuviera riendo de él, ¿ayudarle?, ¿y cómo podría?, ¿cómo sin ensuciarse ese precioso vestido? Estaba seguro de que ni siquiera sabría desenvolverse bien con el cepillo.

—No.

Trató de que su respuesta sonase lo más contundente posible, sin importarle lo que Victoria pensara de él. Estaba claro que en Inglaterra recibirían una educación exquisita, pero, o se estaba burlando de él, o era idiota.

—Quizá podría leer en alto, para entretenerte, así...

El cepillo se le escurrió y cayó sobre el cubo, empapando todo lo que había a su alrededor. Genial, eso también tendría que recogerlo él. Dedicó a la joven otra mirada envenenada, culpándola de todo y maldiciéndola internamente. Estaba la casa mejor cuando ella no estaba.

—He dicho que no necesito ayuda —su voz era fría, como la nieve que caía en invierno. Entonces, cayó en la cuenta de que no tenía que hablarle así, de que podrían castigarlo. Echarlos de la casa, incluso. Pestañeó, volviendo a la realidad e intentó arreglarlo—: señorita...

—Victoria —respondió, todavía con ese deje amable en su voz—. Solo Victoria.

No le había reprendido, no había ido a darle el chivatazo a su padre. Todo estaba... ¿normal? Elías negó con la cabeza. No, nada estaba normal. Él no tenía que estar allí.

—Pues eso.

La joven sintió entonces como si la hubieran abofeteado; ¿por qué se comportaba así? Solo intentaba ayudar, desde que tenía recuerdos, todo el mundo en la casa había sido amable con ella, le habían permitido colaborar en las labores de cocina, había acompañado a las asistentes y ellas siempre parecían disfrutar con su presencia, sin embargo, el único niño de su edad, con el que parecía tener más en común, se comportaba como un verdadero maleducado.

Si ella respondiera de esa forma, su madre la castigaría en su habitación durante, al menos, tres horas.

—¿Siempre eres así de desagradable? —inquirió la joven, dejando el libro sobre su regazo, con las manos entrelazadas sobre él.

Elías admitió que le hizo gracia su comentario; ver su rostro tan desubicado le sacó una sonrisa y se limitó a encogerse de hombros.

—Solo cuando me molestan mientras trabajo.

Fue demasiado para ella, que se sintió tremendamente insultada, ¿no era su intención molestar! Ni siquiera había sonado desagradable o maleducada, algo que, sin duda, él no podría

decir.

—¡No te molesto! Solo intento ayudar... —Se le ocurrió volver a su libro, unas páginas atrás, justo al principio—. Escucha esto, te animará: *En el fondo del más azul de los océanos había un maravilloso palacio en el cual habitaba el Rey del Mar, un viejo y sabio tritón que tenía una abundante barba blanca. Vivía en esta espléndida mansión de coral multicolor y de conchas preciosas, junto a sus hijas, cinco bellísimas sirenas. La Sirenita, la más joven, además de ser la más bella poseía una voz maravillosa; cuando cantaba acompañándose con el arpa, los peces acudían de todas partes para escucharla, las conchas se abrían, mostrando sus perlas, y las medusas al oírla dejaban de flotar...*

—¿Por qué iba a animarme? —interrumpió el niño, mientras volvía a restregar el cepillo por los ladrillos ennegrecidos.

Supo que había cumplido el deseo de volver a dejarla sin palabras cuando la niña levantó la cabeza con lentitud, con los ojos entrecerrados y una mirada penetrante. Odiaba que la interrumpieran cuando se sumergía en una historia. Sin embargo, a pesar de que sintió deseos de contestar como aquel niño impertinente lo haría, se limitó a aclararse la garganta.

—¿No te gusta? —Cerró el libro y lo apoyó en su pecho, pensando en el centenar de veces que podía haberla leído—. Es una historia preciosa...

Él negó con la cabeza, algo más amable. En realidad, no le disgustaba la historia; a él le encantaba que le contaran cuentos, pero sentía una tremenda rabia al pensar que él estaba despellejándose los dedos mientras que Victoria solo leía. A él también le gustaría sentarse a leer, pero su madre había aceptado ese trabajo por los dos.

Lo odiaba. Odiaba esa casa, odiaba a los Ibáñez y, en ese momento, también se odiaba, por tener que callar y obedecer.

—No me gustan esas historias.

El tono de su voz daba a entender que no quería continuar con la conversación, pero si la muchacha lo captó, no lo dio a entender.

—¿Y cuáles te gustan?

Se encogió de hombros una vez más.

—Mi madre suele contarme cuentos de miedo antes de dormir.

A Victoria no le gustaban los cuentos de terror; en una ocasión, su hermana Marga le había contado una vieja leyenda de fantasmas y no había podido dormir en toda la noche. Y a pesar de eso, no fue lo que más le llamó la atención de la respuesta del chico.

—¿Y por qué no los lees tú mismo?

Comprendió que había hablado de más y sintió deseos de soltar una maldición. Aquella niña hacía que dijera cosas que no quería compartir con el mundo. No las leía él solo porque no sabía leer bien, en efecto, además, en su casa, no tenían ni un solo libro. Los cuentos que su

madre le contaba se los sabía de memoria, porque su abuela se los había contado cuando ella era niña.

Entre los dos motivos, le dejaba menos en ridículo la segunda opción, teniendo en cuenta que la niña leía muy bien y tenía una voz clara, como el profesor siempre le decía, en la escuela, que debía leer.

—En mi casa no teníamos... —Por algún motivo, fijar la mirada en los ojos de ella hizo que también sintiera vergüenza de eso, teniendo en cuenta la enorme biblioteca de los Ibáñez—. Da igual.

—¿Acaso no sabes leer? —se burló, divertida.

—¡Claro que sé leer! Mi madre me enseñó —protestó—. Y también fui a la escuela antes de entrar en este odioso lugar.

Su madre había hecho lo que había podido, en realidad, pero ella siempre trabajaba hasta tarde. En la escuela había demasiados niños y el maestro no podía dedicarle más de diez minutos al día. Los niños mayores, que podían haberle ayudado a mejorar su lectura, le aseguraron que no necesitaría aprender a leer y que era mejor opción escaparse de la escuela para salir a jugar.

Y él siempre les había hecho caso.

—¿Qué tiene de malo? —su voz aguda volvió a interrumpir sus pensamientos—. Yo siempre lo echo de menos, me gustaría poder vivir aquí todo el año, pero mi padre dice que aprenderemos más en Londres. A mi hermana Marga le gusta mucho, pero yo no lo soporto.

Cuando volvió a mirarla, descubrió algo que había estado presente en sus pupilas durante las semanas que llevaban allí: tristeza. Parecía que, al fin y al cabo, no eran tan diferentes, aunque él odiaba la mansión de los Ibáñez y Victoria la añoraba con todo su ser cuando tenía que abandonarla.

Se removió, incómodo, antes de volver a frotar con ímpetu.

—Podrías seguir leyendo —ofreció, interrumpiendo el silencio que se había formado entre ambos.

—Pensé que no te gustaba.

Le dedicó una sonrisa pícara antes de separar la mirada de los ojos de Victoria, que eran del mismo color que el cielo.

—Es mejor que escuchar cómo te quejas.

Fue suficiente para ella y, con una sonrisa, se acomodó en la butaca y continuó con la historia de aquella sirena que quería abandonar el mar. Ambos se sumieron tan profundamente en la historia, que ni siquiera escucharon los pasos acelerados que llegaban desde el pasillo y cuando Victoria reparó en ellos, apenas tuvo tiempo de esconderse tras la butaca.

Elías sintió, una vez más, como cuando ella dejó de hablar, la nube agradable que había formado se esfumaba, pero no tuvo tiempo para preguntar antes de que ella se llevara el dedo

índice a los labios, indicando silencio.

La puerta de la biblioteca se abrió, para dejar ver a un acalorado señor García, que paseó su mirada por toda la habitación.

—Oh, joven —sonrió con amabilidad al reparar en Elías—, ¿has visto a la señorita Ibáñez? Tiene que acudir a su clase de geografía.

Lanzó una mirada disimulada a la joven, que continuaba oculta, con una sonrisa en los labios.

—¿A quién?

El señor García hizo un gesto de suplicio y estuvo a punto de abandonar la sala, consciente de que era evidente que el niño no podía ayudarle.

—La señorita Victoria Ibáñez, por supuesto.

A pesar de que sintió un divertido deseo de delatarla, finalmente, dio la espalda al hombre, volviendo a la chimenea.

—No —respondió, muy convincente.

El hombre, que no esperaba una respuesta tan tajante por su parte, pestañeó, confuso, antes de colocarse las gafas, llevándolas de nuevo frente a sus ojos y cerró la puerta de nuevo, despidiéndose.

Cuando volvieron a estar solos, Victoria volvió a incorporarse, con una carcajada y dedicándole al joven una mirada agradecida, pero este no estaba dispuesto a dejar pasar esa oportunidad:

—Ahora me debes una —dijo, muy seguro, asegurándose de que no quedaba ni rastro del hollín en los ladrillos e incorporándose.

—¿Deberte una? ¿Qué dices?

Sonrió, consciente de que era evidente que Victoria no conocía las normas de la calle.

—Así funciona esto: yo te he salvado, me debes una. Ella, finalmente, suspiró.

—¿Y qué quieres que haga?

Elías ni siquiera necesitó un segundo para pensar.

—Quiero que toques el piano una vez más.

París, 1911

A pesar de que Elías removía el té con calma, en un intento de transmitir a los presentes ese mismo sentimiento, John se paseaba de un lado a otro, con nerviosismo y cuando se detenía para dedicarle a su amigo una mirada, era siempre cargada de confusión. Cuando el pianista terminó de relatar la conversación que había tenido con Valeria, John estaba rojo con un atardecer.

—¿Cómo? ¿Que has hecho qué? —Volvió a dar un par de pasos, con las manos en la frente—. ¡Pero cómo puedes ser tan idiota!

Elías le mostró las palmas de las manos, en un intento de transmitir inocencia.

—Pensé que te gustaría la noticia —mintió. Era muy consciente de a su amigo no le gustaban ese tipo de planes arriesgados—. Vamos, John, ¿qué tiene de malo? Ella nos hace el trabajo sucio, el que siempre dices que es difícil: darme a conocer. —Hizo una pausa para dar un sorbo a la bebida, tras encogerse de hombros—. Todo el mundo sabrá mi historia, todo el mundo conocerá a Elías...

—¡Sí! —interrumpió John, aun a sabiendas de que su compañero odiaba que lo interrumpieran—. ¡Literalmente todo el mundo! Incluso el resto de los participantes; pensé que querías que todo fuera un misterio, que el fin es sorprender al público.

Negó con la cabeza: John no comprendía nada. No podía comprenderlo. Por muy unidos que estaban, por mucho que hubieran trabajado juntos durante años, él no comprendía lo que significaba volver a Madrid, lo que había significado recibir esa carta de la reina, en la que citaba a todos los participantes a una fiesta en su palacio. John había nacido en el frío Londres y había viajado por todo el mundo desde que era un niño. Nunca había conocido nada lo suficientemente importante como para llamar «hogar». Él, sin embargo, que había tenido que abandonar su casa pronto, vivir una vida que no estaba hecha para él, sentía como si, por primera vez en años, de verdad volviera a casa. Quería ganar, pero también quería sentir que había trabajado lo suficiente como para merecerse estar allí, en ese salón, con la realeza. Y si esa mujer le podía proporcionar eso, estaba dispuesto a arriesgarse, por supuesto. Además, que quería trabajar con Valeria; había demostrado ser una mujer astuta, que solo con su ingenio, había llegado lejos.

—El fin es ganar, John —corrigió—. Esa chica será nuestro trampolín a la victoria.

John negó con la cabeza. Elías, cuando se trataba de temas de mujeres, solía ser un cabeza hueca, pero, en ese caso, se estaba coronando. No pudo evitar hacer memoria de los años que llevaban trabajando juntos: hacía tantos que ni siquiera podía recordar un tiempo en el que Elías no formara parte de su carrera profesional. Acompañarlo había sido un gran honor y había

aprendido mucho del pianista, pero también había tenido que sacrificar cosas para mantenerse a su lado. Su padre llevaba años escribiéndole desde Londres, recordándole que se hacía mayor y que cuando falleciera, la notaría que había levantado de la nada, sería suya. Él, sin embargo, estaba cómodo trabajando como representante de Elías Howland, pero en circunstancias como esa se preguntaba si su compañero sería consciente de que podía tirar años de trabajo por la borda. También había sido su trabajo, pues por mucho que se pavoneara, no habría conseguido llegar tan lejos solo.

—Esa chica será el principio del fin de tu carrera.

Elías puso los ojos en blanco y abrió la boca para añadir algo más, pero Anne interrumpió antes de que pudiera decir alguna otra tontería, cosa que John agradeció. Era una persona con mucha paciencia. Muchísima. Y, sin embargo, Elías solía hacerle perder los estribos en innumerables ocasiones.

—Anne, ¿por qué no le preparas a John una comida copiosa? Seguro que eso le animará —bromeó—. Después de una siesta lo verás todo con perspectiva.

Lejos de lo que el pianista esperaba, ninguno de los dos rio, sino que se quedaron mirándole con serio semblante, tanto que el joven puso los ojos en blanco, sin terminar de creer que tuvieran tan poco sentido del humor.

—Elías, esto no es una broma —replicó el joven, a la espera de que asentara un poco la cabeza en el tema.

Negó con la cabeza, borrando la sonrisa y tratando de transmitirle un poco de serenidad, aunque pocas cosas podían hacer que eso fuera posible. Se acercó a él y le tomó de los hombros, zarandeándole con delicadeza.

—Por supuesto que no es una broma. —Sus ojos, por primera vez desde que habían empezado la conversación, desprendía algo de seriedad—. Tranquilízate, John, tengo un plan. Sabes que siempre lo tengo.

—Pues si quieres que te ayude, tendrás que contármelo.

Se apartó, también con delicadeza, pero con la suficiente seguridad como para dejar claro que no estaba dispuesto a dejar que jugaran con su futuro ni con todo lo que habían construido durante años. Elías Howland era un hombre sonado en el mundo de la música, había salido de la nada y estaba, poco a poco, escalando hacia la cima y él también había tenido mucho que ver en labrar ese nombre. Elías Howland no era solamente el pianista, era el equipo que habían formado.

—Te contaré lo que voy a hacer ahora: preparar mi último concierto en París antes de partir a Madrid. —Se apoyó en el escritorio, paseando su mirada por toda la habitación, a modo de despedida—. Elías Howland vuelve a casa.



A John le gustaba escuchar los conciertos desde el interior del escenario. Adoraba examinar el rostro del público, vislumbrar antes que nadie esos pequeños detalles que todo el mundo ignoraba, como las leves pausas de Elías, su inexpugnable gesto o la débil luz de los focos sobre sus cabezas.

La Ópera Garnier era uno de los edificios más modernos y lujosos de París, que incluso contaba con unas potentes luces sobre el escenario, alimentadas con electricidad. Eso no debía ser algo digno de fijación para todos los presentes, que probablemente fueran ricos que también contaban con electricidad, pero John había crecido en un pequeño pueblo de Inglaterra, junto a la costa y allí, ninguno contaba con ese lujo.

Cuando la notaría de su padre empezó a dar sus frutos y se mudaron al mismo corazón de Londres, su padre consideró que aquello era una excentricidad y que toda la vida se habían apañado con lámparas y velas y no estaba dispuesto a pagar por un cableado. Su padre le enseñó a nunca olvidar sus orígenes y quizá esa fuera la razón por la que, a pesar de saber mezclarse muy bien con los de la clase alta, prefería ver el concierto desde detrás del telón y no junto a la aristocracia, en los palcos.

Imaginó que no le quedaba demasiado al concierto cuando la tromba de aplausos hizo una ovación a Elías, pero John había dejado de escuchar. Unos ojos claros que conocía muy bien le miraban desde una de las butacas más cercanas. A pesar de tener a Elías un poco más a la derecha, no había despegado su mirada de él y cuando se levantó, haciéndole un gesto, se separó del telón, para salir como un rayo por la puerta trasera, la que usaban los artistas.

Nathan no tardó en aparecer, con esa sonrisa contagiosa en los labios, pero no habría logrado hacer sonreír a John ni llevando el rostro pintado de colores.

—¿Qué haces aquí? —ladró el británico, en un perfecto francés no muy elegante.

—¡Largo!

Como siempre, Nathan no se dejó amedrentar por él. Se limitó a levantar las palmas, en señal de rendición y a dedicarle otro encantador arqueamiento de labios.

—¿Acaso no puedo venir a un concierto de piano? —su voz era melodiosa, como siempre lo había sido—. ¿Qué me lo impide?

Y es que, para mala suerte de John, el francés seguía tan encantador como siempre. Ese pelo rubio cenizo parecía brillar con luz propia y sus ojos permanecían tan profundos como el mismo océano, de un azul tan claro que podía llegar a confundirse con gris.

Pero no podía permitirse flaquear. Pestañeó, obligándose a pensar con claridad y negó con la cabeza, señalándole la dirección que le sacaría del recinto.

—No te hagas el inocente conmigo —le advirtió John, sin permitir que su voz temblara—. Sé a lo que vienes.

No era coincidencia que el ayudante de Bianchi apareciera en el último concierto de Elías en París. Al día siguiente tomarían un tren que les dejaría en Madrid y eso no lo habían compartido con nadie porque no querían que se extendiera el rumor entre el resto de los participantes.

Era evidente que su plan empezaba a tener agujeros irreparables, aunque John estaba convencido de que no se debía a falta de discreción, sino a que Nathan siempre había sido muy intuitivo. Y se le daba demasiado bien su trabajo.

El francés giró la cabeza, interesado.

—¿De verdad?

Le encantaba jugar, pero John no estaba de humor. No había tenido un buen día y lo último que deseaba era encontrarse con él. Parecía mentira que la casualidad no estuviera de su parte y se lo hubiera puesto en medio justo en ese momento.

—Vienes en busca de información sobre la competición, pero me temo que vas a marcharte con las manos vacías.

No se molestó en ocultarlo porque lo último que quería era seguir su corriente. No tenía ganas de jugar al juego del misterio. Nathan, sin embargo, dio un par de pasos hacia él, con delicadeza.

—John, John, siempre tan desconfiado. —Se detuvo al percibir que John estaba a punto de retroceder—. Cuándo cambiarás.

—Las personas no cambian, Nathan, es algo que me enseñaste tú.

Ni siquiera se molestó en disimular la rabia en su voz, la melancolía. Apartó la mirada del rostro de Nathan antes de poder percibir el brillo de tristeza, pero, aunque lo hubiera visto, lo hubiera ignorado; había caído demasiadas veces en esa trampa.

—No me importa la competición más allá de lo profesional, John. —Ya no empleaba ese tono divertido. Sus rasgos se habían ensombrecido levemente—. En realidad, he venido a verte a ti.

—¿A mí? No me hagas reír.

Fue su turno de soltar una carcajada, a pesar de que la situación estaba empezando a incomodarlo.

—Es cierto. —Se acercó un poco más—. Te vi el otro día, en el concierto benéfico.

Apenas un par de pasos les separaban y cuando Nathan alargó la mano con cuidado para acariciar el dorso de la de John, este sintió cómo la piel de su brazo se estremecía. En otra situación, en otro tiempo, se habría dejado llevar por el escalofrío, pero esa época parecía tan lejana que se sintió estúpido.

La apartó con brusquedad y retrocedió.

—No te atrevas, Nathan —le advirtió—. No te atrevas.

Había tardado mucho tiempo en recomponer los trozos de su vida pasada, que habían quedado machacados como para que una caricia le hiciera volver a tambalearse.

Nathan suspiró y por un segundo, incluso John sintió pena por él.

—Sé que tengo muchas cosas por las que disculparme. Al fin coincidían en algo.

—Sí, pero tus disculpas llegan tarde.

Hablaba con tanta ira contenida que Nathan empezó a sentir que no había sido buena idea encontrarse con él. Quizá John tuviera razón y lo único que le debía era dejar las cosas como estaban.

—Sabes que no soy el mismo. —Tragó saliva—. Mi ángel me sacó de esa oscuridad.

No podía creer ninguna de sus palabras. Otra vez no. Negó con la cabeza y le dio la espalda, dirigiéndose de nuevo a la puerta; el concierto estaba a punto de terminar y sabía que no era una buena idea que Elías los viese juntos.

—Me hiciste esa promesa muchas veces.

Su voz era apenas un susurro, casi imperceptible. Ni siquiera estaba seguro de si quería que Nathan lo escuchase, pero pudo comprobar que lo había hecho cuando este le agarró con suavidad del brazo.

—Siempre creíste en las segundas oportunidades.

—Tú desaprovechaste la tuya. —Se liberó, sin siquiera girarse para mirarle a los ojos—. No vuelvas a acercarte a Elías y... tampoco a mí.

—John...

Se detuvo cuando la tristeza llegó a sus oídos, cuando la piel se le erizó y sintió deseos de volver a girarse. Deseos que exterminó nada más germinar.

—Haznos un favor a los dos y márchate ya.

Madrid, 1894

Victoria Ibáñez no estaba acostumbrada a hacer cosas a escondidas de sus superiores y es que así se lo habían transmitido en el internado británico en el que pasaba el curso. A pesar de eso, Elías la había convencido de que, cuando uno debe una promesa, tiene que cumplirla y ella le había prometido al joven que volverían a tocar el piano.

Seleccionó un día que su padre había salido a una reunión con el resto de los diplomáticos, que su hermana Marga había ido a una cafetería con sus amigas y que su madre se estaba echando la siesta. Cuando su madre se recostaba, no importaba todo el ruido que hicieran, que tenía el sueño tan pesado como una pared de ladrillos.

—Lo cierto es que cuando dijiste que te debía una pensaba que te referías más bien a robar unos pasteles de la cocina, pero no esto. —La joven frunció el ceño, todavía en desacuerdo.

Su padre no le permitía tocar el piano si el profesor no estaba acompañándola, pues decía que era una pieza muy cara de una colección y que, si tocaba sin saber, acabaría desafinándolo.

—¿Para qué quiero pasteles? —preguntó Elías—. Esos puedo robarlos yo mismo.

El joven se parecía muy poco a los compañeros que estudiaban con ella en el internado, pues ellos pertenecían a familias aristócratas, eran refinados y muy elegantes. Elías, por el contrario, trabajaba para su padre, era brusco y su nodriza, incluso se habría aventurado a denominarle maleducado. Parecía, además, que siempre estaba enfadado, que tenía que medir con él muy bien las palabras para no ofenderle y que su orgullo era dos o tres palmos más alto que él.

Y, sin embargo, Victoria se sentía cómoda con él porque era muy diferente a lo que estaba habituada. Con él podía olvidarse de la postura recta, los buenos modales, sonreír y llevar las ropas perfectamente alisadas. Con él podía ser... ella misma.

—Es que... Elías, odio tocar el piano —reveló, por fin—. No se me da bien.

Lo único que encontró por su parte, sin embargo, fue una sonrisa pícaro y un gesto burlón, que trataba de imitarla.

—¿Y las clases de geografía te gustan? Porque puedo pensármelo la próxima vez que quieras esconderte del profesor.

Optó por reír también; las clases del señor García eran aburridas y ya pasaba suficientes horas en el internado como para tener también que escuchar la lección allí. Se suponía que estaban de vacaciones, ¿por qué su padre no podía dejarla ni un respiro?

—Está bien... Eres un cabezota.

Tomó asiento frente al instrumento y, aunque se extrañó cuando Elías ocupó lugar a su lado, también sentado, no dijo nada, sino que dejó que se acomodara también.

No tenía demasiada práctica con ese dichoso piano y el profesor García consideraba que no mostraba la suficiente atención como para mejorar pronto, pero sus manos se pasearon por las teclas con rapidez, arrancándole las finas notas y dejando que el silencio de la habitación se sustituyera por la música. Ni siquiera había tocado las primeras notas cuando el joven la interrumpió.

—Espera —dijo, alargando la mano junto a la suya—. Ahora yo.

Con movimientos torpes, trató de imitar los pasos que Victoria había seguido sobre las teclas, pero, por supuesto, falló en más de la mitad, produciendo un estridente sonido que la joven incluso temió que pudiera despertar a su madre, que estaba en las habitaciones del piso superior.

—No es así. —Le apartó—. Mira.

Repitió la operación, con más cuidado, sabiendo que el joven iba a tratar de copiar sus movimientos y cuando fue su turno, casi había conseguido imitarla a la perfección. Victoria sonrió, haciéndolo de nuevo y añadiendo nuevas notas, dejando espacio para que él pudiera recordarlos. Gracias a que él prestaba la máxima atención, pudieron avanzar con rapidez.

—Mejor —celebró ella—. Prueba con esto.

Empezó desde el principio, sin dejar de prestar atención a los ojos brillantes de Elías, que memorizaba con entusiasmo todos los movimientos de la chica. Cuando él lo hizo, sintió que un escalofrío recorría sus dedos y llegaba hasta su espalda. Deseó poder cerrar los ojos e imaginar que estaban lejos, muy lejos de allí. Pensó en cuando Victoria le habló del océano, de esas olas violentas que chocaban con la popa del barco que la llevaba a Inglaterra y se preguntó si ese mar sería tan increíble como ella lo describía. Se imaginó una gran masa de agua salada en movimiento, como sus dedos, que se movían inquietos por las teclas del piano.

Cuando la música se detuvo, volvió a sentir ese vacío, pero cuando Victoria puso sobre su regazo el cuaderno de partituras y empezó a hablar, transmitiéndole todos los secretos de esos símbolos, se llenó de nuevo. Incluso se permitió sonreír con sinceridad.

Deseaba que la joven le permitiera volver a tocar, tras la lección y cuando lo hacía, aunque eso le provocara algunos errores, cerraba los ojos, intentando imitar los movimientos que había memorizado.

—Se te da bien —dijo ella, cuando terminó la música.

Por un momento, las mejillas se le encendieron ante el rubor y tuvo que bajar la mirada del rostro de la chica, lo que la hizo sonreír.

—Me gusta mucho como suena —reveló—. Me... tranquiliza. Gracias.

Una carcajada hizo que sintiera aún más vergüenza, pero, finalmente, también arqueó los labios.

—Fíjate: si hasta puedes ser amable.

El breve momento de risas hizo que Victoria bajara la guardia y cuando escucharon los pasos cercanos, ya era tarde, la puerta de la biblioteca se abrió y el rostro confuso del profesor García se asomó a la habitación, haciendo que Elías diera un salto, alejándose de la joven y del instrumento.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí? —preguntó, colocando sus gafas redondas, como si no creyera lo que estaba viendo y necesitara comprobarlo.

El tartamudeo de un nervioso Elías no logró sacarles del embrollo y hasta que Victoria no se puso de pie, interponiéndose entre las miradas del niño y del profesor, este no dirigió a ella su mirada.

—Ha sido culpa mía, profesor García —aseguró—. Quería que Elías me viera tocar el piano y le entretuve de sus tareas. Lo siento.

Nadie que conociera a Eduardo García habría podido decir que el hombre tenía un alto temperamento y se enfadaba con facilidad, pues hubiera sido mentir. En ese momento, no estaba enfadado, sino miraba al joven cabizbajo entre dudoso y anonadado.

—Jesús, María y José, ¿eras tú el que estaba tocando?

La joven se apresuró a negar con la cabeza, sin terminar de advertir el brillo entusiasmado del hombre.

—No, era yo, señor García.

El silencio se hizo con la habitación y el profesor despegó la mirada de Elías para posarla en Victoria, que permanecía muy recta y convincente, con las manos enlazadas.

—Comprendo —asintió, finalmente—. Deberíais dejar eso ya, señorita Victoria, su padre estará a punto de llegar.



El profesor pudo percibir la mirada que se dedicaron los dos jóvenes antes de que ella saliera de la habitación. Pudo ver el agradecimiento en la mirada del chico y la sonrisa en los labios de Victoria, pero ellos no pudieron ver el gesto de triunfo en el semblante del profesor García, el mismo que el de un buscador de oro cuando encontraba una pintita en el río.

Catalina Blanco no era una mujer acostumbrada a llamar la atención, de hecho, ella siempre se había considerado una mujer bastante corriente, por eso, cuando el señor Ibáñez la llamó a su despacho, sintió que el mundo se le caía encima. Los nervios hicieron que se la formara un nudo en el estómago que no la permitió siquiera respirar y no hizo más que hacerse más y más fuerte a medida que subía las escaleras.

Sin embargo, no fue una reprimenda lo que encontró en el piso superior, de hecho, ni siquiera comprendía lo que el hombre la estaba intentando decir. Él hablaba con un entusiasmo que no era normal en su persona, al menos no en el día a día y el hombre que le acompañaba, tenía un brillo alegre en los ojos que no hubiera sido capaz de apagar ni intentándolo.

—Pero no lo entiendo, señor Ibáñez, ¿me está diciendo que a Elías se le da bien tocar el piano? —preguntó, con timidez, cuando ambos hubieron acabado de hablar.

—Mejor que bien, señora —respondió el profesor García, con la emoción que solo un actor de teatro durante la función habría podido igualar—. Su hijo es un prodigio.

Tragó saliva ante el calificativo, sintiendo que la palabra había caído sobre ella como un peso muerto. Aquello no tenía sentido, ¿su Elías un prodigio de la música? Si nunca había mostrado el más mínimo interés...

—Tranquilo, Eduardo, déjame hablar a mí —se adelantó el señor Ibáñez, entendiendo el silencio de Catalina—. Resulta, señora Catalina, que el profesor García sorprendió a su hijo y a mi hija tocando el piano.

Sintió que sus mejillas se encendían de la vergüenza, ¿cómo había podido hacer eso?

Si le tenía bien dicho que no debía tocar las pertenencias del señor Ibáñez.

—Cielos...

El hombro hizo un gesto, restándole importancia y un poco ofendido ante la reacción de la mujer por aquel mínimo detalle y no por la noticia.

—No se alarme, no hacían nada malo. —Se volvió de nuevo hacia Eduardo—. De hecho, el profesor se dio cuenta de que Elías tocaba sorprendentemente bien para ser su primera vez y le permitió volver a tocar en una de las clases de Victoria.

Catalina negó con la cabeza, sin comprender.

—Pero... a él nunca le enseñó nadie, ni siquiera teníamos piano en nuestra antigua casa.

El tal profesor García rio, dejando aún más desubicada a la mujer. Volvió a ser el señor Ibáñez el que se explicó:

—A veces, señora Blanco, nacemos con un don que tarde o temprano acaba saliendo y Eduardo cree firmemente que Elías tiene un don para la música.

El profesor García había permanecido impaciente durante toda la conversación, pero ya

no pudo reprimir más sus ganas de preguntar y cuando lo hizo, sonó como un niño al que le acababan de dar un caramelo.

—Puede ser cosa de familia, ¿usted o su marido...?

Mencionar ese tema hizo que Catalina saliera de su asombro para volver a la realidad, interrumpiendo de pronto, a pesar de que sabía que no era de buena educación.

—No estoy casada, señor García. Lo cierto es que mi marido falleció hace muchos años, cuando Elías era un bebé —mintió—. Y no, no creo que tocase ningún instrumento.

Había ensayado esa historia durante tanto tiempo que sonó de lo más natural. Lo cierto es que le había costado mucho tejérlela con paciencia, todo para que nunca volviera a salir a la luz la verdad: que el padre de Elías la abandonó estando embarazada y que todos en el barrio la habían señalado por quedarse encinta sin estar casada. Tuvo que huir con un niño del barrio en el que se había criado y, poco a poco, mediante mentiras, asegurarse de que todos los vecinos de su nueva vida se las creyeran. Estaba segura de que, si no hubiera sido por esa historia, nunca hubiera encontrado ese trabajo. Ni ese, ni ningún otro.

—¿Y usted? —interrumpió el profesor el hilo de sus pensamientos. Volvió a ruborizarse, en esa ocasión, sonriendo.

—Bueno, de niña pertenecía a un coro y de adolescente solía cantar en las fiestas de San Isidro.

El hombre asintió con la cabeza, tan emocionado que parecía dispuesto a ponerse a gritar en cualquier momento.

—Fascinante. Una familia con un don.

Y a pesar de las buenas noticias, Catalina volvió de nuevo a la realidad, sonando un poco brusca cuando añadió:

—Pero mucho me temo que no puedo pagar las clases de Elías, señor Ibáñez —objetó, con pena—. Sabe que somos una familia humilde.

El señor Ibáñez, sin embargo, no la había hecho llamar para solo informarla; estaba dispuesto a ir más allá. Todo lo que hiciera falta. Aquel niño era un regalo que el cielo le había concedido y no estaba dispuesto a dejarlo ir con tanta facilidad y menos por un tema económico.

—No tiene que preocuparse por eso, señora Blanco, si usted da su consentimiento me gustaría que Elías continuara formándose aquí y tal vez, en un futuro, pueda dar clases en la bella Francia.

La mujer abrió mucho los ojos, sin poder creer lo que oía; el profesor García, sin embargo, no había borrado su feliz expresión, que se acentuó aún más al imaginar al chiquillo aprendiendo de los mejores.

—¿Francia? —Ibáñez sonrió.

—Tengo un amigo: Thomas Howland. Es un músico muy respetado, pero hace algunos

años ya que se retiró. —Se levantó, sin poder permanecer más tiempo recto tras su escritorio—. Si él ve talento en Elías estoy seguro de que le encantaría adoptarle como su pupilo.

Todo avanzaba demasiado deprisa; ella no era más que una criada y Elías su pequeño, al que solo le permitían estar con su madre si ayudaba en las tareas de la casa. Ya estaba hablando con la cocinera para que le permitiera que el joven estuviera con ella en la cocina, aprendiendo y, quizá algún día, pudiera llegar a pinche. Hasta hacía apenas una hora ese era el máximo al que Elías podía aspirar, pero en ese despacho se estaba hablando de que fuera a Francia.

—No sé, yo... Tendría que hablar con Elías —farfulló—. Tiene un temperamento muy fuerte.

Y no era ninguna mentira: si Elías quería ir a Francia, estaba seguro de que haría lo posible por hacerlo, pero si se le metía entre ceja y ceja que no, ni el mismo señor Ibáñez podría convencerlo.

—Hable con su hijo, sí, también nosotros lo haremos, ¿verdad Eduardo?

El profesor asintió con solemnidad.

—Lo cierto es que para mí sería un verdadero honor transmitirle mis conocimientos en la materia.

Y aunque los dos hombres eran la viva imagen de la felicidad y el orgullo, en ese momento, Catalina Blanco, solo era un mar de dudas.

Madrid, 1911

Elías adoraba viajar en tren.

Había tenido oportunidad de viajar en tren en numerables ocasiones; por sus conciertos alrededor de Europa, viajar por simple placer o, en su juventud, visitas a su madre. Le encantaba el repiqueteo del suelo bajo sus zapatos, el olor dulce que llegaba desde la cafetería o ese carrito ambulante cargado de frutos secos y golosinas, pero, sobre todo, adoraba el tiempo que le proporcionaba ese tipo de viajes. Pocas veces contaba con tiempo libre en París y la oportunidad de poder estar disfrutando de un libro o garabateando notas en su pentagrama que posteriormente se convertirían en canciones era como un lujo.

Sin embargo, en ese viaje hacia Madrid, no podía disfrutar. Sentía un nudo en el estómago que iba a más a medida que se acercaban a la capital donde había nacido y a pesar de que se obligaba a ocultarlo, John lo captó enseguida, pero prefirió no preguntar.

Él conocía la respuesta. Conocía su historia. Conocía la última visita del pianista a la capital.

Y, a pesar de eso, cuando llegaron, se obligó a sonreír.

—¡Por fin! —exclamó, bajando casi de un salto del tren—. ¿Sabes, John? Creo que me adelantaré. Nos vemos en el hotel, ¿de acuerdo?

—No te olvides de la fiesta de esta noche —murmuró, dándole una moneda de propina al chico que cargaba con sus maletas.

—¿Y cómo iba a hacerlo?

Volvió a obligarse a dedicarle a su amigo una sonrisa, pero en esa ocasión, las fisuras fueron incluso más evidentes. John negó con la cabeza, viendo cómo se alejaba, sin evitar preguntarse cuándo su compañero admitiría que aquella competición iba a remover en él recuerdos que habría preferido enterrar.



La música hacía girar a los bailarines por todo el salón del Palacio Real. Aquella iba a ser una noche de las de recordar y los periódicos al día siguiente se iban a encargar de demostrárselo a todos los que no habían podido acudir.

La primera noche de la competición por el mecenazgo de la reina. La noche que se

anunciaría la primera prueba.

Cualquiera habría podido afirmar que todos los participantes estaban nerviosos y si Elías hubiera acudido a ese salón unas horas antes, nada más llegar a la estación, él también lo estaría, pero se conocía lo suficiente como para saber que antes de ir a un evento como aquel, necesitaba volver a pasear por las calles de *su* ciudad.

Y eso había hecho, durante horas. Se había recorrido cada palmo y había vuelto a tiempo al hotel para enfundarse en el elegante esmoquin que se había comprado para la ocasión. En aquel momento, era un río de calma.

Al contrario que John, que se removía en el sitio, sin dejar de mirar su reloj de pulsera.

—No está aquí.

Había dicho esa frase en voz baja muchas veces, pero era la primera vez que se atrevía a articularla en alto y con tono de reproche. El pianista negó con la cabeza, con una sonrisa en sus labios, apuró su copa y aprovechó que un camarero pasaba con una bandeja llena de ellas para coger otra casi al vuelo.

—¿De qué hablas? —preguntó, fingiendo que no conocía la respuesta.

El salón del Palacio Real brillaba con luz propia, aunque aquello no era una novedad. Las paredes, enfundadas en brillo dorado, soltaban destellos bajo la luz de la enorme lámpara de araña que colgaba del techo. Dibujos de trepadoras, que empezaban desde el suelo, adornaban cada palmo y llegaban hasta la obra maestra: el techo, cubierto con las más exquisitas pinturas. La mayoría de los invitados bailaban, haciendo girar los colores de sus vestidos y creando la ilusión de estar en una especie de mandala, sin embargo, había quien optaba por charlar alegremente, ocupando los escasos sillones, que se mantenían apartados en las esquinas.

Los reyes habían abierto el baile, pero se habían retirado, asegurando que volverían en pocos minutos, en esa ocasión, acompañados de la promotora de toda la celebración: la Reina Madre.

Y a pesar de todo, John no podía dejar de fruncir el ceño. Elías fantaseó con la idea de decirle que como no dejara de hacerlo, se iba a quedar con esa mueca de por vida, pero sabía que eso solo enfurecería aún más al inglés.

—Lo sabes muy bien, ¿dónde está Valeria Márquez?

Ahí estaba el motivo. Había tardado demasiado en mencionarlo.

—No vigilo sus pasos, John.

Era cierto que la joven no estaba entre los presentes. Elías se había dado un par de paseos, en busca de sus ojos avellana y su pelo cobrizo, pero no había encontrado más a que altas señoras de la aristocracia que le habían entretenido y él había tenido que poner buena cara. Habían quedado en esa fiesta, a la que estaban invitados tanto periodistas como participantes. Ella le había asegurado que tenía invitación, ¿por qué iba a mentir?

Era lo que se llevaba repitiendo desde que, al entrar, no la había encontrado.

—Genial, seguro que ni ha venido a Madrid, seguro que todo era palabrería y te ha dejado plantado.

Niega con la cabeza, sin poder contener una sonrisa divertida ante lo nervioso que estaba su compañero. Él siempre actuaba así, fuera la situación que fuera: antes de un concierto, durante la firma de un contrato, incluso en una reunión familiar con sus padres. Elías, por el contrario, había aprendido a ser paciente, aunque a menudo le costaba horrores, había tenido mucho tiempo de practicar a lo largo de su vida.

—No digas tonterías, ya te dije que ella venía con el resto de los periodistas. —Se encoge de hombros, restándole importancia—. Ya sabes cómo funcionan esos carroñeros.

—¿Y ella no lo es?

No esperaba que John pudiera confiar en ella, pero si esperaba que pudiera confiar en él. Había visto una oportunidad en esa chica, una que nunca había tenido: el poder atacar a Bianchi desde su círculo cercano. ¿Cómo era posible que John no viera la genialidad de su plan? ¿Cuántas veces iba a tener que explicarse?

—Ya hemos hablado de esto... —cortó, endureciendo su tono, dispuesto a zanjar el asunto de una vez, pero de repente, al alzar la vista, se encontró con dos figuras conocidas y una de ellas, vestía con capa y antifaz—. Vaya, parece que alguien sí que se ha dignado a venir.

El antifaz de Bianchi brillaba bajo la luz de la lámpara de araña, soltando reflejos dorados, haciendo que destacara como una luciérnaga en medio de un bosque oscuro. A pesar de eso, no era su excéntrico disfraz el que hizo que los periodistas de la sala y otros invitados de la aristocracia hicieran un pequeño corro a su alrededor, soltando todo tipo de preguntas. Por supuesto, él no habló. Nunca lo hacía. Su portavoz, un atractivo francés que siempre iba a su lado, obligó a todos a alejarse y respondió las preguntas de todos los presentes, con un fuerte acento reconocible.

Cualquiera se detendría a mirarlo, eso era evidente. Su capa ancha, de terciopelo granate, cubría una buena parte de su cuerpo, además, le proporcionaba una capucha que le ocultaba la cabeza. Tenía guantes blancos, a juego con la camisa de su esmoquin y aquella noche, incluso portaba un elegante bastón.

Él mismo era elegancia.

Él era el mayor misterio del mundo de la música.

Y dedicarle más de dos miradas le producía a Elías arcadas. No deberían estar idolatrando a ese don nadie con pintas de payaso, que había aparecido de la nada, sino a él, el pianista más joven con conseguir el éxito. Se había esforzado mucho y tenía pensado ganar la competición. Eso lo tenía claro. Costara lo que costase, ese mecenazgo era suyo.

—No deberías ni acercarte, que no nos relacionen con ellos —murmuró su compañero, al

ver que no despegaba la vista de Bianchi y Nathan.

Cualquiera que conociera un poco a Elías sabría que, en ese momento, echaba humo por las orejas, por eso, cuando se volvió al inglés, con una sonrisa picarona, frunció el ceño, algo confuso.

—¿Con quién exactamente no quieres que te relacionen, John?

El pianista soltó una carcajada, pero él solo pudo resoplar, sintiendo cómo las mejillas se le encendían.

—Déjate de bromas.

Le dio una palmada en el hombro, pero, efectivamente, en ese momento no tenía ganas de reír. Era cierto que la conversación con Nathan todavía estaba muy presente en su memoria, atormentándole.

—Percibo enfado en tus palabras.

—Será porque estoy enfadado.

En esta ocasión, las palmadas fueron amigables, pues a pesar de que le hacía de rabiar, Elías sabía lo doloroso que era ese tema para John. Él mismo se lo había revelado mucho tiempo atrás, cuando su compañero necesitaba desesperadamente una mano amiga.

—Pues hoy no hay cabida para eso, amigo mío. —Señaló un punto algo alejado de ellos, donde una figura parecía vagar sin rumbo, sin saber bien lo que hacer. Elías hubiera reconocido esa melena cobriza en cualquier lugar—. Mira, allí está Valeria. —Se acercó a su oído antes de acudir a la llamada de la dama—. Es una fiesta, diviértete.

—Y tú no lo hagas demasiado, mañana tenemos trabajo.

—No prometo nada.

A pesar de que se repitió esa frase en su cabeza, no pudo evitar lanzar una última mirada envenenada a Bianchi, pero para su sorpresa, la figura del antifaz había desaparecido, dejando solo a su portavoz e intérprete, que reía, animado, rodeado de un grupo de nobles.

Elías buscó a su alrededor con la mirada, pero el pianista parecía haberse esfumado, dejando tras él, el halo de misterio que siempre llevaba bajo su disfraz. Se encogió de hombros: no le importaba lo más mínimo en lo que Bianchi gastara su tiempo, de hecho, si se marchaba mejor, así no tendrían que compartir escenario.

—Ya no la esperaba, señorita Márquez.

Valeria abrió mucho los ojos, sin poder creerse que Elías se hubiera saltado su primera norma tan pronto. Se acercó a una bandeja de pastelitos de limón y tomó uno con cuidado, aprovechando para pasear la mirada entre los presentes y asegurarse de que no hubiera ojos indiscretos.

—Le recuerdo que no es buena idea que nos vean juntos.

Ya esperaba esa respuesta por su parte, por eso, cuando la escuchó en sus labios, no pudo

evitar soltar una carcajada discreta.

—¿Por qué no? Solo soy un invitado al que le ha llamado la atención la mujer más atractiva de la sala.

La expresión sorprendida de Valeria apenas duró un segundo en su rostro, después, cerró los ojos, como si estuviera saboreando el piropo y volvió a su mueca neutra, indescifrable. El brillo de sus ojos se apagó un momento y tan solo los recorrió una expresión artificial, fingida.

—Me halaga, pero le advierto que me tomo muy en serio mi trabajo y es precisamente lo que me trae aquí.

El pianista adoraba que usara ese tono con él y para la joven no era más que un juego al que estaba dispuesta a jugar. Le divertía. Había pasado horas encerrada en un vagón repleto de viajeros y estar allí, en ese ambiente, con Elías a su lado, hizo que pudiera volver a respirar.

—Pero en su trabajo tendrá descansos o algo así, quizá pueda aprovechar uno conmigo. Se llevó un dedo a los labios, pensativa, todavía metida en su papel.

—Quizá, pero espero que no me haga perder el tiempo y baile bien, señor Howland.

A modo de respuesta y como si los músicos estuvieran escuchando, terminaron la pieza y el salón se llenó de aplausos discretos. Algunos bailarines aprovecharon para sentarse y otros, arrastraron a sus parejas al centro de la sala.

—Hago bien muchas otras cosas aparte de bailar.

Con un guiño de ojo, el joven aprovechó para dar un paso hacia ella, ofreciéndole la mano para imitar a los presentes que habían optado por arremolinarse entre los bailarines, dispuestos a imitarlos.

—No lo dudo, pero... —aceptó la mano del joven, sintiendo su calidez—, ¿qué es una fiesta sin un baile?

—Tiene razón.

Cuando la música volvió a sonar, Valeria pudo comprobar que el joven no mentía y que, en efecto, era muy buen bailarín; la guiaba entre el resto de las parejas como si fueran obstáculos que tenían que esquivar y él lo hacía con elegancia.

Cuando se acercaron a la mesa real, algo más elevada que el resto del salón, comprobó que el rey Alfonso estaba sentado tras esta, charlando animadamente con su esposa, la reina Victoria. El espacio que debería ocupar la Reina Madre, sin embargo, estaba vacío, lo que hizo que la joven frunciera el ceño, confundida.

—¿Quiere que le cuente un secreto, señorita Márquez? —preguntó Elías, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella hizo como si tuviera que pensarse la respuesta, sonriendo finalmente.

—Solo si no le importa que mañana salga en los periódicos.

El joven la hizo girar cuando todos lo hicieron y cuando volvieron a su posición, ignoró la

respuesta de Valeria, señalando con la cabeza una enorme ventana, donde dejaba ver las luces encendidas de los jardines reales.

—Nací en esta misma capital y mi primer concierto fue en la ópera de la ciudad. Estaba claro que eso no se lo esperaba.

—Es curioso porque Howland no parece un apellido de aquí.

No le pareció importar que descubriera su secreto, de hecho, negó con la cabeza, confirmando sus palabras.

—Eso es porque ese apellido lo tomé prestado hace un tiempo, cuando empecé en el mundo de la música. —Se detuvo unos segundos—. No iba a llegar muy lejos con mi apellido original.

—¿Y por qué no? ¿Acaso es un Espósito?

En esa ocasión, Valeria sí que pudo ver durante un segundo un brillo apenado en sus pupilas oscuras.

—No, pero no queda muy alejado de la realidad.

Con un movimiento algo más brusco de los que le había precedido, sus rostros quedaron muy cerca cuando Elías tiró de su cuerpo. Sus pechos estaban a apenas unos milímetros.

—Percibo que se viene historia triste —susurró ella, sintiendo el calor que desprendían las mejillas del joven.

No respondió, por supuesto. Se limitó a sonreír y a separarse de ella.

—El secreto acaba aquí, Valeria, el resto tendrás que descubrirlo tú.

—¿De verdad?

La música cesó y los aplausos volvieron.

—Se me suelta la lengua después de un par de copas, quizá pueda aprovechar esa ventaja.

Sin embrago, no tuvieron ocasión de hacerse con una copa, pues la música no volvió a empezar, sino que el rey Alfonso se levantó con suavidad e hizo sonar su copa, golpeándola con una cuchara. Señaló hacia la puerta del salón, donde una mujer entrada en años, pero de perfecta imagen apareció, caminando con lentitud. Valeria sintió cómo el corazón se le aceleraba.

—Señoras y señores, con todos ustedes, su majestad María Cristina, la anfitriona de esta fiesta y Reina Madre de todos.

SEGUNDA PARTE
UNA CANCIÓN QUE ME HAGA LLORAR

11

Madrid, 1894

Thomas Howland era el hombre más elegante que el viejo profesor hubiera visto. Debían tener más o menos la misma edad y, sin embargo, sentía que empequeñecía cuando estaba a su lado. Él mismo le había llamado y le había sorprendido que hubiera respondido con una respuesta clara: iría a conocer al niño prodigio del piano.

—Tengo ganas de conocer a ese pimpollo del que tanto me has hablado en tus cartas, Eduardo.

El hombre sintió una punzada de orgullo, pues creía que nada podía sorprender a aquel hombre sereno y tranquilo. Era uno de los mejores pianistas de Europa, de hecho, él le había conocido en uno de sus múltiples conciertos en España. En comparación con el artista, Eduardo García no era más que un entusiasta, que se defendía con las teclas. No iba más allá. Por eso, sentía que la educación de Elías se había estancado con él: el hombre ya le había enseñado todo lo que sabía.

—No te vas a arrepentir, Thomas —aseguró—. El niño es un verdadero prodigio.

El pianista, sin embargo, no estaba tan seguro, pues torció el gesto, impaciente ante tanta palabrería y tan pocas pruebas.

—Llamas prodigio a la gente con demasiada soltura.

Tenía un fuerte acento, una mezcla entre el inglés que hablaba desde la cuna y el francés que había aprendido desde joven, pues llevaba viviendo en el sur de Francia desde hacía mucho tiempo. El viaje había sido largo: había tenido que coger un tren desde Francia hasta Barcelona y después, otro que le había dejado en la estación central de Madrid. Por el momento, sin embargo, no había merecido la pena exponer a tantas horas de viaje a sus avanzados huesos.

—¡No, no! El niño tiene un don. —Abrió la puerta de la biblioteca, donde estaba el niño, con un traje nuevo que le quedaba algo grande, el señor Ibáñez, su anfitrión y una mujer temblorosa—. Llevamos seis meses de clases y ya apenas tengo lecciones que enseñarle...

El señor Ibáñez, lleno de entusiasmo y orgullo, presentó a todos, haciendo hincapié en el niño, al que habían peinado de forma excesiva: lo que solía ser una mata de pelo rizado indomable, era una masa oscura cubierta de cera que se pegaba a su cabeza. Howland era mayor para ese tipo de excentricidades y cortó la palabrería de Ibáñez con un simple gesto. Dedicó una breve mirada al hombre, antes de cerrar los ojos, cansado.

—Dejadnos solos, por favor —pidió, dedicando toda su atención en el niño.

—¿Qué?

Fue la madre del joven la que habló, no demasiada convencida, pero, por suerte para Thomas, había en la sala alguien más desesperado que el propio Elías en que todo aquello saliera bien.

—Tranquila, Catalina, Howland sabe lo que se hace —dijo el profesor, señalando la puerta.

Al señor Ibáñez fue al que más le costó abandonar la habitación, pues no estaba demasiado acostumbrado a que le dieran órdenes y menos en su propia casa. Además, no podía dejar de ver la oportunidad como un posible beneficio para él.

Cuando al fin el señor Howland pudo respirar en paz, clavó la mirada en el pequeño, que lejos de parecer nervioso, estaba sereno junto al piano, esperando que le dieran permiso para tocar el instrumento. Sin esperar permiso por parte de nadie, Thomas pudo tomar asiento al fin en la butaca y agarró con más fuerza el bastón en el que se apoyaba al caminar.

Elías, entonces, tuvo la oportunidad de analizarle: era un hombre larguirucho y delgado, con un frondoso bigote cano y el pelo alborotado, unos centímetros por encima de los hombros, más largo de lo que estaba acostumbrado a ver en los hombres. Vestía con un traje marino que le quedaba como un guante y lo que más destacaba de su atuendo eran unos zapatos blancos mucho más nuevos que los suyos, pues parecía que los había estrenado aquella misma mañana.

—¿Tú eres el famoso Elías? —preguntó de repente, tras unos segundos de silencio.

Se aclaró la garganta, en un intento de recordar todas las lecciones que habían avasallado su cabeza a lo largo de los días.

—Sí, señor.

Respondió con energía, lo que pareció alegrar al hombre, que se acomodó en la butaca, como el que esperaba un buen espectáculo.

—¿Sabes? Vengo desde muy lejos alentado por las brillantes palabras del señor Ibáñez y el profesor García —dijo, sonriendo—. Te advierto que no soy fácil de contentar.

Elías enarcó una ceja, confundido ante su sonrisa, que parecía ser tranquilizadora, pero después sus palabras eran arrogantes.

—No va a conseguir ponerme nervioso, si es lo que propone.

El hombre abrió mucho los ojos, al principio, sorprendido ante el comentario del joven. No estaba acostumbrado a esos modales, a los pocos niños que conocía, se les había dado una educación exquisita y nunca hubieran soltado unas palabras como esas, pero después, no pudo evitar soltar una carcajada. Era evidente que tenía madera de famoso: iba a ser tan insoportable como todos ellos.

—De acuerdo, a ver si tus manos están tan sueltas como tu lengua, jovencito.

Con un gesto, le indicó que podía sentarse al piano y el niño se concedió un par de segundos antes de empezar a tocar. Como siempre hacía, se dejó llevar por el ritmo, por el vibrar de las teclas, por la melodía y por las notas que leía en la partitura. Intentó alejarse de aquella habitación, olvidarse del hombre que le miraba y pensar en los momentos que relacionaba con la música: él observando cómo Victoria tocaba, ambos escapando de la casa a la hora de la siesta para jugar, correteando por los pasillos...

—Mejora la articulación —le interrumpió el hombre, haciendo que Elías volviera de golpe a ese preciso instante—. Exagera más los acentos.

Tragó saliva, imaginando a Ibáñez y al profesor escuchando al otro lado de la puerta y soltando un chasquido decepcionado. Le habían dicho que tenía que ser su mejor actuación hasta la fecha, que todo debía ser perfecto, que tenía que conseguir que Thomas Howland llorase de la emoción... pero no parecía que el hombre estuviera a punto de llorar, de hecho, Elías dudó de que hubiera llorado alguna vez en su vida.

No podía permitirse perder la concentración: se estaba jugando su futuro. Todo su futuro dependía de que sorprendiera a ese hombre. Sin dejar de tocar, intentó hacer lo que el hombre le había ordenado, con la mente fija en el momento en que el profesor García le dio esa lección.

Por culpa de obligarse a tocar como el músico le ordenó, falló una nota y de repente, la canción se derrumbó. Intentó sostener la melodía, no permitir que esta se arruinase, pero Howland no permitía ni un solo error y, exagerando, se llevó los dedos a los oídos, fingiendo que lo que escuchaba era un completo horror.

—Mal, mal, muy mal —negó con la cabeza. Elías sintió cómo el sudor amenazaba con escurrir por su frente y no era, precisamente por los nervios del momento, sino por la rabia que le calentaba la sangre. Tuvo ganas de levantarse y marcharse de la habitación con la dignidad que todavía le quedara. Nunca nadie le había hablado en ese tono, nunca habían sido tan grosero con él. Todos amaban su música, todos le daban la enhorabuena por aprender tan rápido, ¿acaso aquel hombre no lo iba a tener en cuenta? Cuando mi gata parió ocho cachorros sonaba mejor, ¡más *forte*, por el amor de Dios!

El niño sintió como si sus dedos hubieran dejado de tocar y solo aporrearan el teclado, por eso, harto de las provocaciones del hombre, lo hizo de verdad: dejó que la canción terminara de romperse, destrozando la agradable atmósfera que estaba seguro de estar causando (aunque Howland no lo viera) y simplemente golpeó las teclas, arrancándole al piano desafinados chirridos. Se volvió, esperando ver un enfurecido rostro, pero Thomas tan solo le observaba con tranquilidad, como si estuviera esperando una explicación a su comportamiento. De hecho, el niño incluso percibió un brillo divertido en sus ojos azules como el cielo.

—Así no puedo tocar —dijo, simplemente, encogiéndose de hombros.

El músico esbozó una mueca aburrida, incluso le hizo burla, imitando las palabras que

acababa de decir con un tono jocoso que consiguió que el orgullo de Elías estallara en mil pedazos.

—Vaya, ¿el niño se ofende? —Rio, haciendo que Elías apretara los puños, muerto de vergüenza—. ¿Se supone que tengo que escuchar y callar? ¿Cómo vas a aprender así?

Se mordió el interior de la mejilla, con tanta rabia que incluso llegó a sentir el sabor metálico de la sangre en su lengua. No. Tenía que calmarse. Aquel hombre solo estaba intentando humillarse y no podía caer en sus provocaciones, pues si soltaba todo lo que se le estaba pasando por la cabeza, probablemente su madre le castigaría de por vida.

—Usted no es mi profesor, así que déjeme en paz.

En algún momento se había levantado y estaba apoyado en una de las enormes estanterías repletas de libros, pero Elías no habría podido decir cuándo, pues había pasado más tiempo con la vista fija en sus desgastados zapatos que en él.

Le siguió con la mirada y se apartó cuando vio que se sentaba detrás del piano y que, de repente, sus huesudas manos se volvían sedosas y vivarachas sobre las teclas del instrumento. Tocó apenas unas notas de una canción alegre, pero fue suficiente para dejar boquiabierto al niño. Ni siquiera el profesor García tocaba así, haciendo que el aire que respiraban se convirtiera en música, en algo tan agradable que cuando se detuvo, el niño estuvo a punto de pedirle que continuara.

Fue cuando se dio cuenta de que, en efecto, aquel hombre era el único que podía hacerle avanzar, que podía hacer que se convirtiera en un maestro, como él o como el profesor García.

—En eso tienes razón —respondió el hombre, volviéndose hacia el niño, con una sonrisa amigable. Se levantó y alcanzó su bastón, apoyando sus manos en él y dedicándole a Elías una breve mirada desde la altura. Avanzó un par de pasos, señalando la habitación—. Puedes quedarte aquí, tocando para tu madre y tu señor, te aseguro que ellos te aplaudirán, te llamarán prodigio, te bailarán el agua... ¿Es eso lo que quieres?

Había perdido la cuenta de las veces que el profesor se emocionaba cada vez que imitaba sus movimientos, que terminaba una canción sin equivocarse en ninguna nota, pero aquello no tenía luz en comparación con el diamante que le había mostrado Thomas Howland. Aquello era rebasar unos límites que no conocía, hacer que la gente sintiera, más allá de limitarse a escuchar y sonreír enternecidos.

Thomas Howland podía hacer de él arte.

—No —negó el niño, convencido—. Quiero aprender. Quiero aprender de usted.

—Te advierto que tengo mal genio, que soy muy mal profesor, que nunca he tenido niños correteando por mi casa y que soy muy exigente.

A Elías, de repente, todo eso le parecían minucias.

—Me da igual.

Thomas no pudo evitar sorprenderse ante la determinación del joven.

—¿De verdad? ¿Quieres venir conmigo? Eso supondrá dejar atrás a tu madre y... tu vida. A cambio, sin embargo, puedo hacer que te recuerden, que recorras los escenarios de Europa y que todo el mundo pueda escucharte, creo que es mucho mejor que esta vida como criado.

Tendría que alejarse. Alejarse de su madre, alejarse de aquella casa, de sus amigos... de Victoria Ibáñez, la única persona que había conseguido abrirse un hueco en su vida de forma repentina. De repente, sintió la punzada de la duda, pero pensar en que podría ser el mejor le llenó más que nunca.

—Mi madre siempre dice que no debo soñar tan alto.

—Puedes soñar tan alto como estés dispuesto a trabajar, muchacho. —Le puso una mano en el hombro—. La gloria no cae del cielo, hay que esforzarse, pero con un buen profesor a tu lado, te será más sencillo. Mi oferta estará en pie hasta mañana, cuando me marche de vuelta a Francia. Ni un minuto más.

Madrid, 1911

Tras la fiesta de bienvenida de todos los participantes que probarán suerte en la competición por el mecenazgo de la Reina Madre, ella misma dijo el tema de la primera prueba, que se celebrará en quince días, en un concierto en la misma Ópera de Madrid. La reina ha sido muy clara: solo pasarán a la siguiente prueba los participantes que consigan tocar una canción que la haga llorar.

John tomó un sorbo de su taza de café mientras terminaba de leer el periódico matinal. Por suerte, había aprendido castellano hacía años y se desenvolvía como pez en el agua, aunque, en ese momento, hubiera deseado no entender lo que decían las letras.

—Una canción que haga llorar a la Reina Madre. Por el amor de Dios, Elías, a ver cómo sales de esta.

El joven untaba mantequilla en su tostada, despreocupado, mientras en su mente iba ideando los acordes que formarían su canción. No era la primera vez que componía, pero siempre le había costado mucho hacerlo; prefería mejorar las canciones de otros cuando él estaba al piano. Así podía experimentar, introducir sus nuevas ideas, pero no perdía el tiempo en la creación. Nunca se le había dado bien, pero tenía algunas canciones propias muy buenas, que incluso Thomas Howland, su tutor, había dado el visto bueno. Bianchi le ganaba en esa materia, pues él era creador. Pocas veces interpretaba canciones de otras personas y Elías tenía que admitir que se le daba bien crear al condenado. Siempre transmitía el sentimiento que pretendía, hacía que incluso la persona más triste del mundo pudiera estar feliz durante unos minutos y que él, su enemigo, llegara a considerar que era un digno rival.

Seguro que en ese momento estaba en la habitación de su hotel, con la melodía preparada y haciendo llorar a mares a Nathan, aquel acompañante suyo que siempre hablaba por él.

Sin embargo, no podía hacer que John creyera que estaba preocupado, pues en aquella relación, su amigo era el de las dudas y él el encargado de disiparlas. Negó con la cabeza, en un intento de cumplir su función.

—No te apures, John, sabes que lo conseguiré, ¿no has visto mis conciertos? A veces temo que tengamos que salir nadando. —Se rio con su propia broma—. Esas mujeres ricas... qué sentidas son.

Sabía que la expresión cansada no se debía solo al mecenazgo de la reina, sino también a que se había marchado de París dejando temas personales a medias. Su padre no había dejado de

cartearse con él desde hacía meses y es que estaba deseando engatusar a su hijo para que volviera a Londres, su ciudad natal, donde tenía la notaría familiar esperándole. Elías sabía de sobra que John nunca renunciaría a lo que tenían, pues él adoraba el mundo de la música, de los conciertos, las competiciones, los viajes y los codeos con gente tan importante como la misma Casa Real española. Cuando se conocieron, hacía mucho tiempo, en la hacienda de Thomas Howland, un joven John se lo reveló: que él no había nacido para ser notario, sino para ser representante. Había nacido para los negocios, pero no para el papeleo, sino para el intercambio. Y no se le daba nada mal, de hecho, Elías le debía la mayoría de los contratos que tenían en vigor.

—No hagas bromas, no quiero haber venido hasta aquí para nada —farfulló—. Ayer Valeria se marchó pronto, ¿qué hiciste tú?

Había visto a la joven despedirse de los presentes y había visto cómo Elías la había acompañado a la puerta, pero después no había vuelto a entrar. Le esperó mientras charlaba con viejos conocidos, antes de marcharse ya tarde, pero cuando llegó a la habitación del hotel, Elías tampoco se encontraba en la suya. Llamó a la puerta y esperó, pero el recepcionista le había revelado que el pianista no había regresado todavía.

Era evidente que no quería hablar de eso, por eso, hizo el gesto al que más acostumbrado estaba y que ya era una especie de tic en él: encogerse de hombros mientras daba un mordisco a su tostada.

—Acompañarla hasta su hotel como un buen caballero, por supuesto, ¿solo queda este café? —Hizo una mueca—. Echo de menos a Anne, tenía que habernos acompañado...

No estaba dispuesto a caer en su juego: a Elías le ocurría algo y no quería compartir con él, a pesar de que era la única persona que podía ayudarle.

—¿Qué hiciste después de acompañarla?

En esa ocasión, pudo ver la duda dibujada en los ojos y tras soltar un suspiro cansado, decidió confiar en su amigo.

—Pasear por las calles —dijo—. Sabes que tengo que reencontrarme con muchos recuerdos, aunque estoy intentando posponerlo.

Por supuesto que tenía mucho con lo que reencontrarse: la última vez que había pisado la ciudad apenas tenía dieciocho años y desde el accidente, no había querido volver. Habían anulado todos los conciertos de Madrid y John sabía que volver no sería sencillo para él, sin embargo, había insistido en que debía participar en la competición. Su pasado estaba abofeteándole sin dejarle un respiro y el joven se esforzaba para que no se le notase, pero tenía momentos bajos.

—Elías, te seré sincero: me preocupas.

Estaba distraído, a pesar de que intentaba disimularlo. Su mente estaba muy lejos de la competición y desde ese momento y para ganar tendría que rendir como siempre lo hacía. Elías

estaba a punto de continuar, de decir algo más, pero de repente, una asistente entró en el comedor, llamando su atención e informó de que había alguien en la recepción que preguntaba por ellos.

El joven sonrió, bromista, antes de terminar su tostada de dos bocados.

—Salvado por la campana.

A pesar de la situación, John no pudo evitar sonreír también, aunque lo suyo apenas fue un breve arqueamiento de labios.

—No te vas a librar de esta conversación.

Por supuesto que no lo haría: antes le encerraría en una habitación y le obligaría a hablar. Elías, sin embargo, había encontrado otra cosa con la que distraerse y es que una alegre Valeria apareció tras la puerta de la cafetería. Llevaba una elegante chaqueta de traje negra y una falda azul marino, que le llegaba hasta los tobillos, pero dejaba ver unos zapatos blancos y negros. Sonrió y John tuvo que admitir que su sonrisa con el labial rojo era hipnotizadora.

—¿Valeria? —preguntó Elías, sin terminar de creerse que fuera ella.

John estaba acostumbrado a analizar el lenguaje corporal y no pasó por alto que la joven agarró su bolso con fuerza, antes de aclararse la garganta y sonar tan encantadora como siempre.

—Buenos días, Elías —saludó—. Me alegra mucho verle preparado: venía a invitarle a pasear conmigo.

El inglés sabía que su compañero no rechazaría la invitación ni aunque fuera estuviera cayendo el diluvio universal.

—Es buena idea, me salva de una conversación incómoda —se levantó, apurando su café—. Me preparo en un minuto y salgo, siéntate, por favor.

Ocupó el lugar de Elías cuando este salió de la cafetería, apresurado. John no pudo evitar poner los ojos en blanco ante lo capaz que era Elías de hacer por una mujer como Valeria. Era cierto que nunca había conocido a ninguna pareja formal de su amigo, pero había flirteado con demasiadas mujeres a lo largo de sus viajes y lo conocía bien. Él, por su parte, sabía distinguir demasiado bien los negocios del trabajo y la única vez que se había saltado su propia normal, la cosa no había acabado bien. Apretó el asa de la taza, pensando en Nathan una vez más y se obligó a olvidar, aunque su cabeza nunca terminaba de obedecer.

—Buenos días, John.

Decidió agarrarse a esa conversación, a pesar de que no podía dejar de sospechar de Valeria: conocía demasiado bien a esos periodistas y si Elías perdía el cerebro por las chicas, ellos perdían la cabeza por una exclusiva. Era increíble hasta dónde eran capaces de llegar.

—Buenos días, señorita Márquez, ¿trae novedades?

Si Elías quisiera escuchar su opinión, le diría que se limitara simplemente a eso: la joven les había prometido succulentos secretos sobre Bianchi y debería simplemente entablar

conversación sobre ella de eso.

Valeria frunció el ceño, algo confusa, pero sin borrar su sonrisa.

—Apenas dijeron ayer el tema de la primera prueba.

John dejó la taza sobre la mesa y se levantó también, dispuesto a salir por la puerta que Elías había utilizado hacía apenas un par de minutos, que, entre el silencio de ambos, habían pasado lentos.

—La esperaba más rápida.

—¿Por qué tengo la sensación de que no le caigo bien?

La figura del pianista apareció, coincidiendo con John: tan solo había cogido una chaqueta y se había peinado los rizos, dejándolos tan salvajes como siempre.

—Porque es verdad. —Carcajeó el joven, despidiéndose de John y haciendo un gesto a la chica—. Detrás de usted.

El hotel en el que se hospedaban estaba muy cerca del Palacio Real en el que habían pasado la noche anterior y al ver que Valeria no tenía un destino en mente, prefirió caminar en esa dirección. No tenía ganas de llegar hasta ciertos lugares y es que los recuerdos todavía eran dolorosos por los sitios en los que había vivido de niño.

Se obligó a no pensar en eso, por eso, decidió romper el silencio.

—Valeria, tengo la sensación de que no sé nada de usted. —Sonrió, al ver que la joven se volvió hacia él, con duda—. Si quiere que trabajemos juntos debería darme algo, ¿no cree? Algo para que podamos confiar el uno en el otro.

Las expresiones nunca duraban demasiado en su rostro y en ese momento, no fue una excepción. Valeria sabía que no podría librarse de las preguntas incómodas y había preparado respuestas, pero, de repente, no se sentía con fuerzas para articularlas. Optó por levantar las comisuras de sus labios en un intento de sonrisa, que, sin embargo, se vio emborronada por la confusión de sus ojos.

—Soy un libro abierto, señor Howland. —Sabía que eso no solucionaba nada y que iba a tener que dar más información—. Nací aquí, en Madrid, al igual que otro millar de personas.

Eso pareció sorprender al joven y la chica esperó que fuera suficiente información para él por el momento. El resto de las preguntas no iban a ser tan sencillas.

—¿Cómo acabó en París?

—Trabajo.

Elías no pudo evitar soltar un bufido, que fingía ser aburrido, pero su expresión delataba que aquella situación le divertía.

—Sea un poco más específica.

Valeria se detuvo y se apoyó en una barra que separaba el mirador en el que se encontraban de la peligrosa altura que había más abajo. A pesar de tener enfrente un precioso

paisaje, no podía evitar tener la vista fija en los ojos oscuros de Elías.

Podría haber continuado mirándolos, pero cuando sintió un hormigueo en la punta de sus dedos, se obligó a centrarse en otro punto, ¿en qué estaba pensando?

—¿Quiere intercambiar los papeles? —bromeó—. ¿Usted averigua mis secretos?

—Yo no quiero averiguar, puedes contármelo tú si quieres.

A pesar de que no se había movido del sitio, pudo sentir el calor que desprendía y obligó a sus mejillas a no ruborizarse. Quiso apartar todos los pensamientos de su mente y dejarla en blanco, pero había algo que fallaba. Algo con lo que no había contado.

—No quiero decepcionarle, Elías.

Y en esa ocasión, sus palabras fueron sinceras.

Él, por supuesto, no comprendió el doble fondo de estas.

—¿Y cómo podría alguien como tú?

Cuando él se acercó un paso y apartó el mechón rebelde que siempre caía por su rostro, disfrutó del cosquilleo de sus dedos y cuando levantó la mirada, esa sonrisa pícara le pareció más que entrañable.

Pero no podía permitirlo. No estaba bien. Nada de eso.

Se apartó con suavidad y apoyó sus brazos en la barra, apretando los labios.

—Tal vez no sea más que fachada. —Para su sorpresa, él volvió a reír.

—Tal vez, pero... ¿Te parece que soy una persona a la que podrías decepcionar? —Se colocó a su lado—. Estoy seguro de que saco de quicio a la mayoría de los de mi entorno.

Ella también prefirió soltar una carcajada cantarina y a pesar de que se dio cuenta de que el joven miraba sus labios, prefirió no hacer ningún comentario.

—No hace falta que lo jure —tras sus palabras vino el silencio. El silencio de dos personas que tienen demasiadas preocupaciones en la mente—. ¿Ha pensado ya en la pieza que va a interpretar para la reina?

—Aún no, pero no tardaré en decidirme. —Al encontrarse con los ojos curiosos de la chica, optó por dar más información—: Me temo que si algo me traen estas calles es, precisamente, tristeza.

Y, en ese momento, sus ojos transmitieron que no diría ni una palabra más y Valeria, que también sentía que había dicho demasiado, prefirió no preguntar.

Madrid, 1896

Victoria y Elías jugaban a las cartas una última vez, en la biblioteca, con un pesado silencio sobre sus hombros que sentían que tenían que romper, pero ninguno de los dos se atrevía a hacerlo. Elías sabía que la niña conocía las noticias: iba a marcharse a Francia con Thomas Howland, a aprender música. Iba a convertirse en su aprendiz y él no había dudado ni un solo momento.

Hasta entonces.

Pensar en que esa sería la última vez que pasaría la noche con Victoria, jugando a las cartas, leyendo algún libro o simplemente, charlando, hizo que de pronto las dudas atormentaran su mente. ¿Por qué?, ¿por qué tenía que ser justo en ese momento? Se le acababan de abrir unas puertas que nunca más volverían a abrirse y él en lo único que podía pensar era en la pena que le iba a dar abandonar esa casa. La que había odiado con tantas ganas al principio.

—¿Cuándo te marcharás? —preguntó Victoria, con voz temblorosa.

Dejó caer sus cartas, en señal de que no quería jugar más y se cruzó de piernas, con la vista fija en los ojos azules como dos océanos de Victoria.

—Mañana.

La niña asintió, como si no hubiera nada más que hacer, como si a pesar de que la noticia inundaba su corazón de tristeza, supiera que era inútil luchar contra ello. En el fondo, se alegraba por Elías, sabía que estaba un paso más cerca de convertirse en lo que quería ser, pero el sentimiento egoísta no dejaba de recordarla que estaba a un paso de quedarse sin su mejor amigo.

—¿Irás con el señor Howland?

Elías sentía cómo un peso en el corazón le impedía respirar. De repente, sintió la necesidad de bajar la cabeza, pues no podía seguir mirando el apenado rostro de la niña. Arrastrándose, con cuidado, recortó la distancia que había entre ellos y tragó saliva.

—Así es —respondió, sin dejar de mirar sus zapatos desgastados—. Él puede enseñarme. Ha prometido que tocaré por toda Europa.

La chica frunció el ceño y se cruzó de brazos, escéptica, un gesto que Elías no comprendió hasta que soltó, con reproche:

—¿Y qué sabes tú de Europa?

Tenía razón. Elías nunca había salido de Madrid. Pocas veces, de hecho, había salido de su barrio, pues allí tenían todo lo que necesitaban: la escuela, el mercado y la plaza donde solía

salir a jugar. Había oído, de pasada, que más allá del país había otras culturas diferentes, con un idioma que no sería capaz de comprender y con otras costumbres. Europa estaba lleno de misterios, de lugares que Elías ni siquiera podía imaginar y si tocar el piano iba a conseguir que los recorriera, estaba dispuesto a ello.

—Que es grande y que mucha gente podrá escucharme.

Victoria, al principio, apretó los labios, buscando una respuesta igual de hosca que la anterior, pero finalmente, dejó que sus hombros se hundieran y soltó un suspiro.

—No sabía que era tan importante para ti que la gente te escuchara.

Cualquiera habría podido imaginarlo, en realidad, pues el niño disfrutaba de los vítores y los aplausos. Sentía, además, que le quedaba mucho camino por recorrer para tocar como Thomas Howland y el profesor García no iba a poder siquiera aproximarle a ese nivel. No. Si quería avanzar, debería marcharse.

—No quiero quedarme aquí porque a lo único que puedo aspirar es a llegar a pinche de cocina —reveló.

A pesar de que lo hizo con la cabeza gacha, avergonzado, pudo apreciar la sorpresa de Victoria, pues nunca hablaban de la posición que les diferenciaba, a pesar de que todo el mundo se lo recordaba a Elías. Ella era la hija de un rico ministro, él era el hijo de la mujer que le hacía las camas. No estaba bien visto que compartieran una amistad y mucho menos, que se dejaran ver juntos en el exterior. A pesar de eso, cuando los niños estaban juntos, no hablaban de eso; era como su tema tabú. Que se rompiera esa norma fue para Victoria como un duro golpe, lo que hizo que comprendiera, finalmente, que Elías no podía dejar pasar la oportunidad que se le ofrecía. Tenía un don y era su deber desarrollarlo.

Recortó la escasa distancia que los separaba.

—Te echaré de menos.

Estrechó sus manos con las del niño, provocándole una sonrisa.

—¿De verdad? —bromeó—. Pensé que te sacaba de quicio.

—También. —Soltó una risita, antes de que el silencio la devolviera a la realidad.

—Eres el único amigo que tengo en esta casa.

El que había hecho que la vuelta a casa no fuera tan aburrida como de costumbre y el único que no la juzgaba por ser ella misma. En el colegio de Londres todas sus compañeras eran altivas y refinadas, demasiado estiradas como para olvidar su posición y jugar en la calle.

—También te echaré de menos, pero tú te marcharás a Londres de nuevo y yo me quedaré aquí solo —recordó Elías. La visita de Victoria no duraría para siempre: tras las vacaciones de Navidad, ella regresaría—. Vendré a verte, a ti y a mi madre.

Elías había pasado meses solo la última vez que Victoria se marchó a Londres. Solo le

permitían volver en las vacaciones de navidad y verano. La última vez que se marchó, el joven sintió la soledad como una pesada losa que aplastaba su corazón. Por suerte, la promesa hizo que la joven volviera a sonreír y decidió hacer lo que había estado pensado desde aquella tarde; se quitó la fina cadena que siempre llevaba al cuello y se la tendió al joven.

—Es para ti.

Elías la miró con detenimiento, pues a pesar de que había advertido la cadena, Victoria siempre llevaba oculta la medalla entre su ropa. Bajo la luz de la lámpara, unas notas de música grabadas en el círculo dorado soltaron un par de destellos.

—¿Qué es?

—Me lo regaló mi madre cuando empecé con la música. Es una lástima que tenga dos manos izquierdas para el piano.

Sin terminar de creer que estuviera entregándole su medalla, el joven no se atrevió a ponérsela en el cuello y se limitó a cerrar la mano en torno a ella, como si sintiéndola pudiera comprobar que era de verdad. Nunca había tenido un amuleto como aquel y si pertenecía a Victoria, lo hacía aún más especial.

—Gracias.

La chica antes de que pudiera añadir algo más, le interrumpió con un gesto.

—No es un regalo, es un préstamo —advirtió—. Tienes que volver para devolvérmelo. — Sonrió, a sabiendas de que, aunque no hubiera compromiso, volvería a verla.

—Te prometo que lo haré.



Victoria no necesitó la medalla de oro para saber que no era una mentira.

El joven sintió que no podía respirar cuando su madre lo estrechó entre sus brazos, pero no dijo nada. Nunca había sido demasiado expresivo con su madre, a pesar de que ella era cariñosa, pero en ese momento, supo que debía imitar su gesto, pues no sabía cuándo iba a volver a verla. Cuando Catalina se separó de él, tenía los ojos llenos de lágrimas y no se molestó en

disimular cuando una de ellas se deslizó por su mejilla.

—Pórtate bien, por favor —susurró—. Sé amable y educado.

Sus ojos añadieron «te echaré de menos» y sus manos temblorosas le apartaron al niño un rizo rebelde que le caía por la frente. Había heredado el pelo de su madre, siempre enmarañado e indómito.

—Lo seré —prometió.

Catalina se incorporó de nuevo, limpiando su rostro, cuando el señor Ibáñez llegó a la puerta de la casa, junto a Howland, que fumaba de su pipa, paciente.

—Buena suerte, muchacho, haz que nos sintamos orgullosos —dijo Ibáñez, revolviéndole los rizos que su madre había peinado con tanto esmero aquella mañana.

Aprovechando que su padre estaba allí, Elías buscó a Victoria con la mirada, pero no estaba entre los presentes. Apretó la mandíbula, sin terminar de creerse que la joven no fuera a estar en la despedida. Ibáñez no dejaba de parlotear, pero Thomas Howland no escuchaba, sino que, ajeno a todo, esperaba al coche de caballos que los llevaría hasta la estación.

Cuando este apareció, le hizo un gesto a Elías, indicándole que llevara su única maleta. Desde la distancia, escuchó como se volvía hacia su madre y la tranquilizaba, diciendo:

—Cuidaré bien de él, no se preocupe.

Catalina era experta en ocultar sus sentimientos y lo único que obtuvo el pianista por respuesta fue un asentimiento y un torpe agradecimiento. El chico vio como su nuevo profesor se acercaba hacia él y su última esperanza de ver a Victoria se consumió como la mecha de una vela.

«No importa, nos despedimos anoche. Seguro que está ocupada», se dijo, sin sentirse mejor.

Tuvo que esperar a que Thomas abriera la puerta del coche, pues él nunca había montado en uno y tenía miedo de hacer el ridículo ante el señor Ibáñez y el profesor García, que, desde la puerta de la enorme casa, les hacían gestos con la mano. Su madre permanecía inmóvil, pero no hacía falta más que el brillo de su mirada para saber que, a pesar de que la pena era mayor en aquel momento, estaba orgullosa de su pequeño. Eso hizo sentir mejor a Elías, que se sentó en la parte trasera del coche y se atrevió también a despedirse con un gesto.

Fue entonces cuando se fijó en la figura que les observaba desde la ventana que daba a la biblioteca e, incluso en la distancia, reconoció la figura de una sonriente Victoria.

Elías también enarcó los labios, consciente de que había elegido ese lugar porque allí había sido donde se conocieron, meses atrás.

Con el alma en paz y el corazón lleno de alegría, se permitió recostarse en el coche, movimiento que no pasó inadvertido para Howland, que iba pendiente de su nuevo alumno, a pesar de que leía por encima, un periódico.

—El tren saldrá en una hora —dijo, cuando el cochero informó de que estaban cerca de la estación. Sacó de su bolsillo un reloj, que soltó destellos dorados bajo la escasa luz del sol de una mañana de tormenta y asintió, satisfecho; iban muy bien de tiempo—, ¿has montado alguna vez en tren, muchacho?

—No, señor.

Soltó una carcajada divertida que Elías no comprendió, pero no parecía que se estuviera riendo de él, por lo que se limitó a apartar la mirada para clavarla en las calles que pasaban por la pequeña ventana.

—Te va a encantar, te puedes echar la siesta más larga de tu vida. —El chico imaginó que había vuelto a abrir el periódico, a juzgar por el sonido del papel—. A vosotros os gusta mucho eso de la siesta.

En esa ocasión, incluso hizo reír a Elías.



El viaje fue para Howland, interminable, pero Elías descubrió que le gustaba mucho montar en tren. Había pasado todo el camino observando el paisaje, que pasaba a su alrededor como las imágenes de un libro al que le pasaban las páginas a gran velocidad. Nunca hubiera imaginado que pudieran desplazarse a aquella velocidad. Horas después, llegaron a Barcelona, pero no tuvieron oportunidad de salir de una estación con tanta gente que parecía una colmena de abejas, pues el tren que los llevaría hasta Francia estaba esperando a los pasajeros.

Howland le había dicho que llegarían bien entrada la noche y a pesar de que el hombre aprovechó para dormir, Elías no podía dejar de mirar por la ventana. También dio unas cabezadas y cuando el tren se detuvo en seco, sentía cómo se le habían agarrotado todos los huesos, pero se le pasó el malestar al pensar que estaba a punto de llegar a su nuevo hogar. Howland parecía aliviado y aseguró una decena de veces, que su cuerpo ya no estaba para aquellos trotes.

Todavía les quedaba, sin embargo, unas dos horas en coche de caballos hasta llegar a casa de Thomas, pero este, ya casi saboreaba el sabor de una sopa caliente tras el agotador día en tren; habían salido de Madrid entrada la madrugada y llegarían a la casa con los rayos del amanecer despuntando en el horizonte. Tras la marcha, lo único que Elías esperaba era una cama cómoda y cuando la acogedora construcción empezó a asomar tras el camino, al niño solo se le antojaron ganas de sonreír.

A pesar de lo desgarrado que era su dueño, la casa era altiva, elegante y muy acogedora. No iba, sin embargo, a juego con la mujer que abrió la puerta, que con la mirada lo único que

transmitía era confusión. Paseó sus ojillos pequeños y azules por los dos recién llegados, que descargaban el coche de caballos y se plantó en la puerta, con los brazos en jarras.

—¿Thomas? *C'est toi?*

El pianista sí que sonrió al verla, moviendo con gracia su frondoso bigote blanco.

—Celine, baja, tengo alguien a quien presentarte.

La mujer esperaba que todo eso fuera una broma y que el joven no fuera más que el ayudante del cochero, pero cuando Elías cogió su maleta y subió un par de escalones, siguiendo con la mirada la altura de la casa, soltó un grito cómico.

—*Mon Dieu!* ¿Quién es este joven? —preguntó, señalando a Elías—. Creí que solo ibas a Madrid de visita.

El chico, que estaba a punto de presentarse, se quedó sin palabras. Dirigió su mirada a un sonriente Thomas, que subió las escaleras, algo encorvado y respondió, a la altura de la mujer:

—Elías va a vivir con nosotros a partir de ahora, por favor, prepárale una habitación.

Agradeció el gesto que le hizo su nuevo profesor, pues con una torpe disculpa, al fin pudo entrar a la casa. Se quedó sin palabras al ver que tenía el mismo tamaño que la del señor Ibáñez, pero era mucho más acogedora: el fuego estaba encendido, había un enorme piano dando la bienvenida a un salón alargado, repleto de estanterías con libros. En el pequeño descansillo, una muchacha de pecas acudió a coger las maletas y subirlas a la planta de arriba.

Celine, sin embargo, entró tras ellos, cerrando la puerta y rompiendo la atmósfera de lujo en la que Elías se había adentrado.

—¿Cómo? ¿Un niño? *Vous êtes devenu fou?*

A Elías ese idioma que había escuchado desde que se habían bajado del tren le sonaba como una canción, pero no entendía nada. A juzgar por el tono de la mujer, sin embargo, no cabía en su enfado y sus movimientos violentos solo evidenciaban aún más que no estaba de acuerdo con la decisión que Howland había tomado, pero este ya estaba escaleras arriba, dispuesto a meterse en la cama. Lo último que quería era discutir.

—Celine, nuestro invitado no habla francés —le recordó.

—¡No pienso ser su niñera, Thomas!

El hombre soltó un suspiro y se volvió hacia ella, que, cruzada de brazos, todavía esperaba una explicación.

—No lo será, Celine, por el amor de Dios —señaló a un avergonzado Elías, que no sabía dónde meterse—. Elías es casi un hombre, no necesita una niñera, ¿verdad? Está aquí para ser mi aprendiz.

Aprovechó el silencio para hacer una reverencia ante la mujer.

—Encantado, señora.

Eso pareció contentarla, pues nunca la habían tratado como una aristócrata. Ella no era

más que un ama de llaves y una asistente, pero no pudo evitar sentirse complacida ante la educación del muchacho. Sin dejar de mirar a Thomas con el ceño fruncido, le hizo un gesto a Elías y subió también la escalera, adelantando al pianista.

—Sígueme, muchacho, antes de que le tire un zapato a este viejo tarado. Continuó refunfuñando, mientras Thomas le guiñaba un ojo a Elías.

—Y... Celine. —La detuvo, alcanzándola—. También serás su profesora.

Sabía que no había réplica, por lo que se limitó a poner los ojos en blanco y a refunfuñar, camino a las habitaciones, que se encontraban todas en el piso superior. Abrió una de ellas con una de las muchas llaves que llevaba atadas en un manojó y mientras probaba, esperando encontrar la correcta, se volvió hacia Elías, analizándole.

—Su profesora... —repitió, en voz baja—. ¿Sabes leer y escribir, hijo?

—Un poco.

—Eso es que no —negó la cabeza—. Maldito loco, ¡qué ideas se le ocurren! Este no es lugar para un niño.

Cuando al fin la puerta cedió, el chico no pudo evitar que la respiración se le cortara: estaba ante la habitación más grande que había visto nunca. Y era para él.

—Gracias, señora.

—La cena es a las siete —advirtió Celine, señalándole con dedo acusador—. No llegues tarde.

Y tras un portazo, Elías se permitió el lujo de que los ojos se le llenaran de lágrimas.

No solo por lo que tenía, sino por lo que dejaba atrás.

Madrid, 1911

La ópera de Madrid no era tan lujosa como la ópera Garnier de París, o, al menos, eso es lo que hubiera pensado cualquier persona al encontrarse frente al edificio, de un mármol sucio que quería hacerse pasar por el blanco. El dorado y el lujo se encontraba en el interior, como si el arquitecto hubiera querido guardar el secreto de la belleza solo para los afortunados que pudieran permitirse entrar en la ópera.

Elías, sin embargo, no se fijó en las barandillas relucientes que subían a los palcos, las butacas de terciopelo perfectamente alineadas ni en el enorme escenario que había pisado en más de una ocasión, tan espacioso que habría podido actuar incluso un circo con todos los números a la vez.

En lo único que podía pensar era en los recuerdos que se agolparon de golpe en su cabeza desde el momento que puso un pie en aquella sala.

Estaba completamente vacía, pues así lo había ordenado la reina: quería que ese y todos los espacios públicos relacionados con la música estuvieran a la completa disposición de los aspirantes y Elías no había dudado en elegir aquel lugar.

«Una canción que me haga llorar», había dicho la Reina Madre.

¿Qué mejor lugar que el que todavía lograba arrancarle a él alguna lágrima?

Nunca lo admitiría en público, por supuesto, ni siquiera delante de John. Cuando había abandonado la habitación de hotel aquella tarde, le había dicho a su compañero, simplemente, que salía a dar un paseo en busca de inspiración, pues a pesar de que se había obligado a que las notas fluyeran y componer algo, nada le convencía y en tres días la reina les había convocado para mostrar sus obras y anunciar quién pasaría a la siguiente fase.

Aunque lo que tampoco admitiría era que llevaba días con una idea pululando por su mente, pero no se atrevía a plasmarla en el papel. Quizá porque no quería recordar, quizá porque tenía miedo de cuál sería su reacción. No lo tenía claro, pero lo que sí sabía era que Madrid le estaba arrancando recuerdos que pensaba tener encarnados.

Y era el momento de dejarlos fluir.

Cogió aire, ignorando el tembleque de manos, se sentó frente al piano y dejó que las notas se marcaran en el instrumento, como si corrieran solas y él no fuera más que un títere. Cuando encontraba la melodía adecuada la anotaba en el pentagrama en blanco que tenía enfrente y después, volvía a concentrarse.

Así dejó pasar los minutos, las horas. Sus manos sobre el piano, sus dedos ágiles

recorriendo las teclas, los recuerdos del pasado clavándose en su sien y las lágrimas descendiendo por sus mejillas empapadas.

Pensó en Victoria por primera vez en mucho tiempo, en la última vez que sus miradas se encontraron. Pensó en su madre y en su último abrazo. Pensó en Howland, el verdadero, el que le había prestado su apellido como si no fuera más que un objeto que se podía intercambiar.

Pensó en todos ellos y en la última vez que había paseado por las calles de la ciudad. Hacía tanto tiempo que creía que era como una costra sobre una herida, pero volver había hecho que las cicatrices sangraran de nuevo.

Cuando la música se detuvo, sintió como si el mundo de su alrededor se derrumbara. Se secó las lágrimas, dio un largo sorbo a la petaca que había llevado con él y se obligó a mantener la compostura, ¿cómo podía haberse dejado llevar por la tristeza? El pentagrama, antes completamente en blanco, estaba lleno de las notas que formaban su canción. Tomó los papeles entre sus manos, obligándose a sonreír. No tenía ni idea de qué hora era, pero lo que estaba claro era que había pasado el día allí, en la ópera, completamente solo y que la noche había caído sin avisar. Probablemente John estaría preocupado, pero Elías no podía permitirse pensar en él; tenía que practicar esa nueva obra que iba a dedicarle a la reina y cuando lo hiciera, sus manos tenían que conocer los movimientos como su nombre y apellidos.

Se terminó la petaca, en parte, porque sentía un nudo en la garganta, pero también porque estaba convencido de que el alcohol le ayudaría a sobrellevar el dolor que había desenterrado, en esa ocasión, intencionadamente. Cuando no quedó ni una gota de ginebra, volvió al instrumento.

La concentración siempre le había hecho abandonar el mundo de una manera inexplicable y en aquella ocasión no fue diferente. Por eso no escuchó los pasos a su espalda y cuando la figura se abalanzó sobre él ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Sintió cómo pegaban a su boca un pañuelo impregnado en un olor dulzón que se le metió hasta la garganta. Se debatió, en un intento de escapar, con los ojos muy abiertos ante la sorpresa, pero la posición no le favorecía; él estaba sentado, frente al piano y la figura a su espalda, de pie, ejerciendo toda la fuerza sobre sus hombros.

De repente, sostener los ojos abiertos se le antojó un esfuerzo que no podía continuar afrontando, además, el cuerpo se había vuelto tan pesado como una roca y sintió que estaba a punto de derrumbarse.

Así lo hizo, pero la figura no permitió que se estampara contra el suelo, sino que le sostuvo y le acompañó hasta que sintió que su cuerpo estaba apoyado. Entonces, antes de sumirse en la oscuridad, levantó la cabeza, buscando a su agresor y se topó con una figura envuelta que conocía muy bien.



Una figura con capa y antifaz.

—¿Elías?

Su nombre, en labios ajenos, se le antojó lejano. Era casi como un eco retumbando entre las paredes del pozo en el que Elías creía haber caído. La oscuridad era la misma, sin lugar a duda, además, se sentía encerrado a pesar de que no había nada que le impidiese el paso.

Poco a poco, la escasa luz le fue permitiendo reconocer los rostros que le observaban desde arriba: un preocupado John parecía que había perdido la tranquilidad y se estaba dejando llevar por el estrés, mientras que Valeria permanecía tan serena como siempre. En cualquier otra situación, Elías habría disfrutado del tacto de los dedos de la joven sobre su rostro, pero cuando todos los recuerdos acudieron a su mente de golpe, sintió la necesidad de abrir los ojos e incorporarse, pero su cuerpo solo le permitió emitir un sonido ronco.

—Elías, despierta.

Como si la voz de la periodista pudiera hacerle reaccionar, se llevó la mano a la cabeza, que todavía daba más vueltas que un tiovivo y a pesar de que un vértigo le invadió, se obligó a levantarse lentamente. Por supuesto, ni John ni Valeria se lo permitieron, pero el pianista solo podía mirar a su alrededor con nerviosismo.

—¿Dónde...? ¿Dónde? —preguntó, casi boqueando.

Recordaba perfectamente la figura de Bianchi, el olor dulzón que le había dormido y la fuerza con la que le había obligado a quedarse quieto, viendo cómo le atacaba. Todavía sentía el cuerpo rígido, pero eso no le impidió intentar levantarse de nuevo.

—¿Dónde qué? —insistió John, esperando algo más de información.

Elías cerró los puños con rabia, sintiendo cómo el amargo sabor de la derrota inundaba su boca. Había escapado. Había escapado y nadie creería lo que había sucedido en aquella enorme sala.

—Ese maldito bastardo, ¿dónde está?

En aquel momento que sus compañeros no comprendiesen era lo de menos: él estaba

completamente seguro. Habría jurado, con la mano sobre la sagrada Biblia, que Bianchi había sido el culpable.

—¿Quién?

Sintió que se desesperaba ante tantas preguntas y tan pocas respuestas y a pesar de que sabía que le tomarían por loco, respondió con rotundidad:

—Bianchi. Él me drogó, me hizo respirar algo y de repente... Me empecé a marear y... — Sus ojos recorrieron la habitación, en busca de algo que pudiera sostener sus palabras, pero cuando se encontró con el piano, de pronto, todas las piezas encajaron—. No. —Se acercó al instrumento, casi como un loco, para descargar su puño contra las teclas cuando sus sospechas se confirmaron—. ¡Maldito hijo de puta!

—¿Elías? —la voz de Valeria estaba teñida de confusión.

La canción. No estaba el pentagrama repleto de notas, en el que había trabajado durante horas, en el que había escrito el dolor de su alma en forma de notas musicales. Se lo había llevado y Elías sintió como si también le hubieran arrancado el corazón del pecho para llevárselo.

—Se la ha llevado —susurró—. Se ha llevado mi canción.

Por supuesto, la noticia no causó el mismo sentimiento de ira que el joven sentía en lo más profundo de sus entrañas, de hecho, John y Valeria se dedicaron una breve mirada, sin terminar de creer que lo que, con tanta contundencia, Elías aseguraba.

—¿Insinúas que Bianchi te drogó para robarte la canción? —Por supuesto el toque dudoso en las palabras de John se hizo evidente.

—¡Es lo que acabo de decir!

Elías sintió que la habitación daba vueltas; todavía le dolía la cabeza y no estaba seguro si era por lo que fuera que Bianchi le había obligado a respirar o porque todavía estaban presentes los efectos de la ginebra. El motivo no importaba, al igual que tampoco lo hacía si Valeria y John le creían o no; había problemas mucho más importantes.

Con pasos torpes, caminó por el escenario, con las butacas vacías frente a él y el silencio que se había formado entre los presentes.

—Alguien tuvo que ver algo —accedió la joven finalmente, negando con la cabeza, como si a pesar de que todo, no terminara de confiar en la historia.

El pianista, sin embargo, no escuchaba.

—No puede ser, no puede ser... ¡La tenía! ¡Estaba casi terminada!

Se movía con tanta violencia que, en un par de ocasiones, tropezó con sus propios pies y estuvo a punto de caer de bruces de nuevo. John se acercó a él, obligándole a detenerse y a alzar la cabeza para encontrarse con unos ojos grises y serios.

—Tranquilízate —le advirtió.

Se liberó de los brazos fuertes de su compañero para dejar que todo el enfado que se

estaba acumulando en su interior, se liberase de pronto.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? ¿Es que no lo comprendes? ¡Va a presentar mi canción, por eso me la ha robado!

El simple hecho de imaginarle a él, tan ridículo como siempre, con su capa y su máscara, tocando la canción que había compuesto, hizo que una arcada amenazara con sacarle del estómago la poca comida que había probado a lo largo de la tarde.

—Probablemente fuese efecto del sedante, Elías, quizá no fuera más que un ladronzuelo que entró para robarte algo más...

Fue Valeria la que habló y con tanta contundencia que cuando Elías se volvió hacia ella, no pudo más que reprocharle:

—No me crees.

Ella negó con la cabeza.

—Es que lo que dices es una acusación muy grave.

Por alguna razón, sus palabras fueron las que más daño le hicieron, pero no lo demostró. Alzó el mentón, dispuesto a defender su verdad ante todo pronóstico y entornó los ojos.

—Es lo que sucedió. Estoy completamente seguro de que era él. —No pudo evitar soltar una breve carcajada, aunque no estaba seguro de si la había provocado el alcohol o la tensión de la situación—. Como si no fuera sencillo reconocerlo.

—El vigilante dice que no ha visto nada, Elías, que nadie entró después de ti.

—Le han comprado.

John puso los ojos en blanco, sin terminar de creerse que Elías fuera a recurrir a su tozudez habitual, a pesar de que las circunstancias no acompañaban su historia.

—¿No será que estabas borracho y creíste ver a Bianchi?

Se agachó para tenderle la petaca vacía. No necesitó olerla para saber lo que tiempo antes había contenido. El joven se volvió hacia su acompañante, incrédulo. No esperaba tal respuesta de él.

—¿Cómo te atreves...? —su voz estaba teñida de la rabia que no podía manifestar de otra manera.

—El vigilante dice que te escuchó golpear paredes, que gritabas.

—No golpeaba más que las teclas de mi piano. —Arrugó la frente, antes de señalar hacia la puerta, tras la que el vigilante se encontraba—. Ese deslenguado miente.

En cualquier otra ocasión, John hubiera buscado la forma en la que la historia de Elías tuviera sentido, pero no podía. No en ese instante. Nada tenía sentido salvo que el joven llevaba días intentando engañar a todos los de su alrededor, mintiendo y repitiendo que nada ocurría, cuando la realidad era evidente.

—Elías, ya es suficiente —cortó John, exasperado—. Desde que te bajaste de ese dichoso

tren haces como si nada te ocurriese, cuando tú y yo sabemos la verdad.

De repente, la mirada de Elías recorrió la habitación y se encontró con los ojos cargados de duda de Valeria. Frunció el ceño, sin poder creer que John fuera a hablar delante de ella.

—John, basta.

—¡Puedes intentar enterrarlo, pero seguirá afectándote, maldita sea!

Había levantado la voz más de lo esperado y un denso silencio se descargó sobre ellos, tan solo acompañado de las miradas de rabia que los dos hombres se dedicaron.

—Creo que es mejor que abandonemos este lugar, Elías —indicó Valeria, sonando más calmada de lo que cabría esperar—. Volvamos al hotel.

El aludido tragó saliva antes de volver a la realidad.

—Será lo mejor.

Una vez más, rodeados por el silencio, recogió las pocas cosas que había llevado con él y se puso la chaqueta, bajando los escalones del escenario y dedicándole una última mirada a su compañero, que no se había movido del lugar.

—¿John?

—Os alcanzo en un rato.

Ninguno de los dos insistió.

Madrid, 1911

Elías descargó el puño sobre el asiento del carro. Desde que Valeria y él se habían subido, no había dejado de hablar sobre la traición de John. Lo cierto era que el joven no solo se sentía defraudado porque su compañero no había creído su historia, sino que se sentía completamente ridículo: John siempre había apoyado todas sus ideas, por descabelladas que fueran. No podía comprender por qué en un tema tan serio como ese había optado por no creer su versión de los hechos. Le había sentir demasiado vulnerable, demasiado frágil... y a pesar de que no lo había admitido, Valeria era lo suficientemente inteligente como para saberlo, por eso, no abrió la boca durante todo su discurso, sino que se limitó a escuchar, con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo se atreve? —volvió a asaltar el tema Elías—. ¿Cómo se atreve a insinuar que...?

—Acéptelo, señor Howland: su historia no tiene demasiado sentido.

No iba a mentirle, de hecho, Valeria odiaba mentir y desde el momento que había escuchado el disparate, se había obligado a mantenerse abierta a todo tipo de ideas, pero no podía creer que una escena tan surrealista había acontecido en el mismo corazón de Madrid; en la ópera, ni más ni menos, vigilada por los empleados. No podía obligarse a creerlo y tampoco estaba dispuesta a disimular que todo aquello tenía sentido, por mucha firmeza que Elías transmitiera con sus palabras.

Lo que no sabía era que el joven no prestó atención a su crítica, ni siquiera a esa mirada escéptica que dibujaba los ojos de la joven. Lo descubrió cuando una débil sonrisa se dibujó en los labios del pianista y ella sintió cómo el corazón le empezaba a latir con fuerza.

—¿Lo de llamarme Elías se ha terminado?

No pudo evitar sonreír también. Estaban muy cerca, pues el carro era pequeño y aunque en otras ocasiones, lo habían estado más, en aquel momento, la joven sintió un deseo muy fuerte. Tenía que admitir que verlo tirado en el suelo de la ópera, completamente solo, tras haberlo estado buscando durante horas, le había afectado más de la cuenta.

Un preocupado John se había presentado en la habitación de su hotel, diciendo que llevaba todo el día sin saber de Elías, pues había abandonado aquella mañana el hotel muy temprano, sin dar instrucciones y sin dejar una nota. Pasaron horas recorriendo los lugares que Elías solía frecuentar, poniendo las calles de Madrid patas arriba hasta que John recordó que la noche anterior, el pianista había mencionado que la Reina Madre había habilitado teatros y

escenarios con instrumentos para que los aspirantes pudieran practicar. Recorrieron un par de teatros hasta dar con él y, por supuesto, las condiciones en las que le habían encontrado no eran las que esperaban.

—Comprenda que me afectó verlo en esas condiciones.

Había un truco que había aprendido hacía mucho tiempo: la mejor mentira era una verdad a medias y aquella, no se alejaba de la realidad: no esperaba que Elías hubiera sido atacado y mucho menos esperaba sentir el peso en el estómago que había sentido al comprobarlo. Ella había viajado por muchos lugares de Europa, vio la miseria con sus propios ojos y le había contado historias de todo tipo y, sin embargo, nunca sintió nada parecido al alivio que su cuerpo experimentó cuando el pianista había abierto los ojos. Era algo que no sabía si quería comprender, pues temía demasiado la respuesta.

Cuando se atrevió a levantar la cabeza, sus ojos se encontraron con los de él, que aguadaba, paciente.

—¿También te doy pena a ti?

Sentía muchas cosas, pero pena no era una de ellas. Era evidente que había algo que atormentaba a Elías Howland, algo que no se atrevía a compartir, pero eso no le producía pena. ¿Curiosidad? Tal vez.

—No —negó finalmente—. Pocas personas tienen la capacidad de darme pena y usted no es una de ellas.

Sonrió, finalmente, aunque fue una sonrisa cansada.

—Quizá no se me vea tan lamentable como temo entonces.

La escasa distancia entre sus cuerpos, su corazón golpeándole el pecho, la forma en que él miraba por la ventana, impaciente por escapar del carro... todo eso fue lo que hizo que al fin se lanzara a preguntar, a pesar de que sabía que tenía muchas posibilidades de no encontrar respuesta, aunque en eso consistía su trabajo: ella preguntaba. Siempre preguntaba.

—¿Puedo preguntar qué...?

—No, no puede.

Sintió cómo se quedaba sin aire de repente, como si todo el del carro hubiera desaparecido de pronto, pero se obligó a recuperar la compostura. Elías no volvió a despegar la mirada de la pequeña ventana y durante unos segundos, solo se escuchó el sonido de las ruedas girando sobre los adoquines y las patas del caballo haciéndoles avanzar.

—De acuerdo.

Ninguno de los dos volvió a articular palabra y a pesar de que el hotel de Elías no estaba a más de unos minutos, Valeria sintió cómo el viaje se hizo eterno.

Una vez llegaron y como era esperar, Elías necesitó la ayuda del cochero para bajar del carro y aunque la joven solo sentía el deseo de perderlo de vista, se obligó a acompañarlo hasta

su habitación. En parte, porque sentía que se lo debía después de haber preguntado cuando no era el momento. ¿Qué le estaba ocurriendo? No había llegado hasta donde estaba con indiscreción, sino con paciencia y astucia, ¿por qué su cabeza parecía una olla a presión a punto de estallar?

Negó con la cabeza, en un intento de alejar todos los pensamientos, pero cuando estuvieron a punto de llegar a la habitación del pianista y este agarró su brazo con suavidad, obligándola a detenerse, sintió cómo todos volvían a su sien, clavándose como agujas.

—Lo siento, Valeria —dijo, finalmente, tras unos segundos—. Siento mi comportamiento, solo intentabas ayudar y...

—No se disculpe, al fin y al cabo, nuestra relación no es más que profesional.

Las palabras habían brotado de sus labios sin permiso, de hecho, se había dejado llevar por la rabia y había sonado mucho más brusca de lo que esperaba. Apretó los puños, sin terminar de creer que esa noche estuviera a punto de echar todo por la borda. Nunca se había permitido ceder ante un deseo estúpido, pero cuando el joven le dedicó una cálida sonrisa, sintió que podría hacer la cosa más absurda del mundo y, sin embargo, siempre encontraría una defensa que recordarse a sí misma.

—¿Y de profesional a profesional podría invitarle a una última copa?

Su razón gritó que no, que era el momento de largarse. Sus palabras, sin embargo, fueron otras:

—Yo la tomaré, usted ya ha tomado bastantes.

Se permitió abrir la puerta por él, ya que estaba segura de que con el tembleque de manos ni siquiera acertaría en la cerradura con la llave. Se las arrebató de las manos antes de que pudiera hacer el primer intento y le invitó a pasar, como si ella fuera, en realidad, la anfitriona.

Aunque él no podría adivinarlo, en realidad, era lo que le hacía sentir segura: creer que tenía el control de la situación.

Elías tomó asiento a los pies de la cama, mientras ella se sirvió su propia copa y se llevaba el líquido a los labios, en un intento de mantener la cabeza en su sitio. Odiaba el alcohol, en realidad y pocas veces lo había probado, pero aquella era una buena ocasión.

—Sé que no ha aceptado la copa solo por un trago de ginebra, pero no hace falta que se quede para cuidar de mí.

No estaba en condiciones de quedarse solo, eso era evidente, pero Valeria no había contemplado la posibilidad de hacer de niñera aquella noche, pues eran otros los pensamientos que asaltaban su mente. En el fondo, continuaba dolida por la brusca respuesta del coche, pues no era su intención sonsacar información, de hecho, en su profesión era lo último en lo que pensaba.

—Creí que nuestra relación es solo profesional.

Intentó sonar igual de brusca, pero su voz se cortó al final y tuvo que ayudarse de otro

trago de la copa para continuar.

—Eso es lo que usted dice, pero yo muero de ganas de besar esos labios.

Si no fuera porque solo estaban bajo la luz de unas velas, Elías la hubiera visto sonrojarse. Llevaba días escuchando ese tipo de frases por su parte, pero no se las había tomado en serio, en parte, porque en ningún momento había sentido lo mismo que en ese momento. Muchas cosas habían cambiado en pocos días y, de repente, la opinión de Elías le importaba más de lo que hubiera deseado.

Y, sin embargo, no podía ser así. Aquel no podía ser el final de su historia.

—Es el alcohol el que habla, no usted. —El joven soltó una carcajada.

—Bien sabe que no es así, ¿de qué tiene miedo? —Se levantó y lo hizo sin tambalearse—. ¿De enamorarse?

Se obligaba a que nadie lo notase, pero tenía miedo a muchas cosas. A demasiadas. La vida le había enseñado a temer, a no dejarse llevar por la felicidad, por la ilusión o por el sentimiento de un momento dado. Eso solo haría que la caída doliera más.

—No sea ridículo.

—¿Tan descabellado es?

De repente, volvían a estar muy cerca. Podría alargar su mano y acariciar el rostro de Elías, pero se conformó con volverse un poco para que no viera que se había vuelto a sonrojar.

—Por supuesto: soy su periodista y usted solo me resulta interesante por la competición.

Sintió la suave caricia de los dedos del pianista sobre su mentón y cómo la obligó a mantener el contacto visual. Sus labios estaban más cerca que nunca, ¿por qué parecía que la estaban esperando?

—¿Es que nunca se ha saltado las normas, señorita Márquez?

Lejos de lo que pudiera parecer, no estaba nerviosa, pocas veces lo estaba: se había acostumbrado a esperar y estaba dispuesta a hacer que esos labios esperasen un poco más.

—Un par de veces.

—¿Por qué entonces no se deja llevar por el brillo de sus ojos? Yo diría que lo dice todo.

No pudo contener la carcajada que hizo que Elías sonriera una vez más. Nunca se había fijado en que cuando lo hacía, un hoyuelo aparecía en su mejilla. Tampoco se había fijado en que sus ojos eran más claros de lo que parecían en realidad y de que un lunar adornaba la parte alta de su cuello.

—¿Es siempre tan insistente?

—Casi siempre. —En esa ocasión, tan solo arqueó los labios—. Es uno de mis puntos más atractivos.

Se inclinó para besarla, pero ella todavía no estaba dispuesta, no hasta que la insistente voz de su cabeza no tomase una decisión: ¿era seguro para ella lo que estaba a punto de suceder? No

podía dejarse llevar por un impulso. Valeria no era así. Ella era la voz de la razón personificada.

—¿Eso suelen decirle? —bromeó, consciente de que, para Elías, la conversación se estaba alargando demasiado—. ¿Las mujeres a las que invita a una copa?

Aquella acusación hizo que el pianista se separase un poco, en un intento de escrutar el rostro de la joven. Finalmente, le dedicó una sonrisa.

—Sé que hay muchos rumores por ahí sobre mí, pero le aseguro que puedo ayudarla a separar la verdad de la mentira, si está dispuesta a escucharme.

—¿Sabe? Estoy dispuesta a escucharle esta noche. Y también a otras cosas.

Dejó que sus manos le acercaran aún más, sujetándole con cuidado de la camisa y cuando sus labios se unieron al fin, ninguno sintió que había cometido un error. Elías también utilizó las manos para bajarlas hasta la cadera de la joven y sentir el contacto de su piel.

En aquella ocasión, tampoco volvieron a hablar, pero dejaron de sus cuerpos dijera todo lo que las palabras no podían.

París, 1896

Los tres primeros meses de Elías en París pasaron más perezosos que el frío invierno que estaban viviendo. Había descubierto que su nuevo maestro, Thomas Howland, vivía en uno de los barrios más alejados del tumulto de la capital, que era un hombre solitario, que no solía recibir muchas visitas y que en aquella casa no había ni un solo niño con el que pasar el rato. De hecho, con quien más tiempo pasaba era con Celine, que le obligaba a aprender francés a pasos agigantados, tanto que, en alguna de sus breves excursiones a la ciudad, se había sorprendido al captar más de una frase con sentido en boca de algún ciudadano. También estaba recibiendo clases de matemáticas, geografía, historia y, por supuesto, música, aunque aquellas se las impartía el mismo Howland y era uno de los pocos momentos que el chico pasaba con su anfitrión. El resto del tiempo, lo pasaba vagando de algún lugar a otro de la casa, ayudando a Celine en la biblioteca, practicando al piano o leyendo algún libro, en parte porque había descubierto que le gustaba mucho leer, pero también porque el olor y la sensación al tocar las páginas de los libros, le recordaban demasiado a Victoria.

Pensar en la joven dolía. La echaba de menos mucho más que a cualquier otra cosa que hubiera dejado atrás, pues con Victoria las horas pasaban muy rápidas y en París, el tiempo parecía que se había detenido.

Elías se preguntaba a menudo si Victoria se acordaría tanto de él, pues en su caso, la imagen de la chica no se despegaba de su mente. Estaba seguro de que ella habría visitado París, pero no podía dejar de imaginar el poder enseñarle aquella enorme ciudad. Le gustaría mucho, al igual que la biblioteca del señor Howland, con muchos más libros de los que el señor Ibáñez pudiera tener en su biblioteca.

Howland le había prometido que cuando avanzara un poco más con el francés, iría a la escuela con el resto de los niños y Elías no veía el momento de que eso se hiciera realidad, por eso se esforzaba por sorprender a Celine; procuraba prestar atención a las conversaciones que tenían los sirvientes de Howland, imitaba su acento y escribía centenares de cartas que después no enviaba, pero se imaginaba que podía contarle a Victoria todo lo que estaba viviendo. Ella hablaba francés y podría corregirlo, pero se negaba a enviarle una carta colmada de errores. Lo haría cuando Celine diera el visto bueno a su gramática.

Eso hacía aquella mañana: había rescatado un viejo diccionario y estudiaba todas las palabras que empezaban por «m» cuando una voz que nunca había oído le sobresaltó. Al asomarse al pasillo que finalizaba con el despacho de Howland, descubrió que un hombre

trajeado caminaba con su maestro en dirección a este, seguido por un tímido muchacho bien vestido, que se movía con la misma seguridad que el adulto.

Cuando Thomas recibió al recién llegado, el chico se quedó fuera, a la espera de que la puerta del despacho volviera a abrirse, dejando salir al hombre que, a juzgar por su parecido, debía ser su padre.

Hacía tanto tiempo que Elías no hablaba con alguien de su edad que sintió un peso en el estómago de pronto. Cerró el libro, provocando un golpe seco que llamó la atención del joven. Sus miradas no tardaron en encontrarse y el extraño frunció el ceño, confuso al encontrar a Elías caminando hacia él.

—Hola.

Parecía agradable, pero no dejaba de ser un extraño, por eso, el chico frunció el ceño y le dedicó una mirada confusa.

—¿Quién eres tú? Nunca te he visto por aquí.

Sonó más brusco de lo que pretendía, pero ya era tarde para disculparse, por lo que Elías prefirió mantener su postura desconfiada, bajo la atenta mirada del chico, que no borró su sonrisa.

—Me llamo John Lance, soy el hijo del señor Lance. —Señaló hacia la puerta del despacho, que todavía estaba cerrada, aunque dejaba pasar las voces animadas de los dos hombres reunidos—. El notario.

Thomas no escondía los asuntos de negocios durante las cenas, que compartía todas las noches con Celine y con Elías, por eso el joven reconoció el apellido del notario. Alguna vez habían hablado de él, aunque no comprendía del todo cuál era su función y el motivo por el que mantenía conversaciones tan largas con su maestro.

—Ah, sí, tu padre se reúne mucho con el señor Howland.

Solía acudir a la casa por las mañanas, durante las clases de Elías, por eso nunca le había visto. Aquel parecía un día especial, pues no solo había ido por la tarde, sino que además se había llevado a su hijo con él.

—¿Y tú? —aprovechó John para preguntar—. ¿Eres su hijo? He escuchado muchos rumores sobre ti, la gente no se cree que el señor Howland haya adoptado.

No pudo contener una carcajada al imaginar la situación. El señor Howland era un señor ya entrado en años, ¿cómo era posible que alguien creyera que tenía un hijo de esa edad?

—No soy su hijo, soy su aprendiz. El señor Howland va a enseñarme música. —Hinchó el pecho, orgulloso—. Me hará un pianista famoso.

Sus palabras no causaron el impacto que esperaba, de hecho, la única reacción que obtuvo de John fue un alzamiento de ceja que manifestaba su escepticismo.

—¿De verdad? Yo no me fiaría del señor Howland, todo el mundo dice que está loco.

Aunque no le vinculaba nada con Thomas Howland, aquella respuesta fue para Elías como un puñetazo en el estómago. No porque creyera que podía ser verdad, sino porque no le gustaba que se emponzoñara la imagen de su maestro. Era evidente que era un hombre exitoso: vivía en una casa en París, había viajado por todo el mundo con su música y todos en aquella ciudad conocía su nombre.

—El señor Howland no está loco.

Quiso haber añadido algo más, pero la ira que había empezado a latir en su interior habría hecho soltar alguna respuesta que no estuviera bien vista. Allí no podía hablar con la misma libertad que en la casa de los Ibáñez, Celine se había escandalizado en algunas ocasiones por, lo que ella había denominado, una lengua muy afilada.

No quería una amonestación de su profesora, pero John no parecía dispuesto a dejar el tema a un lado y continuó, haciendo que Elías apretase los puños.

—Solo un loco viviría en una casa como esta, retirado de la fama —explicó—. Él es un músico muy famoso y, sin embargo, está escondido en la periferia de esta ciudad en lugar de volver a Londres. —Si el joven no hubiera estado tan centrado en controlar su temperamento, se hubiera dado cuenta de que John había cambiado la expresión de su rostro al mencionar la ciudad —. Yo también soy de allí, ¿sabes?

—Y si tan bien estás allí, ¿por qué no te largas con tu padre?

Si Celine hubiera estado presente, Elías habría conseguido sacarle una mueca horrorizada y le hubiera acusado una vez más de no mantener a raya su lengua afilada y sus rudos modales, pero a John no pareció importarle su respuesta, de hecho, se encogió de hombros, como si aquella fuera una buena pregunta.

—Él está obsesionado con que estudie en París —arrugó el gesto—. Quiere que herede su notaría algún día, por eso me obliga a ir a esa maldita escuela. Daría lo que fuera por regresar a Londres, pero mi padre no cederá —negó con la cabeza, sin disimular la decepción—. Ha hecho un gran esfuerzo por traernos a París.

Fue esa expresión entristecida la que hizo que Elías se diera cuenta de que, en realidad, no era tan diferente de John: ambos echaban de menos algo que habían dejado atrás, con lo que habían crecido. En el caso de John era un lugar, para él, era una persona. Se les había obligado a pasar página, sin preguntar si estaban preparados para ello. Él intentaba no verlo así, al fin y al cabo, le dieron a elegir, aunque no imaginaba que la nostalgia pudiera doler tanto.

—A mí me gusta este lugar —admitió. Era cierto: París le había enamorado desde el primer momento y, con el tiempo, podría llegar a llamarlo hogar—. El señor Howland me está enseñando francés para ir a la escuela cuanto antes.

Una vez más, John respondió con una sonrisa y Elías, por primera vez, pensó que tal vez, el joven solo quería ser agradable. Sintió una punzada de culpa por haberse dirigido a él de forma

tan brusca y trató de suavizarlo sonriendo también.

—Se nota mucho tu acento de fuera, eso no les gustará a los franceses, aunque los ingleses tampoco les caemos bien. Son demasiado estirados.

Elevó el mentón, orgulloso, pensando en lo mucho que deseaba conocer a los niños franceses, descubrir, poco a poco, cómo funcionaban ese tipo de escuelas, de las que Victoria tanto le había hablado. Él solo había acudido a una muy pequeña y concurrida en su barrio, antes de mudarse a casa de los Ibáñez, pero estaba seguro de que la de París no se parecería en nada a aquella.

—Les caeré bien cuando me escuchen tocar. La sonrisa se convirtió en una carcajada.

—Eres un poco egocéntrico por lo que veo.

Se encogió de hombros, sin saber qué responder.

—No sé qué significa eso, pero el señor Howland dice que me irá bien en la escuela con este carácter.

El joven iba a añadir algo más, pero entonces, la puerta del despacho de Thomas Howland se abrió y el padre de John apareció tras ella, dedicándole una última despedida al pianista, que salió tras él y se quedó junto al marco. El señor Lance le hizo un gesto a su hijo, que ya estaba preparado para marcharse.

—John, vamos.

A Elías se le antojó un hombre muy serio, demasiado diferente al pequeño John, sonriente y vivaracho. A pesar de que sabía que no sería recibido de buen agrado, no despegó la vista del señor Lance, ni siquiera cuando John pasó por su lado y se detuvo un segundo para susurrar:

—Hasta pronto, supongo.

Ambas figuras se perdieron al final del pasillo y el chico pudo escuchar cómo Celine los despedía en la puerta. Le dedicó una breve mirada a Thomas, que continuaba estático en el lugar donde se había despedido del señor Lance y descubrió que él también le estaba mirando.

—Me alegra ver que empiezas a hacer amigos, jovencito.

Thomas Howland no tenía demasiado tiempo para conversar con el chico, para su desgracia, pues eran temas burocráticos demasiado aburridos los que le mantenían ocupado y le gustaba charlar con el joven, por eso, le invitó a pasar a su despacho.

—John, ha sido agradable conmigo, ¿cree que podremos llevarnos bien?

El pianista aguantó una carcajada y por su cabeza pasó una respuesta afirmativa, pues había descubierto que Elías era un niño inteligente, que sabía cómo agradar a los demás, incluso cuando en lo más profundo de su ser, deseaba no hacerlo. No abundaban en su mundo las personas sinceras y Elías encajaría a la perfección en aquel mundo, pues la expresión del chico pocas veces concordaba con lo que pasaba por su cabeza.

—El joven John es un niño ejemplar, estoy seguro de que sí.

—¿Iré pronto a la escuela con el resto de los niños?

Gracias a las clases de Celine, Elías había avanzado muy rápido con el idioma y estaba seguro de que podría defenderse en la escuela, pero Thomas había decidido mantenerlo en la casa unas semanas más. No porque no estuviera preparado, sino porque prefería mantenerlo alejado un poco más de aquel mundo, del mundo al que él ansiaba pertenecer cuanto antes. Un lugar donde hasta la persona más agradable podía ocultar, en su interior, una víbora venenosa dispuesta a salirse con la suya.

Thomas Howland odiaba el mundo burgués, la aristocracia y los altos estamentos de París, pero no le quedaba más remedio que moverse por aquellos paisajes y tratar de sobrevivir. No quería enviar a Elías tan pronto a aquel lugar, pero él se moría de ganas por traspasar sus puertas.

Contuvo un suspiro; no iba a poder mantenerse seguro mucho más tiempo.

—Cuando te pongas al día y mejores tu idioma lo harás —respondió, con un gesto amable—. Aprendes rápido, eso es una ventaja.

—No fui demasiado a la escuela y no era un lugar para gente como John —admitió Elías, tras unos segundos de silencio—. Los hijos de los señores acudían a otra diferente.

—Un músico no solo debe conocer las notas y los acordes, jovencito —explicó el hombre—. Aprenderás idiomas para cuando viajes por el mundo, aprenderás modales y a cómo comportarte, aunque a eso Celine te ayudará mucho mejor que yo.

Thomas Howland sabía que él poco podía enseñar sobre sociedad y buenos modales. Él prefería los acordes, mantener la melodía en sus dedos y olvidarse de lo que pensarán los demás.

Lástima que, en los altos estamentos de París, pesara más lo segundo.

Madrid, 1911

La seguridad en la voz de Elías resonaba una y otra vez en la cabeza de John, tan fuerte que había empezado a sentir una terrible jaqueca, aunque no era nada comparado con el sentimiento de su corazón acelerado, que iba a más a medida que se acercaban al hotel. Sabía que estaban allí instalados porque las noticias del mecenazgo de la reina se extendían por las calles de Madrid como la pólvora y todo el mundo estaba pendiente de los participantes, de dónde estaban ubicados, de seguir cada uno de sus pasos...

Así era cómo había localizado a Elías. Habían pasado horas desde que había salido y cuando llegó el atardecer, supo que algo iba mal. Hizo llamar a Valeria por si ella sabía algo de su compañero, pero al recibir por su parte una respuesta negativa, se alteró aún más.

No quería creer las palabras de Elías. No quería porque no podía creer que ese fuera el juego al que Bianchi estaba dispuesto a jugar. Ambos sabían que era un oportunista, una figura misteriosa que solo vagaba por las zonas que le interesaban, pero quería pensar que aquella pantomima iba a ser un juego limpio.

Hubiera dado lo que fuera porque Elías se equivocara, que hubiera bebido demasiado, que hubiera tenido algún tipo de alucinación y que solo estuviera bajo los efectos del alcohol.

Pero tenía que asegurarse. No iba a poder dormir con aquella voz que le decía que quizá su compañero estuviera en lo cierto.

Por eso, llamó con decisión a la puerta del hotel y cuando escuchó pasos al otro lado de la habitación, sintió un peso en el estómago.

Nathan abrió la puerta, con una mueca confusa que se tranquilizó al identificar al hombre.

—¿John? ¿Qué haces aquí? No esperaba tu...

Ni siquiera le permitió continuar. No escuchó a la razón, que le decía que debía mantener la calma, como siempre hacía, sino que dejó que el instinto y la furia tomaran el protagonismo. Sus manos fueron directas al cuello de su camisa y se agarraron a la tela con fuerza, obligando a Nathan a retroceder. Llegaron hasta la pared más próxima a la puerta y John ni siquiera se preocupó por echar un vistazo para comprobar si había alguien más en la habitación. Nada de eso le importaba.

—*Comme tout!* —maldijo el francés en su lengua natal.

—Te dije que te mantuvieras lejos de nosotros.

John nunca habría podido decir de dónde salió ese tono ronco, esas palabras colmadas de enfado que se adueñaron de sus labios y que logró mantenerlas a raya antes de dar más

información de la que debía. Nathan, por supuesto, tan solo abrió mucho los ojos en una mueca confundida, pero John no iba a tragarse aquel teatro. No en aquella ocasión. Sabía que Nathan era un mentiroso profesional y no iba a dejar que su seguridad le volviera a engañar.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—¡Lo sabes bien! —acompañó el grito de un zarandeo de su camisa, que continuaba agarrada con fuerza por sus puños—. ¿Dónde está? ¿Dónde está tu señor? ¿Ha vuelto de su excursión?

El francés al fin se zafó del agarre del intruso y trató de alisar su camisa, sin despegar la mirada escrutadora de este. Con toda la calma y la dignidad que logró reunir,ladeó la cabeza, antes de contestar:

—El señor está en su habitación, lleva toda la tarde practicando para la competición.

Gracias a Nathan, John había aprendido, hacía mucho tiempo, lo mucho que odiaba que le mintieran. Cuando descubría una nueva mentira, sentía cómo el fuego de su interior iba quemando su cuerpo y en aquella ocasión, se tuvo que obligar a mantenerse sereno, pues si no, iba a hacer algo de lo que al día siguiente se arrepentiría.

—No me hagas reír, sabes que eso no es cierto.

Negó con la cabeza, removiéndose en el sitio, sin darse cuenta de que había rebasado el mínimo de distancia que los franceses mantenían para sentirse cómodos. Aquello no parecía importar a Nathan en aquel momento, que se limitaba a lanzar miradas nerviosas y confusas a todos los rincones de la habitación.

—¡Por el amor de Dios, John! Habla con el personal del hotel, ellos te asegurarán que lleva todo el día con la llave echada —también había alzado la voz, algo que se obligó a cambiar antes de continuar—. No ha dejado que nadie le importune, ni siquiera yo.

Instintivamente, John dedicó una breve mirada a la pared que la habitación compartía con la de Bianchi. Ni siquiera un mentiroso profesional como Nathan se atrevería a darle ideas para corroborar sus palabras, pues le conocía demasiado y sabía que no dudaría en hacerlo. Si el personal del hotel, al igual que el empleado de la ópera confirmaban que no había ocurrido nada anormal, entonces Elías era el que mentía.

Pensar en aquella posibilidad hizo que toda la rabia se transformara en un bloque de plomo que le presionó el pecho.

Nada tenía sentido. Ni siquiera que él estuviera allí lo tenía.

Miró a Nathan a los ojos, a aquellos ojos azules que tanto había adorado y rebuscó en ellos alguna grieta. Algún indicio.

Pero no encontró nada. Nada más allá de la confusión y también el miedo y la preocupación.

Se alejó unos pasos, sintiendo cómo sus manos temblaban.

—¿De verdad?

Nathan asintió, sin terminar de confiarse. Nunca había visto a John tan alterado, nunca en una situación como aquella y había roto por completo sus esquemas. No sabía cómo iba a reaccionar y prefería mantenerse todavía a una distancia prudencial.

—Así es.

Habló con lentitud, pero lejos de conseguir que John se relajase, lo único que consiguió fue que este se derrumbara, girara sobre sus talones y se apoyara en la pequeña mesilla repleta de papeles que Nathan estaba ojeando antes de que le interrumpieran. Su cuerpo temblaba levemente, pero no estaba seguro de si debía acercarse.

—Oh, por Dios... Lo siento, Nathan, lo siento... Me voy a volver loco.

Se volvió de nuevo hacia él e intentó dedicarle una sonrisa, pero antes de que pudiera siquiera parecer sincera, se quebró en una mueca nerviosa.

—¿Ha ocurrido algo? —se atrevió Nathan a preguntar—. No tienes buena cara.

Aquella expresión vulnerable al francés le llevó a unos años atrás, cuando había conocido a John e inmediatamente algo hizo que el joven llamara su atención. A John no le costaba confiar en la gente, una cualidad que él mismo le había recriminado en múltiples ocasiones y tras un par de días compartiendo charlas y conversaciones, John le dedicó aquella expresión serena y vulnerable antes de revelarles que había algo entre ellos que no cuadraba. Nathan comprendió de inmediato a lo que el joven se refería, pero para él, tenía todo el sentido del mundo. No era la primera vez que se había sentido atraído por un hombre, pero el joven todavía tenía muchas sensaciones por descubrir.

A Nathan, al principio, le pareció tierna su sinceridad, con el tiempo, se la recriminó en múltiples ocasiones.

Y, sin embargo, en aquel preciso instante, agradeció que John fuera como un libro abierto, pues nunca habría revelado sus miedos con palabras, pero bastaba con echar un ligero vistazo para saber que algo pasaba por su cabeza confusa.

No estaba dispuesto a compartirlo, sin embargo, pues negó con la cabeza, antes de obligarse a sonreír.

—Prefiero no hablar de eso. —Durante un segundo, Nathan pensó que se marchaba, pero sus ojos se detuvieron en un punto del escritorio sobre el que continuaba apoyado. Sus dedos alcanzaron unas botellas que le había dejado el personal de hotel y que permanecían intactas. No pudo contener un suspiro—. ¿Unas botellas sin abrir en tu habitación? Vaya, Nathan, al final sí que va a ser verdad que estás progresando.

En cualquier otra situación, el francés habría sentido orgullo, pero nada más lejos de la realidad, pues fue una punzada de dolor lo que atravesó su pecho. Solo habían pasado días desde que habían mantenido una tensa conversación y él le había jurado que no había vuelto a probar

una gota de alcohol, por complicado que fuera de creer.

No pudo contener un suspiro resignado.

—Mi ángel me sacó de ese mundo, John. Te lo dije.

La botella continuaba girando entre los dedos del joven y cuando este volvió a colocarla en el escritorio, el repiqueteo resonó por toda la habitación silenciosa.

—Qué suerte: ha podido hacer lo que yo tanto intenté.

El dolor era evidente en la mueca del joven y fue eso lo que hizo que Nathan extendiese el brazo para agarrarse a él cuando pasó por su lado. En París, la última vez que lo había visto, le había dejado con las ganas de decirle muchas cosas, pero en aquella ocasión, no tenía nada con lo que retenerlo. En ese momento, todo era diferente, al fin y al cabo, había sido él quien había irrumpido en la habitación de su hotel, quien había entrado en ella sin una invitación y quien había exigido que hablaran.

—Espera —le pidió—. Creo que te debo muchas explicaciones.

John se liberó de su agarre con suavidad, con la calma que todavía le faltaba pero que estaba habituado a tener y negó con la cabeza.

—Llegan tarde.

Nathan sintió cómo algo se rompía dentro de él, cómo las palabras se quedaban atascadas una vez más en sus labios. Había fantaseado muchas veces con tener esa conversación, con tener a John delante y poder decirle lo que durante tanto tiempo se había guardado, pero había llegado el momento y las palabras no salían. Nunca lo hacía.

—Lo sé, no... No pretendo que volvamos a tener lo que tuvimos, John. Sé que es imposible recuperar tu confianza. —Tragó saliva—. Solo espero que algún día puedas perdonarme. Por todo. Lamento haberte hecho daño.

Tuvo muchas oportunidades con él, era consciente de ello y también era consciente de que las había desaprovechado todas y de que por mucho que lo deseaban, John no iba a permitirle demostrarle nada. Era comprensible. Era lo que merecía, al fin y al cabo.

Y, sin embargo, una vez más, el joven le dedicó una mirada sincera, como las que eran habituales en él. Una mirada tierna pero llena de ira, de rencor.

—No tienes que disculparte ya, Nathan. No cambiaré lo que ocurrió. —Se mordió el labio inferior, buscando las palabras—. No puedes pedirme que olvide todo y tampoco que cuando te mire solo vea tu puesto. Tras tanto tiempo vuelves, justo ahora y con ese Bianchi como acompañante.

Aquello no ayudaba. Nathan lo sabía, pero era por lo único que no iba a disculparse.

—Me ha ayudado más de lo que nadie ha hecho. No habría podido escapar de la bebida de no haber sido por...

No le permitió terminar y una vez más, Nathan sintió cómo los sentimientos se

acumulaban, pidiendo salir.

—Intenté tantas cosas para ayudarte, pero siempre recaías y volvían las mentiras, los robos y el dolor.

La vergüenza siempre había sido un problema más y en aquel momento, volvió para ruborizarle y colorear de rojo sus mejillas.

—Sé que no puedo cambiar la persona que fui, pero por favor, déjame demostrarte en la persona que soy ahora. Quizá te sorprenda.

Durante un momento, pensó que lo había conseguido, pues John le dedicó un apretón en el antebrazo. Un apretón cariñoso, cargado de sentimiento. Pero cuando Nathan quiso responder recortando la distancia entre ellos, una vez más, él se separó, dirigiéndose a la salida.

—No creo que pueda aguantar una decepción más, Nathan —iba a añadir algo más, pero se permitió un segundo antes de continuar—. Espero que te vaya bien. Con Bianchi o con quien trabajes.

—Deberías descansar, John. No tienes buena cara.

—Mejorará cuando esta dichosa competición haya terminado.

Una vez más, Nathan le siguió con la mirada antes de perderlo de vista, pero en esa ocasión, volvió a sentir cómo la culpa se amarraba a su corazón, provocándole un infinito dolor.

Lo había vuelto a hacer. Había vuelto a mentirle.

París, 1897

Celine había obligado a Elías a ponerse un elegante traje el día de la visita de los Ibáñez, aunque, por supuesto, la mujer no lo había hecho por ellos, sino por la madre del joven, que llegaría en el mismo coche. «Un hijo debe estar siempre presentable para una madre y mucho más si lleva tanto tiempo sin verte. Cuida de tu madre, muchacho, o algún día te arrepentirás de no haberlo hecho» había dicho.

Y allí estaban los tres: Celine, con la misma paz que siempre llevaba consigo, Thomas Howland con algo de aburrimiento por los protocolos y Elías inquieto y molesto con la corbata que le rodeaba el cuello. Era cierto que iba a ver a su madre tras algunos meses, pero aquel no era el motivo de su nerviosismo, sino que Victoria acompañaba a sus padres en el viaje a Francia. Iban camino a París, pero harían escala en la casa y aquel dato sí que había hecho que el joven sintiese ganas de saltar de alegría. La última vez que había visto a Victoria fue en uno de sus viajes rápidos a Madrid. Siempre acompañaba a Thomas a los pocos conciertos que daba y aunque estos cada vez eran más raros, solía disfrutar de ellos, sobre todo si implicaban una parada en la mansión de los Ibáñez.

Cuando el carro llegó, el joven pudo ver cómo los ojos de su madre brillaron de alegría, pero no desatendió las obligaciones y cargó con el equipaje antes de que los asistentes de Howland se acercasen a recogerlos. Entonces, le permitieron acercarse y Elías voló hasta sus brazos, que ya estaban abiertos. Se había prometido que se comportaría como el adulto de catorce años que ya era, pero no había podido que el deseo le pudiera cuando había visto a Catalina.

—Elías... —susurró en su oído, mientras todavía se abrazaban.

Ella se separó para escrutarle el rostro. Habían pasado casi seis meses desde la última vez que se habían visto y el joven cambiaba muy rápido. Estaba creciendo y los signos de la pubertad empezaban a enmarcar su rostro.

—Hola, madre.

Escuchar su voz fue como volver a la realidad y se permitió abrazarlo de nuevo.

—Oh, mi cielo... —sollozó—. Cuánto te he echado de menos, dime, ¿cómo estás?

No se dio cuenta de que los ojos de Elías se habían encontrado con otros. Otros a los que también había añorado y que estaban acompañados de una melena rizada perfectamente peinada. Victoria también había crecido; se había dejado el pelo largo, mucho más de lo que nunca lo había tenido y su sonrisa era, si es que podía ser posible, todavía más radiante.

—Muy bien, madre, no te preocupes —respondió con rapidez, al darse cuenta de que se

había quedado callado—. El señor Howland me está enseñando mucho y ya me he puesto al día con los de mi edad en la escuela.

Aquel tema había sido uno de los principales quebraderos de cabeza de Elías, pues a pesar de que había sido admitido en una de las escuelas más prestigiosas, se notaba el claro desnivel que tenía con sus compañeros, pero con ayuda de Thomas y Celine, habían conseguido que el joven se pusiera al día. Había descubierto que sus dos convivientes eran muy inteligentes y aunque a Celine no le sobraba la paciencia siempre intentaba hacer un esfuerzo con Elías.

—Me alegra tanto oír eso, jovencito —dijo una voz masculina, que interrumpió el reencuentro entre ambos—. Sabes que he apostado mucho por ti.

No necesitó girarse para comprobar que Thomas Howland había puesto los ojos en blanco, como la mayoría de las veces que aquel tema salía a la luz. Era cierto que el señor Ibáñez había permitido que Elías dejase su trabajo y marchase a Francia, incluso había hecho una pequeña inversión inicial para pagar el colegio de música, pero el resto estaba en manos de Howland. Él era maestro, mecenas y cuidador del joven, además, en los últimos meses habían logrado labrar lo que les gustaba llamar amistad.

—No tortures al chico con tus sermones, Ibáñez —le saludó con una sonrisa y un apretón en el hombro—. Aquí no estamos acostumbrados a los parlanchines como tú.

Entraron riendo y fue cuando Victoria se atrevió a dar el primer paso hacia Elías, que continuaba de piedra. Le dedicó una sonrisa, apreciando el nerviosismo del chico.

—Hola —casi se había tenido que armar de valor para soltar esa única palabra.

—Hola —saludó ella también.

Nunca había habido silencio entre ellos y si los había, eran de esos cómodos, de los que dejan respirar; ese, sin embargo, se le antojó a Elías terrible, a pesar de que la joven parecía satisfecha.

—Te veo bien —continuó al fin.

—Yo también te veo bien —hizo un gesto, señalando la casi media cabeza que se llevaban en altura—. Más alto.

Quiso decirle que la había echado de menos, que se alegraba verla, que llevaba nervioso días, porque se imaginaba aquella escena y no quería que fuera así, pero no podía hacer nada más. Sin embargo, tuvo la sensación de que ya se lo estaba diciendo con la mirada, cálida como una puesta de sol y ella le respondía, risueña.

Un torbellino interrumpió el momento, pero también le sacó a Elías una carcajada.

—¿Qué hacen los invitados en el descansillo? —preguntó Celine, impaciente, cargando con el último baúl de equipaje—. ¡Entrad al comedor, la comida está ya servida!

—Será mejor obedecer —murmuró el joven—, Celine es la verdadera ama de la casa.

A pesar del temperamento de la mujer, el chico sabía cómo manejarla para que siempre

estuviera con él de buen humor. Era mucho más de lo que Thomas podía decir, aunque él tenía su propia manera de apaciguarla. Ambos pensaban que su relación trascurría en secreto, pero lo cierto era que Elías había sido testigo de numerosas miradas cómplices que se dedicaban o caricias en lugares inesperados. Si tenían una relación formal, no lo habían dicho nunca y probablemente ni siquiera ellos mismos sabían cómo declararse, pero algo había entre ambos. Celine había enviudado hacía muchos años, cuando era joven, ni siquiera había tenido tiempo de quedarse embarazada. No hablaba mucho de aquella etapa de su vida, pero a Elías le daba la sensación de que el marido de Celine no había sido buena persona y aquello era lo que hacía que se mostrase reacia prácticamente con todo el mundo.

—Me alegra que lo tengas tan claro, muchacho, eres muy perspicaz —le acarició el pelo con ternura—, ¡todo el mundo a comer!

Con las indicaciones de la mujer, en menos de diez minutos, todo el mundo estaba frente a la mesa y los platos salían de la cocina, perfectos y deliciosos. Le habían permitido a Catalina comer en la mesa con los invitados, a pesar de que ella había afirmado que podía hacerlo con el resto del servicio, en la cocina. Ni Thomas ni Celine se lo habían permitido, por supuesto y comía, incómoda y si no fuera porque estaba junto a su hijo, sintiendo ganas de que la tierra se la tragase en aquel momento, puesto que no podía participar en ninguno de los temas de conversación que se llevaron en aquella mesa.

Por suerte para ella y desgracia para Elías, las charlas no tardaron en centrarse en él.

—Elías, he oído que has tocado ya en algunos sitios aquí en Francia —dijo el señor Ibáñez, mientras masticaba un pedazo de cordero.

Era cierto, había tocado en algunos lugares de París, sobre todo en teatros pequeños y escenarios privados. Ya había recibido algunos elogios por sus interpretaciones y estaba intentando crear sus propias canciones. Estuvo a punto de compartir un dato en la mesa, pero sabía que a Ibáñez aquello no le interesaba.

—Escenarios pequeños y con poco público. —Se encogió de hombros, casi restándole importancia—. Howland y yo nos preparamos para el concurso jóvenes talentos de Londres.

Llevaban semanas centrando todos sus esfuerzos en que saliera bien, pues Elías no solo sabía que aquello sería muy beneficioso para él, sino que Thomas le tenía especial cariño a la ciudad que le vio nacer. Lo había comentado con John, que había empezado a ser uno de sus mejores amigos, aunque el chico dudaba de que Howland pudiera sentir añoranza. Decía que era demasiado extraño como para hacerlo.

—Eso suena a algo muy grande —opinó Ibáñez—. Londres...

Pronunció aquella última palabra como quien saborea un manjar. A Ibáñez no le interesaba la música lo más mínimo, solo el beneficio que pudiera obtener de ella. Sin dejar de mirar el pedazo de carne que cortaba, fue Thomas quien se permitió responder, restándole

importancia:

—Solo es un concurso que organizan las familias más adineradas para ver a sus hijos hacer el idiota y repartir un premio que ellos mismos donan. Hasta hace años estaba cerrado a las familias que ellos autorizaran, pero desde hace un par de años es público e internacional. —Hizo un gesto con la mano—. Mucho paripé, pero siempre hay algún mecenas entre el público dispuesto a apostar por los chicos.

—¿Y ese premio es jugoso?

Elías contuvo una carcajada cuando Thomas liberó un poco disimulado suspiro y la señora Ibáñez se limpió la boca con una servilleta, dispuesta a corregir a su marido, pero su hija Marga se le adelantó, avergonzada.

—Padre...

—Soy un hombre de negocios, cielo —interrumpió—. No puedo apostar por Elías eternamente sin obtener beneficio. —Se encogió de hombros, como si fuera algo obvio que solo él comprendía—. Lo entiendes, ¿verdad, jovencito?

—Los comienzos siempre van despacio, pero ese concurso es una gran oportunidad para Elías —zanjó Thomas Howland, volviendo a la comida—. Nos esforzamos al máximo y el chico tiene talento. Hay muchas oportunidades.

—Me alegra oír eso.

A pesar de que el señor Ibáñez ya había dejado de hablar de dinero, su esposa parecía claramente avergonzada, por lo que decidió desviar por completo el tema de conversación, para asegurarse de que su marido no podía volver a él.

—¿Por qué no nos tocas algo después, Elías? —propuso—. Me encantaría escucharte.

—Claro.

Dado que no había obtenido una respuesta lo suficientemente largo como para cumplir su objetivo, se volvió hacia Victoria, que, junto a Marga, había permanecido toda la conversación callada, observándolo todo con detalle.

—Nuestra Victoria el año que viene marcha a América. —Jimena Ibáñez alcanzó la mano de su hija, antes de hinchar el pecho, orgullosa—. Ha conseguido plaza para estudiar en un colegio de lo más distinguido.

Aquello fue lo único que logró que Celine despegara la vista de su plato. Lo cierto era que odiaba tratar con hombres como Ibáñez, de hecho, Elías la había sorprendido en más de una ocasión resaltando lo maleducado que este podía llegar a ser. A pesar de eso, era su invitado y no había querido interrumpir su parloteo.

—¿Qué estudiarás, jovencita? —Victoria se encogió de hombros.

—Etiqueta —respondió con sencillez. Había querido dejarlo ahí, pero descubrió que todo el mundo esperaba que continuase. Se aclaró la garganta antes de continuar—, moda, buen

comportamiento... Es un colegio para señoritas. Mi padre ha insistido mucho en que es el mejor.

—Sin duda lo es —el hombre asintió, satisfecho—. Cuando vuelvas, serás toda una señorita con clase.

Elías no había querido interrumpir, pero no pudo evitar soltar un suspiro ahogado al imaginarla como una señorita. Al menos, como alguna de aquellas niñas de familias adineradas que había visto en sus viajes. Howland solía repetir que eran carne de matrimonio y aunque el joven no terminaba de comprender lo que aquello significaba, tenía claro que no quería eso para Victoria.

—Siempre te gustó la literatura, ¿por qué no estudias eso? —preguntó entonces.

Serías una buena profesora.

Fue Jimena Ibáñez la que liberó una carcajada ahogada, que frenó al comprobar que nadie más reía y que el chico no bromeaba, sin embargo, no escondió la sonrisa divertida de su rostro.

—Por Dios, qué ocurrencias —negó con la cabeza—. Qué ocurrencias...

Madrid, 1911

El ambiente apestaba a perfume caro, afán de protagonismo y apariencias. Al menos, a eso le parecía que olía la noche de la primera prueba a Elías. Había perdido la cuenta de las veces que se había colocado la pajarita y estaba seguro de que continuaba torcida. Apenas un detalle imperfecto entre tanta perfección, pues el lugar estaba resplandeciente. Todo era perfecto.

Ni siquiera estaba nervioso; se había repetido tantas veces que su composición era buena que se había convencido, a pesar de las dudas iniciales. Era el poder que tenía sobre sí mismo, el que había tenido siempre.

Cuando John se colocó a su lado y le tendió la primera copa, la dejó a un lado; ya había tenido una mala experiencia con el alcohol la noche anterior y aunque por suerte este no había dejado secuelas en su cuerpo, prefería no jugársela. Ya tenía demasiados elementos adversos como para tener que añadir uno perfectamente evitable.

—Es la gran noche —pronunció John, con mucho cuidado al elegir las palabras.

Elías soltó una carcajada débil; la misión de John siempre sería velar por su bienestar, aunque todavía estuviera algo mosqueado.

—Lo sé.

Se removía, inquieto, sosteniendo su copa con fuerza y meneando el líquido de su interior.

—No deberías estar nervioso, llevamos mucho tiempo... —empezó, más para calmarse a él que al propio Elías.

—Estoy bien, John —interrumpió el joven pianista. Apretó los párpados, sin saber muy bien cómo continuar—. Escucha, sé que últimamente he estado un poco raro por culpa de mi regreso. —Chasqueó la lengua—. No esperé que pudiera afectarme tanto, lo siento.

Era verdad, pero le dolió demasiado pronunciar esas palabras. Era como abrir su herida y mostrársela al mundo, como empezar a ser vulnerable justo en el peor momento y, sin embargo, sentía que tenía que hacerlo. Se lo debía a John. Siempre se había preocupado por él, desde el momento que habían puesto un pie en España. Desde siempre. No pudo evitar sonreír. Su amigo también lo hizo y le dedicó un apretón de hombro.

—No te preocupes, Elías.

A pesar de todo, no se sintió feliz. No podía. Los recuerdos eran como una avalancha que se abalanzaban sobre él, sin dejarle respirar. Alzó la vista; el Teatro Real de Madrid era el edificio más bello de la ciudad. Ese era un pensamiento que compartía con el joven Elías que

había tenido la oportunidad de tocar allí hacía tanto tiempo que era como un recuerdo lejano. Quería apartar ese momento de su mente, pero le resultó imposible; no podía quitárselo de la cabeza.

Con un suspiro, lo soltó, como una brasa que sostienes entre las manos y estás deseando soltarla.

—Aquí toqué para ella, ¿lo recuerdas? En este mismo teatro. —¿Cómo era posible que lo recordara con tanta facilidad, con tanto detalle? Nunca se había permitido mostrarse vulnerable y, sin embargo, en ese momento, se permitió que los ojos se le humedecieran, aunque no se atrevió a mirar a John—. Es como si su fantasma me persiguiera.

El amor por ella era algo que compartían, aunque no fuera de la misma manera. John había sido testigo de su belleza interior, de cómo en un mundo podrido podía nacer algo puro y hermoso. Elías se había enamorado de eso, se había enamorado de lo completo que se sentía a su lado, de lo que podía llegar a conseguir solo pensando en un momento con Victoria. Podía escribir la canción más hermosa del mundo si imaginaba su sonrisa y la más triste si imaginaba que la perdía.

Pero aquello había sido antes. Antes de perderla de verdad.

—Victoria era una mujer maravillosa —fue lo único que John pudo decir y a Elías le parecieron las palabras más sinceras.

No quería pensar en Victoria aquella noche, no después de lo que había sucedido con Valeria. Pensar en ello hizo que el corazón comenzara a latirle muy rápido. El día anterior estaba completamente seguro de que pasar esa línea con Valera era lo que más deseaba, pero los recuerdos habían vuelto de golpe. Tal vez por lo que había sentido, porque no había sido solo placer.

—Mucho mejor que yo, en todo caso. —Soltó una risa amarga, que no era, ni mucho menos, divertida. Más bien, el gesto más culpable del mundo.

Por supuesto, John no lo comprendió.

—¿A qué viene eso?

Quizá fuera cosa de los nervios, de la añoranza o del lugar, pero Elías se permitió seguir hablando, a pesar de que ese sería uno de los temas que nunca compartiría con su viejo amigo.

—Anoche, Valeria y yo... —No hizo falta que continuara. Se tapó la cara con las manos —. Dios. No debería...

«No debería haberla traicionado», «no debería haber mancillado su recuerdo», «no debería olvidarla. Nunca».

John, por el contrario, por primera vez, le mostró una mirada relajada, una que le restó todo el nivel de importancia que Elías se había empeñado en darle.

—Elías, Valeria te gusta y es evidente que tú le gustas a ella, ¿qué hay de malo?

—Victoria quedó atrás—. Bien lo sabes. No la estás traicionando.

A pesar de las palabras de su amigo, el joven pianista no pudo hacer otra cosa más que liberar una débil sonrisa.

—A veces me comprendes tan bien que te temo. El otro día estaba recordando el día que nos conocimos, en la mansión de Howland.

El semblante de John siempre estaba serio, mucho más antes de cada concierto, Elías logró, sin embargo, en aquella ocasión, dibujarle un arco en sus labios estáticos, un gesto que acabaron ambos compartiendo.

—Debí imaginar entonces que ese pequeño diablillo me daría problemas.

Unos débiles vítores y aplausos hicieron que ambos se dieran la vuelta en la dirección que estos llegaron. Bianchi apareció entre el gentío como el humo de un incendio sobre un cielo claro e impoluto o, al menos, eso le pareció a Elías. Para la ocasión llevaba una capa de terciopelo roja, un antifaz más grande de lo normal negro, decorado con ostentosas plumas y lo poco que se mostraba bajo la pesada capa que le cubría casi por completo era un elegante traje negro. No se paró, no saludó, avanzó como el oleaje y tan solo le dedicó a Elías una breve mirada. Tras él, como siempre, un sereno Nathan que sí que le dedicó una mirada mucho más larga a John, que bajó la cabeza, sonrojado.

—¿Qué hay de él? —preguntó Elías, que cambió su sonrisa nostálgica por una mucho más pícara.

—Sabes cómo acabó todo, Elías. —Bebió de su copa, en un intento de parecer calmado, pero sus manos temblaban—. No lo menciones.

—¿Por qué será entonces que cada vez que aparece, puedo ver el conflicto de tus ojos?

Su compañero prefirió tomarse con humor su provocación: al fin y al cabo, aquella era la gran noche y no podían enfadarse en la gran noche.

—Será porque tienes mucha imaginación. —Hizo un gesto con la mano, restándole importancia—. Céntrate en tu canción y yo haré lo mismo con mis asuntos, ¿quieres? Y no te metas en líos.

Aquella última frase llegó con una voz de advertencia, que hizo poner al joven los ojos en blanco.

—Lo intentaré.

—Elías.

Su nombre sonaba muy serio cuando John lo pronunciaba así. Aquello le hizo borrar la expresión chistosa y volver a concentrarse. Sabía que se refería a Bianchi, que no había olvidado el incidente que había sufrido hacía días y que las pocas personas lejanas de su círculo tampoco lo olvidarían con facilidad. Si aquella aventura llegaba a oídos de la Reina Madre, perdería muchos puntos en la competición y no podían permitirse fallar.

—De acuerdo.

Lo que antes era un nerviosismo controlado en las manos de John se había convertido en un tembleque muy complicado de disimular. Tanto era así que dejó la copa sobre una pesa por temor a derramarla.

—¿Y dónde se ha metido Valeria? —preguntó, entonces, algo más alto de lo que a Elías le hubiera gustado; algunos de los presentes más cercanos se giraron hacia ellos.

—Palco de los periodistas, ¿recuerdas? Esos chupasangres estarán atentos, en busca de cualquier exclusiva.

El hombre asintió. Estaba deseoso de escaparse de aquel agobiante salón para fumarse un cigarrillo. Se lo dijo a Elías, con los puños apretados, sintiendo que el aire de aquella sala iba menguando demasiado rápido. Nunca le habían gustado las multitudes y a apenas veinte minutos de que diera comienzo el espectáculo, el salón estaba rebosante.

—Aléjate de ellos y de cualquiera que pueda desconcentrarte —le recomendó, antes de marcharse. Señaló con la cabeza a una figura enmascarada que se mantenía en las sombras y evitaba a cualquiera que se acercara a darle conversación—. Especialmente de él.

El joven estuvo a punto de soltar un bufido y una rápida respuesta algo indignada, pues era evidente que su compañero creía que no podría mantener la compostura veinte escasos minutos, pero antes de que pudiera responder, John ya se había escabullido. Volvió a mirar hacia el rincón donde Nathan y Bianchi cuchicheaban tan bajito que era probable que ni ellos mismos se estuviesen escuchando. Elías se obligó a separar la mirada de él, cogió una copa y jugueteó con ella, pero la abandonó casi al instante: no podía beber antes de ninguna actuación, eso le haría no estar del todo concentrado. Además, tras la noche del ataque se había prometido no probar una gota de alcohol en una buena temporada.

Habría seguido el consejo de John, de hecho, lo intentó, pero parecía que el mundo no estaba dispuesto a permitirle un segundo de tregua, pues antes de poder volver a encontrar un entretenimiento, un pequeño destello llamó su atención; giró la cabeza buscándolo y frunció el ceño cuando se dio cuenta de que lo que brillaba era un broche que Bianchi lucía, orgulloso, en su capa. El dorado brillaba con fuerza sobre el rojo.

Estaba solo, por primera vez en mucho tiempo. Nathan no estaba a su lado y eso era muy extraño, dado que necesitaba a su compañero para poder comunicarse con el gentío, dado que nunca había pronunciado una sola palabra. Elías se obligó a separar la mirada, pero entonces, la mano enguantada de Bianchi le hizo un gesto y después, le dio la espalda.

¿Le estaba diciendo que lo siguiera? El joven pestañeó, confuso, antes de que su cuerpo diera el primer paso hacia Bianchi. Cuando siguió hasta la que antes era su posición, descubrió que seguía avanzando a través de un pasillo que abandonaba el salón, alejándose de la multitud.

—¿Qué demonios...?

Una vez más, su cuerpo actuó sin esperar la orden de su cabeza, que gritaba que no continuara. No la escuchó. Caminó hacia él, siguiéndole a una distancia prudencial, pero se detuvo de golpe cuando vio cómo Bianchi sacaba algo de su capa y lo dejaba caer, antes de alejarse a paso ligero.

Elías no necesitó más de dos vistazos para descubrir en el papel que el enmascarado había dejado caer, la partitura de la canción robada. La misma que había compuesto a solas, noches atrás y por la que le habían atacado.

Sabía que había sido él. Nadie le había creído, pero lo sabía. Siempre lo supo.

La sangre comenzó a arderle y se olvidó del protocolo, de que estaban en el mismísimo Palacio Real y de la competición. Echó a correr.

—Bianchi. Eh, ¡eh! —Se había adelantado, su figura se había perdido en el pasillo.

Maldito hijo de puta.

Giró la esquina y al final del siguiente corredor, lo encontró. No huía, de hecho, estaba quieto, fijando sus ojos desafiantes en un cabreado Elías.

—Tú, estúpido payaso enmascarado, ¿crees que puedes jugar conmigo?

Cuando llegó hasta él, ni siquiera se lo pensó dos veces; le agarró del cuello de la capa, levantándole. Quiso mirarle a los ojos, pero se dio cuenta de que su identidad estaba más a salvo que nunca, pues su antifaz no era lo único que cubría su rostro, sino que una traslúcida tela ocultaba con cuidado todas las zonas que pudieran descubrirle, además de la capucha de su capa, tan roja como la sangre.

Pero a Elías no le interesaba descubrir su identidad. Nunca le había interesado. Por eso, lo único que hizo fue agitar la partitura muy cerca de su rostro. Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, unos brazos fuertes les separaron.

—Suéltale ahora mismo, insensato —el acento francés de Nathan no le impidieron que soltara esas palabras con rabia, interponiéndose entre su maestro y el joven.

—¡Elías! —la voz de John era un lejano eco, pues el pianista estaba muy lejos de allí, en la noche que ese tramposo se había atrevido a ir un paso más allá con tal de conseguir ganar la competición.

—Es el culpable, acaba de reconocerlo. —Se separó un poco para agitar el papel, dejando de todos lo pudieran examinar—. Me ha entregado esto. Es mi canción.

Nathan protegía a Bianchi casi con su cuerpo y este se limitaba a colocarse todas las telas que durante el forcejeo se habían desprendido.

—No sabemos de lo que habla este majara.

Las palabras del hombre fueron para Elías como una puñalada en lo más profundo del orgullo, ¿cómo se atrevían a negar las evidencias? Volvió a encararse, pero esta vez con Nathan, que ya lo esperaba, dedicándole una mirada envenenada.

—Seguid tomándome por loco y os vais a enterar...

—¡Por el amor de Dios! —Un hombre de traje elegante y abundante bigote blanco, con paso apresurado, llamó la atención de todos—. ¿A qué viene este alboroto?

Le reconocieron como el jefe de los mayordomos y tras una torpe disculpa del francés, Bianchi y él se alejaron de allí, dejando a un preocupado John y a un tembloroso Elías, pero no temblaba por los nervios, como su amigo hacía unos minutos, sino de rabia. Apretó la partitura en su puño hasta que no fue más que una arruga.

—Elías, basta. Lllamarás la atención de todo el mundo. —John ni siquiera sabía cómo tranquilizarlo—. Y su majestad está a punto de llegar.

—No puedo dejar que se ría de mí.

También se disculpó con el jefe de mayordomos y alejó a su maestro de allí, mientras susurraba:

—Pues gana esa maldita competición y restriégaselo por las narices, pero deja de montar una escena.

Volvieron al salón, donde ya apenas había nadie más, pero no les dio tiempo a hablar más, pues un estridente sonido les sorprendió a todos. Se volvieron hacia un palco alto, donde uno de los mayordomos hacía sonar una copa con una cucharita.

—Damas y caballeros —se hizo el silencio—. Con todos ustedes, su Majestad, la Reina Madre.

París, 1896

Tras la cena, todo el mundo se desperdigó por la casa; los señores Ibáñez y Howland fueron al salón, con una copa en la mano y algunos temas de conversación frescos. Celine odiaba aquellas charlas y se disculpó para irse a la cama, mientras que Elías y Catalina se ponían al día con las novedades, pero ella también estaba cansada y no tardó en meterse en la cama. Le habían dado una habitación propia y es que, aunque la casa no era tan grande como la de los Ibáñez, había dormitorios de sobra para todos.

Cuando el joven se vio libre, supo de inmediato dónde tenía que ir; la biblioteca era lo que había llamado la atención de Victoria desde el principio y todavía seguía allí cuando Elías tocó la puerta.

Ella se giró con una sonrisa y un libro en la mano. Aquel era su estado natural. El chico respiró; de repente, se sentía como en casa.

—Conque América, ¿eh? —se burló, deseoso de hacerlo. Llevaba con aquella frase en mente desde que, en la cena, la señora Ibáñez había comentado que Victoria marcharía al gran continente a estudiar.

Ella, por supuesto, no iba a permitir que se burlase.

—Conque Londres.

Rieron juntos, como solían hacerlo en los viejos tiempos. Como solían hacerlo, incluso, en las cartas que compartían, a pesar de que no estaban cara a cara. Su complicidad era única o, al menos, aquello era lo que solía decir Elías cuando le hablaba de Victoria a John. Él siempre escuchaba, curioso y el pequeño pianista no podía evitar pensar que ambos se llevarían bien.

—Creo que le hace más ilusión a tu padre que a mí.

A pesar de que sabía que a su hermana Marga aquella realidad le molestaba, Victoria solo negó con la cabeza, consciente de que era verdad. No sentía envidia. Nunca lo había sentido porque con su padre apenas había tenido una relación cordial. Él siempre había querido tener hijos varones que no llegaron, por lo que el nacimiento de la chica ya había empezado siendo una decepción.

—Eres su hijo pródigo. —Levantó la vista del libro de nuevo, esta vez, para colocarlo en la estantería—. No me extrañaría que también se convierta en tu mayor seguidor.

—Mientras eso no implique hablar de dinero...

Le dedicó un segundo de silencio, que a Elías se le hizo interminable. Todavía no sabía qué límites había en el tema de la familia de Victoria, puesto que en ocasiones ella bromeaba, pero en

otras se callaba de golpe.

—Lo implicará, es el tema preferido de mi padre.

Había conseguido que no cambiase de tema, incluso que continuase con la conversación, por lo que se aventuró a mencionar, una vez más, el tema que ninguno quería tocar.

—¿Tú quieres ir a América?

—Sí.

La rotundidad con la que respondió desubicó a Elías, aunque cuando sus miradas se encontraron, el chico solo encontró tristeza en ella, por eso, dio con la tecla al instante: quería ir a América, al gran continente, a aquel lugar donde todo el mundo labraba una nueva vida, sin embargo, no quería ir al cometido que se le había obligado.

—¿Al colegio de señoritas?

Victoria apretó los labios, sabiendo que había descubierto la tapadera con la que llevaba meses intentando ocultar su verdadero sentimiento. Liberó un suspiro. Siempre que no sabía cómo responder, hacía un movimiento con las manos, como si eso le diera tiempo para pensar.

Finalmente, hundió los hombros y clavó la mirada en el joven.

—No. Eso es todo cosa de mi padre —admitió, con un poco de brusquedad—. Y de mi madre. Insisten en qué debo aprender a ser una... buena esposa. —Hizo una leve pausa—. Y buena madre, para mis futuros hijos.

Casi tuvo que contener una náusea al oír hablar de hijos. Es lo que ocurre cuando a unos niños de catorce años les obligas a pensar que, en un futuro, serán padres. Elías nunca había caído en la cuenta de que, quizá, algún día, se casaría y tendría hijos. Solo podía pensar en la música, en el piano y el triunfo que le había prometido. Estaba convencido de que Victoria también podría triunfar, si sus padres le ayudaran y, por supuesto, abandonaran la idea de que fuera a la escuela de señoritas.

—Solo tienes catorce años.

La chica soltó una risa que no era, para nada, divertida. Casi se podía percibir la pena en su voz.

—Mi hermana ya está comprometida y solo tiene diecisiete —respondió—. Se casarán cuando ella alcance la mayoría de edad. —Intentó restarle importancia con un movimiento de mano—. Quizá en esta casa las cosas no sean así, pero ahí fuera lo son.

Elías frunció el ceño. En el fondo, comprendía lo que quería decir, pero le encantaba que Victoria diera más explicaciones de las que necesitaba. Si lo había un poco más, ella acabaría perdiendo los nervios, le daría un manotazo y ambos terminarían riendo.

—¿Ahí fuera?

—En el mundo de los mortales.

En esa ocasión, fue Elías quien soltó una carcajada.

—En el mundo de los ricos.

La joven negó con la cabeza, como si no pudiera terminar de creer lo que escuchaba. Los tirabuzones se menearon y enmarcaron su rostro. El chico se había dado cuenta de que llevaba un poco de maquillaje. Apenas un toque de rubor, pero que hacía que sus mejillas fueran sonrosadas y hermosas.

—¿Y tú no vas camino de convertirte en uno? Te sienta bien. Tienes buen porte para llevar un traje.

Cambió de posición y dio unos pasos en la dirección contraria en la que Victoria estaba.

—Los trajes son incómodos.

Ella le siguió, con una sonrisa burlona.

—¿Prefieres el que tenías cuando deshollinabas la chimenea?

Una parte en el fondo del chico no le gustaba que le recordasen que hacía apenas un par de años, trabajaba en el servicio de una familia de buen ver. Era algo de lo que pasaría mucho tiempo avergonzándose porque era un caso único en el círculo de personas que Howland le había introducido. Que Victoria lo supiera era como una debilidad para él que podría aprovechar en cualquier momento. Aunque ella nunca lo haría, ni en ese momento ni años después.

—No. Pero entonces podía estar contigo. —Sonrió, sintiendo cómo las mejillas se le encendían un poco—. Te he echado de menos, Victoria.

Ella no se ruborizó. Ni un poco. En parte, porque no era algo que pudiera avergonzarla y, por otra parte, porque desde que había puesto un pie en esa casa, sabía lo mucho que echaba de menos al chico orgulloso y astuto que había sido su más fiel compañía los últimos años.

—Yo también. Mucho.

Continuaron con la visita de la casa, en silencio, buena parte de ella, el resto era Elías el que hablaba, contándole cómo era su día a día allí, a las personas que había conocido, lo que había aprendido... Victoria escuchaba, atenta, a pesar de que sus vidas, en ese momento no eran muy diferentes.

La visita terminó en la biblioteca, uno de los lugares preferidos de Thomas, tanto que a Elías le extrañó que el hombre no se hubiera refugiado en ella en ese momento, dada la aversión que tenía por las reuniones de negocios. Allí también estaba el piano.

Por la forma que Victoria sonrió, Elías supo lo que iba a pedirle antes incluso de que articulara palabra.

—¿Por qué no tocas un poco? Quiero ver cómo lo haces.

Imaginaba que le pedirían que tocara para mostrar su talento y llevaba semanas ensayando. Le solía poner nervioso que le vieran ensayar porque, para él, los errores eran imperdonables. Por suerte, tocar para ella no suponía ningún problema, de hecho, era un placer; desde que había empezado a aprender, aquel día en casa de los Ibáñez con el maestro de

música de Victoria, ella había visto sus progresos.

—Solo si no sale de esta habitación.

Le pareció una respuesta curiosa, de hecho, arqueó una ceja, esperando algo más de información, pero no se la concedió. Tuvo que insistir y ahondar un poco más para obtener una respuesta satisfactoria:

—¿No estás acostumbrado a tocar el público?

Le avergonzaba admitir que un poco menos de lo que ella esperaba, pues aparte de un par de conciertos algo privados, todavía no había tenido la oportunidad de mostrar todo lo que había aprendido a una gran masa de personas.

—Esa gente no me importa —dijo, levantando la tapa del piano—. Tú sí.

No le permitió escuchar una canción completa, tan solo unos segundos de una de las melodías más famosas de Beethoven, uno de los compositores preferidos de Howland y con los que más hacía hincapié. No seleccionó la *Sinfonía N.º 9 en re menor* sin un motivo firme y es que la tenía tan ensayada que sabía que no cometería errores. Una parte de él quería impresionarla, que viera todo lo que había progresado.

Cuando terminó, ella sonrió y se atrevió a tocar una breve melodía. Una canción infantil que podía tocarse con una sola mano y que solía ser una de las primeras lecciones al piano.

—¿Todavía tocas? —le preguntó Elías, con la esperanza de que la respuesta fuera afirmativa.

Victoria, sin embargo, negó con la cabeza, todavía con la vista fija en el instrumento.

—No se me daba bien.

Era cierto que no sobresalía en música, aunque sí que era la mejor en otras materias.

—Eres mejor en literatura.

Sus miradas volvieron a encontrarse. La de Victoria, con un deje de agradecimiento, pues en los últimos meses había escuchado tantas veces que solo servía para el colegio de señoritas, que se lo había acabado creyendo. La de Elías, cargada de fascinación. Nunca dejaría de admirar a la hija pequeña de los Ibáñez. Era algo que no cambiaría con los años, sino que se acentuaría.

—Sí que me gustaría estudiar otra cosa —admitió, tras unos minutos de silencio—. No quiero ir al colegio de señoritas.

No se había atrevido a decirlo en voz alta, aunque en su cabeza lo gritaba cada vez que sus padres mencionaban aquel terrible lugar. Uno que no estaba hecho para ella. Una vida que no quería vivir.

—Lo sé. —La conocía lo suficiente como para imaginarlo—. No deberías hacerlo.

La joven se quedó sin palabras, pues había sido demasiado para ella admitirlo como para además tener que debatir. En su casa siempre se hacía lo que su padre ordenaba y desde que tenía uso de razón, todo el mundo le decía que sería el mejor destino que podía esperar.

—No es tan fácil.

Nada era sencillo cuando te habían obligado a tomar todas las decisiones de tu vida. Y no precisamente los caminos de su preferencia.

—¿Por qué no vienes a París?

Durante unos segundos, la proposición quedó en el aire, sin respuesta. Era como si no le hubiera escuchado bien, pero lo había hecho. Perfectamente. Su cabeza ya había empezado a desarrollar un escenario en el que eso ocurría, en el que escapaba del colegio de señoritas y se refugiaba en la ciudad que, en aquel momento, podía hacerle feliz.

Pero no podía hablar en serio.

—¿Qué?

Por supuesto que hablaba en serio.

—Hay escuelas prestigiosas aquí, incluso podrías seguir estudiando. —Se dibujó una amplia sonrisa en el rostro de Elías. Una sincera—. John dice que irá a la universidad, tú serías más que capaz de hacerlo.

—Mi padre no...

Él seguía hablando, a pesar de que en la mueca de Victoria podía leerse «es una verdadera locura».

—Me escaparía de casa de Howland para ir a verte y tú podrías venir aquí. Celine te adoraría y Thomas también. Aquí serías muy querida. —En su mente, todo sonaba perfecto. Ideal. Posible—. Incluso podría tocar para ti. Todos los días.

Había logrado sacarle una sonrisa, por un momento, incluso se había planteado que podría ocurrir, que no era una idea absurda, pensada en apenas unos segundos para intentar solventar toda una vida.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—¿No lo deseas?

Eso era lo único que importaba: lo que ella deseara. Elías todavía no había pasado suficiente tiempo en aquel mundo, donde los hombres tenían todas las oportunidades en la palma de su mano y las mujeres, solo una salida: ser madres perfectas, bellas y cultas. Un trofeo que exhibir en las fiestas, en las celebraciones. El joven, solo con talento y un buen empujón, había logrado librarse de un destino que no iba más allá de deshollar chimeneas. Victoria, con la misma combinación, solo se resignaría e iría al colegio de señoritas.

—Claro que sí —terminó por admitir.

—Podría hablar con tu padre, seguro que le convenzo.

Nunca se lo permitiría. No. Sus padres nunca sabrían que odiaba el plan que habían preparado para ella el día que nació.

—Elías. No importa. No quiero hablar de ello. —A pesar de que sentía pena, logró arquear los labios de nuevo—. Solo quiero... escucharte tocar.

Si eso era lo único que deseaba, tocaría hasta que se aburriera o los dedos se le cayeran.

—Para ti puedo hacerlo siempre que quieras.

Y así, la tristeza se esfumó entre la melodía de Beethoven.

TERCERA PARTE:
UNA CANCIÓN QUE TRAIGA LA PRIMAVERA EN PLENO ENERO

21

Madrid, 1911

A menudo decían que lo más importante para que un concierto saliera bien era que el propio artista disfrutase, pero Elías no solía hacerlo. Siempre estaba demasiado concentrado en que todo fuera perfecto. Aquella noche, sin embargo, el amargo sabor de lo que había ocurrido todavía le subía por el esófago y le dejaba una terrible sensación en la boca.

La canción. Su canción. En manos de Bianchi.

Era el primero en actuar. Elías había sentido ganas de escapar de allí, de no escuchar lo que esos dedos estaban a punto de componer, pero sobraron un par de acordes para saber que no era su canción la que sonaba. Por primera vez, respiró aliviado.

Sabía que Bianchi le había atacado, le había robado y había tenido la desfachatez de demostrárselo justo antes de la gran actuación, pero no estaba tocando su canción y aunque pareciera mentira, eso le calmó. Era una canción que había nacido del dolor que sentía cada vez que echaba la vista atrás, a la última vez que había puesto un pie en Madrid. Una canción y un acontecimiento demasiado íntimos como para que bailasen en los dedos de otro pianista.

Pero, entonces, ¿por qué Bianchi se había tomado tantas molestias en robarle su canción si no iba a tocarla? Elías frunció el ceño; había algo que se le escapaba.

—Mira —John le susurró para que mirase hacia el puesto que la Reina Madre había ocupado—. Lágrimas.

Era cierto; la mujer ni siquiera intentó disimularlas. Se limpiaba con un pañuelo de tela bordado que le había tendido uno de sus cercanos. Bianchi pasaba a la siguiente fase. En el fondo, el joven no se extrañó: no estaba escuchando la canción con demasiado detenimiento, pues en su cabeza había una colmena de avispas revoloteando al ritmo de sus pensamientos, pero Bianchi era bueno. Condenadamente bueno.

Cuando terminó, nadie aplaudió. Había más personas que acompañaban a la reina en llanto, pero Elías no estaba nervioso. Nunca lo estaba antes de una actuación. Bianchi era bueno, pero él era mejor. Se lo repetía todos los días y no le costaba demasiado creérselo. Era cierto que aquel estúpido enmascarado tenía a todos comiendo de su mano con la excusa del misterio de su persona, pero no era más que eso: un misterio que cuando se resolviera, caería en el olvido.

Llegó su turno y se sentó frente al piano. Procuró olvidarse de Bianchi durante unos minutos, pues tenía que concentrarse en transportar, a través de las notas, la historia que se había

propuesto contar. La historia de tristeza. Pensó en su madre por primera vez en mucho tiempo. Ella era la protagonista de su canción. También lo era de la otra, la primera que compuso y mucho mejor que la que estaba a punto de interpretar, pero estaba convencido de que Bianchi la utilizaría y ni siquiera estaba acabada. Tenía que confiar en su segunda canción.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en su madre y lo hizo durante toda la melodía. No pensaba en ella porque le había dejado hacía tiempo y todavía no lo había superado, aunque, por supuesto, eso no se lo contaría a nadie. Pensó en sus abrazos, en cómo luchó para sacarle adelante, en su despedida antes de que él partiera a Francia y de la última vez que la vio.

Sin querer, los ojos se le empañaron una vez más, pero no necesitaba ver las notas para saber cómo continuar. Se dejó llevar y cuando terminó, el silencio le acogió a él también. No tenía ni idea de si había pasado a la siguiente fase, pero no podía permitir que nadie le viera en aquel estado. No quería tener que dar explicaciones, por lo que se movió con decisión entre la gente, ignorando comentarios de enhorabuena y felicitaciones. Llegó hasta donde Valeria y John le esperaban; él había sido el último en actuar y habían permitido al público levantarse y mezclarse entre ellos.

—Elías, eso ha sido... algo mágico —le felicitó Valeria, intentando alcanzar su mano, pero este se apartó con suavidad cuando el mayordomo que acompañaba a la reina volvió a hacer sonar la copa en busca de silencio.

—Atención, atención todos los presentes. La Reina Madre ha decidido los participantes que pasarán a la siguiente fase. —Hizo una pausa—. El señor Bianchi, Elías Howland...

Su nombre sonó como un relámpago en su interior y las lágrimas que ya amenazaban con caerse, terminaron de derramarse sobre sus mejillas, se giró, dirigiéndose a la puerta.

—¡Elías, lo hemos logrado! —escuchó que lo celebraba John de fondo, pero si hubo algo más, no llegó hasta él.

Una bofetada de frío le recibió, pero para el calor interior que desprendía en aquel momento fue como un bálsamo. Sentía cómo el corazón le latía con fuerza y la sangre caliente se desplazaba por su cuerpo.

Era cierto: lo había logrado. Aquella pesadilla había terminado y lo había hecho con un buen desenlace. Tras el ataque había tenido la sensación de que aquello iba a ser mucho más complicado de lo que parecía y que todo el mundo estaba dispuesto a lo que fuera con tal de salir victoriosos y ganar el mecenazgo de la reina, pero por el momento, la tormenta había pasado y regresó la calma. Al menos, momentáneamente.

—¿Elías?

Valeria le había seguido y a pesar de hasta instantes antes había deseado estar solo, le alegró verla. Sin duda, pero una de las mujeres más atractivas que había visto y aquella noche, tan elegante, sobresalía por encima de cualquiera. Como siempre, tenía el pelo castaño recogido,

lo que hacía que sus ojos oscuros fueran aún más visibles. Elías recordó la noche anterior que habían pasado juntos y no pudo evitar sonreír, pero también, sentirse culpable; no había sido capaz de buscarla tras aquello y aunque se intentaba convencer de que solo era por la competición, él sabía la verdad.

—Lo siento, estos días han sido muy intensos. —Se mordió el labio inferior, sin tener claro por qué debía disculparse—. Siento si anoche dije algo que te molestara, no era mi intención, entre el susto y...

—¿El alcohol?

No parecía enfadada, de hecho, sonreía también, un gesto que hizo que a Elías se le agarrase algo en el estómago.

—Fui un idiota, lo siento.

La joven se removió, aparentemente incómoda, a pesar de que ambos sabían que esa situación nunca podría intimidarla.

—¿Sientes todo lo que sucedió o solo las partes que te hicieron parecer idiota?

Sintió ganas de soltar una carcajada, pero la realidad golpeó a Elías con un mazo; recordó dónde estaba, con quién y qué los había llevado allí y, por primera vez, sintió ganas de marcharse. Con ella.

—No —respondió, seguro—. No todo.

—Yo tampoco.

Dos palabras. Dos que le hicieron reaccionar, que le hicieron ver que quizá, aquello podría funcionar, que Valeria era lo que más deseaba en aquel momento y que nada podría cambiar eso. Nada. Ni siquiera la reina.

—Quiero enseñarte algo —dijo, entonces—. Algo que no he compartido con nadie más.

Ella enarcó las cejas, curiosa, pero también sorprendida.

—¿Debería asustarme? Creo que hay una fiesta ahí dentro, no querrás perdértela, ¿verdad?

Negó con la cabeza, como si aquella fiesta no pudiera nunca igualar lo que estaba a punto de enseñarle. Y es que, en realidad, no podría, pero no por los lujos, la comida y la gente importante, sino porque aquel lugar era en el que Elías permanecía desde que había puesto un pie con Madrid.

—Esto es más importante.

Y ella se dejó llevar, sin preguntar.



El polvo lo devoraba todo; las promesas, las palabras, los recuerdos. Bastaba el suficiente tiempo como para que una capa de polvo cubriera un lugar para que se olvidara. Entonces, nunca podría renacer; los fantasmas lo habitarían para siempre.

Aquella era la impresión que Elías tuvo de la mansión Ibáñez tras verla por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué es este lugar?

El chico se mordió el labio inferior, sin tener claro qué responder. No es que no supiera la respuesta, es que había dejado de saber en qué se había convertido aquel lugar para él; antes, la mansión de los Ibáñez era su hogar, un lugar al que podía ir a refugiarse, donde los brazos cariñosos de su madre siempre le esperaban y la presencia de Victoria lo inundaba todo. En aquel momento no era más que una casa enorme abandonada, donde los pocos muebles que habían sobrevivido a la podredumbre se encontraban cubiertos con sábanas amarillentas, roídas por las polillas. Desde hacía mucho tiempo nadie había puesto un pie en aquel lugar. Él había sido el último, pero de aquello, había hecho ya ocho años, aunque parecía que había pasado un milenio.

—La casa donde crecí —respondió, al fin—. Al menos, donde pasé buenos años de mi infancia.

Aquello hizo que Valeria comprendiera muchas cosas, pero otras las tergiversó hasta crear una historia que logró arrancarle una sonrisa de los labios.

—¿Ya eras un niño mimado por aquel entonces?

A modo de respuesta, Elías tomó su mano y la ayudó a subir por unas escaleras de mármol, que, aunque hacía años habían sido magníficas, en aquel momento lucían desmejoradas, agrietadas e incluso hechas pedazos en algunos bordes. Valeria se remangó un poco el vestido largo para subir, aferrándose con fuerza a la mano del pianista, que temblaba ligeramente.

Llegaron hasta un cuarto que estaba mucho más desmejorada que el resto; las literas de madera no se habían cubierto con ninguna sábana y habían sido alimentos de las carcomas y la podredumbre.

—Esta era mi habitación —señaló a una de las literas del fondo—. La compartía con al menos otros cinco niños y cinco adultos.

Aquello fue lo que descuadró a la joven. No era complicado imaginar a Elías como un señorito, como uno de aquellos niños mimados que se veían a menudo en las fiestas a las que invitaban a Valeria, pero... ¿durmiendo en aquellos catres? Era demasiado complicado imaginarlo. Abrió la boca, buscando qué responder, pero la cerró casi al instante: no solía quedarse a menudo sin palabras.

—Mi madre y yo trabajábamos para los señores Ibáñez.

—¿Qué...?

Normalmente no le habría concedido a Elías el beneficio de saber que la había

impresionado, pero en aquel momento no le importó, aunque el joven que lo celebró con una sonrisa.

—Contrataron a mi madre cuando tenía unos diez años —señaló a otro lugar, opuesto a ellos—. Esa chimenea la deshollinaba yo todos los días. Esa y el resto de las de la casa.

—¿Qué ocurrió después?

Tragó saliva; aquella no era la parte que le costaba recordar, aquella llegaría después, aunque todavía no se sentía preparado para poner los recuerdos en su boca.

—Howland me llevó a Francia con él cuando descubrió mi talento. Fue mi maestro y por eso me pareció necesario adoptar su apellido. Por eso y porque el apellido de un niño huérfano de padre estoy seguro de que nunca hubiera triunfado. —Se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo—. Al menos eso iba contando mi madre. Nadie la hubiera contratado si dijera que su hijo era un niño bastardo criado por una madre soltera.

Valeria no sabía qué hacer; por un lado, se había quedado de piedra, por otra, sentía la necesidad de cobijar al chico entre sus brazos. Dio un paso hacia él, negando con la cabeza.

—Elías, todo esto es... demasiado íntimo —suspiró—. Yo ni siquiera te he contado nada de mí.

—Ni tienes que hacerlo si no lo deseas. Solo quería que me conocieras un poco mejor. —Escondió las manos en los bolsillos, algo inquieto—. Lo cierto es que hace mucho que no sentía algo así por nadie y no sé si estoy haciendo lo correcto o vas a escapar espantada de aquí, pero... lo necesitaba.

Finalmente, ambos sonrieron.

—Pues sigo aquí, por extraño que parezca. —También se encogió de hombros, como si fuera algo evidente—. Aunque me estoy pensando lo de salir corriendo.

—Debiste hacerlo mientras hablaba, ahora es tarde.

Y, por primera vez en mucho tiempo, cuando besó a Valeria, los fantasmas se alejaron.

Londres, 1898

El año 1898 supuso un terrible destino para España, pues su grandiosidad se vio finalmente debilitada por la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Sin embargo, Elías vivía una realidad completamente distinta; desde hacía un tiempo vivía con Thomas Howland en el epicentro de Londres, donde su carrera musical iba viento en popa. A sus dieciséis años su nombre empezaba a resonar entre la élite social y le habían permitido el honor de tocar en algunas de las ciudades más importantes de Europa. Y, sin embargo, ni ante el público más exquisito de Londres se sentía tan nervioso como aquel día de marzo.

Aquella mañana, la casa de Thomas Howland era un auténtico hervidero de gente; el servicio se había levantado temprano y había dejado cada mueble sin una mota de polvo, la cocina impoluta y una cantidad de comida desmesurada estaba lista para cuando llegaran los invitados. Elías, por su parte, se había logrado introducir en el centro de ese tumulto y supervisaba que todo fuera como debía ser. No había espacio para los errores. No aquel día.

El señor Howland, sin embargo, se había sentado en su butaca favorita, con una buena taza de café que pedía que se la rellenara cuando consideraba que estaba vacía y con un periódico que había llegado a primera hora. Aquel era su momento, como un ritual que se dedicaba a él mismo y que no iban a profanar ni siquiera los invitados que llegaban desde muy lejos.

—Las orquídeas aquí no están bien, tienen que estar a la entrada, para que se vean cuando entren —dijo Elías, indicando a Rudolph, uno de los floristas de confianza.

Cargaba con unas orquídeas blancas recién recolectadas con un hermoso jarrón de cerámica china de un color azul celeste.

El pobre hombre había aceptado cargar con ellas y ponerlas en diferentes posiciones y lugares de la casa hasta que Elías encontró el que consideraba que era el idóneo.

—¿Dónde está el ramo de rosas que encargué? —le preguntó, cuando su paciente rostro asomó por encima del jarrón—. Tiene que estar en agua para que no se marchiten —le recordó dándole la espalda y cayendo en la cuenta de un detalle en el que solo él había reparado—. Y mi corbata... Cielos, no está bien planchada.

Intentó alisársela con las manos, poniendo especial énfasis en una leve arruga que solo podrías notarla a la altura que Elías la tenía del rostro. Celine bajó la escalera de la entrada, esquivando la cola de mujeres que cargaban con algunas sábanas limpias, toallas y productos de aseo para dejar en la habitación de los invitados. Arrugó el gesto; normalmente era ella la que daba órdenes y no le parecía correcto que un muchacho sin experiencia estuviera dirigiendo a su

gente.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó, entrando en el salón, donde Elías continuaba con su afán de aplanar su corbata y Thomas daba un largo trago de café con leche, sin quitar los ojos del periódico—. No es más que una visita.

El hombre no necesitó levantar la mirada de las páginas para imaginar el semblante de Elías al escuchar esa descripción de la llegada de los Ibáñez y soltó una carcajada silenciosa. Se acomodó las gafas, cruzó las piernas y continuó leyendo las idas y venidas de los beneficios de las empresas en bolsa.

—Quizá se deba a que viene la niñita Ibáñez.

Celine era una mujer observadora y que, además, nunca había permitido que se le escaparan los detalles importantes, por muy pequeños que estos fueran. No necesitó más datos para comprender y para saber que no era una tarea que necesitase de su atención; tenía cosas mucho más importantes en las que pensar. Se permitió sentarse unos minutos en el sofá, frente a la butaca de Thomas y servirse una taza de té de una bandeja con tetera casi fría y pastas.

—Oh, pues agradecería que no pusieras toda la casa patas arriba por un enamoramiento juvenil —dijo, mordisqueando una galleta. El único punto débil de la mujer era un delicioso dulce y si venía de su tierra, mucho mejor.

—No es ningún enamoramiento —protestó el joven, poniendo los ojos en blanco—. Es ser buenos anfitriones, Celine, como tú me has enseñado. —Tomó asiento, al lado de la nodriza, todavía sintiendo cómo los nervios le hacían menear las piernas al ritmo de una canción que solo sonaba en su cabeza—. Victoria viene desde muy lejos y quiero que se sienta como en casa.

Celine carecía de la infinita paciencia con la que se caracterizaba todo el servicio de la casa, incluso el propio Thomas Howland, por lo que no tuvo ningún problema en hacer evidente que ese tema le aburría, con un sonoro bufido y haciendo un gesto con la mano, como si quisiera hacer callar a todos los que estaban a su alrededor.

—Virgen santa, Elías, quién iba a decir que podía hacerte volver loco una chica —negó con la cabeza, en un gesto desaprobador—. Mantén la cabeza fría, chico, que eres muy joven.

Se tomó el té de un sorbo y protestó por la temperatura de este, alcanzando la bandeja para dejarla de nuevo en la cocina. La casa ya parecía digna de lo que Elías esperaba de ella y había decidido dejar de perseguir a los pobres empleados para dejarse caer en el piano, aunque aquella mañana, no le satisfacía ninguna canción. Soltó una maldición por lo bajo; había estado practicando mucho para sorprender a los Ibáñez y él nunca acostumbraba a que los nervios le paralizaran.

Optó por dejar de rascar las notas sin sentido del instrumento y esperar junto al ventanal que daba a la calle. Fue así como se percató el primero del carro que había llevado hasta los Ibáñez y de cómo estos bajaban de él.

Sintió cómo el corazón le latía con fuerza.

—¡Ya están aquí! —gritó, haciendo que todos los empleados de la casa tomaran sus posiciones. Solían recibir muchas visitas, por lo que ya conocían a la perfección el protocolo.

Celine también apareció en el vestíbulo, a la cabeza de todo el mundo. Dejó una suave caricia en el pelo recién peinado de Elías, a lo que este le respondió con un quejido del tiempo que había estado colocándolo. La mujer, esta vez con una sonrisa divertida, volvió a negar con la cabeza, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—Pareces pollo sin cabeza, Elías —le amonestó—. Ve a abrir.

El primero que empujó la puerta, por supuesto, fue el señor Ibáñez, casi golpeando al joven con ella en las narices. Vestía, como siempre, con un elegante traje un poco más ajustado de lo que debería y es que no podía ocultar el peso que había ido cogiendo con los años, aunque él se negara a aceptarlo. En cuanto vio a Elías, se lanzó a alborotarle el pelo y a apretarle la mano más fuerte de lo que estaría estipulado en un correcto saludo. Dijo algo sobre «la joven promesa» y «el músico que nos va a sacar de pobres» y avanzó para saludar a Thomas Howland, que, de nuevo, no parecía demasiado entusiasmado con la visita.

Elías había tenido la oportunidad de conocer más en profundidad a su maestro y sabía que él disfrutaba infinitamente más a solas, con sus libros, su periódico, música clásica y unas tazas de café, bebida a la que se había aficionado mucho.

Cuando Victoria entró detrás de su padre, el joven sintió lo que otras personas describirían como mariposas en el estómago, aunque, por supuesto, él nunca lo admitiría. Hacía seis meses desde la última vez que la vio, pero a Elías le pareció que había cambiado mucho; tenía el pelo más largo, en unos preciosos tirabuzones que le caían debajo de los hombros. Llevaba un vestido azul oscuro, de terciopelo, con unos botones plateados. Le quedaba bien. Estaba guapa. Muy guapa.

—Buenos días, señorita Ibáñez —saludó Elías, cuando la joven dio unos pasos hacia el interior de la casa. Logró que no le temblase la voz gracias a todas las ocasiones en las que había practicado ese saludo—. Bienvenida a Londres.

Lejos de mantener la cordialidad que el chico había empezado, ella soltó una carcajada por lo bajo para después, dedicarle una sonrisa cariñosa. Tomó la mano que su anfitrión le ofreció. Incluso debajo de los guantes, pudo sentir que la de Elías temblaba levemente.

—Vaya, sí que te ha educado bien esta ciudad, Elías.

Celine no había quitado el ojo de los dos desde que la hija pequeña de los Ibáñez había entrado en la casa y no tenía forma de disimular una sonrisa burlona. Le iba a recordar esa escena al joven músico durante mucho tiempo. Prefirió interrumpir al ver que, con la broma de Victoria, a Elías parecía que se le había comido la lengua el gato.

—Déjeme su abrigo, señorita —le pidió amablemente.

—No, no hace falta —interrumpió Elías entonces. Al ver que había sonado demasiado brusco y ante la mirada interrogante de Celine y el señor Ibáñez, procedió a explicar—: Vamos a salir. Voy a... enseñarle la ciudad.

El único que no parecía cuestionar ese plan era el mismo Thomas Howland, que se limitó a asentir y a restarle importancia ante la negativa de Ibáñez, que no parecía dispuesto a dejar a su hija salir sola.

—No vengas tarde, muchacho, que Celine ha preparado cena para la ocasión —fue la despedida de un tranquilo Thomas, que, rodeando los hombros de Ibáñez, se lo llevó del vestíbulo y le indicó dónde tenía su despacho.

—Tranquilo, señor Howland, me encargaré de que respete las normas. —Sonrió Victoria, despidiéndose de su no convencido padre y del anfitrión de la casa.

—Confío en ti, jovencita —respondió Howland, con una carcajada. Siempre le había parecido muy divertido el desparpajo que la joven liberaba, sabiendo muy bien qué decir y en qué momento.

Antes de que nadie pudiera poner más objeciones, Elías tomó la mano de Victoria y juntos bajaron las escaleras de mármol que les separaban de la calle, con una sonrisa en los labios y una nueva ciudad que explorar.



Caminaron por las calles de Londres, llenas de gente, sintiéndose como uno más de aquellos transeúntes, que, con mucha prisa, ni siquiera se molestaban en ascender un poco la vista para descubrir la hermosura de la ciudad que les rodeaba. Londres era muy diferente a Madrid y, según le dijo Victoria, también muy diferente a América. Era la ciudad más grande del mundo y no dejaba pasar la oportunidad de demostrar la fortaleza del Imperio británico. Allí, el frío calaba hasta los huesos, pero también había mucha luz, por encima de la neblina en la que parecía estar siempre sumida. El dorado de los muros del Palacio de Buckingham, la elegancia del Palacio de Westminster, el Big Ben, el Támesis, que rodeaba las calles y los hermosos puentes contruidos sobre él eran el escenario perfecto para dos jóvenes que todavía tenían mucho que vivir.

—El cielo de esta ciudad es muy gris —opinó Victoria, abrigándose el cuello con una bufanda—. Sin duda, Londres está hecho para ti.

Elías sonrió, en parte, porque sabía que tenía razón. Thomas Howland también lo había

sabido, por eso decidió que lo mejor para la educación de Elías era mudarse a su residencia del centro de Londres, donde había pasado la mayor parte de sus años. Según le había explicado semanas atrás, aquella había sido su vivienda familiar.

—Llevamos seis meses y lo cierto es que me gusta.

Le gustaba la inmensidad de Londres, las oportunidades que había tenido gracias a ello y aquel sentimiento invencible que se trataba de demostrar desde la élite social. A Howland le repugnaba, por eso, evitaba acudir a esas fiestas absurdas, pero Elías se sentía muy cómodo. Demasiado le había amonestado Thomas en algunas ocasiones.

—Mi padre me informa de todos tus pasos —dijo Victoria, mientras caminaban por el Tower Bridge, recientemente construido y desde donde se tenía una visión privilegiada del río—. Eres su hijo favorito.

Había querido sonar con sorna, pero no lo había conseguido, de hecho, se le escapó un suspiro que podía haber pasado desapercibido para cualquiera, pero no para Elías.

—Eso es porque vuestro padre es un idiota.

Lo dijo sin tapujos, en un tono que habría escandalizado a Celine o incluso al propio Thomas, pero que en Victoria solo despertó una carcajada.

—Señor Howland, ¿qué forma es esa de hablar de un hombre respetable?

Imitó la voz de un anciano de la élite, alguno de los que se podían encontrar en las fiestas e, incluso simuló, con su dedo índice tener un frondoso bigote, colocándolo sobre su labio superior. Eso también hizo reír a Elías.

—Es un idiota si no se siente orgulloso de ti —explicó, cuando volvió el silencio entre ellos—. He leído tus poemas, ¿sabes? Sé que han publicado algunos en el periódico.

Estaba seguro de que eso no era precisamente lo que le enseñaban a Victoria en el colegio de señoritas, pero también sabía que era lo de verdad amaba hacer. Podía percibirse en sus hermosas rimas, en sus sonetos, imitando a los clásicos y en la cuidada elección de palabras. Eran preciosos, tanto, que Elías había empezado a hacer lo imposible para pedir que se los llevaran desde América. Por supuesto, los periódicos llegaban con días de diferencia desde su publicación, pero al joven no le interesaban las noticias. Tan solo los poemas. Algunos estaban escritos en inglés y a Elías todavía le costaba un poco aquel idioma nuevo para él, entonces, tenía que pedirle a Celine que se los tradujera si tenía dudas. Sus favoritos eran en español. Le recordaban a cuando vivían en la casa de los Ibáñez.

Victoria alzó las cejas, curiosa, cuando Elías le contó todo eso. Nunca habría imaginado que nadie pudiera tomarse tantas molestias para poder leer sus escritos.

—También he tenido que usar pseudónimo, igual que tú, señor Howland —dijo, con un leve toque de rabia en sus palabras. Negó con la cabeza, fijando la vista en un punto del Támesis, que aquella mañana, estaba muy concurrido, repleto de barcos de todo tipo y tamaños—. El

mundo no está preparado para lo que tenemos que ofrecer. —Hizo una pausa y se señaló para después, señalarle a él—. Un chico pobre y una mujer.

Y tenía razón, pero todavía eran demasiado jóvenes para conocer todas las consecuencias que podrían desencadenar sus actos.

—Por suerte no necesitamos al resto del mundo.

Lo único que les importaba eran ellos. En aquel lugar. En aquella ciudad.

—Te he echado de menos, Elías.

En esa ocasión fue Victoria quien tomó la mano del joven. Era cierto; había pensado en él todos los días desde su último encuentro.

—Yo también te he echado de menos.

Lo sabía; en parte por sus cartas, pero también por aquel brillo en sus ojos castaños.

Era inigualable.

—¿Qué más tienes que enseñarme? —preguntó ella, obligando a que continuaran con el paseo.

El joven lo pensó durante unos minutos, después, sonrió.

—A ti no te pega esta ciudad gris —determinó—. Pero todavía tengo un par de cosas que enseñarte.

Madrid, 1911

Los pícnicos en el parque del Retiro se habían convertido en uno de los pasatiempos favoritos de los ciudadanos y es que se había convertido en un remanso de paz en medio de la gran ciudad. Empezaban a escasear las zonas verdes en la capital y Valeria empezaba a echar de menos un lugar lejos de todas las miradas. Fue ella la que le propuso el plan al pianista y aunque este tardó más de lo que a ella le hubiera gustado en aceptar (ambos sabían que solo por sacarle de sus casillas y bromear con ella), allí estaban, sobre un mantel viejo, en mitad del silencio.

Valeria aspiró ese aroma; le gustaba demasiado sentir los rayos de sol bajo su piel, la suave brisa acariciando su pelo y los pájaros entonando sus baladas sobre la copa de la arboleda que les cubría. Era un momento casi tan mágico como el escuchar las notas de un piano.

—Dime una cosa, ¿cómo es que tú sabes tanto de mí y yo nada de ti? —preguntó Elías, cuando recogieron y decidieron regresar a la habitación, ya con el atardecer bien avanzado en el cielo impoluto.

Un chal le abrigaba del frío, pero cuando llegó una corriente un poco más fuerte, tuvo que abrazarse a sí misma. También porque era un acto reflejo que no podía evitar hacer cuando se sentía incómoda con una conversación. Elías había permanecido muy callado durante toda la tarde, pero no era algo que entre ellos supusiera un problema; habían aprendido a leer los silencios, en ocasiones, incluso más que las palabras. No le había querido preguntar qué le pasaba por la cabeza, precisamente por miedo a una conversación más profunda que la que habían tenido los últimos días.

—No sé cosas de ti porque tú me las hayas contado, sino porque llevo meses escribiendo sobre tu vida, no lo olvides —respondió, con sorna, en un vago intento de que se olvidara del tema—. Te estoy haciendo un favor.

Dijo esas últimas palabras con un deje divertido que Elías se tomó como una invitación a rodear su cintura y dejar un beso en la mejilla, jugueteando con su cuello y respirando muy cerca de su oreja, como había comprobado que le gustaba.

—Ah, ¿sí? —susurró—. ¿Y solo estás aquí hoy para hacerme un favor?

Habían pasado mucho tiempo explorando sus cuerpos, viendo pasar las horas hablando de temas sin importancia porque ninguno se había atrevido a entrar más allá que en lo físico. Valeria porque todavía sentía miedo de lo que Elías pudiera pensar. Le había visto en todo tipo de situaciones, algunas mejores que otras; había tenido que cargar con él, herido, sobrio y asegurando que su rival le había atacado, le había visto sentir ira hacia una persona que se

ocultaba bajo una máscara, enfadado, melancólico... y aun así, temía lo que él pudiera pensar si ella se abría más de la cuenta. Siempre había sido su mayor miedo. Pero no era infundado; luchar contra las malas críticas era su día a día.

—Por supuesto.

Le apartó cuando llegaron a un camino algo más concurrido. Madrid era recatado, vivían en los supuestos tiempos de la libertad, pero todavía tenían que dar muchos pasos en la dirección correcta. Ella era una mujer soltera y joven, debería estar buscando a un hombre que pudiera mantenerla y formar una familia, no trabajando y paseando de la mano de otro hombre soltero.

—Cuéntame algo de ti, algo simple —insistió el chico, encogiéndose de hombros—. No sé... ¿Dónde estudiaste?

Valeria apretó los labios. Ese era uno de los temas que más le avergonzaban. En un mundo repleto de hombres, una mujer que además no tenía estudios siempre había sido motivo de rechazo. Aunque, en realidad, en su periódico, el mero hecho de salir de la oficina y que se la viera lo era, por lo que estaba acostumbrada a los comentarios despectivos.

—No lo hice —admitió al fin—. No fui a la universidad, si esa es tu pregunta. Entré a trabajar como secretaria en el periódico y logré que me fueran enseñando, poco a poco. Casi diez años más tarde me dieron una oportunidad. —No era una historia que relatase a menudo, pero, de alguna forma, soltarlo al fin delante de Elías le relajó un poco—. No todos tenemos la suerte de que un mecenas se fije en nosotros cuando somos niños y viajemos por todo el mundo.

Nunca se podría encontrar en Elías ni un ápice de vergüenza por cómo fue su carrera musical, ni siquiera de sus inicios. Claro que la historia del niño prodigio nacido en una familia humilde tenía mucho más gancho que la de una mujer con sueños por cumplir. Todo el mundo contaba la historia de Elías Howland, todo el mundo le decía que había trabajado muy duro y que había tenido mucha suerte de llamar la atención de un maestro y un mecenas.

A modo de respuesta, él solo asintió.

—¿Naciste en Madrid?

Valeria hizo un gesto negativo.

—Salamanca. —Antes de que pudiera añadir algo más, se le adelantó a la broma que siempre solían hacerle—. Ciudad de universidades, lo sé, pero por desgracia nunca pisé ninguna.

No iba a hacer el estúpido comentario, de hecho, la duda que le pasó por la mente era otra completamente diferente.

—¿Y cómo llegaste a la capital?

No eran años agradables de recordar, de hecho, si por ella fuera, hubiera cortado de raíz la conversación, por si tomaba otro camino que fuera, incluso más incómodo para ella. Quería terminar, por lo que se limitó a hablar como si de una lista se tratase.

—Hace tantos años que casi parece un recuerdo difuso. —Cogió aire y se lanzó—. Mi

padre era sastre y mi madre le ayudaba en la tienda, pero a mí nunca se me ha dado bien coser. Supe que tenía que encontrar mi propia vocación y... ¿qué mejor lugar que la capital? Por desgracia, la vida para una mujer joven sola es demasiado complicado. He tenido que hacer... todo tipo de trabajos para sobrevivir.

Dejó caer esta última frase como si estuviera susurrándole al broche que decoraba su chal. No era algo de lo que se sintiera orgullosa ni que fuera sencillo de recordar. Elías captó que había llegado hasta el final de la información que se le facilitaría por el momento y dejó estar el tema.

—Lo siento —se disculpó, sin añadir más—. Aunque creo que no te ha ido mal.

La joven le dedicó una sonrisa, que, a pesar de querer reafirmar sus palabras, también guardaban un deje de tristeza.

—No —admitió—. Lo cierto es que ni en mis mejores sueños habría imaginado algo así.

No esperaba que el pianista se detuviera de golpe y mucho menos que la llevara hasta su pecho, sosteniéndola por los hombros y la abrazase. Fue como un gesto impulsivo, un acto reflejo que solo buscaba protegerla. No sabía si de su pasado, de su presente o de alguien material, pero eso no importaba. Solo quería que estuviera bien. Siempre.

—No es un tema del que me sienta cómoda hablando —dijo ella, con el rostro apoyado en su hombro.

Elías se separó de Valeria y acarició su rostro. La joven todavía no se atrevía a alzar la mirada, en parte, porque tenía los ojos húmedos, pero también porque se sentía cómoda bajo su abrazo.

—De acuerdo, dejémoslo aquí —se disculpó Elías, dejando un beso cariñoso en su frente—. Seguro que encontramos algo más que hacer para entretenernos.

Esa mirada pícara se la conocía muy bien se materializó en sus ojos, haciendo a Valeria sonreír de nuevo. Se humedeció los labios para que las lágrimas no se derramaran y logró contenerlas cuando Elías tomó su mano y emprendieron de nuevo la marcha.

—¿Has pensado ya en tu próxima canción para la reina? —preguntó, en un intento no disimulado de cambiar de tema.

El joven pianista no iba a negarse a hablar de música y mucho menos si ese tema giraba sobre sus canciones. En esa ocasión, sin embargo, no tenía nada interesante que añadir. Se limitó a encogerse de hombros.

—Siempre tengo algo pensado —admitió, haciendo un gesto algo brusco—. Pero no me termina de convencer.

Había intentado sentarse al piano a componer, pero nunca había trabajado bien bajo presión. Pensar que estaba tan cerca y a la vez tan lejos de obtener el mecenazgo era algo que le hacía darle demasiadas vueltas a cada paso que daba a la hora de componer. Él nunca había

utilizado el intelecto para eso, sino el talento, las notas parecían brotar de sus dedos de forma automática, como si la canción ya existiera y quisiera materializarse a través de él. Howland siempre le había dicho que cualquiera podía aprender a tocar el piano, que bastaba con tomar unas clases y saber la escala musical, sin embargo, no todo el mundo podía crear música.

—Seguro que hay alguna partitura de un joven Elías apasionado que puedas utilizar —sugirió Valeria.

No era una idea descabellada, de hecho, había sacado sus viejas canciones, que ya empezaban a amarillear, pero no tenía nada que estuviera a la altura de la ocasión. Las que, en opinión de Elías, sí lo eran, no podía usarlas. No habían sido creadas para ese fin y jamás podría corromperlas.

Apartó esos pensamientos de su mente porque, al igual que Valeria, todavía había fantasmas del pasado que lo atormentaban.

—Voy a contarte un secreto: hay algo que me gusta más que tocar el piano. —Lo cierto era que la joven no esperaba esa declaración y pestañeó, confusa, haciendo que él arqueara los labios—: Crear las canciones para interpretar. Tengo cerca de cien canciones compuestas que probablemente nunca verán la luz.

—¿Por qué no?

No había una respuesta que pudiera englobarlas a todas: algunas porque no transmitían todo lo que Elías había planeado a la hora de componerlas, otras porque le recordaban a lugares o personas que ya no estaban a su lado y la mayoría porque las había compuesto pensando en *ella*.

—Suelen gustar más los conciertos con canciones clásicas, que todo el mundo conoce. La verdad es que a veces me gustaría dejar de imitar a Bach o Mozart y que, en un futuro, los pianistas interpreten las obras de «Howland» —respondió, aun a sabiendas de que no era del todo el motivo por el que no las había tocado delante del público—. Poder mostrar mi trabajo es una de las razones por las que decidí presentarme como candidato al mecenazgo. Y por lo que quiero ganar a toda costa.

La joven asintió, comprendiendo.

—Seguro que algo se te ocurrirá —dijo, volviendo a la cuestión anterior—. Y me encantaría conocer alguna de esas obras.

Estaban a punto de salir del parque, por lo que Elías aprovechó los últimos minutos de paz y soledad que iban a tener. Cuando pasearan por las calles, no podían mostrar lo que de verdad había entre ellos si no quería ser la próxima comidilla. Se despidió de aquella tarde maravillosa con un suave y rápido beso que la joven devolvió con gusto.

—Para ti puedo tocar cuando quieras.

Esas palabras, sin embargo, no causaron en Valeria más que un sentimiento de culpa que no podía mostrar, y que, si Elías supiera el motivo, la joven estaría segura de que ya no sería

capaz de volver a amarla.

Londres, 1898

El último día antes de que los Ibáñez marcharan de nuevo hacia Madrid fue uno que Elías nunca olvidaría, pues resultó ser el último que compartió con Victoria en Londres. Aquella ciudad vio a dos jóvenes adolescentes de dieciséis años paseando durante horas por las concurridas calles, revelándose secretos que jamás podrían compartirlos con el resto del mundo y hacer planes para el futuro. Algunos se cumplieron, con el tiempo, pero otros muchos murieron entre los adoquines oscuros de una ciudad que es gris, como un cielo nublado.

Y así fue cómo pasó aquel último día, con el cielo tan encapotado que apenas dejaba pasar los rayos del sol. Hacia el mediodía, la niebla era más que evidente y la lluvia comenzó a asaltar a los transeúntes.

—¡Deberíamos volver a casa! —gritó Victoria, intentando hacerse oír por encima del tumulto de la calle de Brick Lane—. ¡Me estoy empapando!

Elías, sin embargo, tenía una amplia sonrisa en los labios. Ante la mirada atónita de Victoria, miró hacia arriba, dejando que las gotas de lluvia empaparan su rostro y alzó los brazos, como si quisiera alcanzar un objeto que sobrevolara sus cabezas.

—Si me cobijase cada vez que llueve en esta ciudad gris, estaría todo el día encerrado en casa.

La chica rio ante esa imagen. Sería una de las que guardaría en su mente: un joven Elías dejando que la lluvia le calase los huesos, sin preocupaciones y con una amplia sonrisa pintando su rostro. Ella, por el contrario, había encontrado un pequeño toldo que la protegía y no pensaba abandonarlo, a pesar de que Elías le hacía gestos para que se uniera a él.

—¡Estás loco!

Lo decía con una alegría que no se caracterizaba a esas dos palabras. Era feliz, con Elías a su lado era feliz. Siempre lo había sabido, pero aquel viaje a Londres lo había reafirmado hasta el punto de que, cuando salió hacia la lluvia, no le importó calarse, pues lo único en lo que pensaba era en las ganas que tenía de besarlo. Y lo hizo. Le atrajo hacia ella, agarrando el cuello de su abrigo y unió sus labios. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar su rostro y a Elías le había pillado tan de sorpresa que no fue hasta segundos después cuando por fin reaccionó, colocó las manos en su cintura y le devolvió el beso.

Al separarse, el corazón de Victoria latía con fuerza, pero sabía que no podía dejar pasar otro encuentro sin hacerlo. No podía volver a estar imaginándose la situación perfecta durante seis meses para después, no ser capaz de reaccionar.

La lluvia les empapaba y cuando el primer rayo iluminó el cielo de Londres, Elías tiró de ella para llevarla a un lugar algo más seco.

—¡Vamos! Por aquí.

Un reloj de una Iglesia cercana dio las seis de la tarde y el joven supo que era la hora de regresar, aunque después de ese beso, lo único que quería era repetirlo. Le daba igual la lluvia, la gente que pudiera verlos. Allí no eran más que dos jóvenes cualesquiera y nadie repararía en ellos.

Pero estaba seguro de que Celine y Thomas sí que estaban reparando en su ausencia, por lo que salieron a la calle principal y el chico paró un carro de caballos. Le indicó al hombre la dirección de la casa de Howland y por fin pudieron refugiarse de la lluvia al entrar en la calesa.

—Gracias por mostrarme la ciudad una última vez —dijo Victoria, cuando la puerta se cerró y el ruido del exterior se amortiguó por fin—. Muchas gracias por esto.

Sonrió, pues allí, en la intimidad, donde solo estaban ellos dos, la situación se relajaba un poco. La adrenalina del momento anterior se había relajado un poco y por fin podían hablar. Al fin y al cabo, no les quedaba más remedio que despedirse.

Elías, sin embargo, todavía notaba cosquillas en los labios, mariposas en el estómago y si aspiraba fuerte, llegaban hasta sus fosas nasales el perfume de Victoria. Sus labios sabían a ella, un poco, al menos, también al dulce de limón que se había comido antes de que empezara la lluvia. Nunca le revelaría a la joven que había sido su primer beso, pero siempre lo recordaría perfecto, aunque la lluvia les hubiera empapado, hiciera un terrible frío y a su alrededor solo se escucharan los cascos de los caballos, las voces de la gente y los agitados pasos de las personas que buscaban refugiarse del mal tiempo.

—Sabía que te gustaría —dijo, al fin, cuando se hubo recuperado un poco de aquella sensación—. Mucho mejor que América, ¿no?

Aunque Elías no podía verlo, porque Victoria tenía fija en la ventana de la calesa, desde donde se veía la calle y el tumulto que era Londres, sonrió. Tenía razón; mucho mejor que América.

—Mucho mejor que la escuela de señoritas —añadió ella, recordando el destino que le esperaba una vez ese viaje llegara a su fin.

—No parece tan horrible por tus cartas —opinó el joven, pensando en todas las veces que ella lo había mencionado a lo largo de aquellos meses—, ¿eres feliz?

La cuestión le pilló algo desprevenida, tanto, que se tomó unos segundos para responder, en parte, porque tenía que pensar. Nunca nadie le había hecho esa pregunta de una manera tan directa, ni siquiera sus padres, cuando le dijeron que su destino era ir a la escuela de señoritas. Ni siquiera su hermana, que había tenido que pasar por lo mismo que ella.

—Sí, claro —dijo al fin, pensando en la cantidad de variables que podían cambiar y sería

aún más feliz, pero lo cierto era que esa situación no le disgustaba del todo—. Podría ser feliz de otras maneras, pero... no me puedo quejar.

La escuela de señoritas era absurda y lo que le enseñaban allí nunca lo pondría en práctica, estaba convencida de ello. Sin embargo, en América gozaba de una libertad que nunca había sentido; podía escribir, aunque fuera a escondidas en sus ratos libres, incluso había publicado algunos de sus escritos: poemas y una novela por entregas que tenía que terminar al regresar. En casa de sus padres nunca había gozado de nada parecido y estaba segura de que unas cosas compensaban las otras.

—¿Sabes cómo podrías ser más feliz? Si dejáramos Londres, París, Nueva York o Madrid y nos fuéramos lejos, a un lugar donde nadie pudiera encontrarnos y fuéramos lo que quisiéramos —fantaseó Elías, haciendo que la joven soltase una carcajada—. Yo compondría y tocaría, viajaría por todo el mundo y tú... podrías escribir. Lo que me has ido enviando en tus cartas estos meses es muy bueno.

Sabía que nunca podría hacer realidad eso. Era completamente imposible; su padre jamás lo permitiría. Arqueó los labios, pues sabía que Elías, en parte, hablaba en serio, pero eso sería imposible. Una locura.

—Te contaré un secreto, pero debe quedar entre nosotros.

Se inclinó un poco, por si el cochero pudiera poner el oído o alguno de los caminantes de la calle los escuchase.

—De acuerdo.

Elías volvió a captar ese perfume. En aquel momento no lo sabía, pero eran unas notas de violeta y flores blancas, junto a un toque de naranja.

—Estoy publicando una novela por entregas, con un pseudónimo, claro... Hay una parte de Nueva York que me conoce como lord Stefan.

Siempre supo que Victoria podía hacer grandes cosas, desde que, en la casa de los Ibáñez, el maestro le daba clase y ella siempre conocía todas las respuestas. Era inteligente y tenía mucha curiosidad. Se paseaba por la casa con un libro en las manos, con hambre de conocimiento.

—¿De verdad? Eso es maravilloso —celebró el joven—. Me alegro de que valoren tu talento.

Se lo agradeció con un gesto.

—Nadie sabe que soy una mujer y mucho menos que soy una mujer de dieciséis años —lo decía con una nota de orgullo en su voz—. Ni siquiera mis padres.

Elías negó con la cabeza.

—Es injusto que tenga que ser así.

Victoria alcanzó la mano del chico, dedicándole una mirada tranquilizadora. Sabía que las cosas para ellos cambiarían tarde o temprano, que no se esconderían para siempre. Elías estaba

empezando a despuntar entre algunos músicos y aunque ella tenía que esconderse tras un nombre masculino, ya había escuchado casos de escritoras respetadas. El futuro sería mucho mejor para ellos.

—Algún día no lo será —le prometió—. Estoy convencida.

El coche de caballos trastabilló un poco, dedicándoles en la parte trasera un leve empujón que les dejó muy cerca. Elías, sin poder quitar ojo a los labios rosados de Victoria, alcanzó su rostro con suavidad, para volver a besarlos, pero en aquella ocasión, se topó con un obstáculo; le detuvo, separándose levemente, antes de soltar un suspiro.

—Tengo otra cosa que contarte —admitió al fin. Quería contárselo en persona y se lo había guardado durante toda la semana, pues sabía que aquella noticia podía fastidiarlo todo, pero no quería volver a pasar aquella íntima línea sin que Elías estuviera al corriente. Era complicado, pero necesitaba soltar ya la carga—: Mi padre está cerrando mi matrimonio de conveniencia. Con el hijo mayor de un conde... creo que vive en Madrid y que tiene buenos contactos con la Casa Real.

El joven estaba seguro de que un puñetazo en el estómago dolía menos que lo que sintió en aquel momento. Era como si todo su mundo se detuviera, algo se hiciera añicos y, de pronto, el frío fuera más que evidente, dejándole el vello de punta.

—¿Qué?

Fue lo único que pudo enunciar que tuviera sentido. Victoria sabía que aquella noticia le impactaría y no se la tomaría demasiado bien. Ella tampoco lo había hecho, en realidad; se había colado días atrás en el despacho de su padre y había encontrado algunas cartas que mencionaban el tema. Su padre jamás le hubiera dado aquella información por adelantado, no al menos, hasta que llegara el momento, por eso había tenido que adelantarse.

—El año que viene termino los estudios —explicó, con semblante serio—. Y parece que no quieren perder tiempo.

Elías sintió cómo el aire de la pequeña calesa se espesaba y de repente, le costaba respirar. Boqueó un par de veces, sin saber exactamente qué palabras escoger.

—Pero eso no... —¿Qué se podían decir en aquellos casos?—. ¿Eso es lo que quieres?

La pregunta le pareció a la joven tan absurda, que no pudo evitar responder con un toque de rabia.

—Claro que no —dijo—. Si me caso se acabará todo. Se acabará... esto.

Una mujer casada jamás tendría permitido salir a solas con un hombre que no fuera su marido, jamás viajaría sin él y mucho menos a la casa de un anfitrión varón. No podría volver a escribir, a publicar, a poder tomar decisiones propias. Un matrimonio suponía el fin de su libertad recién adquirida.

—No lo permitiré —zanjó el joven, todavía sintiendo que su voz temblaba—. No

puedes...

Ella volvió a alcanzar su mano con calma, con ternura. Arqueó los labios, triste, pero con certeza.

—Elías, tú no puedes hacer nada.

Y claro que no podía. Nadie podía. Ni siquiera ella misma.

—Tal vez pueda hablar con tu padre, con Thomas... Algo se le ocurrirá.

La calesa se detuvo de repente y cuando Elías clavó la vista en el exterior, vio la casa de Howland aguardándoles. Habían llegado. Se volvió hacia la joven, sintiendo que todavía quedaban demasiadas cosas que decir.

—No será inminente, al menos, no me casarán hasta que no alcance los dieciocho años —dijo, buscando algo en lo que poder agarrarse y no perder la esperanza—. Puede que logre convencerlo de que no es esto lo que deseo.

Elías asintió con determinación y cuando el cochero abrió la puerta para que bajaran, él apretó más de la cuenta la mano de la joven, en un intento de infundirle ánimos.

—Lo haremos —aseguró—. Te lo prometo, lograremos que cambie de idea.

No le dio tiempo de añadir nada más, ni siquiera a Victoria de responder, pero con una breve mirada, ambos supieron que el asunto no iba a terminar ahí. Pagaron al cochero y mientras este se alejaba, haciendo repiquetear los adoquines de la calle, avanzaron hacia la casa, donde una impaciente Celine ya les esperaba en la puerta.

—¡Oh, por el amor del cielo! —exclamó, abriendo muchos los ojos—. Estáis empapados... ¿Cómo has podido permitir que la señorita se moje de esta manera?

Se había vuelto hacia un callado y pensativo Elías, que en aquel momento tenía otras cosas en las que pensar.

—Solo es agua, Celine.

La mujer refunfuñó algo por lo bajo mientras ayudaba a Victoria a deshacerse del inservible abrigo, que chorreaba.

—Solo agua... ¡Vais a coger una pulmonía! —gritó, al ver que el joven emprendía el camino a su cuarto, escaleras arriba—. Ven, querida, te prepararé un baño caliente antes de la cena.

Ella asintió, agradecida, mientras disfrutaba del aroma que la cena recién preparada había dejado en la acogedora casa.

Madrid, 1911

Aquella mañana se había levantado demasiado gris el cielo. Casi parecía que evocaba la soledad que Elías sintió cuando se despertó y descubrió que el lado que Valeria había ocupado la noche anterior estaba vacío. Siempre hacía eso; daba igual a la hora que el joven se levantase, ella se habría marchado, dejando atrás unas sábanas arrugadas y un inmenso silencio. Se incorporó con esfuerzo, en parte, porque acababa de sufrir otra de las pesadillas que solían asolarle. A veces, rememoraba días terribles, otras veces, solo podía ver sombras que le perseguían, pero que tenían rostros y voces conocidas.

En la parte baja del dúplex en el que llevaban viviendo desde que el mecenazgo había empezado, John ya se tomaba su segunda taza de café. Él se despertaba muy temprano, antes incluso de que lo hiciera la ciudad, simplemente por el placer de poder descubrir las calles silenciosas y tranquilas.

Sorbía el café, ajeno a todo lo que no apareciera en el periódico que había ido a comprar. Apenas levantó un par de segundos los ojos cuando Elías llegó hasta su altura y se sirvió también una taza de café solo.

—¿Sabes que esas ojeras no hacen juego con ningún traje? —se burló, con una media sonrisa—. ¿Noche de insomnio o de diversión?

A pesar de que no le apetecía todavía bromear, nunca dejaba pasar una oportunidad tan buena de burlarse de John.

—Puedes ser ambas, querido amigo —dijo—. Aunque tú hace mucho que no te levantas sintiéndote así. Deberías poner remedio a eso.

El hombre no quiso entrar en el juego de las pullas y se limitó a negar con la cabeza, acercarse la taza a los labios y volver a posar su mirada en el periódico. Una de las jóvenes que habían sido asignadas al servicio de la habitación de Elías llamó a la puerta suavemente antes de dejar un puñado de sobres encima de su mesa.

—La correspondencia.

Elías miró el montón de cartas con mueca aburrida, ya que no tenía pensado invertir su tiempo en ese tipo de documentos. John, por el contrario, dobló el periódico y se levantó para empezar a bajar ese montón por un número que le permitiera no tener todo el día con el pensamiento de que tenía muchos asuntos pendientes.

—Muchas gracias.

La joven se despidió con un leve asentimiento de cabeza y los dejó solos de nuevo.

Durante unos minutos, solo se escuchaba el rasgar del sobre cuando John lo destrozaba con el abrecartas.

—Deberías tener cuidado con las apariciones públicas que haces, Elías —le aconsejó, sin quitar la vista de las torcidas palabras de uno de los accionistas de París—. Estamos en la final de la competición.

—Lo sé, John, intenta no... —tragó saliva, sintiendo que la boca se le secaba al pensar en la competición— preocuparte.

Iba a añadir algo más, pero cuando vio que su compañero se había quedado paralizado ante una carta que, a primera vista, no tenía nada de especial, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Qué ocurre?

A modo de respuesta, le tendió el papel que tenía entre las manos y cuando Elías empezó a leer, identificó la letra torcida de Celine, escrita en un impecable color azul oscuro que podía haber resultado estético en cualquier otra situación.

—De Celine —dijo John, a pesar de que era probable que ya lo supiera—. Desde Londres.

El preocupado Elías apenas tardó diez segundos en leer la carta, lanzarla sobre la mesa baja y dejarse caer sobre la butaca más cercana.

—Es Thomas —explicó finalmente—. Ha empeorado y el médico dice que... deberíamos ir a despedirnos.

Era algo que todos sabían que ocurriría, al menos, desde que el hombre había empezado a sufrir graves problemas respiratorios. Cuando Elías y John dejaron atrás Londres, en una de sus últimas visitas, sabían que esa carta llegaría tarde o temprano, pero no en medio del mecenazgo. No estando tan lejos.

—Oh, por Dios. —El joven John se llevó la palma de la mano a la frente, en un intento de pensar rápido—. Vale, tenemos tres semanas antes de la actuación final. Tenemos tiempo. Iremos en tren hasta Barcelona y de allí cogeremos un barco. Estaremos en unos días. No... ¿Elías?

Esperaba otra respuesta por parte de su amigo. Tal vez enfado, nerviosismo, pánico... estaba preparado para casi cualquier respuesta. Casi. No esperaba que simplemente se sumiera en un silencio incómodo y se limitase a mirar a un punto aleatorio de la habitación. Cuando escuchó su nombre por segunda vez, reaccionó, pero por la forma que miró a John, este supo que no había estado escuchando.

—Perdona, John. —Se levantó, dispuesto a abandonar la habitación—. Sí, gestiona el viaje. Te lo agradezco.

John soltó un suspiro.

—Elías.

Cuando se volvió, no pudo disimular el dolor de sus ojos. Ambos supieron por qué. La última vez que Elías había estado en Madrid había perdido a quien más amaba. Estaba a punto de perder a otro de los pilares de su vida.

—¿Vas a verla?

Era una pregunta simple: solo podía responder sí o no, pero ni siquiera esa decisión fue capaz de tomarla. Farfulló algo antes de alcanzar su abrigo, colgado en un perchero junto a la puerta.

—Necesito... necesito salir de aquí.

Caminar sin rumbo era la precisa descripción de lo que hizo. Miraba a su alrededor, pero no veía, oía a los transeúntes de su lado, pero no escuchaba. Era un autómatas que había cogido una dirección que sabía de memoria y no podía responder nada más allá de continuar su camino.

Hizo llamar a Valeria cuando llegó a su hotel y cuando la joven apareció, con expresión confusa, el chico se hundió. Una lágrima descendió por su mejilla.

—¿Elías? —preguntó la joven, sin terminar de creerse que fuera él—. ¿Todo va bien?

Su única respuesta fue estrecharla entre sus brazos, como cuando te aferras a un salvavidas en mitad de un mar enfurecido.

—Te necesito, Valeria —gimió, sintiendo cómo incluso las piernas le temblaban—. Te necesito más que nunca.



El camino hasta Londres fue largo, silencioso y tenso. Nadie se atrevía a levantar una palabra por encima de susurros y Elías, sumido en todos los pensamientos de su mente, apenas respondía con gruñidos, asentimientos o negaciones de cabeza. Valeria no había dudado en acompañarlo y cuando apareció en la estación, con una maleta colgando de la mano, nadie había preguntado más.

El tren tardaba casi cuatro días sin descanso en viajar desde Madrid hasta Barcelona. Era un tren de última tecnología, que tan solo podía albergar a unos cien viajeros y tenía los vagones más lujosos que se habían visto nunca en la época. Ni siquiera eso fue suficiente para que Elías saliera de la burbuja en la que se había sumido desde que había leído la carta. Solo quería llegar. Solo quería poder despedirse.

Tras el tren llegó un barco. No era uno de esos transatlánticos que se estaban poniendo tan

de moda, enormes como titanes, sino uno que hacía ese camino sin parar, constantemente entre un destino y otro. Eran necesarios otros cuatro días para llegar al puerto de Londres, aunque, por supuesto, todo dependía de la marea.

El viento parecía estar a su favor y un día antes de lo planeado, el capitán avisó a los viajeros de que esa noche llegarían al puerto londinense. Ese fue el único momento que Elías se permitió respirar.

Ese y cuando llegaron a la puerta de la casa en la que había pasado toda su juventud y adolescencia. La casa de Thomas no había cambiado ni un ápice, pues era algo que él nunca permitiría.

También se permitió respirar cuando llamaron a la puerta y casi al instante, Celine abrió y al verlo, se refugió entre sus brazos. Hacía demasiado tiempo que no se veían y la mujer, que cuando la conoció era como un témpano de hielo, había ido, poco a poco, mostrándose más cariñosa con aquel joven al que había criado casi como un hijo.

—Elías, oh, mi Elías —susurró, acariciando su rostro, cuando se separaron. Al mirarla a los ojos, supo que había vuelto a casa.

—Hola, Celine.

La mujer, que ya empezaba a caminar arqueada por la edad, sonrió.

—Cielo, ojalá nos hubiéramos visto en otras circunstancias.

Hizo un gesto con la mano, apartándose para que entrasen en la cálida casa, que emanaba un agradable calor proveniente de la chimenea encendida. Elías esperaba que, al volver a ese *hall*, donde tantas veces había estado, viera a un envejecido Thomas, pero que había logrado recuperarse, a tiempo para cuando llegara.

Aunque no estaba. La casa estaba demasiado silenciosa. Aquel hogar siempre había estado repleto de vida y, en aquel momento, no se diferenciaba demasiado de un cementerio.

—¿Cómo está? —preguntó, temiendo la respuesta.

Por suerte, Celine le dedicó un entristecido arqueamiento de labios que el joven se tomó como que todavía habían llegado a tiempo. Y así era. Aunque Thomas Howland había pasado días mucho mejores, todavía estaba con las suficientes fuerzas como para esperar al joven que había criado como a su propio hijo.

—Empeorando, me temo —respondió la mujer—. Te espera arriba.

El chico se giró, en busca de los dos rostros que no se habían despegado de él desde que habían llegado. por un lado, John, que ojeroso y bastante cansado a causa del viaje, asintió, indicando que debía subir de inmediato. Valeria se limitó a fijar la mirada en él y, simplemente, apretar los labios levemente, a sabiendas de lo duro que estaba siendo ese momento para él.

Prefirió subir solo y, por primera vez en mucho tiempo, cuando subió esas escaleras, no sintió la dicha de llegar a un lugar conocido, uno en el que había pasado la mayor parte de sus

años. Se sentía como un desconocido en medio de un lugar inexplorado.

La habitación de Thomas era un lugar que el joven siempre había tenido vetado. No porque el hombre le hubiera prohibido entrar, de hecho, él siempre había tenido vía libre para moverse por la casa sin preocupaciones. Era porque, para Elías, aquel lugar era íntimo, un refugio al que su maestro acudía tras un día complicado o cuando necesitaba meditar. Sentía que profanar un refugio era algo imperdonable que nunca se hubiera permitido.

En aquella ocasión, también tuvo esa sensación, pero se le pasó de un plumazo cuando, al atravesar la puerta abierta, vio al hombre tendido en la cama, incorporado gracias a una pila de almohadas a su espalda y tratando, sin éxito, de dar un sorbo a un vaso de agua que se derramaba por culpa de sus manos temblorosas.

—¿Thomas?

Levantó la mirada para encontrarse con la de su pupilo y no pudo evitar liberar una sincera sonrisa.

—Elías —saludó, abandonando el vaso de agua en la mesilla de noche—. Has venido.

Acudió en su ayuda, tratando de disimular en su rostro la preocupación que sentía, aunque era evidente que Thomas le conocía lo suficientemente bien como para saber lo que aquella sonrisa forzada escondía. Le ayudó en la complicada tarea que se había convertido beber agua y se sentó a los pies de la cama.

—Cómo no iba a hacerlo —bromeó, de nuevo, sonriendo—. Dime, ¿cómo te encuentras?

El hombre se acomodó en su pila de cojines y liberó un suspiro que llegó acompañado de un ataque de tos.

—Anciano —respondió, cuando por fin pudo volver a hablar—. Y muy cansado.

—Te pondrás bien.

Se dio cuenta de que aquella frase había brotado de sus labios casi sin permiso y que, en el fondo, ambos sabían que no ocurriría. Uno de ellos, lo tenía tan asumido, que había decidido pasar sus últimos días en el mundo con sus seres queridos, el otro, tardaría mucho tiempo en aceptarlo.

—Lo que yo tengo no tiene cura, muchacho —susurró Thomas—. Pero no te apenes, sabía que mi momento llegaría tarde o temprano. Había dejado todo preparado para cuando llegara este momento. Solo me faltabas tú, Elías.

Lo miró sin comprender.

—¿Yo?

El anciano negó con la cabeza, como si el chico nunca fuera a cambiar. Alcanzó su mano y la estrechó con menos fuerza de la que le gustaría.

—Nunca me habría perdonado marcharme sin despedirme de ti. —Señaló un piano perfectamente desempolvado que hacía meses que nadie tocaba—. Y sin pedirte una última

canción, ¿podrías?

Lo último que esperaba Elías hacer en aquella circunstancia era tocar, pero la música había sido lo que les unió hacía mucho tiempo y Thomas la adoraba prácticamente por encima de todo.

—Claro, ¿qué quieres escuchar?

No necesitó pensar mucho; llevaba días esperando poder volver a escuchar a su pupilo.

—Me dijeron que la canción que tocaste para la reina fue gloriosa —dijo, a modo de respuesta—. Siento no haber estado para escucharla.

Era cierto. Había estado espléndido. El público estalló en aplausos cuando terminó, aunque él todavía estaba sumido en aquel tiempo lejano al que la canción le transportaba. No estaba preparado para volver, pero, por el hombre haría una excepción.

—De acuerdo.

Se sentó al piano y dejó que sus dedos dijeran todo lo que él no podía. Si hubiera visto la mueca de Thomas, hubiera visto cómo se recostaba, poniéndose cómodo, cómo cerraba los ojos y cómo liberaba sus manos, que llevaban días demasiado tensas por culpa de los temblores. Aquella melodía transmitía todo lo que era Elías y lo que había visto en él hacía más de una década: el caos más armónico que nunca nadie pudiera escuchar. Cuando el joven paró, la habitación volvió al silencio en el que el anciano llevaba días sumido, pero, en aquella ocasión, sintió paz dentro de él.

Quiso aplaudir, pero solo pudo dedicarle una sonrisa amplia.

—Has mejorado mucho desde que te encontré en casa de los Ibáñez. Apenas tendrías trece años —recordó, sin borrar la mueca de su rostro—. Maldita sea, menudo niño eras, ¡de lengua afilada! Pero qué bien se te daba la música... Lo supe desde que te vi por primera vez. Supe que te convertirías en un gran pianista. Y en un gran hombre.

Sin saberlo, Thomas también había pulsado la tecla indicada. Era uno de los dones que había ido desarrollando con el tiempo; le bastaba una expresión para saber lo que se hallaba en lo más profundo de la mente de alguien. Seguramente por eso se le habían dado tan bien los negocios a lo largo de su vida.

Elías negó con la cabeza, despertando la curiosidad de su maestro.

—No creo que lo sea. Volver a mi ciudad natal está revolviendo demasiado el pasado, Thomas. —Se humedeció los labios—. Me estoy dando cuenta de que he incumplido muchas promesas.

—Hablas de Victoria Ibáñez.

Escuchar su nombre en voz alta, en boca de Howland y con tanta naturalidad, hizo que Elías sintiera cómo su corazón diera un vuelco y necesitase salir de la habitación para coger una amplia bocanada de aire. No lo hizo. Tampoco respondió.

—Escucha, Elías, esto es importante. —En un momento de fortaleza, Thomas logró incorporarse un poco y llegar hasta el brazo del joven—. Si hay algo que he aprendido es que el perdón puede salvar vidas. No solo perdonar a los que nos rodean, sino perdonarse a uno mismo. Tú has vivido muchos años sintiéndote culpable por una pena que no causaste y es hora de perdonar.

Era hora de perdonar. Tenía razón. En el fondo lo sabía. Pero también sabía que no estaba preparado para perdonar y olvidar. Lo había intentado muchas veces, pero recordar los días felices todavía era para el joven como recibir una puñalada en el pecho.

—¿Y si la traiciono, Thomas?

Era la pregunta que llevaba pululando por su mente desde que había dado el primer paso en Madrid. La misma que se hacía cuando miraba a los ojos de Valeria. La misma que resonaba en su cabeza cuando tocaba el piano, mucho más alto que las notas musicales.

La única que le impedía hacer muchas cosas. Pasar página. Olvidar. Perdonar.

—No se puede traicionar a los que ya no están, muchacho —zanjó el hombre—. Me han dicho que has vuelto a ser feliz, ¿no es cierto? No creas ni por un instante que no mereces serlo. Perdónate y avanza. Promete y cuida de los que están a tu lado.

Se tensó, cerró los ojos, arqueó los labios.

—Lo intentaré —le prometió, dejando un apretón en su mano—. Te dejo descansar. —Se levantó para marcharse, dándole la espalda y una de las últimas palabras que Thomas le dedicaría hicieron que se detuviera de nuevo un momento, antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Tienes mucho por lo que luchar todavía, Elías —dijo—. No dejes de hacerlo.

Y tras decir esas palabras, el hombre pudo relajarse y sentir que en ninguna vida se arrepentiría de no haberle dado su último consejo.

París, 1900

Aquel fin de año fue el más especial que Elías había vivido. Varias eran las razones que le hicieron vivir aquel último día de 1899 en una burbuja de felicidad: la primera era que estaba en París de nuevo, la que había descubierto que era su ciudad favorita del mundo, además, se había organizado una importante actuación en la Ópera de Garnier de París con motivo del cambio de año, de década y de siglo y el joven había sido invitado como futura gran promesa. Pero lo más importante era que había invitado a los Ibáñez a aquel gran concierto de música clásica y tanto Victoria como su madre habían aceptado la invitación, respondiéndole que allí estarían y disculpando al señor Ibáñez, que tenía importantes temas que atender en el extranjero. La caída en desgracia con el desastre de 1898 todavía les estaba pasando factura y el señor Ibáñez había tenido que dar una vuelta de tuerca a sus negocios, dejando a un lado unos y centrándose en otros. La carrera musical había sido uno de los que había abandonado, pero el joven ya tenía el impulso que necesitaba y había logrado seguir ascendiendo sin el mecenazgo de su descubridor, aunque siempre le estaría muy agradecido.

A sus casi dieciocho años, Elías sentía que el mundo no podía sonreírle más, aunque nunca podría hacer esos comentarios frente al señor Howland, pues le diría que la fortuna no tenía nada que ver con los grandes acontecimientos, sino el esfuerzo y el trabajo.

Aquel concierto sería de los que no olvidaría jamás; los aplausos tras su actuación, los vítores y las felicitaciones por una de las últimas canciones que era, precisamente, de creación propia. Cuando el concierto terminó, no se quedó a la fiesta de fin de año que se había organizado en la misma Ópera, como sí hicieron el señor Howland y la señora Ibáñez, sino que fue en busca del único rostro que había buscado entre el público.

Se encontraron y escabulleron entre los presentes con una rapidez que a cualquiera le hubiera parecido descortés, sobre todo después de invitarlo a un evento tan importante, pero Elías sabía que tendría muchas otras ocasiones para hablar con esas personas, pero solo una para estar a solas con Victoria.

Tras su visita a Londres se habían visto en otras tres ocasiones, en todas porque Elías había regresado a Madrid para pasar alguna fiesta con su madre y con los Ibáñez, que ya eran como parte de su familia. En todas ellas habían tenido que contenerse para no expresar su cariño en público, dado que no sería de la aprobación de los padres de ella. Aquel iba a ser uno de los pocos momentos en los que tenían intimidad y, además, estaban en París, la ciudad favorita de ambos.

Se alejaron del tumulto y pasearon por las calles de la Rue de Grenelle, desde donde contemplaron el monumento de los Inválidos. El río Sena los acompañaba tranquilo aquella noche de fin de año donde, a pesar de haber dejado atrás el tumulto, las calles estaban a rebosar de ciudadanos celebrando el fin de año y comienzo de una nueva década y un nuevo siglo. Se había llenado la ciudad de luces eléctricas, que acababan de instalarse, cambiando el anticuado sistema de lámparas de gas y se estaban inaugurando para celebrar el año nuevo. El ambiente era propicio para un paseo, cogidos de la mano, sintiendo el aire gélido de París, pero también, con los corazones calientes ante la dicha que se respiraba por cada rincón.

—¿Sabes? El concierto ha sido realmente espectacular —celebró Victoria, mientras mordisqueaba una galleta que acababan de comprar en un puesto ambulante—. Ojalá todos los años empezaran así.

En pocas ocasiones Elías se había sentido tan feliz, sonrió a la joven y apretó un poco más su mano.

—Podrían serlo —respondió, animado—. Tú y yo, esta ciudad... O la que quieras. El lugar es lo de menos.

Lo habían hablado cientos de veces en sus cartas; habían fantaseado con escapar muy lejos de aquel lugar, de cualquiera donde pudieran conocerlos y formar un futuro que no tuviera normas, matrimonios de conveniencia ni nada parecido.

—No creo que suceda cuando se celebre la boda, Elías —suspiró la joven—. No estará bien visto, ni siquiera ahora lo está. Si alguien nos viera, sería un escándalo.

Él le había sugerido cientos de veces que sacaran a la luz su relación, que algo tan hermoso no podía ser malo y que solo sería feliz si forjaba una vida a su lado. Victoria, por su parte, siempre había sido cauta y aunque correspondía su sentimiento, jamás lanzaría todo por la borda. Había terminado su educación en el colegio de señoritas hacía unos meses, había vuelto a Madrid a su casa familiar, donde se sentía en una jaula. Añoraba los tiempos de América, en los que era libre, pero estaba convencida de que pronto podía volver a sentirse así. Solo tenía que encontrar el pretexto perfecto para volver a alejarse de su querida familia, que no hacían más que cortarle las alas con normas impuestas y matrimonios de conveniencia. Ya se estaba empezando a extender que las mujeres acudieran de oyentes y con autorización a las universidades privadas y estaba segura de que si convencía a su padre, podría marchar a Barcelona al menos un año, para disfrutar de ese último atisbo de libertad que esperaba, con suerte, poder alargar de alguna manera.

Estaba todo pensado, pero anunciar de pronto una relación con Elías podía echarlo todo a perder y que su padre nunca le autorizara, por eso, le había pedido discreción.

Cuando estuviera en Barcelona, sus encuentros podrían ser más habituales y no tendrían que estar escondiéndose.

—¡Pues que nos vean! —dijo, girando con ayuda de una farola recién iluminada—.

¡Que todo el mundo sepa que estoy enamorado de Victoria Ibáñez!

Aunque le escandalizaba que hablara tan alto, no podía evitar sonreír. Allí no podía encontrarlos, serían libres durante esa noche y podían permitirse algunos lujos que en otras circunstancias serían impensables. Sin embargo, todavía sonriendo, se acercó a él, golpeándole entre risas.

—Cállate, idiota.

Él aprovechó que sus manos estaban muy cerca para agarrarlas y dejar un beso en cada una.

—No quiero que te cases —dijo, una vez más—. No quiero perderte.

La sonrisa se congeló en los labios de la joven ante aquella posibilidad. Estaba enamorada de Elías y haría cualquier cosa con tal de estar con él, pero tenían demasiados elementos en contra. Su familia era lo primero, pero también la presión social de ver a una joven de clase alta con un pianista nacido del montón más humilde de la población.

Con un beso en los labios del joven quiso alejar esos pensamientos de la mente de ambos.

—Nunca me perderás —le prometió, cuando se separaron—. Pase lo que pase.

Elías tomó su rostro entre las manos y le devolvió el beso, sintiendo cómo los cuerpos de ambos iban recortando distancias. Una vez más, podía sentir ese perfume que ya le pertenecía, que era como parte de su ser y su personalidad.

—Tengo algo para ti —dijo el joven, cuando emprendieron la marcha—. Un regalo de cumpleaños. Y de año nuevo.

El cumpleaños de Victoria sería diez días después de esa fecha y siempre le había gustado pensar que, tras la navidad, todavía tenían algo muy importante que festejar. Le entregó una caja envuelta en una tela roja de terciopelo. Era un poco más pequeña que un joyero, más o menos del tamaño de la palma de una mano, pero ligera y muy dura, como de madera.

La joven, sintiendo cómo las mejillas se le encendían un poco ante la sorpresa, tomó la caja y, al abrirla, se dio cuenta de que la situación no cambiaba mucho respecto a cuando estaba envuelta, pues lo único que podía ver era una cajita de madera tallada con hermosos dibujos de notas musicales.

—¿Qué es? —preguntó, girándola en sus manos, buscando alguna pista.

Cuando volvió a Elías, este le mostró a Victoria una mancuerna metálica para girar y al abrir la caja, una melodía inundó la calle. Apenas se veían unas bobinas metálicas que giraban, entonando las notas.

—Esta canción nunca la he interpretado delante de nadie, porque la he compuesto para ti.

Una exclamación de sorpresa escapó de los labios de Victoria, que abriendo muchos los ojos, analizó la caja, que todavía descansaba en las manos de Elías. No se podía creer que, de un artefacto, aparentemente tan corriente, este hubiera logrado introducir un trocito de la canción

más bella jamás entonada.

—¿De verdad? —El joven asintió.

—En mi viaje a Viena le pedí a un juguetero que la tallase. —Sonrió—. Solo para ti. Solo tú la escucharás porque te prometo que jamás la tocaré para nadie.

La caja volvió a las manos de Victoria, todavía temblorosas. Volvió a dar cuerda y a medida que la canción avanzaba, sentía cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. En aquella cajita de música siempre tendrían ese momento, junto al río Sena, un año nuevo en París.

—Es... el mejor regalo que me han hecho nunca.

Se cobijó en los brazos de Elías, sintiendo su respiración y sus cuidadosas caricias sobre su melena.

—Te quiero —susurró el joven, lo bastante bajo como para que solo ella pudiera escucharlo.

Se separaron, pues quería mirarle a los ojos cuando le respondiera:

—Yo también te quiero, Elías.

Soltó un suspiro aliviado, como si no estuviera convencido de soltar esas dos palabras con tanta carga sentimental por la reacción que Victoria pudiera tener.

—Entonces... ¿por qué no te casas conmigo?

La mirada de la joven pasó de la caja al chico, en esa ocasión, confundida y sin saber qué responder.

—¿De qué hablas?

Elías retomó el paso, soltando todo el aire que había estado guardando en los pulmones, conteniendo la respiración porque llevaba mucho tiempo pensando en proponerle a la joven ocupar el lugar de su marido seleccionado por sus padres.

—Lo he pensado mucho y es la mejor solución —explicó, con una sonrisa en los labios—. No soy un conde, pero tu padre me adora, tengo más dinero del que voy a necesitar nunca, ¡incluso podría comprar una casa! Aquí, en Londres... Donde quieras vivir. Tú podrías escribir y hacer lo que quisieras y yo... Probablemente sería la persona más feliz del mundo.

La chica soltó una exclamación ahogada, pensando en la propuesta que acababan de hacerle. Miró a su alrededor, confundida, como si en cualquier momento pudiera aparecer su padre, rompiendo aquella magia. Finalmente, negó con la cabeza, sonriendo, sin explicarse cómo Elías podía haber llegado a esa conclusión.

—Estás loco —zanjó, sin evitar disfrutar de ver al chico tan convencido de un plan que era imposible que saliera bien—. Majara. Completamente majara.

Elías, sin embargo, ya había logrado reunir la fuerza que necesitaba y nada podía pararle.

—Y si a tu padre no le gusta la idea, pues nos fugamos —dijo con seguridad—. Nos vamos a vivir a América, a donde nunca nos encuentren.

Era una locura.

¿Era una locura?

¡Era una locura!

Y, sin embargo, ¿por qué no se negaba en rotundo y le decía que se olvidase del tema?

—¿Podríamos hacerlo? —preguntó ella, más bien a sí misma—. Sería... Así de fácil.

—¿Qué importa el resto del mundo si nosotros nos queremos? —Aquello no bastaba y lo sabía bien. En el fondo, ambos lo sabían.

—Mi padre nunca permitiría que me casara contigo —aseguró Victoria—. Aunque ahora coseches éxitos y dinero... Eras el deshollinador.

La sonrisa de Elías no se podría borrar esa noche ni con la peor de las noticias.

—¡Tu padre me adora!

—No sé si tanto...

Volvió a tomar las manos de Victoria, que había guardado su caja en el bolsillo amplio del abrigo y la miró a los ojos, con más seguridad de la que había logrado reunir nunca.

—No quiero que te cases con ese conde idiota y tú tampoco quieres hacerlo. Te obligaré a ser una de esas esposas ideales que te han enseñado a ser, no te dejaré seguir escribiendo y... seguro que quiere tener muchos hijos —esa última afirmación llegó acompañada de una mueca asqueada.

—¿Crees que no lo sé? ¡Lo sé mejor que tú! Pero... es lo que se espera de mí. —Elías negó con la cabeza. Aquello no era lo principal.

—¿Y qué es lo que quieres, Victoria? Dímelo.

Se lo pensó durante un par de segundos, por los que pasaron por su mente multitud de momentos felices. Aquella lluvia en Londres, ambos tocando el piano en casa de sus padres, los paseos por las calles de Madrid...

—Yo quiero esto —afirmó la joven—. Quiero ser feliz, quiero escribir, publicar mis historias y que todo el mundo las lea. Quiero conocer todo el mundo, todas las ciudades que existen. Quiero escucharte tocar todos los días y que esta canción sea la última que escuche antes de irme a dormir. Quiero... muchas cosas y a la vez solo una.

También quería que aquella noche no tuviera fin, pero el tiempo no daba tregua y antes de que pudieran evitarlo, unos fuegos artificiales iluminaron el cielo, indicando que acababan de entrar en un año nuevo.

Londres, 1911

Volver a aquella casa había sido como si detuvieran el tiempo para Elías. Si no fuera porque cada día veía cómo Thomas se marchitaba, se sentiría de nuevo como un niño que había llegado por primera vez a la ciudad. Sin embargo, su entorno había adquirido un color demasiado lúgubre y cada día que pasaba, el joven se convencía un poco más de que lo más probable era que el anciano no viera el desenlace de la competición por el mecenazgo.

Londres siempre le había hecho pensar. Era la ciudad en la que había vivido una transición importante: la de convencerse que tenía un futuro brillante por delante, pero que tenía que empezar a esforzarse como nunca había hecho.

También había pensado mucho en la conversación con Thomas, en los momentos felices que vivió en aquella ciudad y que no repetiría. Al menos, no con la persona que tenía en mente. Pero quería hacerlo con Valeria. Se moría porque pasearan por aquellas calles empedradas, que tanto habían cambiado y, a la vez, tan poco, desde que él había puesto un pie por primera vez. Quería enseñarle los lugares que le habían hecho felices y mostrarle una versión de él que todavía no conocía.

Y aquel día, convencido de ser sincero con ella, entró en la habitación que Celine le había preparado sin llamar a la puerta. La encontró escribiendo sobre un escritorio, de espaldas a él, pero cuando sus miradas se encontraron, ella pareció relajarse, como si le hubiera estado esperando.

Se levantó para saludarlo, tomando las manos de él entre las suyas.

—¿Cómo se encuentra Thomas? —preguntó, como hacía cada día desde que habían llegado. Valeria no se sentía cómoda visitando al anciano, aunque lo había hecho un par de veces, por eso prefería informarse de su estado preguntando al resto de los habitantes de la casa.

Elías sintió que pensar en Thomas le hundía un poco el discurso que había ensayado, pero no dejó pasar la oportunidad de concederse unos segundos extras para poder poner sus ideas en orden.

—Está muy débil, pero hemos llegado a tiempo. —Bajó la mirada, consciente de lo que habría sentido si no hubiera sido así—. No creo que pudiera perdonarme nunca no haber podido despedirme.

—Estáis muy unidos.

Cualquiera habría podido verlo, pero ella lo había sentido en lo más profundo de su persona porque le recordaba a la relación que había tenido con su padre, antes de que unas fiebres

se lo llevaran de su lado. Los años que pasó en la sastrería, junto a su padre, fueron algunos de los más felices de su vida.

—Thomas Howland ha sido mi padre —asintió Elías—. El único que he tenido y la persona que más ha hecho por mí. Él vio en mí un talento que supo cómo explotar, así que... Si estoy aquí es gracias a él.

Entonces, y a pesar de que sus palabras decían algo completamente diferente, la joven vio un brillo especial en los ojos del pianista. También fue su forma de agarrarle la mano, casi con desesperación, como si temiera perderla de un momento a otro. Por eso y por otros pequeños detalles que resultarían invisibles para cualquier persona que no fueran ellos, fue por lo que Valeria supo lo que Elías estaba intentando decir. Se separó, se liberó de sus manos y retrocedió un par de pasos.

—¿Te gustaría quedarte aquí o quieres salir a tomar un poco el aire? —intentó cambiar de tema, haciendo una mueca.

Pero no sirvió de nada; el joven ni siquiera se inmutó, no se movió del sitio, ni siquiera cuando ella volvió a alejarse un poco, casi instintivamente. No estaba preparada para lo que estaba a punto de escuchar. No quería escucharlo. No podía.

—Valeria.

No podía permitirlo. Elías estaba a punto de formular aquellas dichas dos palabras. Las mismas que se habían pronunciado miles de veces a lo largo de los tiempos y que habían sido capaces de unir y separar, casi por partes iguales.

—No. —Lo detuvo, antes de poder escucharlo—. Por favor, Elías, no.

Una parte de él sabía que aquello podía pasar; que ella no estuviera preparada para dar ese paso y que aquello no fuera más que una mala idea de la que se arrepentiría por siempre. Pero estaba seguro de que no ocurriría, porque veía aquel cariño en los ojos de Valeria cuando sus miradas se encontraban, porque podía sentir la fuerza de su abrazo y porque se había recorrido miles de kilómetros solo porque él se lo había pedido.

Sabía que podía pasar, sí, pero jamás lo imaginó.

—¿Qué?

Valeria negó con la cabeza, haciendo un aspaviento con las manos. Giró sobre sus talones para esconder una mueca apenada y para poder escapar del contacto visual. Y así, de espaldas, le suplicó:

—No lo digas. No digas lo que estás pensando.

Entonces, no habría vuelta atrás. Todo se estropearía y no estaba preparada para que aquello sucediera. Había imaginado decenas de veces el motivo que les separaría y siempre había apostado por el mismo, pero no estaba preparada para que la situación escapase de su control.

—¿Por qué no?

Una lágrima tímida rodó por la mejilla de Valeria y antes de que sus hombros pudieran evidenciar que le resultaba casi imposible detener el llanto, se obligó a parar de inmediato. Tendría tiempo para hacerlo, tendría tiempo para lamentarse, pero no en aquel momento.

—No puedes decirme que me quieres porque no me conoces.

Aquella afirmación, cortante, hizo que ambos guardasen silencio durante unos segundos. Hizo que el corazón de Valeria se acelerase y el de Elías se rompiera en mil pedazos. Sin embargo, no estaba dispuesto a marcharse con una explicación vaga.

—Yo creo que sí.

Volvió a negar con la cabeza, ya sin poder evitar que el llanto hiciera temblar su labio inferior y que sus palabras sonaran débiles.

—No. Solo conoces la faceta que he querido mostrarte —zanjó, tajante—. ¿Sabes qué? No debería haber venido. Aquí todos sois buenos conmigo, incluso John, al que es evidente que no le agrado. Yo... no merezco esto.

Era lo que se había estado repitiendo una y otra vez desde que había conocido la calidez de aquella casa. De aquella familia. Tal vez un poco extraña y desestructurada, pero una familia que lograba mantenerse unida incluso en las circunstancias más complicadas. Hacía tanto que ella no disfrutaba de algo así que había llegado a creer incluso que aquella idea no era más que un cuento chino. Alcanzó su abrigo, dispuesta a abandonar la habitación y refugiarse en el gélido abrazo de la calle, pero entonces, una voz mucho más fría que cualquiera de los días invernales de Londres la detuvo.

—Sé que eres una mujer luchadora, que has sufrido mucho a lo largo de tu vida y que ahora, que conoces la paz, no la quieres arriesgar. Sé que crees que no mereces el amor de nadie —respondió Elías, apretando los puños, en parte, invadido por la ira, pero también, por una tristeza incontrolable—. Tal vez no sepa si por algo que has hecho o que crees que estás haciendo mal ahora, pero me da igual, Valeria. Yo quiero amarte. Quiero conocer hasta el último de tus sueños, de tus miedos y de tus antojos. Y sé que tú quieres lo mismo conmigo, pero temes no ser suficiente. —Se hizo un silencio tan denso que casi asfixiaba—. ¿Te conozco o no?

Durante un segundo, estuvo a punto de decir que olvidase todo lo que había dicho, que la abrazara y que no dejase de hacerlo nunca. Por un momento quiso olvidarse del resto del mundo y centrarse solo en ellos, pero había una voz en su cabeza que seguía gritando que era mala idea. Y fue ella la que habló:

—No —dijo, sin girarse—. Pero no puedo explicarte ahora por qué.

Tragó saliva, consciente de que las palabras que diría a continuación tendrían consecuencias terribles y que, en el fondo, era las últimas que deseaba pronunciar.

—Me voy a marchar.

Si hubiera visto el gesto de Elías, habría podido comprobar que sus rasgos se

endurecieron y que su labio inferior también tembló, cuando, deseando haber escuchado mal, preguntó:

—¿Qué?

Se secó las lágrimas antes de girarse hacia él, obligándose a mantener la mirada firme.

—Como te digo, no debería estar aquí y voy a volver a Madrid —aquellas palabras eran las que más le había costado pronunciar nunca—. Cogeré un *ferry* que viajará a gran velocidad hasta Barcelona y allí regresaré a Madrid.

Una parte de Elías quiso suplicar y decirle que no lo hiciera, la otra, se mantuvo inmóvil y, simplemente farfulló:

—No tienes por qué hacerlo.

Era consciente de que, llegados a esa situación, no lograría convencerla.

—Yo creo que sí. —Se acercó al escritorio en el que estaba hacía unos minutos, alcanzó un sobre con unas letras garabateadas y se la tendió—. Cuando regreses a Madrid, visítame en esta dirección. Te explicaré todo lo que quieres saber.

Tomó el sobre, intentando ocultar, sin éxito, que sus manos también temblaban.

—Sea lo que sea lo que escondes aquí te aseguro que no será suficiente para alejarme.

Valeria quiso, una vez más, ignorar las palabras que había pronunciado y que todo volviera a ser como hacía días, pero no había vuelta atrás. No habría despedida apasionada ni besos con promesas no pronunciadas. No habría amor, ni cariño. Solo el frío desenlace que habían vivido en aquella habitación.

—Ojalá, Elías. Ojalá tus palabras sean ciertas. —Volvió a señalar el pedazo de papel—. Te estaré esperando.

—Deja al menos que John te acompañe —le pidió el pianista—. Yo puedo regresar solo, pero me sentiría más cómodo sabiendo que estás acompañada. Por favor.

No quería aceptar, pero pensó que, al menos, podía concederle eso. Terminó por asentir.

—De acuerdo. —Y con un simple gesto, le pidió que saliera de la habitación—. Adiós, Elías.

Cuando el joven escuchó el sonido de la puerta cerrándose tras él, no pudo evitar pensar que, por desgracia, Londres había vuelto a ser testigo de cómo el corazón se le hacía añicos.

Querido Elías:

La semana que viene partiré hacia Madrid con motivo del cumpleaños de mi hermana Marga. Sé que estás invitado y que, de hecho, mi padre insiste en que toques el piano para todos. Supongo que no estás de acuerdo con ello, pero ya lo conoces; cuando algo se le mete entre ceja y ceja no es posible que se replantee otra idea.

Estoy feliz porque te veré allí y porque desde año nuevo, en París, no hemos podido volver a vernos.

Debes saber que mi padre ha organizado un encuentro con el hijo del conde, Maximiliano Reverte, el hombre con el que me ha comprometido.

Si queremos actuar, debe ser antes de dicho encuentro. Siento una mezcla de temor y mucho entusiasmo, pues lo cierto es que no tengo ni idea de cómo actuará mi padre. Eso hace que sienta mucho miedo, pero si accede a esto, ambos seremos libres al fin.

Te añoro cada día y ansío verte. Te quiere, Victoria.

Mi querida Victoria:

Me conoces bien y sabes que no es mi deseo exponer mi música delante de tantos desconocidos, pero haré lo que siempre hago ante estas situaciones: imagino que la sala está vacía y solo toco para ti. Entonces, la música fluye prácticamente sola.

Hablaré con tu padre la misma noche que llegue a Madrid. Esa noche, en efecto, seremos libres.

Estoy deseando que llegue la fecha. Te quiero, Elías.

Todo estaba pensado; todo sería sencillo. Los jóvenes tenían planeado hasta el más mínimo detalle del que sería su encuentro, de lo que dirían a los adultos que les rodeaban, a los que no apoyarían su decisión y a los que sí lo harían.

Elías apenas había podido dormir aquella noche por culpa de la inquietud y, aunque jamás lo admitiría, también los nervios. Tras el concierto en la Ópera de Madrid habría un hermoso banquete dedicado a los músicos y en ese momento, separaría al padre de Victoria de sus compañeros y juntos le darían la noticia. Todo sería sencillo. Porque todo parecía mucho más fácil cuando dos personas estaban juntas. Sobre todo, si la otra persona era Victoria Ibáñez, la mujer más cauta del mundo entero.

A pesar de que ya le habían advertido en dos ocasiones que los músicos debían ir a sus camerinos para comenzar a prepararse, el chico estaba decidido a esperar el carro de los Ibáñez. Sabía que el éxito de un plan se debía en buena parte a los detalles y que le vieran entrar, agarrado de la mano de Victoria, dedicarle una mirada cómplice y acompañarla a su asiento, dejaría en evidencia la idea que le comunicaría a su padre aquella noche, tras el concierto.

Si no hubiera estado centrado en pensar en la posible reacción del señor Ibáñez, con una sonrisa dibujada en el rostro, tal vez habría notado algo extraño en el transeúnte que, con un largo abrigo de visera, se ocultaba el rostro.

Elías pensó en que estaba cada vez más cerca del futuro que tanto ansiaba. El hombre pensaba que estaba un poco más cerca de hacer justicia.

Para un joven enamorado, aquella situación era inverosímil e imposible de presenciar, sin embargo, si hubiera estado más atento a los periódicos, tal vez habría reconocido el rostro del hombre. Pero solo era un muchacho enamorado. Y cuando se dio cuenta de que algo no iba bien, nunca habría podido reparar en la sonrisa que se dibujó en el rostro del hombre, que sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

El estallido les sobresaltó a todos, pues incluso la tierra tembló y por un momento, los pilares del edificio de la Ópera parecieron a punto de derrumbarse, pero en lo último que Elías pensó fue en aquel teatro. Un mal presentimiento le impulsó a correr cuando vio al hombre caminar, con un puño en alto, al grito de «¡Libertad!».

Y es que así, bajo aquel lema, aquel anarquista hizo saltar por los aires el carro en el que Victoria Ibáñez y su familia estaban a punto de llegar a la Ópera de Madrid una tarde de 1901. Un par de calles alejados del enorme teatro que les esperaba, lo que quedaba del carro y de sus integrantes, todo sumido en un espeso humo negro, algunas llamas que comían las piezas de madera y una marea de gente asustada, que buscaba desesperadamente cobijo por si aquella bomba no era la única que les aguardaba.

Había heridos que, para su desgracia, se habían posicionado demasiado cerca de la bomba que estalló. Entre los gritos asustados, el llanto de los niños, las órdenes imperativas de los policías, que ya habían comenzado a trabajar y alejar a la gente de los escombros, Elías se encontró de frente con la imagen que atormentaría sus pesadillas hasta muchos años después.

Entonces, entre el gentío y los policías, que empezaron a arremolinarse alrededor de la escena del crimen, Elías comprendió que, en efecto, aquel carro boca abajo, completamente destrozado era el que Victoria y su familia habían tomado en su casa, el que se suponía que debía dejarles sanos y salvos en la Ópera. El que había comprado el señor Ibáñez meses antes y del que tanto fardaba, pues podía transportar de una sola vez a toda su familia, sin necesidad de caballos o cocheros. El que no era más que un manojito de piezas, metal y acero, volteado boca abajo y con

un enorme agujero donde había sido el origen de la explosión.

—¡Libertad a los explotadores! —gritó el anarquista, sin importarle mostrar su cara, su identidad—. ¡Muerte a los esclavistas! ¡Este hombre era un maldito esclavista! Ha recibido lo que merece...

Algunos de los presentes siguieron con sus cánticos, todos con un puño levantado y entonando terribles gritos que Elías solo podía escuchar en la distancia.

—¿Victoria? —susurró, sabiendo que no encontraría respuesta—. ¡Victoria!

Trató de avanzar hasta el carro, pero los guardias ya habían hecho un círculo en torno a la terrible escena, estaban desalojando a los transeúntes y detenido al alborotador. Tras la bomba del Liceo de Barcelona, la concentración de policía era común cuando se celebraban eventos del calibre del concierto de la Ópera.

—Muchacho. —Le paró uno de los hombres—. No puedes pasar.

—Es mi... es mi... solo quiero saber si está...

—¿Los conocías? ¿Sabes quiénes son?

No necesitó más información cuando uno de los policías se acercó al hombre que le detenía para darle una información confidencial, pero que, en aquella situación, Elías pudo comprender a la perfección; una negación con la cabeza. Una mueca entristecida. La orden de que despejaran toda la calle.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber—. ¿Los Ibáñez están bien? ¿Qué ha pasado?

El hombre, que sintió la desesperación en sus palabras, se volvió hacia el joven, que no era más que un manojo de nervios.

—Lo siento, chico. Lo siento de verdad.

No. No. No. Aquello no podía ser verdad. Se estaban equivocando, se estaban...

Fue entonces cuando reparó en una de las camillas que avanzaban hacia el coche destrozado y entre varios policías lograron sacar de él un cuerpo inerte y ensangrentado que nadie hubiera reconocido de no ser por sus ropas. Elías no necesitó más de dos segundos para saber que se trataba de la señora Ibáñez, a pesar de que su rostro, en parte desfigurado y cubierto de espesa sangre no parecía el mismo que tantas veces había visto.

—Es el momento de irse, muchacho —ordenó—. ¡Que alguien se lleve a este joven!

Y así, entre sollozos, pataleos e intentos de librarse de los brazos fuertes que le amarraban, arrastraron a Elías hacia uno de los carros de la policía, donde le trasladaron a una de las comisarías cercanas. Por suerte, lograron alejarlo y meterlo a la fuerza en el coche antes de que pudiera ver cuál fue el siguiente cuerpo que sacaron, sin vida, de entre los escombros.

Londres, 1911

Al igual que Valeria, Thomas se marchó aquella noche. Fue de forma silenciosa, aquella tarde, había afirmado que se encontraba mejor, de hecho, incluso se había animado a dar una vuelta por el jardín, acompañado de Elías. Le preguntó por Valeria, por qué la casa estaba, de repente, tan silenciosa, pero no había obtenido respuesta por su parte. Desde aquella conversación con ella, no había querido analizar demasiado la situación, sino fingir que todo estaba bien y que cuando volviera a Madrid, decidirían el destino de ambos. Sí que se había centrado, sin embargo, en preparar la fase final del mecenazgo y es que, desde hacía semanas, una idea le rondaba la cabeza, pero no estaba convencido de que fuera una buena idea.

Hacía tiempo, había prometido que aquella canción solo la escucharía una persona. Y no podía incumplir una promesa. Sin embargo, no quería que aquella canción también cayera en el olvido. No podía permitirlo. Sería también como olvidarla a *ella*.

Durante la noche, mientras daba vueltas en la cama, pensando una y otra vez en lo mismo, Celine entró en su habitación, con ojos vidriosos y anunció la noticia de que Thomas acababa de dejarlos, que había fallecido en su cama, con una plácida mueca y una canción de Bach sonando en el tocadiscos.

En ese momento, el joven agradeció que tanto Valeria como John se hubieran marchado, porque pasó toda la noche llorando en silencio, solo y a oscuras. Quería soltar toda la pena para que, a la mañana siguiente, cuando ya habían convocado al sacerdote y los pocos amigos cercanos de Thomas, nadie pudiera verle llorar. El hombre había expresado con anterioridad, en vida, que no quería celebrar ningún tanatorio y mucho menos en su casa. Siempre insinuaba que esa costumbre no era más que una reunión de cotilleo alrededor de un cuerpo todavía caliente. Celine siempre se escandalizaba cuando decía, pero, llegado el momento, había querido cumplir sus deseos.

En efecto, el entierro fue íntimo y emotivo. Se le enterró junto a su familia en el mausoleo que llevaba generaciones con ellos. Thomas tuvo una hermana con la que se sentía muy unido en el pasado y que, lamentablemente, falleció a causa de la fiebre amarilla, contagiada en uno de sus viajes a Estados Unidos.

Cuando el sacerdote indicó a los presentes que debían despedirse una última vez, Elías tan solo puso una mano en el pecho del que había sido su padre y susurró:

—Adiós, Thomas. Espero que allá donde vayas tengas un piano y una caja inagotable de puros cubanos. —Sonrió, imaginando esa escena que tantas veces había visto—. Celine y yo no te

olvidaremos.



Y así, logrando contener las lágrimas, vio cómo enterraban la urna bajo tierra. Se convenció de que aquel paseo por el jardín sería el último que daría con Thomas y en esa ocasión, sintió cómo sus mejillas volvían a empaparse.

A la vuelta del cementerio, Celine se había permitido, casi por primera vez en años, dedicarse tiempo a ella misma. No organizó al servicio, sino que les dio el día libre, no cocinó para ella ni para el joven y se permitió recostarse en la habitación de Thomas, en la butaca que ocupaba buena parte del tiempo, mientras leía el periódico y no quería que nadie lo molestase. Ella también había estado sentada en ella en muchas ocasiones, cuando le escuchaba tocar el piano y, poco a poco, sentía que el sueño la invadía, fruto de los días ajetreados que solía llevar. Cuando caía rendida en los brazos de Morfeo, Thomas nunca la molestaba, sino que dejaba de tocar y, en silencio, se marchaba, dejándola descansar. Cuando se despertaba, presa del pánico por todo el tiempo perdido y le reprochaba no haberla llamado, él simplemente se encogía de hombros y sonreía.

Parecía mentira que nunca fuera a volver a verlo tras levantarse de aquella butaca. Unos golpes en la puerta sacaron a la mujer de sus pensamientos.

—¿Celine? —la voz de Elías al otro lado temblaba levemente.

Ella le saludó y el joven entró con cautela en la habitación. Al verlo allí, Celine fue consciente de nuevo de lo mucho que había crecido. Lo había podido comprobar nada más verlo, por supuesto, pero a lo largo de aquellos días no vio al Elías alocado y un poco prepotente que había dejado Londres para marchar por el mundo a tocar en decenas de ciudades. Vio a un hombre atento y más maduro, que volvía a ver la vida con los colores que hacía tiempo había perdido.

—Oh, Elías —no pudo evitar soltar, casi como un suspiro, cuando él entró y se sentó frente a ella—. Él estaba tan orgulloso de ti. Tantísimo.

Al joven pareció sorprenderle la naturalidad con la que lo dijo, como si llevara horas guardándose esa frase.

—Lo sé —admitió—. Él ha sido mi padre. Mi único padre.

Celine sonrió un poco. Aquel era un tema de conversación que había comentado con Thomas multitud de veces y es que ninguno de los dos había pensado nunca el formar una familia, pero con la llegada inesperada de Elías a sus vidas ambos habían podido comprobar lo

que era el amor de unos padres.

—Y para Thomas tú eras su hijo, tenlo por seguro.

Estaba segura de que el hombre lo supo nada más conoció a ese niño con un don para la música. Que supo que se convertiría en alguien muy especial para él y es que Thomas tenía la habilidad de calar a las personas casi al instante.

—Esta casa se me quedará muy grande ahora que él no está y tú te marchas —opinó Celine, mirando los altos techos de su alrededor. Nunca le habían gustado demasiado las casas de aquella ciudad. Comparadas con las hermosísimas casitas de madera de su adorada campiña parecían frías e impersonales.

—¿Qué harás?

No tardó más de un segundo en responder. Lo había pensado mucho y sabía qué era lo que necesitaba en aquel momento de pena.

—Regreso a Burdeos, al menos por el momento. —Pensar en su ciudad natal la hizo sonreír de nuevo—. En mi adorado Burdeos Thomas y yo pasamos nuestros años más felices. Cuando él me conoció no era más que una chiquilla aspirante a costurera. Él venía a que le hiciéramos sus trajes a medida.

»Maldito bribón... ¡Cómo me desesperaba! Se descosía los botones de los trajes a propósito solo para venir a verme y yo siempre le regañaba. Le decía que con él mi trabajo era en balde. Cuando me ofreció mudarme a Londres con él para estar al mando de su servicio, no me lo pensé dos veces. No por el trabajo ni por Londres. Porque cuando quise darme cuenta ya no concebía la vida sin él.

Su relación era un secreto a voces que ninguno de los dos había desmentido nunca. Tampoco lo habían hecho público, aunque una parte de Elías siempre supo que la forma en Thomas adoraba a Celine iba mucho más allá de los años de trabajo juntos.

—Estabais enamorados, ¿no es cierto? —preguntó el joven, por primera vez desde que los había conocido.

Una parte de él quería saber que era verdad, que no habían sido imaginaciones suyas y que, en efecto, ambos pasaron una vida juntos. La mujer le miró unos segundos, antes de terminar por asentir y tragar saliva, como si no supiera cómo empezar aquella revelación.

—El círculo social en el que él se movía era demasiado para mí. Nunca podría haber soportado las críticas ni esas fiestas eternas donde todo el mundo te mira. —Hizo una pausa, como si hablar de ese tema de verdad le desgarrase el alma. En el fondo, lo hacía, pues había pasado toda la vida pensando qué habría sido de ellos si Thomas hubiera nacido en otro círculo, si no hubieran sido más que simples trabajadores. Todo habría cambiado—. Sería la costurera que se había casado por interés con un pobre muchacho idiota. No. Nunca quise formar parte de eso.

Y nunca se arrepintió de aquella decisión. Había sido muy feliz formando parte de un segundo plano en el que se sentía segura y donde sabía que tenía el control de la situación. De no haber sido así, estaba segura de que no habría podido soportarlo, ni siquiera por el amor que le profesaba a Thomas.

Elías se rascó el mentón, pensativo.

—¿Crees que a Valeria también le ocurre eso? Teme en lo que pueda convertirse su vida a mi lado.

La mujer tuvo que contenerse las ganas de reír, ¿quién era ella para saber eso?, ¿quién era para creer nada? No. Aquella decisión solo podía tomarla la joven que había acompañado a Elías durante su viaje. Tomó al chico de la de mano y negó con la cabeza.

—Elías, las mujeres no somos complicadas como todo el mundo dice —respondió—. Las mujeres somos sensatas y muy inteligentes. Sabemos cuál es nuestro lugar y dónde queremos estar. Estoy segura de que Valeria tiene unos motivos de peso... Que solo sabrás si le preguntas.

Le hubiera gustado explicarle que no era tan sencillo como parecía, que Valeria parecía un baúl bajo llave imposible de abrir y que, cuando el chico daba un paso en su dirección, ella retrocedía dos pasos.

—Lo he intentado, pero no quiere revelármelo.

La mujer se encogió de hombros y se abrigó el cuello con el chal que llevaba sobre los hombros.

—Tal vez no era el momento y lo sea pronto. Tal vez te lo haya querido contar sin utilizar palabras y tú no has entendido sus gestos. Tal vez necesite tiempo.

—Temo perderla como perdí a Victoria.

Elías nunca había hablado de forma tan directa de la hija de los Ibáñez desde que esta perdió la vida, por eso, Celine guardó silencio durante unos segundos, pensando bien qué debía responder. Finalmente, liberó un suspiro y le dijo al joven, con rostro apenado:

—Tú no perdiste a Victoria, Elías —quiso aclarar—. No fue culpa tuya lo que pasó y hay cosas que deben permanecer en el pasado para poder vivir el presente. Yo he pasado toda mi vida con Thomas porque fue lo suficientemente valiente como para saber dónde debía estar. Tú debes hacer lo mismo: saber dónde debes estar... Y dónde ya no.

Como ella estaba dispuesta a dejar marchar a Thomas, era el momento de que Elías se despidiera del pasado y empezara a avanzar, sin mirar atrás.

Londres, 1911

El barco todavía no había zarpado y se podía aspirar el aroma a sal y aceite de motor que tanto caracterizaba al puerto de Londres. Pronto no estarían allí y se encontrarían en medio del océano, una idea que no terminaba de tentar a Valeria. En el viaje de ida tan solo podía pensar en Elías, en cómo se encontraba y en lo fatal que sería para él que llegaran y Thomas ya se hubiera marchado, pero en el viaje de vuelta, todavía con la discusión del joven resonando en sus oídos, sabía que no sería sencillo olvidar el oleaje y los peligros del mar.

Lo único que podía calmarla era pasear, siempre por el interior del barco, evitando las ventanas que pudieran mostrarle el panorama del exterior. Así, caminando casi a ciegas, llegó a una sala de descanso que estaba prácticamente vacía. Aquel barco no era tan lujoso como los famosos trasatlánticos que empezaban a resonar por el puerto de Londres, pero tenía algunas salas dedicadas a la comodidad de los pasajeros.

Aquella estaba completamente vacía, salvo por ella y un par de mujeres que chismorreaban en una esquina, susurrándose secretos al oído y riendo. Parecían mucho más jóvenes que ella y, a juzgar por sus ropas, de una familia mejor posicionada.

Valeria no pudo evitar pensar en Elías una vez más cuando intentó tomar asiento en una de las butacas, mordisqueándose el pulgar. Estaba nerviosa. Y no solo por el barco. En lo más profundo de su corazón sabía que había hecho daño al joven y nada le apenaba más que eso. Nada.

Liberó un suspiro y cuando se acomodó, intentando alejar aquellos pensamientos de su mente, fue cuando vio el piano. Parecía que estaba puesto para ella, esperándola durante mucho tiempo.

Era muy hermoso; resaltaba sobre el suelo tapizado color verde esmeralda.

Se levantó de la butaca y caminó hacia él, rodeándolo mientras lo acariciaba con las yemas de los dedos. No era una buena idea. Estaba convencida de que no.

Volvió a mirar a su alrededor: seguían estando solas. Las jóvenes no le hacían demasiado caso y nadie parecía estar dispuesto a ver cómo la chica se sentaba frente al teclado del instrumento y tocaba una rápida melodía. Estaba afinado y listo para ser tocado.

Todavía con Elías en la mente, dejó que sus dedos se deslizaran por las frías teclas. Ni siquiera tuvo que pensar qué tocar y es que sus manos no parecían suyas, sino que se deslizaban por el instrumento como si fueran terreno que conocían de sobra. Terreno seguro. Y, en cierto modo, sí que lo era.

No sabía decir el tiempo que estuvo allí, pasando canciones como trascurrían los minutos, perezosos ante una sala vacía y haciendo que el nudo en el estómago de Valeria se deshiciera un poco, incluso cuando el barco emitió el rugido que indicaba que habían zarpado. No había vuelta atrás.

Cerró los ojos y dejó que las notas envolvieran la sala como el agua salada les envolvía a ellos. El ligero vaivén acompañaba su canción, pero su mente ya vagaba muy lejos de allí. Pensó en la última vez que había tenido la oportunidad de tocar y recordó que, aunque no hacía demasiado de ello, parecía que habían pasado meses.

Y tampoco era Valeria la que tocaba para el inmenso público. Nadie diría que era ella.

Nadie salvo, quizá, el rostro asombrado de John, que acababa de entrar en la sala y que hizo que la joven se detuviera de golpe, dejando las últimas notas como golpes de tecla. Se miraron y Valeria supo que no necesitaba más para comprenderlo todo.

Todo.

Se levantó, con menos rapidez de la que hubiera deseado y sin despedirse del pequeño público que había logrado reunir, salió de la sala de la sala de descanso, entre algunos aplausos tímidos y la voz del joven tras su espalda, gritando su nombre.

—¿Valeria? —preguntó, cuando se fundió con la muchedumbre que se dirigía a los camarotes—. Espera... ¡Espera!

Era imposible huir. Era imposible no enfrentar la situación, así que se dejó atrapar y cuando sintió que John se posicionaba junto a ella, tan solo preguntó:

—¿Lo sabe?

El joven negó con la cabeza.

—Se lo voy a contar —aseguró ella—. Cuando regrese a Madrid.

John quería decir muchas cosas, pero a la vez, no encontraba las palabras.

—Si tuvieras un poco de decencia esperarías hasta después del mecenazgo. —La miró de arriba abajo, por primera vez, sin disimular el desagrado—. Pero veo que de eso no te queda ni un ápice.

En el fondo le dolió la forma en que la miraba, pero estaba más que acostumbrada a ese tipo de gestos, por lo que simplemente, apretó los labios, antes de decir:

—Lo siento, John. Lo siento de verdad.

Sabía que había veces en las que una disculpa no bastaba, pero era lo único que podía ofrecer.

—Desde el principio supe que no me dabas buena espina.

Tuvo que contener las ganas de volver a escapar. Estaba a apenas dos puertas de su camarote. Echó a andar y antes de atravesar el umbral, se detuvo de nuevo, volviéndose hacia su acompañante.

—Te equivocas si piensas que no amo a Elías de verdad.

—Me cuesta creerlo.

Con mano temblorosa, abrió la puerta, desesperada por desaparecer.

—Lo sé. Y a él también le costará.

Y aquellas fueron las únicas palabras que intercambiaron durante todo el viaje. Cuando llegaron a Barcelona, Valeria se ocupó de desaparecer entre los viajeros que desembarcaban y dirigirse a la estación. Sola. En aquella ocasión, John no hizo nada por evitarlo y tan solo vio, desde la distancia, la figura de una joven apresurada buscando la forma de volver a escapar.

Madrid, 1900

El funeral de los Ibáñez fue largo, repleto de rostros desconocidos para Elías, largas oraciones, deseos de descansar en paz y, finalmente, la entrada de los ataúdes en el mausoleo familiar, decorado con estatuas de ángeles que, en otras circunstancias, incluso habrían resultado hermosas.

En la comisaría de policía a la que le llevaron, para hacerle algunas preguntas acerca de la identidad de las víctimas del atentado, le revelaron los escalofriantes datos: un grupo anarquista había colocado un explosivo en la parte baja del carro de los Ibáñez. En él iba la familia al completo, incluidas sus dos hijas, que, al igual que el matrimonio, habían fallecido en el acto.

El señor Ibáñez llevaba años firmando todo tipo de acuerdos con políticos tan afamados y bien posicionados como el mismo Antonio Cánovas del Castillo, también asesinado en un atentado algunos años atrás, cosido a tiros en uno de sus retiros al balneario de Santa Águeda. Se decían que la situación de los trabajadores de las fábricas que adquiría e inauguraba sufrían de situaciones poco acertadas y que había pagado por ello un precio demasiado alto.

Aunque, por supuesto, todo aquello era lo último que preocupaba al joven. Él solo sabía que su familia, también en aquel carro, habían sido las verdaderas víctimas de sus entresijos políticos y económicos.

Elías, apartado de los presentes, que oraban por las almas de los recién fallecidos, todavía con los ojos fijos en la caja que portaba el cuerpo sin vida de Victoria se fue quedando solo hasta que permaneció en soledad en el interior del mausoleo. En su mente, el grito de «¡Libertad!» tronaba una y otra vez. No podía dejar de preguntarse cómo era posible que una palabra tan delicada pudiera dar pie a un acto tan atroz. Recordó el estallido, las llamas, los gritos de las personas de alrededor y, después, el silencio mudo, tan solo acompañado de un pitido que taladró sus oídos unos segundos.

—Victoria —pronunció en un susurro—. No, no, no.

Fue entonces cuando las piernas le fallaron y cayó sobre el gélido suelo de piedra. Sus llantos desconsolados resonaban, imparables, rebotando en las paredes del lugar. Nunca supo decir cuánto tiempo pasó allí, en el suelo, sintiendo cómo se vaciaba por dentro, dejando un hueco que en mucho tiempo, no lograría volver a llenar.

Entonces, cuando el frío le había calado hasta los huesos y no podía diferenciar los temblores por la baja temperatura de los sollozos, una mano amiga que conocía muy bien se posó sobre su hombro. A Thomas Howland no le había costado encontrarlo.

—Elías, hijo —lo llamó, obligándose a levantarse—. Vamos a casa.

—La he perdido, Thomas. La he perdido para siempre.

El hombre liberó un suspiro, a sabiendas de que el joven tenía razón.

—Volvamos a casa —repitió.

Y así, se despidieron del mausoleo, que permanecería vacío durante una larga década, tan solo poblado por los fantasmas de una familia que había sido borrada del mapa en un deplorable acto que se había camuflado ante los gritos incesantes de libertad.

Aquel día, a Victoria Ibáñez se le quitó la voz. Y tardaría mucho en volver a recuperar un pedazo de ella. El resto, fue sepultado bajo tierra en aquel mismo cementerio.

CUARTA PARTE:
UNA CANCIÓN QUE TE DEVUELVA EL PASADO

31

Madrid, 1911

Hacía mucho tiempo que Elías no viajaba solo, pero se dio cuenta de que lo necesitaba. Necesitaba estar solo, con sus pensamientos resonando en su cabeza y sin ninguna voz que pudiera callarlos. Durante el regreso a Madrid tuvo oportunidad de pensar mucho. Pensó en él y en Valeria, en el mecenazgo y en lo que sería de ellos si lograba alcanzarlo. No lo quería pensar demasiado, porque le resultaba doloroso plantearse la duda de si ella querría formar parte de aquella vida. Las palabras de Celine acudieron a su cabeza una y otra vez y en el momento en el que le reveló que ella no quería que la vieran junto a Thomas por los círculos en los que se movía. Imaginó si ese podría ser el problema con la joven periodista y se obligó a recordar la pregunta cuando la viera.

Estaba deseando hacerlo. Deseando verla.

Tanto, que cuando llegó a Madrid, lo primero que hizo fue preguntar en la recepción de su hotel si alguien le había dejado algo para él. No importaba lo que fuera: un simple mensaje, una nota, una carta o una pista cifrada. Pensaba adivinar el paradero de Valeria y correr hacia ella, pues tenía mucho que decirle.

Por suerte, no iba a ser tan complicado como resolver un gran misterio y es que la joven le había dejado un sobre cerrado con una dirección y una nota. Era simple, pero reconocería aquella caligrafía en cualquier parte:

Te estaré esperando.

VM.

Le agradeció al joven de la recepción con una sonrisa y salió en busca de un coche que le llevara hasta el hotel que la joven le indicaba. Había imaginado aquel inicio de conversación decenas de veces y, sin embargo, en ese momento, sintiendo el repiqueteo del carro bajo su cuerpo, sintió cómo la boca se le secaba. Era probable que no fuera capaz de hablar y que alguien le dejara sin palabras era algo a lo que no estaba acostumbrado.

Solo Valeria tenía aquel poder sobre él. Y quería decírselo; decirle que la amaba y que hacía mucho tiempo que no sentía algo tan fuerte por alguien, que había logrado despertar en él unos sentimientos que creía que estaban sepultados y que ni siquiera la música podía hacerle sentir

tan bien. Quería decirle muchas cosas, pero temía quedarse sin palabras.

Suspiró cuando el coche se detuvo, pagó al cochero y entró por la puerta del hotel. Si hubiera tenido los pies en la tierra, se habría preguntado qué hacía Valeria alojada en un lugar tan lujoso, ubicado en pleno centro, a apenas un par de minutos caminando del Palacio Real y rodeada de gente con tan buena posición. También habría percibido cómo la joven de la recepción entornaba los ojos cuando él le dijo correctamente el número de la habitación, pero no el nombre de la joven que se alojaba en ella.

Habría podido darse cuenta de muchas cosas, pero en lo único que podía pensar era en que solo una escalera les separaba. Subió los escalones de dos en dos, como un chiquillo enamorado que lleva mucho tiempo separado de su amada y se detuvo a coger aire ante la puerta número diez, antes de llamar con los nudillos.

Se colocó el elegante traje, el cuello de la camisa y la chaqueta. Pero no obtuvo respuesta. —¿Valeria? —preguntó, dispuesto a llamar de nuevo.

Fue entonces cuando se percató de que estaba abierta y que, al girar el picaporte, esta cedió. Se lo pensó dos veces antes de entrar, con una sonrisa, esperando verla al otro lado, pero solo se topó con una habitación vacía.

La ventana, abierta de par en par a pesar de encontrarse en pleno invierno, hacía que la cortina se retorciera sobre sí misma. Elías aspiró el aroma que flotaba en el ambiente y sonrió al pensar que olía a ella: a jazmín y vainilla.

—¿Valeria? —volvió a preguntar, consciente de que había llegado en el momento que ella no estaba, aunque en la recepción le habían dicho que la encontraría en su habitación.

Fue entonces cuando reparó, por primera vez, en el objeto que estaba sobre la cama y que brilló cuando unos débiles rayos de sol se colaron por la ventana, todavía abierta y que dejaba entrar un viento gélido. Aunque no fue el culpable del escalofrío que el joven pianista sintió cuando se acercó a la cama y pudo comprobar que, en efecto, era lo que creía. Lo que parecía.

Tomó entre sus manos una máscara que había visto en multitud de ocasiones, siempre acompañada de una melodía que podía transmitirse todos los sentimientos que su portador deseara.

La mano le tembló levemente cuando dio la vuelta a la máscara de Bianchi y pudo leer, en una delicada letra tallada, las iniciales: *TB*.

Entonces, todas las piezas encajaron y todo lo que habían vivido en los últimos meses tuvo sentido de pronto. Sintió cómo la venda se le caía de los ojos y la ira le invadía al pensar que no había sido más que un peón en un juego al que nunca quiso jugar.

Cuando los pasos de su espalda resonaron un poco más cerca, no necesitó girarse para saber que era Valeria la que acababa de entrar en la habitación y soltar un murmullo sorprendido.

—¿Qué es esto? Valeria —preguntó, todavía con la máscara entre las manos y sin atreverse a mirarla a los ojos—. Dime, por favor, que esto no es lo que parece. Prefiero cualquier

excusa, cualquier mentira a que me digas que esto es lo que parece.

En cualquier otra situación, se habría obligado a mantener la compostura, pero sentía cómo aquella situación le sobrepasaba, que se estaba ahogando y necesitaba liberar parte de la furia que comenzaba a asolar cada centímetro de él. Y la única forma que su cuerpo había decidido hacerlo era humedeciendo sus ojos.

Se obligó a levantar la cabeza por fin para encontrarse con un rostro inescrutable. Permanecía mucho más sereno de lo que cabría esperar, pero cualquiera que conociera un poco a Valeria Márquez sabía que aquel brillo desafiante en sus ojos no era más que un ligero atisbo del sentimiento valiente que empezaba a aflorar en su pecho. No iba a mentir. No podía seguir haciéndolo.

—No voy a seguir mintiendo, Elías. —Se mordió el labio inferior, bajando la mirada durante unos segundos—. No puedo decirte lo que quieres oír. Porque sería mentirte.

Demasiado para él. Demasiado para el pobre pianista que luchaba para contener las lágrimas, que se deslizaron por sus mejillas e impactaron sobre la fría máscara, decorada con hermosas florituras y enredaderas. No quería escuchar más, no podía hacerlo.

Quiso que dejara de hablar, haciéndole un gesto, pero Valeria había callado durante demasiado tiempo y no habría nada que pudiera frenarla.

—No, no.

—Aprendí a tocar el piano hace mucho tiempo, cuando trabajaba al servicio de una de las personas más horribles que jamás puedas conocer.

Elías sintió la necesidad de escapar de la habitación, pero sus piernas no le respondían. No podía moverse. No podía más que suplicar que no continuase, que no podía seguir soportando las palabras clavándose en lo más profundo de su corazón.

—No.

Valeria tragó saliva, consciente de que contar esa parte de su vida no sería sencillo, pero sabía lo que tenía que decir, lo había ensayado mucho aquellos días.

—Él me enseñó de la peor forma posible. A base de golpes y gritos, insultos y malas palabras. —Antes de darse cuenta, a ella también se le escapó una lágrima—. Por eso me esforzaba para que sonase como él quería, como sabía que le gustaba. No admitía nada que no fuera la perfección.

Si a Elías le hubiera servido de algo, se habría tapado los oídos con las manos, pero por algún motivo, no podía despegar las manos de la máscara, como si fuera lo único a lo que podía aferrarse en aquel momento. Curioso que fuera, precisamente, al objeto con el que todo había comenzado.

—Cuando bebía, que era muy a menudo, me pedía que tocara para él, pero cuando le superé en conocimientos y técnica, me dijo que era una vergüenza ser desbancado por una mujer

—continuó ella y por cada palabra que liberaba, se acercaba un poco más a Elías, hasta que quedaron cara a cara, muy cerca—. Por eso aprendí a taparme el rostro cuando me pedía que tocara el piano. Así nació Bianchi. Bajo esta máscara y esta capa soy la persona que se me niega si mostrase mi rostro.

Y así, sintiendo su perfume tan cerca, sintiéndola a ella por primera vez en días, fue cuando Elías se atrevió a resumir todo lo que Valeria acababa de contarle. Todo lo que habría podido ver aquellas semanas si no hubiera sido porque no podía dejar de admirar sus ojos negros, como el pelaje de un gato y esos labios carnosos que tantas veces había besado.

—Eres Bianchi. Has sido tú todo este tiempo. Pronunciarlo hizo que algo se rompiera en mil pedazos.

—Soy Theodore Bianchi. Es verdad.

Fue entonces cuando reaccionó, cuando por fin pudo soltar aquella máscara, que, de repente, era como si le ardiera y cuando se alejó unos pasos de Valeria, consciente de todo lo que acababa de revelar.

Que todas aquellas semanas habían sido una farsa. Que nunca había estado enamorada de él. Que no podía confiar en ella.

—Por eso te acercaste a mí —señaló, acusador—. Por eso llevas engañándome todo este tiempo.

El hecho de que Valeria no lo negara de inmediato fue lo que hizo que la grieta que se había abierto entre ambos se hiciera más grande y causara un daño irreparable. Elías se apoyó en una pared, pues sentía que se mareaba.

—Al principio ese era el plan —admitió la joven, en apenas un susurro—. No quería herirte, solo deseaba tener una ventaja e ir siempre un paso por delante de ti. Pero después...

Cuando vio la mirada cargada de odio que le dirigió el joven enmudeció. Sabía que la odiaría por contarle la verdad. Sabía que no podía soportarlo, pero nunca imaginó que pudiera mirarla con aquel profundo odio, como si todos los sentimientos anteriores no tuvieran importancia.

—No te atrevas a decirme que después todo cambió, que después te enamoraste de mí y te arrepentiste de todo —le advirtió él, con una voz tan grave que apenas fue un sonido gutural—. No te atrevas a decir que de verdad me quieres.

Valeria sintió cómo el corazón le daba un vuelco y se habría desmoronado en aquel mismo instante de no haber sido porque ella en el fondo sabía que era cierto, que nunca había obrado con maldad y que dañar a Elías era el último de sus propósitos. Levantó la barbilla, orgullosa, dispuesta a demostrarlo, ya fuera con palabras o con actos.

—Nunca me he arrepentido de esto porque nunca he utilizado lo que sabía en tu contra —respondió—. He jugado limpiamente y me he ganado mi puesto como finalista en la

competición.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decir que nunca has tenido ventaja? Me atacaste y me robaste mi canción. —Recordar aquel pasaje hizo que los rasgos de Elías se endurecieran aún más—. Era mía. No tenías derecho.

La joven soltó un suspiro cansado. Sabía que estaba en lo cierto, que le debía todas las explicaciones pertinentes, pero, de repente, se sintió agotada.

—Nathan la robó disfrazado de mí, pero nunca la utilicé —le aseguró—. Solo quería saber qué baza sería la que usarías.

Elías negó con la cabeza, sin poder creérselo.

—Me hiciste creer que estaba loco cuando sabías lo que ocurrió todo este tiempo. —Ella intentó avanzar unos pasos hacia el pianista, pero él retrocedió de nuevo.

—Elías, puedes culparme de todo lo que consideres, pero te aseguro algo: nunca he querido hacerte daño y nunca lo he hecho. —Se mordió el labio, antes de pronunciar las palabras que llevaban semanas quemándole en la lengua—. Porque yo también te quiero.

Pero era tarde. Lo vio en sus ojos cargados de rabia, en sus gestos sin medida. Lo vio incluso en la forma que le dio la espalda y caminó hacia la puerta de la habitación, como si la conversación hubiera terminado para él.

—¿Crees que voy a volver a caer en tu juego? No. No, Valeria. Has hecho conmigo lo que has querido, me has utilizado y te has aprovechado de todo lo que podías sacarme. —No se volvió, no la miró, tan solo se paró ante el umbral un segundo—. No voy a creerte.

Estaba a punto de dejarle ir, a punto de derrumbarse y dejar que las rodillas le fallasen y dejarse caer sobre la moqueta, pero no pudo evitar despedirse recordándole que le había prometido que no dejaría de amarle, sin importar quién fuera en realidad.

—Te dije que no podías decirme que me quieres porque no me conocías del todo.

Ahora sí.

Se volvió una última vez hacia la joven, consciente de que, si abandonaba aquella habitación, pisotearía su corazón, pero no le importaba. Al fin y al cabo, también habían pisoteado el suyo. Asintió con la cabeza.

—Pues tenías razón: no era amor lo que sentía —concluyó—. Era manipulación. Pero voy a acabar con esto ahora mismo.

Y así, con un portazo, ambos se derrumbaron, separados por una pared que ninguno de los dos podría atravesar, por mucho que lo intentaran.

Madrid, 1911

Nathan siempre sabía cuándo entrar en escena, pero en aquel momento, al lado de la habitación de Valeria, mientras escuchaba las voces procedentes de la habitación de al lado, no supo cuándo actuar. Se mordió el labio inferior, consciente de que la revelación no había ido bien cuando un portazo trajo el silencio más pesadoso que había escuchado jamás.

Fue ahí cuando se atrevió a levantarse y llamar a la puerta de Valeria, su jefa y amiga, con la que llevaba más de tres años como ayudante y que, desde el principio, había decidido dar un paso más y ser uno de los pilares fundamentales de la joven. Él era su confidente, la protegía cuando llevaba aquella ridícula máscara y se aseguraba de que el nombre de Bianchi nunca dejara de resonar. Al menos, asegurarse de que la prensa daba más importancia a su talento que al rostro que se escondía detrás del disfraz. Desde que él estaba a su lado, su identidad nunca había peligrado, por eso, no le había parecido buena idea contarle a Elías a quién se enfrentaba realmente. No se fiaba de él. No se fiaba de nadie.

—¿*Mon ange*? —preguntó, en un susurro. No se sentía con fuerzas de practicar su español en aquel momento, a pesar de que Valeria le aseguraba que había avanzado mucho desde que ella era su profesora. Sentía que le debía a la joven demasiado y uno de los pequeños gestos que deseaba tener con ella era que pudiera hablar en su idioma natal con él, algo que Nathan siempre había valorado. En aquel momento, sin embargo, recurrió al francés, lengua que la chica manejaba a la perfección y que hasta que comenzaron las clases era la lengua que utilizaban para comunicarse—. Se ha marchado, ¿no es así?

Valeria estaba de espaldas a él, con la vista fija en la ventana. No necesitó asomarse a la cristalera para comprobar que estaba siguiendo la figura de Elías salir del edificio y alejarse. Cuando se volvió hacia él, se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos y una expresión entristecida en el rostro.

—Ambos sabíamos que pasaría —intentó consolarse, sentándose en el borde de la cama—. Sí, se ha marchado.

Él quiso estrecharla en sus brazos y dejar que liberase las lágrimas sobre su hombro, pero cuando ocupó el lugar de su derecha, se dio cuenta de que ella no iba a llorar. Al menos, no más que dejar caer un par de lágrimas tímidas. A Valeria le habían roto el corazón y cuando eso ocurría, él sabía de primera mano que no había lágrimas suficientes para expresar el dolor. Era como si te vaciaran y dejaras de sentir. Alcanzó la mano de la joven y la estrechó con fuerza.

—No te merece, *Mon ange*.

Le había repetido esa misma frase en numerosas ocasiones durante aquellos días. Era evidente que Valeria se había dejado cegar, algo que no podía permitirse si querían ganar el mecenazgo de la reina. Se lo había intentado decir cuando le comunicó que se marchaba con John y con Elías a Londres, pues este la necesitaba a su lado. Había cometido el peor error que podía cometer: se había enamorado de su adversario.

Ella se limitó a sonreír, lejos de enfadarse o fruncir el ceño como llevaba haciendo aquellas semanas cada vez que él le decía que debía tener cuidado con los sentimientos.

—Gracias por permanecer a mi lado, Nathan, gracias.

Pestañeó, extrañado de que le agradeciera algo tan simple. Por supuesto que permanecería a su lado, le debía mucho. Demasiado. Ser su fiel compañero era lo mínimo que podía hacer por la joven.

—Me rescataste —le recordó—. Eres mi ángel de la guarda.

La chica negó con la cabeza, como hacía siempre que Nathan le recordaba el día que se conocieron. Parecía que había pasado una eternidad desde aquella noche, en Londres, la ciudad que vio cómo John, el amor de su vida, aceptaba marcharse de su lado porque Elías Howland le ofrecía un trabajo que no iba a rechazar. Él le pidió que permaneciera a su lado, pero para John, quedarse en Londres era sinónimo de aceptar la vida que su padre esperaba de él y en la que no sería feliz. Su padre le obligaría a trabajar en su asesoría y jamás podría sentir esa libertad que tanto ansiaba. Además, estaba su problema con la bebida, uno que llevaba arrastrando durante años y que siempre fue el verdadero impedimento para que su relación no prosperaba.

Habían pasado cerca de dos semanas desde que John se había marchado y Nathan llevaba el mismo tiempo en un estado de embriaguez del que no salían antes de volver a encontrar el fondo de otra botella. No le quedaba dinero, no le quedaba a nadie cerca y estaba dispuesto a permitir que su vida terminase en aquella taberna maloliente.

Entonces, una mano angelical le ayudó a levantarse y a escapar del mal vicio que había acabado con su vida anterior. Había sido su ángel de la guarda. Valeria le había rescatado de las sombras y nunca podía agradecerse lo suficiente.

—Yo no te rescaté. Has sido tú la que me ha rescatado todo este tiempo, quedándote a mi lado.

—Siempre, Val —le prometió—. Y no permitiré que esto acabe aquí.

Si Elías revelaba su identidad, el mundo se acabaría para ella; la expulsarían de la competición y el esfuerzo no habría servido de nada. No podía permitirlo. No iba a hacerlo.

—Haré lo que pueda —anunció, antes de salir de la habitación del hotel y dirigirse a la calle—. Lo intentaré todo, te lo prometo.

Sabía cuál era el siguiente paso y aunque le doliera, era el momento de volver a llamar a la puerta del pasado para ello.



Nathan se protegió de la lluvia bajo el paraguas y se sorprendió de que precisamente hubiera llegado una tormenta aquella noche. Casi parecía como si Dios se hubiera percatado del estado de ánimo que reconcomía por dentro a sus cercanos y les hubiera enviado semejante lluvia torrencial. Nunca había sido muy creyente, a pesar de que su familia era de misa todos los domingos, sin embargo, en aquel momento casi sintió ganas de alzar la vista y suplicarle al Señor que estuviera ahí arriba que le ayudara con lo que estaba a punto de hacer. Estaba convencido de que en cuanto John le viera aparecer, lo echaría a patadas sin darle tiempo a enunciar la primera frase.

Y casi pudo afirmar que así ocurrió, pues en cuanto el joven abrió la puerta y vio quién le esperaba al otro lado, la luz de su rostro se apagó, dando paso a una mueca confusa.

—¿Qué haces tú aquí?

Al menos no le había cerrado la puerta en las narices, aquello, sin duda, era una buena señal. Nathan tragó saliva, pues a pesar de que hacía mucho tiempo que había comprendido que los encontronazos con John siempre irían cargados de tensión, reproches y malos recuerdos, en aquella ocasión, estaba convencido de que todo sería diferente. Porque, en parte, no les afectaba a ellos, porque estaban en situaciones similares y porque era el momento de ayudarse.

Valeria le había contado que John la descubrió tocando el piano en el barco y que no le había costado atar los cabos sueltos, pero no le había dicho nada a Elías hasta que la joven tuvo la oportunidad de explicarse.

—Elías no puede revelar la identidad de Valeria —soltó, entonces, sin ningún tipo de rodeo—. Eso significaría su fin.

Su viejo amante casi pareció sorprendido por su franqueza, pero permaneció impasible, todavía situado bajo el marco de la puerta. No le iba a invitar a entrar, pero Nathan tampoco hubiera aceptado la invitación. Su época de romance había quedado tan atrás que apenas ninguno lo recordaba; Nathan porque pasó la mayor parte del tiempo vaciando el contenido de las botellas de *whisky*, John porque prefería olvidar los momentos dolorosos.

—Elías hará lo que considere. Y tendrá razón —respondió, tras un par de segundos de silencio—. Te recuerdo que esta guerra no la empezamos nosotros.

Quiso cerrar la puerta y olvidarse del tema, pero la bota del chico en el marco lo evitó.

La volvió a abrir con delicadeza.

—John. Por favor —dijo, forzando la puerta hasta que pudo volver a ver el rostro del hombre—. Escúchame.

—No, escúchame tú. —Le señaló el pecho con el dedo índice, sin llegar a tocarlo—. Estoy cansado de ser tu títere, de recibirte solo cuando me necesitas y solucionar siempre tus meteduras de pata, que, por cierto, han sido muchas a lo largo de los años. Si te emborrachas en un bar y rompes toda la cubertería, pago tu cuenta. Si te detienen por causar estragos, pago tu fianza y te saco de allí. Si bebes y...

Nathan negó con la cabeza. No quería que siguiera por aquel camino porque, aunque tenía razón y durante muchos años, él había sido quien había tenido que ir tras él, barriendo los cristales rotos que dejaba su caos, aquello no tenía nada que ver con su pasado. No tenía nada que ver con ellos. Solo estaba allí por Valeria, pero por ella estaba dispuesto a llegar todo lo lejos que fuera necesario.

—Ya no soy esa persona, John —le cortó—. Hace muchos años que no toco una botella. Y ha sido gracias a ella.

Cualquiera habría podido ver el dolor en el rostro del joven, incluso Nathan fue capaz de verlo, pero no se disculpó por ello. Había intentado disculparse en innumerables ocasiones por hacerle pasar a John por un infierno en tierra, pero hay heridas que no pueden cicatrizar con una simple disculpa. Aquella era una de ellas.

—Vaya, me alegro de que supiera sacar de ti lo que yo no pude —dijo finalmente, con amargura—. Lo intenté durante años y fracasé.

Nathan apretó los dientes y liberó un suspiro.

—Lo sé, John, créeme que lo sé. Estaba sumido en un pozo sin fondo, no podía ver más allá. —Sabiendo que quizá no fuera la mejor idea, colocó una mano en su hombro. John no se apartó—. Te amaba, pero cuando se interponía mi vicio no era suficiente. Te hice todo el daño del mundo y espero que algún día puedas perdonarme.

—Yo también esperaba hacerlo —admitió—. Pero una vez más he caído en tus mentiras.

Supo que se refería a Bianchi, al hombre enmascarado y a la historia que Valeria y él habían creado para él. Cuando la joven le presentó al personaje de Bianchi no sabía si era una locura o una genialidad. Aquellos años había demostrado que la gente admiraba más a una figura enmascarada masculina, colmada de dudas y misterio que a cualquier mujer que se atreviera a ponerse frente a un piano.

No podía tirar por la borda años preparando al personaje solo porque hubiera tenido con John un pasado común. No habría sido justo.

—Cuando te vi acompañar a Elías quise decírtelo, pero no puedo traicionar a Valeria —explicó—. Ella ha sido para mí mi única sujeción a este mundo cuando lo perdí todo.

Y aquellas palabras sonaron tan sinceras, que lograron que John se librara de aquella

mirada endurecida y liberase un suspiro, en el que también se desprendió de parte del odio y los reproches. Un ligero brillo en la mirada se dibujó en sus pupilas.

—No puedo detener a Elías si decide exponerla. Y créeme que lo he intentado —terminó revelando—. No por ti, sino por él. Sé que no se lo perdonaría. Pero tiene demasiada rabia dentro.

Y él sabía que cuando la rabia es lo que te mueve a hacer algo, no hay palabras que puedan detenerte. Nathan también lo sabía, por eso, lo único que pudo añadir cuando se despidió fue un simple:

—Haz lo que puedas, John. Por favor.

Y se marchó, pasillo abajo, en dirección a las escaleras que había subido apenas hacía unos minutos.

—Lo intentaré —aseguró John, aunque a aquella altura, ya solo podía escucharse él mismo.

Lo que ninguno de los dos sabía era que aquella conversación había llegado tarde.

Madrid, 1911

Horas más tarde

¡Extra, extra! La máscara del pianista Bianchi se cae, dejando al descubierto un rostro de lo más peculiar.

Y es que, gracias a un soplo llegado de forma anónima a nuestras oficinas de *El Liberal*, podemos saber en primicia que el pianista Theodore Bianchi, uno de los finalistas del mecenazgo de la Reina Madre ha desvelado su identidad para la gran final, dejando ver a nada más y nada menos que... ¡una mujer!

Nuestro informador asegura que, además, no es una mujer cualquiera, sino una que ha seguido muy de cerca la competición del mecenazgo, siendo una de las periodistas que publicaban, en primicia, las columnas de cotilleos sobre los competidores. El nombre de esta mujer es Valeria Márquez y, aunque todavía no hemos podido hablar con ella, estamos seguros de que nos dedicará unas palabras muy interesantes este domingo, durante la misma final.

¡El desenlace está muy cerca! ¿Quién será el afortunado músico privado de la reina a partir de ahora?

Aquella fue la portada del periódico de *El Liberal* en su sección de sociedad y cultura aquel jueves. Cuando Nathan lo vio, tuvo que reprimirse las ganas de escupir el té que se había servido para desayunar. Lo leyó una vez, dos, tal vez cuatro o cinco. Y a cada palabra que repasaban sus ojos, su ira fue en aumento hasta que, cuando Valeria entró en la habitación, serena, como siempre, casi sintió deseos de lanzarle el periódico, para que viera lo que aquel cabrón había hecho finalmente.

—¿Cómo ha podido? —gritó, apretando el papel en su puño—. ¿Cómo se ha atrevido?

La joven se colocó frente al tocador, arreglando un mechón rebelde que había escapado de su recogido, ajena a lo que pusiera en aquella columna.

—Nathan, por favor —le pidió, advirtiéndole de que estaba levantando la voz más de la cuenta.

Él, sin embargo, continuaba de pie, moviéndose de un lado a otro con largas zancadas, sin dejar de menear el manojo de papeles en el que se estaba convirtiendo el periódico ante la fuerza del hombre.

—Le pedí a John que le hiciera cambiar de idea —recordó, lanzándolo contra la mesa y

casi arramplando con la taza de té, que había quedado olvidada—. ¡Casi supliqué!

—Y él ha hecho lo que ha podido —respondió ella, colocando la última horquilla entre los mechones de su pelo castaño—. Te lo aseguro.

Nathan logró calmarse un poco, contagiado por la neutralidad que Valeria mostraba, aunque todavía no comprendía del todo su reacción. Aquello podía hundirlos. Aquello podía hundir todo por lo que habían trabajado durante mucho tiempo.

—¿Cómo lo...? ¿Cómo lo sabes?

Ella fijó la mirada en el joven a través del espejo, analizando cada sentimiento que cruzaba su rostro. Finalmente, se levantó, colocando la falda de su vestido, que era un poco más abultada de lo que ella estaba acostumbrada.

—Porque si hubiera querido que desvelara mi identidad se lo habría dicho él mismo antes de que le citarse aquí. Él me vio tocando el piano en el barco y me reconoció —le recordó—. Lo supo casi al instante. Y también encontró mi inscripción a la competición del mecenazgo. No necesitó más para atar cabos.

Que John se enterase antes de tiempo había sido un descuido que no estaba dispuesta a cometer, pero la lealtad del joven al pianista le había ayudado a que todo fuera como debía. Ella quería ser quien se lo contara, quien le ofreciera las explicaciones pertinentes. Era lo mínimo que podía hacer, aunque no sirvió de nada. Elías se marchó con tanta furia como sabía que ocurriría.

Nathan señaló el manojito de papel que antes era un periódico.

—Esto puede hundirte.

La chica no pudo contener una sonrisa cuando, después de una ira incontrolable, su compañero había pronunciado exactamente la frase que ella quería y había podido responderle así:

—Parece que no lo ha hecho.

Nathan frunció el ceño, sin comprender todavía el motivo de alegría.

—¿Qué?

Y de un bolsillo interior de la prominente falda, Valeria alcanzó un papel doblado con delicadeza.

—He recibido esto —explicó, al fin—. Esta mañana.

Estimado señor Bianchi:

Nos complace anunciar que está usted invitado a la final del mecenazgo de su Majestad, la Reina Madre, que se celebrará este domingo en el mismísimo Palacio Real. Su posición será en calidad de PARTICIPANTE y aguardamos, impacientes, poder disfrutar de la música que nos tiene preparada.

Atentamente,

La Familia Real.

Cuando Nathan terminó de leer, casi pudo sentir cómo se le humedecían los ojos. Aquello era por lo que llevaban años peleando. Aquello era lo que Valeria merecía y estaba muy cerca de alcanzar lo que el destino le tenía preparado.

—Es... maravilloso.

Sin embargo, dos palabras, simples, pero contundentes, hicieron que los ojos húmedos de Nathan se secaran por completo.

—No iré.

Aquellas pocas letras resonaron en su mente durante unos segundos.

—Valeria, no puedes rendirte —le suplicó, consciente de que, aunque su compañera intentaba disimularlo, un brillo aterrado lucía en sus ojos oscuros—. Me... me prometiste que lucharías.

Valeria apretó los labios, consciente de que tenía razón, pero también sabedora de que, si iba, no podría soportar ser el blanco de todas las miradas.

—¿Y cómo esperas que me presente? ¿Con esto? —Se señaló la ropa que llevaba puesta, moviendo los brazos de forma extravagante—. ¿Sin disfraz? No podría ni tocar al sentir que todos me miran.

Y es que, en el fondo, aquel era el origen de todos sus miedos, pero, sobre todo, pensaba en cómo sería para Elías verla tocar. Después de aquellas semanas fingiendo que no sabían lo que hacían sus dedos cuando los paseaba por las teclas y conociendo a la perfección los siguientes movimientos que acompañaban a una conocidísima melodía, ¿cómo podía presentarse ante él y, simplemente, tocar?

—Podrás porque eres la mejor. Eres la que merece el mecenazgo —aseguró Nathan, con una sonrisa—. Es lo que te hará libre.

Libre por fin de poder mostrar su rostro, de poder firmar sus composiciones y de poder decirle al mundo que una mujer merece ese puesto, porque ganó el mecenazgo en igualdad de condiciones que 24 hombres. Apretó los puños, consciente de que era lo que quería hacer. Lo que debía hacer.

—Has luchado mucho, *Mon ange*. No dejes que venzan. —Alcanzó sus manos para estrecharlas—. ¿Qué me dijiste esa noche, cuando me sacaste de una taberna de París y me obligaste a empezar una nueva vida?

—Que se acabó el mirar al pasado —respondió ella—. Que es hora de pensar en el ahora.

El joven asintió. Se había repetido esas palabras demasiadas veces como para permitir que su autora las olvidase.

—Esto es el pasado —dijo, alcanzando de nuevo el periódico—. Tu ahora es ganar ese

mecenazgo.

No podía permitirse errores; había llegado hasta allí gracias a su talento y era el momento de demostrárselo a todo el mundo.

Madrid, 1911

Elías no había podido pegar ojo aquella noche, sabiendo lo que se encontraría en los periódicos cuando se levantara. Sin embargo, todavía tenía la certeza de que había hecho bien, aunque cuando pensaba en el motivo, le molestaba no poder sacar más que razones personales. Sobre todo eran dos las que resonaban en su cabeza: me ha traicionado, no me ama. Nunca me amó.

Cuando, cansado de dar vueltas, decidió levantarse de la cama y tuvo que aguantarse el gesto asqueado al darse cuenta de que el servicio del hotel ya le había dejado el periódico. Ni siquiera John estaba en movimiento a aquella hora de la madrugada y es que, por primera vez en mucho tiempo, pudo ver el amanecer de Madrid asomado al balcón. Hacía frío, pero no le importaba; lo único que tenía entre las manos para que le calentase era una taza de té que todavía no había probado y simplemente se la había servido para tenerlas ocupadas.

Cuando se armó de valor para poder leer la noticia que estaba en primicia, casi dio gracias a Dios al escuchar que John le interrumpía, sentándose también en la mesa, perfectamente adecentado. Casi no habían intercambiado palabras desde que habían descubierto el secreto de Valeria, pero por fin, el joven se atrevió a preguntar:

—¿Tú lo sabías? —su voz era áspera—. Dime, ¿lo sabías?

Su compañero no tuvo que pensarse mucho la respuesta y mientras se colocaba los gemelos en la camisa, asintió, levemente.

—Lo supe en el viaje de vuelta a Madrid desde Londres —reveló, terminando con su camisa y sentándose en la mesa, sin reparar todavía en el periódico—. La vi tan alterada que quise hablar con ella una noche, pero cuando entré en su habitación no estaba y me encontré esto sobre su cama. Creo que quería enseñártelo durante el viaje, pero no tuvo valor. Después la vi tocando el piano. Reconocería esa melodía en cualquier parte.

La había escuchado durante la última prueba del mecenazgo, cuando los ojos ancianos de la Reina Madre se empañaron ante una melodía melancólica y cargada de dolor. Incluso él sintió cómo el corazón se le aceleraba cuando terminaron las notas y la sala se quedó en un silencio absoluto.

A modo de respuesta, Elías solo pudo dedicarle un asentimiento de cabeza. Lo sabía, en el fondo, solo quería asegurarse de que había hecho bien dando el soplo. Le lanzó a John el periódico fechado con aquel día y carraspeó:

—Recibirá lo que merece. No tendremos que volver a preocuparnos de «Bianchi».

Su amigo casi sintió ganas de apartarse aquel pedazo de papel cuando cayó a su lado, temiéndose lo peor. Puso los ojos en blanco y se pasó una mano por la frente, casi rezando para que sus sospechas no fueran ciertas.

—¿Qué has hecho?

Pero lo eran. Sus ojos rápidos solo tuvieron que leer un par de párrafos para saberlo.

—Lo que tenía que hacer. Lo que es justo.

Levantó el periódico, como si necesitara asegurarse de que los dos estaban hablando de lo mismo.

—¿Esto es justo?

Si Elías se hubiera permitido sentir algo más que rabia, sabría que, en realidad, no era lo que deseaba y que haber dado el soplo no arreglaría su relación con Valeria. Era una especie de venganza personal contra una persona que ya habían demostrado que no existía. Porque Theodore Bianchi no existía. No lo había hecho nunca. Tras esa máscara siempre habían estado los ojos negros de los que se había enamorado y las manos rápidas que había estrechado durante semanas.

—Lo es para mí.

Pero si había alguien que conocía bien lo que eran los remordimientos era John porque a veces tenía la sensación de que había vivido toda su vida preso de los remordimientos. Primero, por decepcionar a su padre, el hombre al que siempre había admirado y que esperaba de él que heredase la empresa familiar, pero no lo había hecho y la gestoría había muerto cuando lo hizo su progenitor. Después, por dejar al hombre al que había amado abandonado a su vicio, pues sentía que si no lo abandonaba a él, se abandonaría a sí mismo y nunca más podría volver a vivir. Pasar página, volver a enamorarse, poder recordar su relación con una sonrisa en el rostro y ternura en el corazón. Aquello todavía no había ocurrido y, en parte, también se sentía culpable por ello.

Tuvo una certeza absoluta, cuando por fin despegó los labios para decir:

—Nunca vas a perdonarte haber hecho esto preso de la ira —le advirtió—. Te conozco, Elías. Lo sé bien.

No se ofendió cuando solo obtuvo una risita por lo bajo que, en su opinión, detonaba más tristeza que cualquier otra cosa.

—Últimamente todos parecéis conocerme mejor que yo mismo —bromeó—. Pero ninguno acertáis. He hecho lo que tenía que hacer y lo que quería hacer. No hay vuelta atrás.

Y en eso tenía razón: no había vuelta atrás. La prensa ya había publicado el bombazo y probablemente, a esas horas de la mañana, los periodistas, rabiosos por los restos de exclusivas, se habrían atrincherado en la puerta del hotel de Valeria, que no era complicado de encontrar. Pensar en aquella imagen hizo que a Elías se le ablandara un poco el corazón; la joven, que lo último que quería era atención, tendría que lidiar con aquellas aves de rapiña.

Pero aquello tampoco era su problema. Al menos, ya no.

—No dejo de preguntarme por qué Valeria no utilizó tu canción al robártela — interrumpió John sus pensamientos, mientras untaba mantequilla en una rebanada de pan tostado —. Era muy buena, lo suficiente como para llegar a la final. Pero utilizó una suya.

Una vez más había dado en el clavo y Elías sintió ganas de poner los ojos en blanco, ¿cómo era posible que John siempre acertara?, ¿cómo podía ser que siempre supiera ver desde todos los lados del prisma, encontrando detalles en los que nadie había reparado? Aunque aquello no era del todo verdad y es que Elías sí que se lo había preguntado, durante horas, mientras daba vueltas en la cama, a sabiendas de lo que se encontraría en el periódico al levantarse.

—¿De verdad quieres hacerme creer que no quería hacerme daño? —insinuó, con un tono incrédulo—. Que nunca quiso que desapareciera de la competición y que, en efecto, me quiere.

Tras terminar la obra de arte que estaba haciendo en el pan, John le dio un mordisco a su tostada. Se tomó su tiempo para masticar con elegancia, tragar y limpiarse con una servilleta de tela que cubría su cuello.

Solo después de este ritual de varios pasos, volvió a hablar:

—No sé si te quiere o no, Elías, porque yo no sé lo que siente dentro de ese corazón helado —dijo, finalmente—. Sé que si quisiera hacerte daño podría haberlo hecho... Y mucho. Pero aquí estáis. Los dos, en igualdad de condiciones. —Levantó de nuevo el periódico y lo lanzó cerca de su compañero, como él había hecho momentos antes—. O estabais.

El joven pianista no sabía si le dolía más encontrar en su amigo únicamente objeciones o que estas estuvieran haciendo mella en él. Negó con la cabeza, sin comprender.

—Tú sabes lo que es entregarte en cuerpo y alma y solo recibir dolor —protestó, tratando con tacto el tema, puesto que era consciente de que sacarlo podría herir a John—. Pensé que estarías de acuerdo conmigo.

—Amé a Nathan como a nadie, tienes razón. Y me dolió en el alma tener que abandonarlo, pero me di cuenta de que, si le soltaba, mis heridas se curarían, pero estando a su lado, acabarían matándome —respondió, intentando camuflar el dolor de su rostro—. Fue la decisión más complicada de mi vida. Y ahora veo que la más acertada.

—¿Crees que esto ha sido fácil?

Lo que de verdad creía era que el dolor que llegaría después todavía no había empezado, que aquello solo había sido una causa de la ira y que todavía tenía que vivir sabiendo las consecuencias que traería la noticia para Valeria. Eso, sin embargo, no se lo dijo, pues sabía que Elías se daría cuenta, tarde o temprano.

—Creo que esto ha sido provocado solo para causar daño y movido por un sentimiento que ninguna relación debería provocar. —No dejaba de señalar la noticia sobre el papel, que poco a

poco, parecía haber ido cogiendo presencia entre el resto de las columnas—. Mi decisión de dejar a Nathan fue meditada y consciente. Esa es la diferencia.

No estaba dispuesto a seguir escuchando, pues no estaba acostumbrado a escuchar las realidades tal y como eran, sin edulcorante, aunque John siempre trataba de ser firme y tajante.

—Puedes decir lo que quieras, John —finalizó, levantándose y dejándolo, tomando su taza de té, perfectamente colocada sobre un plato—. Puedes pensar lo que te plazca, pero sé que he hecho bien.

Su compañero se encogió de hombros.

—Lo sabrás dentro de algunas noches. —Frunció el ceño.

—¿Algunas noches?

John ya no lo miraba, sino que había vuelto a sumergirse en su lectura matutina.

—Cuando pensar en ello te quite el sueño... O duermas como si nada.

No dijo nada más, pero en la punta de su lengua se quedó el añadir que él se inclinaba más por la segunda opción. Y le conocía lo suficiente para saber que no se equivocaba.

Madrid, 1911

A Valeria le costó más de lo que jamás hubiera imaginado salir a hurtadillas de su hotel por culpa de la cantidad de prensa que la esperaban en el vestíbulo, en los pasillos y hasta en las habitaciones contiguas. Nathan había hecho lo que había podido, primero, intentando que el personal del hotel hiciera algo, pero parecía que habían recibido generosas propinas por permitirles estar ahí. Después, había intentado echar a la gran masa, pero no lo había logrado. Por suerte, aquel hotel estaba acostumbrado a albergar familias de clase alta y tenían algunos pasadizos que daban a la calle y que les ayudaban a salir a escondidas.

Una vez por las ajetreadas calles de Madrid, nadie la había reconocido y llegó sin problemas al hotel al que sabía que encontraría a Elías. Se había llevado con ella su invitación a la final, en parte, porque quería demostrarle que su esfuerzo había sido en vano, pero también y esto nunca lo admitiría, porque se sentía más segura con ella. Era la prueba de que su carrera musical no se había ido al garete y tenía una oportunidad.

Intentando parecer más altiva de lo que realmente se sentía, llamó a la puerta de Elías y es que sabía que sería él quien la recibiría, pues había visto cómo John abandonaba el edificio minutos antes y es que, aunque jamás lo diría en voz alta, llevaba cerca de una hora frente a él, pensando qué decir.

Cuando el joven abrió la puerta, no pareció sorprendido, pero antes de que ninguno pudiera saludarse, preguntó, con voz ronca:

—¿Qué demonios haces aquí, Valeria?

La chica tuvo que tragar saliva, pues le dolía demasiado ver a Elías tratarla de una forma tan fría. No parecía el mismo hombre cariñoso que se había abierto poco a poco a ella, al que había conocido durante semanas y del que se había enamorado. Porque lo diría una y mil veces, jamás lo ocultaría: se había enamorado de Elías Howland y no quería que la música, algo que podía unirles para siempre, les distanciara de aquella forma. Aunque, en el fondo sabía que no había sido la música la culpable de aquella situación.

—He venido a disculparme —respondió—. De nuevo.

No habían hablado desde aquel día en su habitación, cuando el joven vio su máscara.

—Pues puedes marcharte por donde has entrado, Valeria —dijo él, antes de que pudiera añadir una sola palabra—. No quiero tus disculpas.

La forma en la que se volvió, casi sin importarle si ella se quedaba o se iba, pues ni siquiera tuvo la decencia de cerrar la puerta fue lo que más dolió a la joven. Hubiera admitido

cualquier otra respuesta, excepto esa, porque no estaba dispuesta a admitir que Elías no sentía más que indiferencia. Sabía que estaba tan destrozado como ella. Sabía que, en el fondo, también quería disculparse por la noticia, por exponerla al mundo.

Y, aunque no quería hablar de ello, fue eso lo único que le hizo reaccionar:

—Tu soplo no ha servido de nada —murmuró, sacando la invitación de la misma familia real—. Estoy convocada a la final.

Elías no necesitó leer las breves líneas para saber lo que era aquella carta, con el sello lacrado en cera roja y una hermosa cinta a modo de decoración. Él también había recibido una idéntica.

Verla en sus manos, sin embargo, hizo que el alivio le invadiera de repente, aunque no quería pensar por qué. En el fondo, sabía que tras su conversación por John había comenzado a sentir la culpa y sabía que, si se presentaba a la prueba y Valeria no acudía, jamás podría perdonárselo. Aunque, por supuesto, aquel tampoco era el momento de demostrárselo a la joven.

—Vaya —fue lo único que respondió, casi con una sonrisa—. Entonces supongo que necesitarás suerte.

Aquel tono burlón sacaba a Valeria de sus casillas. Y, por alguna razón, también le enternecía.

—Y tú.

Si Elías ya apenas podía ocultar su sonrisa pícaro, escucharle decir eso fue lo que la terminó de ensanchar.

—Yo no necesito suerte —indicó, acercándose un poco más a la joven—. Voy a ganar ese mecenazgo y después me marcharé lejos. Esto se habrá acabado.

Sus palabras parecían no casar con la forma en la que se miraban y es que ni siquiera Elías sentía que aquel fuera el mejor camino, sin embargo, estaba dispuesto a hacerlo; a marcharse y borrar todo lo que había pasado en aquella competición. Ya lo había perdido todo una vez, al fin y al cabo. No sería diferente en esa ocasión.

Valeria, sin embargo, todavía sentía cómo el corazón se le aceleraba cuando Elías estaba cerca, su piel se erizaba, como si esperase el contacto y sus labios pedían ponerse en contacto en un beso como los que habían compartido aquellos días. Todavía estaban cerca, tanto, que con apenas un par de pasos, Valeria pudo ponerse a la altura de su oído, pues si alguien entraba en ese momento en la habitación, negaría lo que estaba a punto de decir:

—Nunca había sentido con nadie lo que he sentido contigo.

Y en cualquier otra circunstancia, Elías habría respondido rodeándola por la cintura, acariciando su rostro o, incluso, paseando su boca por su cuello, como sabía que a ella le gustaba. Pero no lo hizo en aquella ocasión, de hecho, no pudo evitar sentir un escalofrío porque todavía tenía en mente la noticia del periódico, las mentiras y la maldita máscara de Bianchi.

—¿Qué sabrás tú de sentir?

Y lo dijo de forma cortante. Él sí sabía lo que era amar a alguien y perderlo todo, no como ella había mandado al traste su relación, sino perderla de verdad. No volver a verla nunca sin haber tenido la oportunidad de despedirse. Y es que, durante esas semanas, había estado seguido de que había vuelto a sentir lo mismo por alguien, por primera vez desde que Victoria se fue, pero de nuevo, todo se había hecho añicos, aunque en esa ocasión, no había sido culpa suya.

—Nada —reveló Valeria, alejándose todos los pasos que creía haber conseguido dar en la dirección acertada—. Absolutamente nada porque hace mucho tiempo me obligué a dejar de sentir. Fue como método de supervivencia. —Tragó saliva para que las lágrimas no escaparan de sus ojos—. Si no sentía, nadie podía herirme. Pero ha cambiado contigo. Si eso significa algo para ti tal vez puedas perdonarme algún día. Es lo único que te pido, Elías. El perdón.

El perdón. Como si aquello fuera tan sencillo, como si no pudiera seguir viendo aquella máscara una y otra vez sobre su rostro. Como si pudiera, simplemente, borrar de un plumazo lo que habían pasado.

—¿Crees que es tan fácil como presentarte aquí y pedirme perdón?

Ella negó con la cabeza, sacó otro papel de su bolsillo, solo que este no estaba guardado con cuidado, sino hecho una bola, lleno de arrugas, como si lo hubiera maltratado una y otra vez hasta convertirse en lo que era en ese momento.

—Sé que no, por eso venía a entregarte esto —se lo tendió—. Es la canción que he preparado para la final. Puedes hacer lo que quieras con ella. Copiarla, quemarla o publicarla en el periódico para que nuestros oponentes la tengan.

Como si no quisiera esperar una respuesta por parte del joven, se volvió hacia la salida, dispuesta a dejarle solo con aquellas notas. Se giró una última vez, sin embargo, a modo de despedida.

—Quiero ganar ese mecenazgo y nunca sentir que fue con mentiras y engaños.

Y, todavía sin decir nada, Elías vio cómo la puerta se cerraba tras ella y los pasos en el pasillo se iban haciendo más tenues hasta desaparecer.

Madrid, 1911

El día de la gran final, los alrededores del Palacio Real eran un hervidero de gente. Los nobles sacaron a pasear sus mejores piezas, vestidos y joyas, mientras que las pocas familias más humildes que se habían permitido ir al espectáculo, intentaban encajar entre el gentío. Los aspirantes habían sido convocados horas antes y es que se deseaba que todo ocurriera tal y como indicaba el programa; no podían permitirse ni un solo retraso. Todo tenía que ser perfecto. Así lo deseaba la reina.

Y así ocurriría.

Los participantes no podían verse, de hecho, habían sido conducidos a habitaciones separadas para que pudieran prepararse. Por supuesto, el camino hasta allí había sido para Valeria tal y como se esperaba; colmado de miradas, susurros y comentarios curiosos. A pesar del periódico, se había vuelto a poner la capa, la máscara y caminar con un bastón, tal y como hacía Bianchi. Aunque todos eran conscientes de que aquel personaje no existía y es que las noticias habían corrido como la pólvora.

Nathan la dejó sola en la habitación cuando la joven se lo pidió; era su ritual, momentos antes de una actuación, se tomaba unos minutos a solas. A veces, los dedicaba a repasar las canciones, otras, a poner maquillaje en su rostro que se taparía momentos después y otras, simplemente aprovechaba los momentos para responder cartas o escribir nuevas ideas. Acostumbraba a escribir todo lo que rondaba su cabeza. La pasión por la escritura no había sido parte del engaño; de verdad había trabajado en un periódico, aunque, por supuesto, jamás se le había dado la oportunidad de escribir.

Antes de aquella actuación, sin embargo, se quitó pieza a pieza cada parte del disfraz de Bianchi y preparó el vestido que Nathan había encargado para ella. Era precioso; de un azul zafiro que contrastaba con su melena castaña y la máscara blanca perla que todavía lucía sobre su rostro. Aquella máscara la acompañaría aquella noche, aunque el resto de la vestimenta la fuera a dejar en la habitación. Lo había pensado mucho y aquella era la mejor decisión.

Estaba terminando de colocar los últimos mechones de su cabello en un sencillo recogido cuando unos toques en la puerta la sobresaltaron. Su primer impulso fue lanzarse sobre la capa que la protegería, pero recordó que iba a presentarse tal y como era delante de un centenar de personas, era absurdo esconderse de una más.

Cogiendo aire, respondió con un simple «adelante» para minutos después haber agradecido el respirar una última vez, pues la persona que entró en la habitación la dejó

completamente paralizada.

—¿Valeria Márquez? —preguntó la mujer.

Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

—¿Ma... Majestad?

Sería sencillo reconocer a María Cristina de Habsburgo por la cantidad de retratos que decoraban el Palacio Real, pero ninguna pintura se acercaba a la realidad. Se trataba de una mujer de avanzada edad, con el pelo completamente blanco, recogido, sobre el que descansaba una corona que simbolizaba su estatus, un vestido sencillo de color rosa palo y una mirada altiva y orgullosa.

La joven no sabía cómo reaccionar, por un lado, lo primero que le salía era hacer una exagerada reverencia que casi la dejase arrodillada en el suelo, por otro lado, estaba tan nerviosa que sus piernas parecían dos palos y no estaba segura de poder forzarlos. Se quedó inmóvil y sin habla.

Por suerte para ella, la reina siempre tenía algo que decir:

—Me alegra ver que todavía respondes a ese nombre. —Sonrió ella, con delicadeza. Apenas un arqueamiento de labios—. Tu nombre.

La joven supo de inmediato a lo que se refería y en realidad, había ensayado prácticamente todos los escenarios posibles, pero jamás pensó que la misma Reina Madre fuera la que acudiera a verla en persona.

—Majestad, yo...

Con un simple gesto, la calló. No fue exagerado ni violento, simplemente, levantó su mano derecha, indicando que no estaba allí para escucharla pronunciar excusas.

—La verdad es que temía que después del escándalo no te viera por aquí.

Estaba convencida de que ella no era la única que lo había pensado, de hecho, ella misma se había planteado desaparecer. Negó con la cabeza, sin embargo, eso pareció despertar en la mujer un deje curioso en su rostro.

—No podría perderme este acontecimiento, Majestad —respondió Valeria con suavidad—. Ningún escándalo podría apartarme.

Era evidente que había acertado con la elección de palabras, puesto que la mujer le dedicó un gesto de beneplácito.

—Me alegra oír eso, muchacha. —Caminaba apoyada en un bastón, que repiqueteó cuando dio unos pasos hasta una silla cercana, la misma que había ocupado Valeria hacía unos minutos—. Me gustaría darte un consejo: esta noche, cuando salgas al escenario y los murmullos resuenen cada vez más altos, haz que primero se fijen en tus manos en el piano, después, haz que cierren los ojos para poder perderse en tus notas.

Estuvo a punto de responder que hacer que el público se fijase en sus manos y no en la

mujer que tenían delante iba a ser algo imposible, pero prefirió no contrariar a la reina y, simplemente, agachar la cabeza, como si acatase una orden directa y no siguiera un consejo. Entonces, a pesar de que sentía que la situación le superaba, se armó de valor para pronunciar unas palabras:

—Decidme algo, Majestad —empezó—. Si no es molestia me gustaría saber por qué me invitasteis, a pesar de saber que...

—¿De saber que eres Theodore Bianchi? O mejor dicho... que no eres Theodore Bianchi. Si Valeria no hubiera tenido entre las manos uno de sus guantes para retorcer, probablemente, la mujer hubiera notado cómo le temblaban.

—Sí.

La reina se relajó un poco, hundiendo los hombros y liberando un suspiro. Todavía estaba apoyada en el bastón, que lo había colocado frente a ella.

—Dime una cosa, joven, ¿en algún momento encontraste en la inscripción al mecenazgo alguna norma acerca del género o el lugar de procedencia de los participantes?

La pregunta le pilló completamente desprevenida y boqueó un par de veces, pensando la respuesta acertada, pero de sus labios no salieron sonido alguno. Apretó los dientes y el guante que retorcía entre las manos.

Por suerte, la mujer no esperaba una respuesta y casi pareció complacida ante su silencio.

—Yo te responderé: no. Ninguna, ¿y sabes por qué? Porque solo importa la música. —Al mencionar el arte musical, su rostro se destensó notablemente—. La música y lo que esta nos hace sentir. Y porque he crecido en estas paredes, donde tu lugar de procedencia, tu género o una palabra malavenida marcan tu destino para siempre.

Sus ojos se habían hundido en un punto aleatorio de la habitación y casi parecía estar hablándole a un fantasma, pues no se dirigió a Valeria en ningún momento, pero a pesar de eso, esta supo que la mujer quería que aprendiera de sus palabras.

—A los veintiún años tuve que casarme con un hombre desolado por la muerte de su esposa —empezó, con voz suave—. Me mudé de mi amada Moravia para hacer lo que se esperaba de mí. Siempre fui una joven inteligente, con solo dieciocho años ya hablaba alemán, italiano, francés e inglés. Y, sin embargo, bajo la terrible presión de causar buena impresión, cuando me presenté ante el rey, lo único que fui capaz de decirle es que esperaba igualar a su primera esposa. —Soltó una risita—. Dios santo, decirle algo así a un pobre recién enviudado, ¡menuda ocurrencia!

Valeria también sonrió, pero porque se dio cuenta de la luz que transmitía el rostro de la soberana al contar la historia. Ya la había oído en otra ocasión, pero nunca contada de una manera tan cercana, sino rodeada de burlas e insultos hacia la persona que tenía delante.

—Desde ese día no importó lo bien o lo mal que desempeñase mis tareas: para la corte

siempre sería una niña idiota sin demasiadas luces —explicó—. Y estoy segura de que así pasaré a la historia. Es por eso por lo que cuando convoqué el mecenazgo quise dar una oportunidad a todos los aspirantes, sin importar más que su talento. No me importaba el lugar en el que hubieran nacido, sus errores en el pasado o si son hombres o mujeres. Solo me importa la música.

Y es que Valeria tenía la sensación de que incluso ella había olvidado el verdadero motivo que les había reunido aquel día en el Palacio Real. No eran los cotilleos, las identidades o las historias. Solo la música. Y así debía ser.

—Siento haber tenido que recurrir a esto, Majestad —dijo la joven, señalando la máscara que descansaba en el tocador.

La reina se levantó de nuevo y caminó hacia la joven, haciéndola levantar la barbilla con su pulgar.

—No lo sientas, muchacha, pero hazme un favor... —le pidió—. Haz que la gente olvide a Theodore Bianchi. Mátaelo esta noche, frente a todos los presentes. Y no dejes que nunca más regrese para eclipsarte.

Ambas sonrieron y la chica sintió cómo el roce de la reina era un poco más lento, infundiéndole los ánimos que necesitaba.

—Os prometo que lo haré.

—Yo te esperaré al otro lado, Valeria —le indicó, caminando hacia la salida—. Y deseo que los ángeles estén esta noche de tu parte.

Y así, la Reina Madre dejó sola de nuevo a la aspirante, sumida en un profundo silencio, pero con la certeza de que, aquella noche, tomaría la decisión correcta.

Madrid, 1911

Cuando Valeria puso un pie en el escenario, las voces se acallaron. Estaba acostumbrada a aquella bajada de silencio gradual, hasta que todos los presentes lograban que la sala quedase en un estado sepulcral. En aquella ocasión, sin embargo, sintió cómo el corazón se le aceleraba y el camino hasta el piano le pareció eterno. Su vestido azul remarcaba sus curvas de mujer, su pelo, en cascada, le caía por la espalda y aunque la máscara todavía cubría parte de su rostro, no había dejado opción a dudas; era Valeria Márquez. Aquella noche, Bianchi iba a morir.

Y es que así estaba dispuesta a demostrarlo, gracias a las notas que brotaron del instrumento cuando se sentó, se acomodó y paseó sus dedos por la lisa superficie de las teclas.

«Una canción que me devuelva el pasado» era la temática de la final. Por desgracia para ella, su pasado no era feliz, no había sido fácil y el camino hasta aquella noche había estado colmado de espinas.

Su canción hablaba de una chica que, nacida en una pequeña ciudad, no se quiso conformar con lo que su familia, de origen humilde, le ofrecía. Contaba cómo, con miedo y entusiasmo a partes iguales, guardó sus escasas pertenencias en una maleta roída y se había embarcado en un camino hacia la capital. Tuvo que viajar muy despacio, pues los carros eran caros y el camino costoso. Paró en algunas casas en las que hizo pequeños trabajos para sacarse unas escasas monedas con las que iba pagando su siguiente trayecto; en ocasiones, encontraba a alguien que tomaba la misma dirección que ella y a cambio de una pequeña cantidad, la dejaban un hueco en su transporte, que fueron desde cansados caballos hasta una lujosa carroza de un hombre con buena posición para el que había hecho una limpieza de hogar a fondo.

Así, con las manos cansadas, pero el corazón lleno de dicha llegó a la capital, pasado casi un mes desde que había partido de su querida Salamanca, un lugar que sentía que empezaba a quedarse pequeño para todos los sueños que recorrían su mente. Gracias a su belleza, juventud y, según el jefe del periódico *Buen ver*, logró que le ofreciera un trabajo sirviendo cafés a los trabajadores, clientes y jefes.

Pero pronto se dio cuenta de que la vida de la capital era tan complicada que se empezó a sentir pequeña ante la inmensidad. Tras recibir su primer salario, con el que esperaba pagar la habitación que tenía alquilada y hacerse con un vestido renovado, puesto que su jefe comenzaba a quejarse de que no podía ir siempre vestida con las dos mismas prendas, fue atracada en un callejón. Un grupo de tres le arrebataron su sobre con el dinero y el casero, ante tal excusa, la echó de la pequeña habitación que le había dado techo durante semanas.

Así fue cómo empezó a hacerse esclava del hombre que le daba trabajo, dinero y alimentos, teniendo que arrastrarse hasta él pidiendo favores que después tendría que pagar por duplicado. El señor que ni siquiera merecía un nombre se aprovechó de la situación, viendo a una joven indefensa y sola de la que poder sacar mucho más que cafés. Poco a poco y bajo la excusa de echarla del único lugar que la mantenía, logró que ella se acercara más y más en lo personal; acompañándole a fiestas para que pudiera pasearla como mercancía entre los buitres con los que se codeaba, pidiéndole que se pusiera bonita para los clientes que acudían al periódico y, por supuesto, tratando de que ella le entregase su cuerpo, algo que, por suerte, nunca sucedió.

Fue en una de aquellas fiestas donde conoció al hombre que podía haberla salvado, pero que solo la hundió un poco más en la desdicha. Era músico y se presentó como un hombre culto, bueno y lleno de cariño, como alguien con el que podía hablar y al que terminó contándole su deplorable situación. Cuando tocaba, la joven sentía que todos los males del mundo se alejaban y le dejaba una sensación alegre en el pecho que hacía mucho que no sentía. Pensó que de verdad la amaba y se preocupaba por ella cuando fue al periódico y le propinó a su jefe tal puñetazo, que le dejó desorientado y confuso. Así la sacó de una cárcel para meterla directamente en el mismísimo infierno, pero uno camuflado de amor, buenas palabras, una casa enorme, lujos, poemas y flores frescas todos los domingos, ¿cómo era posible que un diablo se pudiera camuflar de forma tan sencilla? Y es que aquel hombre se transformaba cuando abusaba del vicio que sacaba su verdadera personalidad. Con el alcohol llegaban los celos, los golpes y las amenazas para, al día siguiente, llenarle de nuevo la casa de hermosas telas, vestidos, decoraciones y flores frescas. Sus perdones eran materiales, pero no había dinero en el mundo que pudiera comprar una disculpa, aunque lo intentaba de veras. Fue la misma noche de bodas, cuando contrajeron matrimonio, la primera que bebió de más y afloró.

Y así, la joven se fue consumiendo, encontrando un único refugio: la música que emanaba del piano cuando practicaba; al principio, su mismo marido fue quien la enseñó, al ver que tenía dedos ágiles y un talento único, otras veces sola y cuando él se sentía amable, con un profesor que solía ser motivo de nuevas peleas. La música amansaba a la fiera cuando bebía, pero la joven aprendió a camuflar su cara tras una máscara, porque ver que su compañera le superaba en talento y aprendizaje, también solía ser uno de los motivos de los golpes. Ocultando su cara tras una máscara veneciana, lograba sobrevivir un día más, acompañada del frío contacto de las teclas y el miedo de no ser suficiente. Un error era motivo de burla, por lo que no se permitía cometer ninguno.

Por suerte para la joven, apenas fueron tres años de matrimonio, dado que enviudó pronto. Una noche, tras salir borracho de una taberna, su marido sufrió un terrible accidente, en el que fue atropellado por un carro de caballos que no vio la figura emerger de la oscuridad. Un mal golpe en la cabeza fue lo que le dejó en coma durante semanas, hasta que, finalmente, murió.

Había caído en desgracia como músico hacía tiempo y nadie pensó que aquel hombre, vestido de mala manera, apestando a alcohol y con terrible gesto era el mismo músico virtuoso que había tocado para la misma Casa Real en varias ocasiones.

Valeria se deshizo del apellido que jamás debió adoptar entonces, pero todavía le quedaban dos cosas de aquel matrimonio infernal: un talento musical que explotar y una casa que vendió para empezar a financiar su carrera musical. O, mejor dicho, la carrera musical de Theodore Bianchi.

Y es que el misterio del virtuoso enmascarado se hizo tan popular que no tardó en subir como la espuma y colocarse, en pocos años, a la altura de aquel hombre que le había obligado a llevar máscara cuando tocaba, pues mostrar su rostro era algo para lo que nadie estaba preparado.

Hasta aquel día, que cerró la historia con una canción, un público embelesado y la certeza de que no podría jamás haber sido nadie sin Bianchi, pero que aquella noche era la última que habría rastro de él.

Cuando terminó su melodía, entre aplausos, se quitó la máscara veneciana que todavía cubría sus ojos y la dejó sobre el piano, abandonando así el pasado que, con certeza sabía, que no volvería a atormentarla, pues deshaciéndose del disfraz, cerraba aquel doloroso episodio que solo regresaría con la canción que había compuesto para revelárselo a todo aquel que quisiera escuchar.

Madrid, 1911

Elías Howland nunca había estado nervioso. Jamás.

Él era el mejor y sus rápidos dedos sobre las teclas del teclado lo demostraban en cada concierto. Llevaba tocando el piano desde los doce años y había conseguido llegar a lo más alto, a pesar de que toda su vida había oído que era demasiado mayor para empezar, que su oído musical debió haber empezado a captar las notas desde que era un bebé y que seis años era la edad perfecta para empezar con las clases.

Pero Elías nunca había permitido que nadie le dijera lo que podía o no podía hacer. Había llegado hasta allí, había entrado por la puerta grande porque tenía el talento necesario y se había encargado de callar todas las bocas que dijeran lo contrario.

Y, sin embargo, en ese momento, en el salón del Palacio Real, sus dedos temblaban más que nunca.

No había tenido oportunidad de decirle a Valeria que aquella noche había estado magnífica, que sus ojos se habían empañado con cada una de las estrofas que componían su melodía y que su corazón había permanecido acelerado hasta que sus dedos dejaron de tocar. Habría querido decírselo. Decirle que se sentía orgulloso de ella. Porque de verdad lo hacía.

La máscara seguía sobre el piano y si tuviera ojos, estarían fijos en él. Cuando escuchó su nombre y salió al escenario, no reparó en el instrumento, que estaba preparado para él, tampoco en la partitura que ya habían colocado. Solo pudo dirigirse hasta la máscara, cogerla con suavidad y pasear las yemas de sus dedos por sus dibujos; espirales que simulaban las ramas de los árboles, enlazándose entre ellas, girando y armando un lienzo perfecto. Era hermosa. No podía negar que era hermosa.

Allí, frente a un centenar de personas, que aguardaban que se sentara y empezara a tocar, Elías Howland se dio cuenta de que no sería capaz de hacer lo que se esperaba de él. Que, aunque había elegido la canción que más le devolvía a su pasado, aquella que compuso únicamente para Victoria Ibáñez y que pidió a un juguetero que la hiciera sonar en una caja de música, no quería regresar a él. Las palabras de Thomas, diciéndole que, en ocasiones, lo mejor que puedes hacer es dejarlo ir acudieron a su mente como un susurro, pero que resonó lo suficientemente fuerte en su mente como para saber lo que tenía que hacer.

—Pero... ¿qué hace? —la voz de John se clavó en su pecho y de su herida nació un escalofrío que le recorrió la espalda.

Era la voz que confirmaba su fracaso.

Porque en el momento más importante de su carrera artística no iba a poder tocar. Y era por culpa de esos ojos negros como el pelaje de un gato y ese perfume a jazmín y vainilla.

Y, sin embargo, cuando dejó al público con una exclamación sorprendida y confusa y escapó de aquel lugar, supo que había tomado la decisión correcta.



La última vez que visitó el mausoleo de los Ibáñez, Thomas había tenido que ir a recogerlo del suelo y llevarlo a casa entre lágrimas. Recordarlo todavía hacía que se le hiciera un nudo en el estómago. Tuvo la sensación de que el lugar seguía exactamente igual, pero todo era diferente. Una suave brisa le acarició el rostro cuando encontró la lápida que tenía grabada el nombre de Victoria Ibáñez. Alargó la mano para pasar la yema de sus dedos por la inscripción, acariciando cada letra de una impecable caligrafía y colocó las margaritas blancas con cuidado e infinito cariño.

Se conocía lo suficiente para saber que, una vez frente a la tumba no sería capaz de hablar, por lo que tras salir del Palacio Real, dejando atrás la competición, se había tomado su tiempo para escribir la carta que sacó del bolsillo de su pantalón y desplegarla con manos temblorosas.

Cogió aire y leyó para sí:

Mi querida Victoria:

Esta es la primera y la última vez que volveré a este lugar. La primera desde que te marchaste y también la última. Sé que he tardado mucho en regresar y es que no era capaz de poner un pie en esta ciudad sabiendo que no volveré a verte.

Pensar en volver a las calles que nos vieron crecer, tan diferentes y cambiadas, sin tener la oportunidad de descubrir que te has convertido en la mujer extraordinaria que siempre fuiste era demasiado doloroso, por eso, he preferido dejar pasar los años, hasta que creí que estaba preparado para poder despedirme. Pero, como siempre, me he equivocado.

Dejarte ir es, sin lugar a duda, lo que más daño me hace en el mundo, pero mucho menos que tratar de seguir aferrándome a ti. Y es que es el momento de despedirnos, Victoria. Es el momento de que comprenda que imaginar una vida contigo solo hace que la herida sangre con más fuerza. Porque te arrebataron de mi lado y no

podré recuperarte.

Tú siempre decías que estaba destinado a convertirme en el gran pianista Elías Howland, pero no creo que sea cierto. Te amaba tanto que no me hubiera importado quedarme a tu lado. Te habría acompañado a tus viajes, habría sido tu compañero de aventuras, te habría visto ser la mejor y hubiera sido igual de feliz. Lo sé, estoy convencido, pero una vez más, decidieron por nosotros y en esa ocasión, no pude ponerle remedio.

Estoy seguro de que, allá donde estés, me miras con una sonrisa porque sabes que he vuelto a enamorarme. Sabes que tengo la oportunidad de continuar y que estoy dispuesto a hacerlo. Sé que estás orgullosa porque me hubieras pedido que continúe viviendo y hasta hoy no me he dado cuenta de que tengo la oportunidad.

Victoria, mi primer amor, probablemente la persona que más me ha enseñado sin saberlo, esto es una despedida. Quiero que sepas que honraré tu legado, y haré todo lo que esté en mi mano para que el mundo conozca tu bondad y la persona que fuiste. Pero no puedo hacerlo desde el pasado, pensando que todo esto es una pesadilla de la que pronto despertaré.

Espero que allí, donde estés, tengas mil historias que contar y una hoja de papel para poder plasmarlas, porque estoy convencido de que en todas las vidas y en todos los lugares, triunfarás. Ese era tu don. El mío pienso aprovecharlo hasta el final de mis días.

Se despide, Elías.

Y con esas frases, Elías dijo adiós a la joven que más había confiado en él y supo que nunca más regresaría a aquel lugar.

Madrid, 1911

La noche estaba bien entrada, pero el Palacio Real parecía brillar más que nunca. La fiesta en honor a la ganadora del mecenazgo de la reina tenía previsto alargarse durante toda ella, con una serie de festividades dignos de cualquier Casa Real. Valeria se asomó al balcón en busca de un poco de aire, todavía con el veredicto resonando en sus oídos como un eco que no se acallaría en mucho tiempo. Los jardines eran únicos, decorados con flores y plantas aromáticas llevados desde diferentes rincones del mundo. Allí, sola, fue cuando, por primera vez en toda la noche, se obligó a volver a respirar. Pensó en Elías una vez más, abandonando el escenario y desapareciendo, y no pudo evitar preguntarse qué pasaría por su cabeza para hacer algo así, dejar tras él a una muchedumbre confusa, que no tardó en despertar y exigir la música que habían ido a ver.

Por suerte, la Reina Madre supo cómo acallarlos y otros músicos tocaron en su ausencia, pero ninguno pudo igualar a la sensación que el joven Howland dejaba en el público tras cada actuación.

—Creo que dentro hay una fiesta en tu honor —le sobresaltó una voz conocida. No necesitó girarse para saber de quién se trataba—. Me sorprende encontrarte aquí, señorita Márquez. Ganadora del mecenazgo de la reina.

Escucharlo en ese tono, amistoso, de la boca de Elías hizo que Valeria sintiera de nuevo el orgullo que había experimentado al escuchar el veredicto.

—Solo porque tú no has tocado —le reprochó.

El chico tomó asiento a su lado, muy cerca, tanto que ella podía escuchar su respiración, algo más acelerada de lo normal.

—Nunca lo sabremos.

Y era cierto. Nunca sabrían el resultado de Elías si hubiera tocado, ni siquiera de haber variado el orden de las actuaciones o que cualquier mínimo detalle hubiera cambiado. No importaba. Nada de eso importaba. Valeria se sobreponía al resto y se había proclamado ganadora. Ella, sin embargo, todavía tenía algo que decir:

—¿Cómo has podido perder una oportunidad así?

Una parte de ella quería escuchar lo que Elías había preparado. Sus anteriores actuaciones habían sido impecables y aquella estaba segura de que no hubiera decepcionado. La única respuesta que obtuvo de él, sin embargo, fue una sonrisa pícaro y un ligero movimiento de cabeza, curioso.

—Quizá tu canción me dejó tan embelesado que quería que ganara.

La joven negó, sin poder creer que aprovechara aquel momento para bromear.

—Seguro.

Entonces, sintió cómo las distancias entre ambos se recortaban, Elías incluso se atrevió a acariciar el dorso de su mano, apoyando en el bando de piedra. Fue un gesto simple, pero para Valeria, cargado de significado. Hacía solo un par de días dudaba que pudieran volver a tener aquel tipo de contacto físico.

—Perdóname, Valeria. Perdona por el soplo, por... las cosas que te dije —dijo el joven, agachando la cabeza—. Por cómo te traté.

Enmudecieron, conscientes de que en un momento así, decía más un simple gesto, una mirada, que las palabras. Por eso, ella tomó la mano del joven, las mismas que aquella noche habían decidido no tocar y la estrechó con fuerza entre las suyas.

—Yo también tengo que disculparme, lo sabes. —Se mordió el labio inferior, consciente de que estaba a punto de hacer una promesa que marcharía para el resto de su vida, pero se sentía preparada—. Bianchi no va a volver. Se acabó. Te lo prometo.

Aunque Elías quería decir muchas cosas, lo único que pudo hacer ante aquella promesa fue tragar saliva y asentir. No le preocupaba Bianchi, de hecho, solo una cosa llevaba días rondando su mente y era el momento de manifestarlo en voz alta:

—Solo quiero estar contigo, Valeria. Solo quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, escuchándote tocar, viajando por el mundo y siendo un equipo. —Sonrió con sinceridad, contagiándole el gesto—. Es evidente que trabajamos mejor en equipo.

—Es cierto. —Apoyó la cabeza en su hombro—. Yo también quiero estar contigo.

El beso en el que se sumieron no fue largo, tampoco el más apasionado que se habían dado, pero sí uno sincero, liberado de cargas, de secretos, de traiciones. Era un beso que marcaba un nuevo comienzo y que nada podría romper.

—Sé que tienes mucho que demostrar y... me gustaría estar a tu lado cuando eso suceda.

Y era cierto. El mundo exigiría que demostrase ser digna del honor que se le había concedido. No sería un camino fácil, pero estaba dispuesta a recorrerlo en compañía.

—Gracias por volver —susurró ella—. Aunque nunca podré perdonarte que no tocaras esa canción.

Elías volvió a sonreír, aunque en esa ocasión, un brillo melancólico iluminó sus ojos por un momento.

—Me temo que no podré complacerte en eso —respondió—. Prometí hace tiempo que nunca la tocaría ante nadie. Hoy he estado a punto de incumplirlo, pero es el momento de dejarla en un cajón.

Y era cierto. Las canciones que había compuesto se quedarían atrapadas en el tiempo,

como si las notas que las formaban se hubieran congelado, entonando esa melodía que nunca dejará de sonar, pero que nadie podría escuchar.

—¿Cuál será el próximo paso? —se atrevió a preguntar la joven.

Elías se llevó el dedo índice a los labios, pensativo, para finalmente recordar:

—Tengo unos asuntos que atender en París. Me gustaría que me acompañaras, así podría mostrarte la ciudad.

Y es que era el momento de revivir aquella ciudad que dejó atrás hacía mucho y comenzar a recorrerla con otros ojos, con otros recuerdos. Valeria sonrió, complacida.

—Eso me encantaría.

Y aunque ninguno de los dos añadió nada más, ambos supieron que aquel era el comienzo de algo que duraría para siempre. Porque cuando una melodía ha empezado a sonar, nadie pueda detenerla hasta que entona las estrofas finales. Aunque en aquella ocasión, era una melodía interpretada por dos personas. Era una melodía de dos acordes.

EPÍLOGO

Elías y Valeria aprendieron que la música era el motor que movía sus vidas, su razón de ser, su talento y lo que les llenaba de energía. Así lo fue durante la Gran Guerra que asoló Europa y cuando esta terminó y regresó la paz, supieron que era su misión llevar la música a todos los rincones que pudieran. Porque precisamente ellos, que habían sido descubiertos por el azar, podían darle a aquel que lo necesitase una oportunidad.

El joven pianista hizo una promesa la noche del mecenazgo de la Reina Madre que cumplió cuando fundó la primera beca femenina para la universidad a nombre de Victoria Ibáñez, cambiando la vida de aquella mujer que se atreviera a dar el salto.

Mientras tanto, la Pequeña Academia de Artes de Londres, fundada en la antigua casa de Thomas Howland vio llegar a nuevos alumnos de todo el mundo, en busca de profesores y veteranos que les enseñara el impecable arte de la música.

Pues esta era la que los acompañó siempre, como se prometieron los jóvenes en los jardines del Palacio Real, una noche de 1911. Entonces no sabían lo que el futuro les aguardaba, los viajes, las historias, los llantos y las risas que vivieron a lo largo de dos largas vidas donde el amor fue uno de los sentimientos predominantes.

Así, viendo jóvenes talentos aprender, triunfar y hacerse un nombre, Valeria y Elías supieron que habían nacido para aquello, para traspasar los conocimientos que tanto les había costado adoptar. Juntos, en equipo, hicieron pequeñas cosas, que cambiaron pequeñas vidas y se transformaron en grandes éxitos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Cuando me embarqué en la escritura de esta novela no sabía si quiera si lograría acabarla. Desde hacía mucho tiempo no conseguía terminar nada, en parte, porque una vocecilla siempre me decía que no era lo suficientemente bueno, pero también porque no había logrado encontrar una historia que me llenara. *Melodía de dos acordes* comenzó siendo algo completamente diferente a lo que has leído y es que al principio pensaba meterme en el fascinante mundo de los *retellings*, comenzando con *El fantasma de la ópera*, así que pensé que lo tenía casi hecho. Así nacieron Elías y Valeria. Pero ni estaba casi hecho ni al final logré escribir la historia que pretendía. Había una época histórica que me llamaba mucho la atención y que quería explorar: la posibilidad de contar la historia desde dos líneas temporales diferentes y, además, hice un viaje a París que me inspiró más de lo que me imaginaba. Así fue como de verdad nació *Melodía de dos acordes*.

Pero no habría podido terminarla sin el apoyo incondicional de mi familia, amigos y pareja, que siempre son un punto de apoyo para mí. Gracias a Adrián que, como siempre, ha sido el mejor compañero de aventuras que una escritora podría desear, por escuchar todas mis ideas y darme ánimos para continuar.

Gracias a las amigas que me ha dado el mundo literario, a Gaby, que es la mejor compañera de presentaciones y asuntos de libros, a Cris, que vuelve a ser mi compañera de editorial para nuestra alegría y que ha ido conociendo de primera mano mis miedos e inseguridades con respecto a esta obra, ¡gracias por los podcast en modo de audio y los ánimos! A Sarah, que siempre apoya mis proyectos y a mis compañeros de Perdiendo el Rumbo, Rocío, Carmen, Desi y Mark, ¡gracias por ser el mejor equipo que habría podido desear!

Gracias a mis padres y mi hermano, aunque nunca se lea nada de lo que escribo.

Gracias al equipo de Romantic Ediciones, por volver a confiar en mí, ¡ha sido un auténtico placer! Millones de gracias a Marta, mi editora, que ha sido la mayor profesional y amiga que cualquier escritora podría desear. La volví loca con la portada y aún así, siempre estuvo de mi parte. Eres un pilar fundamental para esta obra.

¡Y gracias a todos los lectores que me han apoyado a lo largo de mis cortos años como escritora! Espero que disfrutéis también de esta historia.